

Rx 280

## APROBACION.

El Nustrísimo Sr. Arzobispo, Administrador de la Diócesis de Cuernavaca, en vista del dictamen del Censur á cuya revisión pasó la traducción de la obra titulada "De la connaissance et de l'amour du Fils de Dieu" ha tenido á bien conceder su superior licencia, para que se imprima dicha traducción.

Y lo comunico á Vd. para su inteligencia, protestándole mi aprecio y consideración.

Dios guarde á usted muchos años.—México, Febrero 7 de 1894.

Joaquín Arcadio Pagaza,  
Sico.

r. Pbro. D. Francisco María Oviedo.

Presente.



Capilla Alonso de Ercilla  
Biblioteca Universitaria

47755

011659

BT306

.49

S2

C.1

011659

BT306

049

50



1080022869



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BT

**A LOS HOMBRES Y MUJERES,  
ANCIANOS Y NIÑOS, POBRES Y RICOS,**

**SABIOS É IGNORANTES.**

A todos dedico la traducción de esta obra en la que el autor por el excelentísimo asunto de que trata, por su modo tan sorprendente de tratarlo, por la clara y oportuna explicación y aplicación del texto divino y por su buen juicio, hacen la lectura de esta obra tan deleitable y placentera, útil y agradable.

Los que perdeis tantas horas en busca de vanos, quiméricos y fugaces consuelos, gozad útilmente con la lectura de esta obra.

Los que no sabeis qué creer y estais con pùtridos errores, abrid vuestra inteligencia á la lectura de esta obra.

Almas rectas, amantes de lo bueno que buscáis la verdad en todo, las verdades sólidas, las creencias salvadoras; aquí las teneis en el asunto de esta obra.

Hombres y mujeres, quien quiera que seáis, dotados como estais por Dios, de un entendimiento capaz de entender y conocer, de un corazón capaz de amar, de razón y voluntad que se rinde á la evidencia la una y que se adhiere cual aguja al imán la otra, toda vez que la inteligencia está persuadida; aquí teneis el imán; deseais luz en las tinieblas, pan y agua en el hambre y sed, consuelo en las aflicciones, paz en las turbaciones, certidumbre firme en las dudas, descanso en los trabajos; algo que llene vuestro corazón y que satisfaga por completo vuestra alma.

Amáis á tientas, estais hechos para amar; pues aquí se trata del que puede únicamente satisfacer por completo á ese vuestro amor.

Aquí teneis en esta obra todo eso; os proporcionará un placer dulcísimo é inmenso en este desierto de la vida llena de miserias, os llevará gradualmente á una subida perfección y os servirá para conseguir vuestra felicidad posible en esta pasajera vida y vuestra felicidad eterna.

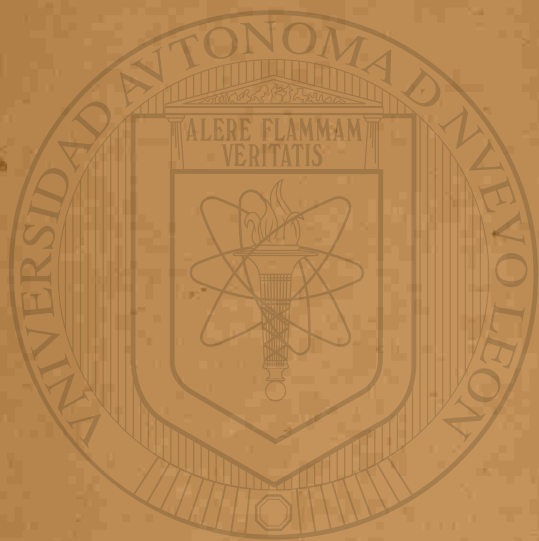
Devorad este librito, saboreadlo á solas, quizá sus primeras líneas parezcan amargas á unos, mas luego sigue dulzura de miel.

En fin, gustad este libro que os ofrece luz, verdad, camino, vida, goce, consuelo, salvación, porque os habla de Él que es todo esto, Jesucristo Señor Nuestro.

¿No os va bien en el mundo, verdad? hay mucho egoísmo, vanidad é injusticias, ficción, engaño, doblez, perfidia, injusticia, crimen, tempes-

tad. . . . . ¿qué hareis? Estais llenos de sufrimientos.

Pues si la niebla espesa de duda é ignorancia os ennegrece vuestra existencia; si las penas os afligen y gastan, si os consumen los trabajos de cada día, si experimentais el tedio y fastidio, y las tentaciones os asaltan, tomad este libro, leedlo fijad vuestra atención muy bien en él y cuando la luz verídica y salvadora de su contenido ilumine vuestra inteligencia, y el bálsamo consolador se derrame en vuestro corazón y empiece á latir con un amor nuevo, y salgan las lágrimas por vuestros ojos; y os recreéis con este bellissimo panorama que vais á ver pasar por vuestra vista, en una palabra. cuando conozeais y ameis al Hijo de Dios Nuestro Señor Jesucristo; ¡oh! felices y bienaventurados sereis y en ese vuestro reino acordaos de mí que por proporcionaros tan rico bien trabajé en esta traducción que os dedico.—EL TRADUCTOR.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

## PROLOGO.

Hubiéramos querido, al publicar esta nueva edición del "Conocimiento y Amor del Hijo de Dios Nuestro Señor Jesucristo," poder dar una noticia biográfica de su piadoso autor. Hemos buscado en los diccionarios biográficos, en los anales de la Compañía de Jesús, y no hemos encontrado más que estas pocas líneas de Taller: "Juan Bautista de Saint Jure, nacido en Metz en 1588, entró á los Jesuitas en 1604, á la edad de 16 años y se distinguió por sus trabajos continuos por la salvación de las almas y particularmente por la dirección de colegios. Durante doce años estuvo encargado de los de Amiens, Alençon ó París. Pasó á Inglaterra con algunos miembros de su orden, en tiempo de la reina Enriqueta, esposa de Carlos I. Las obras ascéticas que publicó le manifiestan un hombre consumado en las vías de Dios y de la ciencia de los Santos. Se estiman particularmente "el Libro de los Elegidos ó Jesús Crucificado; el Conocimiento y el Amor de Jesucristo, de las que se han hecho muchas ediciones en diversas formas. Esta obra está dividida en cuatro libros: el primero contiene los motivos que

deben llevarnos á dedicarnos al conocimiento y al amor de Jesucristo; el segundo expone y explica los ejercicios de este amor; el tercero muestra sus efectos, y el cuarto presenta los ejemplos de Santos que han hecho una profesión particular de amar á Nuestro Señor. El autor, naturalmente fecundo y acostumbrado á meditar lo que pertenece á la vida espiritual, se ha extendido bastante sobre estos diversos objetos, y, agota, en cierto modo, la materia; sin embargo, jamás fatiga, porque ha reunido á su asunto toda la economía de la religión, y porque recorre todo lo que hay de importante en las doctrinas y las prácticas del cristianismo.

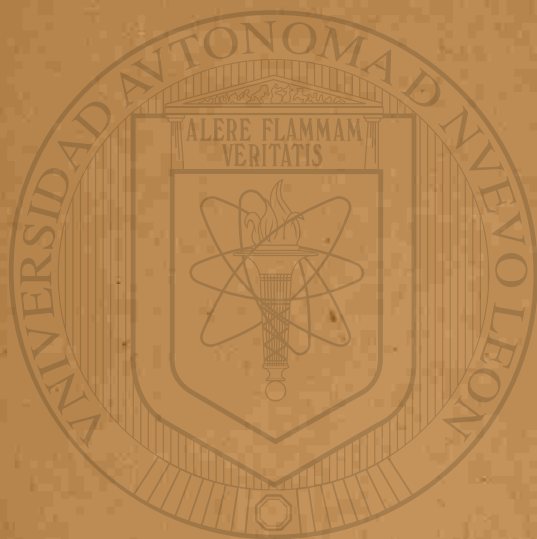
Este libro precioso ha sido reimpresso en Lyon, 1825, 5 volúmenes, en 8.<sup>o</sup> y se ha tenido cuidado de retocar el estilo, que lo necesitaba. El P. de Saint-Jure dejó además "La vida del Sr. Renti, El hombre religioso, etc. Murio en París el 30 de Abril de 1657."

Esa edición de Lyon fué impresa con extrema negligencia. El Abate Tarpin que habia retocado el estilo, no pudo sin duda revisar su trabajo, por lo cual hubo incorrecciones, supresiones, faltas de sentido y frecuentemente aun aseeriones opuestas directamente, á lo que quiso decir el autor primitivo. Añádase que más de una tercera parte de citas indicadas por el P. de Saint-Jure, han sido omitidas completamente. En la edición presente hemos restablecido todas esas citas y, al mismo tiempo que nos hemos servido muchas veces de las correcciones del Abate Tarpin, nos hemos esforzado por conservar en toda la obra el sentido del autor y en hacer el estilo de esta obra excelen-

te capaz de sufrir una lectura pública. Tal ha sido el fin de nuestro trabajo. Hemos querido hacer más extractiva y por consiguiente más útil la lectura del "Conocimiento y Amor de Nuestro Señor Jesucristo." Ojalá lo hayamos obtenido! . . . . .

Vauchassis, 21 Noviembre de 1875.

U A N L  
 T Ó N O M A D E N U E V O L E Ó N  
 G E N E R A L D E B I B L I O T E C A S



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

DIRECCIÓN GENERAL DE

## Del Conocimiento y del amor

DE NUESTRO SR. JESUCRISTO.

### LIBRO PRIMERO

Motivos que deben llevar á los hombres á este conocimiento y á este amor.

#### CAPITULO PRIMERO.

Extrema ignorancia é insensibilidad de los hombres por las cosas de la salvación.

I. Pasaje de San Gregorio sobre el mal uso de la razón. II. Ceguedad de Salomón y de Aristóteles en las cosas de la salvación.—III. Primera causa de la ceguedad de los hombres, el pecado original.—IV. Segunda causa, las pasiones y los pecados actuales.

I. Como introducción á nuestro asunto citaremos un bello pasaje sobre la razón del hombre, que se lee, al principio de un pequeño tratado que S. Gregorio de Nysa, doctor elocuente de la Iglesia griega, ha compuesto contra aquellos á quienes impacientan las advertencias que se les da. He aquí sus palabras: El espíritu y la razón del hombre son ciertamente sublimes: son la posesión más noble, el don más grande y el tesoro más rico que haya recibido de la mano liberal de su Creador. Por la razón, como por un sello divino, está marcado á imagen de Dios, distinguido de las bestias y elevado incomparablemente sobre ellas. La razón es la que le pone cetro en la mano, y corona en la ca-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Volvado y Tellez

beza, y lo establecē rey de los animales; éstos se reconocen sus súblitos, y les muestran su dependencia por la obediencia que le rinden. Todo lo que hay en el hombre, sea en su cuerpo, sea en sus sentidos, sea en su alma vegetativa, no lo eleva sobre ellos, puesto que ellos están provistos de ello lo mismo que él; solo la razón pone entre ellos y él esa distancia inmensa que lo ennoblece y hace de él un sér de una naturaleza toda diferente.

Nosotros aunque más débiles de cuerpo, por la razón damos la ley á los más fuertes; domamos los bueyes, y los sugetamos á encorbarse bajo el yugo para labrar la tierra; gobernamos un caballo con la rienda, lo enseñamos á ser manejable, dócil y á tomar todos los pasos; acostumbraamos á los elefantes, camellos y burros á llevar nuestras cargas. Con el socorro de la razón atravesamos la inmensidad de los mares; y no teniendo para conducirnos más que nuestro espíritu, nos metemos en una fragil embarcación y atravesamos el oceano; el aspecto de los astros nos muestra la direccion de los vientos y nos indica el camino que es menester seguir; así es como la razón, á semejanza de un piloto hábil, nos guía sobre las aguas, y dirige nuestro viage, como la estrella guiaba á los Magos sobre la tierra.

Con la razón, medimos la longitud y latitud, altura y profundidad de los cielos; conocemos sus diversos movimientos y circuitos; sabemos de una multitud de estrellas, su grandeza y distancia; preveemos los eclipses de sol, los de la luna y sus diferentes fases, los temblores de tierra, las sequías y lluvias; descubrimos las virtudes y propiedades de los simples. Qué sería si habláramos

de la teología, de la filosofía, de las matemáticas, de la jurisprudencia, de la medicina, de la elocuencia de la historia, de la poesía, del conocimiento de lenguas, de todas las ciencias, de todas las artes, tanto liberales como mecánicas, todo lo cual son del dominio del espíritu del hombre! Y sin embargo, este sér tan sabio, tan elevado sobre los animales, este sér tan noble, tan activo y tan penetrante, que tiene tantos conocimientos y ciencias, carece de una cosa; ni gota ve en el conocimiento de la verdadera vida y en la ciencia de su salvación.

Así habla S. Gregorio; (1) y esto que él dice, ¡ay! es demasiado verdatero.

II. En efecto, sin ir muy lejos encontramos una prueba evidente de ello en dos de los hombres más sabios que han vivido, Salomón y Aristoteles. Habiéndose Dios complacido en derramar en el espíritu de Salomón toda suerte de conocimientos, fué entre todos los hombres el que tuvo más ciencia infusa. Te he dado, le dijo Dios, un corazón sabio é inteligente; de suerte que jamás ha habido hombre antes que tú que te haya igualado, ni se ventará después de tí. (1) Su reputacion como un atractivo poderoso, atraía á las reinas de los países más retirados del Medio Asia, para venir á oír su palabra y admirar su sabiduría. Discurría acerca de todo con una exactitud asombrosa, así fué llamado el sabio por excelencia. Y sin embargo, este sabio Salomón, tan versado y consumado en

1 S. Greg. Nys. Tract. cit ad initium.

1 Cor sapeus et intelligens in tantum ut nullis ante te simillius tui fuerit, nec post te surrecturus sit, III, Reg. III, 12.



el conocimiento de tantas cosas, fué de tal modo ignorante y ciego en el negocio de su salvación, que adoró los ídolos, dobló la rodilla ante la madera y la piedra, y les rindió honores debidos á solo Dios, y esto en una vejez avanzada, á la edad en que el juicio y prudencia del hombre deben estar en toda su fuerza. En quanto á Aristóteles, se puede decir que este filósofo fué uno de aquellos que tuvo más ciencia adquirida; quien por la vivacidad de su espíritu y la fuerza de su juicio, ha penetrado más que ninguno en los secretos de la naturaleza, y él es quien ha como establecido los fundamentos de la filosofía. De él es de quien ha dicho un famoso filósofo: Aristóteles ha sido el manantial de la ciencia por la cual han sido formados los demás filósofos; su espíritu ha tocado los últimos límites del espíritu humano; Dios lo ha elevado al grado mas alto de la perfección intelectual á que pueda llegar un hombre. (2) Y bien! Aristóteles ha estado tan profundamente cegado que según refiere Teodoreto, (3) que á su mujer, que había sido la criada de un tirano, á la que había visto morir y que le había dado durante su vida graves motivos de queja; le ofreció sacrificio y con las ceremonias más religiosas de la gentilidad, puesto que practicó todos los ritos que observaban los atenienses en los misterios de Ceres. ¡Qué exceso de ceguedad! Y qué cosa más propia

2 Aristóteles fuit princeps per quem perficiuntur omnes sapientes; Aristótelis intellectus fuit finis humani intellectus; Deus appropriavit ei ultimam dignitatem, quam nullus homo potest in ullá etate attingere. Averroés apud Pererium, lb. V, de Principiis, cap. 1.

3 De curatione grocorum affectionum lib. VIII.

para demostrar y hacer tocar con el dedo la verdad de las palabras de S. Gregorio: El espíritu humano tan perspicaz en el conocimiento de tantas cosas, está, sin embargo, en la última ignorancia en quanto á lo que pertenece á la más importante de todas, quiero decir la de la salvación.

III. La primera causa de una desgracia tan grande viene del pecado original, que, entre los innumerables males que ha causado al hombre, ha puesto el colmo de su desgracia hiriéndolo mortalmente en sus dos facultades más nobles, el entendimiento y la voluntad: el entendimiento, llenándolo de ignorancia y de tinieblas, que le impiden conocer sus verdaderos intereses y lo que puede conducirlo á la verdadera y única felicidad; la voluntad, hiriéndola de insensibilidad y de debilidad e impidiéndole abrazar los medios de llegar á ella. Nuestro primer padre, quebrantando el mandamiento de Dios y comiendo del fruto prohibido del árbol de la ciencia del bien y del mal, creyó llegar á ser más sabio: por esto es que Dios lo vistió inmediatamente después con pieles de bestias, para enseñarle que, por su pecado, se había hecho semejante á los animales desprovistos de razón, y que dejaría á sus hijos esta herencia desgraciada. En el estado de inocencia hubieran venido al mundo dotados de una ciencia perfecta, ó á lo menos hubieran sido capaces de adquirirla en muy poco tiempo, á causa de la excelencia de su espíritu y de la perfección de los órganos de sus cuerpos; y no como ahora vienen cual animales, sin uso de razón, pasando días infortunados en las tinieblas, con muy poco y á veces ningún conocimiento de

su verdadero bien. (1) Por esto es también, que lo primero que hacen los niños en el vientre de su madre es dormir, según el testimonio de los filósofos y de los médicos. Dos santos doctores, elevándose más alto en la consideración de este secreto, aseguran que la causa moral de ese sueño no es otra cosa más que el pecado. Según ellos de tal manera ha dispuesto Dios la entrada de lo hijos de Adán en el mundo, que su primera acción es el sueño, durante el cual los ojos del cuerpo están cerrados, los sentidos adormecidos y sin acción alguna sobre las cosas exteriores, para mostrar que el alma estará después en el mismo estado en cuanto á las cosas interiores. (2) Platón, aunque no conoció la verdadera causa de estas miserias, pero que vió solamente los efectos, considerando la gran de ignorancia y el adormecimiento profundo en que estaba sumergida, decía que el alma del hombre dormía en su cuerpo. S. Juan Crisostomo desarrolla aún mucho mejor esta verdad, al escribir sobre estas palabras de S. Pablo: Tiempo es ya de salir de nuestro sueño. (3) "Por lo que mira al negocio de nuestra salvacion, somos semejantes, nos dice él, á hombres hundi-dos en la cuna, en medio de una noche oscura, y que sin inquietud alguna, se entregan al sueño más profundo. Si yo pudiera mostraros vuestras almas, os las haria ver teniendo apagada la lámpara de la gracia del Espíritu Santo, agravadas por el humo de las cosas de la tierra, y como anegadas y sepulta-

1 Sallia ann. I mundi die 3.º núm. 95.

2 Aristo de. gen. Animal cap. V.

3 Hora est jam nos de somno surgere. Rom., XIII, II.

das en un sueño letárgico." (1) Por esto es que podemos con mucha razón, comparar el pecado á la golondrina que cegó á Tobías dejando caer su estiércol sobre los ojos de este buen anciano; desgracia que él deploraba tan tristemente por estas palabras: Ay! ¿á qué sentimiento de alegría pudiera yo entregarme ahora, estando sumergi-lo en las tinieblas, privado de la luz del día y del arrebatador espectáculo que ofrece la belleza de los astros? (2) Porque el pecado con sus tristes consecuencias ha sumergido en la ceguedad al género humano, que podría, con título muchomás justo que Tobías, quejarse de que está en las tinieblas, de que no ve la luz del cielo y no puede conocer como sería tan necesario á su felicidad, las cosas eternas y divinas.

IV. Pero, además del pecado original, hay otra causa que San Gregorio ha notado particularmente en su discurso, y que contribuye mucho á esa ceguedad: son los pecados actuales y las pasiones los que, por la turbación y confusión que arrojan en el alma, hacen que los hombres, ya muy cegados por el pecado de nuestro primer padre, se cieguen más aún, vean todavía menos las cosas de su salvación, no tengan ni gusto ni afecto por ella, y como si les fuesen extrañas, se dejen llevar por sus apetitos desarreglados y sus vanos deseos, empleando sus pensamientos y sus afectos á objetos absolutamente contrarios.

Si alguno subiera á una torre alta en una ciudad grande, como por ejemplo, París, y que Dios

1 Homil. 24, in Ep ad Roman.

2 Quale gaudium mihi erit, qui in tenebris sedeo, et lumen caeli non video. Tob., V. 12.

le hiciera los ojos del cuerpo y del espíritu tan vivos y tan penetrantes, que pudiera desde allí descubrir todo lo que pasa, lo que todos los hombres, en cualquier lugar que estén, piensan, lo que buscan con afán, lo que hacen, es indudable que vería una multitud inmensa de pensamientos y de afectos diversos; pero tendiendo todos á las cosas perecederas de esta vida. Vería á uno únicamente ocupado en elevarse, al otro en enriquecerse, éste no pensando más que en los juegos y en los placeres, á aquél todo afanado en levantar edificios, á ese otro no teniendo en la cabeza más que sus pleitos, otro su comercio, otro el cuidado de sus negocios domésticos. Vería el corazón de éste trasportado de amor, á aquél de odio, éste otro de envidia; en fin, un número infinito de pensamientos, de afectos, de diferentes deseos; pero todos tendiendo á las cosas de la tierra, á nada, casi á ninguno que piense en el gran negocio de la salvación y que diga de corazón: Quiero salvarme cuéstemelo que me cueste. Tan verídicas son las palabras de David; Dios ha mirado desde lo alto del cielo á los hijos de los hombres, para ver si en una tan grande multitud se encuentran algunos bastante juiciosos y bastante prudentes para buscar al Señor y no detenerse, como niños, en miserias y futilidades; pero todos se han apartado del recto sendero: se han extraviado en caminos perdidos, entreteniéndose en cosas vanas é inútiles; no hay más quien haga el bien, ni uno sólo (1).

1 Ut videat si est intelligens aut requirens Deum; omnes declinaverunt, simul inutiles facti sunt: non est qui faciat bonum, non est usque ad unum. Ps. XIII y LII.

¡Qué prodigiosa ceguera! ¡Qué deplorable estupidez!

Reflexionando los santos Padres sobre los misterios ocultos en la curación de los ciegos, obrada por Jesucristo durante el curso de su vida, veían en todos esos ciegos otras tantas imágenes de la ceguera espiritual de los hombres. San Gregorio el grande, habla así del ciego de quien San Lucas hace mención en el capítulo XVIII: "Ignoramos quién haya sido este hombre ciego, y sin embargo, conocemos el misterio oculto en esta curación. Este ciego es el género humano, que, privado de los gozos del Paraíso por el pecado del primer padre, no viendo más la claridad de la luz divina, está envuelto en las tinieblas de su condenación, pero que es iluminado en seguida por la presencia de su Redentor." (1) Y así como el padre de Tobías recobró la vista por medio de la hiel del pescado de la cual su hijo le hizo un colirio, por orden del arcángel Rafael, así nuestro divino Salvador, como un médico caritativo, ha curado la ceguera del hombre, por el remedio saludable compuesto de la hiel del pez misterioso, es decir, de los trabajos de su vida y de los dolores de su muerte; remedio que, aplicado sobre los ojos del alma de este pobre ciego, hará desaparecer de él las manchas que le ocultaban la luz, le hará co-

1 Ecce quis juxta historiam causae iste fuerit, ignoramus; sed tamen quid per mysterium significet, norimus. Cecus quippe est genus humanum, quod à parente primo à Paradisi gaudiis expulsum, claritatem superno lucis ignorans, damnationes suo tenebras patitur, sed tamen per Redemptoris sui presentiam illuminatur. Hom. II in. Evang.

nocer los misterios del cielo, y lo inclinará á trabajar con ardor en los negocios de su conciencia.

Por consecuencia, mi querido lector, á este Dios lleno de ternura y de misericordia, es al que es menester ir, y como el ciego del Evangelio llamarle con un afecto ardiente; Jesús hijo de David, tened misericordia de mí (1). Brillante sol de justicia, que iluminais á todo hombre que viene á este mundo, tened compasión de mi ceguera, esclareced mis tinieblas, *abrid mis ojos á fin de que yo pueda ver* y gustar vuestras verdades, las cosas del cielo y el muy importante negocio de mi salvación.

1. Jesu fili David, miserere mei..... Domine ut videam. Luc. XVIII, 38 y 41.

## SECCION PRIMERA.

El buen espíritu y el buen juicio consisten en pensar seriamente en su salvación.

I. Se carece de buen juicio y de buen espíritu.—II. En qué consiste el buen juicio.—III. El buen espíritu según el mundo.—El buen espíritu según la verdad.

I. Aún cuando, como acabamos de decir, los hombres piensen tan poco en su salvación, es menester, sin embargo, que sepan y que tengan como una verdad cierta é indudable, que el buen espíritu y el buen juicio consisten en pensar seriamente en ella, y darse enteramente á ella. Porque cualquiera que sea la ciencia y capacidad que pueda tener un hombre, que sea gran teólogo, filósofo sutil, elocuente orador, que sea muy hábil en el manejo de negocios y en el gobierno de los Estados, si no toma con resolución el cuidado de su salvación, carece de espíritu y de juicio. Todo lo que se podrá decir de él, es que lo tiene para esas cosas en las cuales sobresale; pero no podrá ser llamado, de una manera absoluta, hombre de juicio y de espíritu, porque carece de él en lo más importante de todo, en lo que la luz de la razón debe aparecer con más brillo. No se tendría ciertamente como un hombre juicioso y entendido á aquel que no pudiera aplicarse más que á las cosas pequeñas, y se perdiera en las grandes; con mucha ma-

nocer los misterios del cielo, y lo inclinará á trabajar con ardor en los negocios de su conciencia.

Por consecuencia, mi querido lector, á este Dios lleno de ternura y de misericordia, es al que es menester ir, y como el ciego del Evangelio llamarle con un afecto ardiente; Jesús hijo de David, tened misericordia de mí (1). Brillante sol de justicia, que ilumináis á todo hombre que viene á este mundo, tened compasión de mi ceguera, esclareced mis tinieblas, *abrid mis ojos á fin de que yo pueda ver* y gustar vuestras verdades, las cosas del cielo y el muy importante negocio de mi salvación.

1. Jesu fili David, miserere mei..... Domine ut videam. Luc. XVIII, 38 y 41.

## SECCION PRIMERA.

El buen espíritu y el buen juicio consisten en pensar seriamente en su salvación.

I. Se carece de buen juicio y de buen espíritu.—II. En qué consiste el buen juicio.—III. El buen espíritu según el mundo.—El buen espíritu según la verdad.

I. Aún cuando, como acabamos de decir, los hombres piensen tan poco en su salvación, es menester, sin embargo, que sepan y que tengan como una verdad cierta é indudable, que el buen espíritu y el buen juicio consisten en pensar seriamente en ella, y darse enteramente á ella. Porque cualquiera que sea la ciencia y capacidad que pueda tener un hombre, que sea gran teólogo, filósofo sutil, elocuente orador, que sea muy hábil en el manejo de negocios y en el gobierno de los Estados, si no toma con resolución el cuidado de su salvación, carece de espíritu y de juicio. Todo lo que se podrá decir de él, es que lo tiene para esas cosas en las cuales sobresale; pero no podrá ser llamado, de una manera absoluta, hombre de juicio y de espíritu, porque carece de él en lo más importante de todo, en lo que la luz de la razón debe aparecer con más brillo. No se tendría ciertamente como un hombre juicioso y entendido á aquel que no pudiera aplicarse más que á las cosas pequeñas, y se perdiera en las grandes; con mucha ma-

por razón no debe mirarse como sabio y juicioso á aquel que no sabe salvarse, cualquiera que sea la destreza que tenga para lo demás. Se juzga de la profundidad del espíritu por la importancia de los objetos de que se ocupa uno y los que tienen buen resultado. *Se conoce al niño por sus ejercicios*, dice el sabio: (1) así, pues, como el negocio de la salvación es, sin contradicción, el más grande y el más importante, es claro que, el buen espíritu y el buen juicio consisten en conducirlo bien y en llegar á conseguirlo; y la prueba más completa de que se está desprovisto de este buen espíritu y de ese buen juicio, es cuando se la descuida.

II. Mas para mostrar esta verdad en toda su claridad, examinemos en qué consisten el buen juicio y el buen espíritu. No es muy difícil comprender que el buen juicio, como su nombre lo indica, consiste en juzgar bien de las cosas, estimándolas tanto cuanto valen, según su peso y su importancia; y como la perfección del ojo corporal consiste en juzgar bien de los colores, en ver blanca una cosa blanca, y en el grado de blancura que tiene, y así de lo demás; de la misma manera la excelencia del ojo del alma, que es el juicio, consiste en distinguir el precio de las cosas y en estimarlas según su mérito, y, por consiguiente, en hacer incomparablemente más caso del alma que del cuerpo, de las cosas eternas que de las cosas corporales, del negocio de la salvación más que de todos los demás; y el que no lo hace, muestra que está desprovisto de juicio, puesto que juzga tan

1. *Ex studiis suis intelligitur puer*. Prov. XX, 11.

mal de objetos de un valor tan desproporcionado, y que excluyen toda comparación.

III. ¿En qué consiste el buen espíritu? El mundo lo coorea en engrandecerse, y dice de un hombre hábil en hacer sus negocios, que siendo pobre se ha hecho rico, y ha establecido bien la fortuna de sus hijos, que este es un hombre de espíritu; *pero los hijos de los hombres se engañan en la balanza de sus designios y de sus palabras* (1). Llámale buen espíritu aquél que, después de haber adquirido algunos honores pasajeros, y dejado riquezas á su posteridad, la cual tal vez no se acordará más de él después de su muerte y desperdiciará bienes recibidos con tanto trabajo, se verá de repente despojado de sus posesiones y de todas sus grandezas, desgraciadamente condenado y precipitado á las llamas eternas, para deplorar allá siempre el poco espíritu que ha tenido de pensar tan débilmente en su salvación? ¡Ah! cómo hubiera estado dotado de un espíritu mucho mejor, si, luchando contra ese deseo y esos cuidados excesivos de adquirir bienes y honores perecederos, que ya no tiene, y ya no tendrá jamás hubiera trabajado en ganar los tesoros infinitos y la gloria soberana, que le esperaban en el cielo y que nada en el mundo le podía arrebatar! Es menester decir que este insensato tuvo espíritu para los otros y que no lo tuvo para sí; que no hizo sus negocios sino los de otros, y que arruinó los suyos. "Y sin embargo, el primero y más verdadero efec-

1 *Mendaces filii hominum instaterijs*, Psal, LXI, 9.

to de la sabiduría, dice Platón, (1) es ser sabio para sí mismo."

Salomón había dicho antes de él: *Si tú eres sabio, lo serás para tí mismo.* (2) Si un hombre versado en toda suerte de ciencias y en el conocimiento de todas las lenguas, pasando sobre un puente, se precipitara al río, los asistentes admirados y mirándose unos á otros exclamarían: Oh! hombre insensato y despojado de espíritu y de juicio! ¿Para qué tanto griego, tanto latín, tanta ciencia? La ciencia más necesaria al pasar sobre un puente, es la de cuidarse para no caer. Y ciertamente, no es una gran ciencia saberse perder. Salomón que ha sido mirado como el más sabio de todos los hombres, debe ser mirado como el más insensato de todos, si tiene la desgracia de estar en el infierno, y cuando él dice en los proverbios: *Soy el más insensato de todos los hombres,* (3) merece que se le responda: dices verdad. El demonio que tiene sin duda más conocimientos que todos los hombres sabios que hay en la tierra, no tiene un solo grano de verdadera sabiduría, puesto que se ha perdido para siempre, y se ha alejado infinitamente de la sabiduría por esencia, que es Dios. Por esto es que la santa Escritura llama á los pecadores locos é insensatos, por más ciencia y espíritu que tengan por otra parte.

IV. El espíritu bueno es salvarse. Esto es lo que el Doctor angélico Sto. Tomás nos hace comprender de una manera muy clara, diciendo que

1 In Hippia major.

2 Si sapiens fueris, tibi metipsi eris. Prov. IX, 12.

3 Prov. XXX, 2 Suo ultissis sum vrm. r. um

las palabras espíritu y entendimiento significan un conocimiento profundo é íntimo, y que la palabra comprender quiere decir, leer en el interior; (1) lo que se comprenderá, si se atiende á la diferencia que se encuentra entre los conocimientos del espíritu y aquello que nos viene por los sentidos. Los conocimientos de los sentidos se limitan á los objetos sensibles y que aparecen en el exterior; y los conocimientos del espíritu penetran hasta el fondo, y á la esencia de las cosas como á su objeto propio. Pues bien, entre las cosas interiores en las cuales puede penetrar nuestro espíritu, es indudable que las de la salvación tienen el primer rango, como que son las más espirituales, las más divinas y las más separadas de los sentidos. Debe nos pues, concluir de esto que apearse á los honores, á las riquezas y á todo aquello que no tiene más que un brillo exterior, no pensar más que en lo que lisonjea los sentidos, esto es mostrar un espíritu material y grosero, despojado de entendimiento, y que la señal infalible de un buen espíritu, es el aplicarse á conocer las cosas que nos llevan á Dios, y que nos conducen á la bienaventuranza.

Mas no basta conocerlas, es preciso amarlas y ponerlas en práctica. *Aquellas que observan los mandamientos de Dios, decía David, están llenos de un buen espíritu.* (2) Lo que Genebrardo explica en estos términos: Están dotados de un espíritu justo y de un juicio sólido, aquellos que temen á

1 Quendam íntimam cognitionem importat; dicitur enim intelligere, quasi intus legere. (11, 2, 9, 8, a. 1.)

2 Intellectus bonus omnibus facientibus eum. Psal., CX, 10.

Dios y observan sus santas leyes (1). Si, añade San Gregorio de Nazianzo, sobre estas mismas palabras: (2) tienen el espíritu justo aquellos que observan los mandamientos de Dios, y no aquellos que se contentan con conocerlos y anunciarlos. Las Santas Escrituras no cesan de repetir que un hombre no merece el nombre de sabio sino cuando teme á Dios, porque en esto es en lo que consiste la verdadera sabiduría. *Temer al Señor, hé aquí la sabiduría*, decía Job; *huir de lo malo, hé aquí la inteligencia* (3). *La plenitud de la sabiduría es el temor del Señor* (4) dice el Eclesiástico; *el temor del Señor es el principio de la sabiduría*, (5) dice el Psalmista; lo que Genebrardo explica así: «La introducción, el principio, la perfección de la sabiduría, es el temor del Señor.» (6) Por consiguiente es fácil ver que el origen, el principio, la perfección soberana de la sabiduría, la consumación de la prudencia, es temer á Dios, alejarse del mal, lograr su salvación, y que en esto está la sola señal que puede hacer reconocer á los verdaderos sabios y á los buenos espíritus.

Por esto el profeta rey decía: *«He sobresalido en inteligencia á todos mis maestros, porque medito vuestros oráculos. Avenajé en prudencia á*

1 Intellectus sanus et integer, sanum iudicium et sincerum inest his qui se exercent in timore Domini, et mandatis ejus exequendis. Geneb. lib.

2 Orat. 15.

3 Ecce timor Domini, ipsa est sapientia, et recedere á malo, inteligencia. Job XXVIII, 28.

4 Plenitudo sapientia, est timere Deum. Eccli., I, 20.

5 Initium sapientia timor Domini, Psal., CX, 9.

6 Introductio ad sapientiam, caput et summa perfectio sapientia, timor Domini. Geneb.

los más ancianos, porque practico vuestros mandamientos para cumplirlos (1). El cardenal Cayetano dice sabiamente á propósito de esto, hablando de los dones del Espíritu Santo, de la sabiduría, de la inteligencia, y de la ciencia de la salvación: En verdad una pobre mujer que únicamente sabe amar á Dios y observa bien sus mandamientos, tiene mucha más inteligencia y sabiduría, no digo solamente que los impíos y los herejes, quienes, por su falsa doctrina y su vida desarreglada, están en completa oposición con sus mandamientos, sino que los doctores en teología y los hombres más sabios, encanecidos en el estudio y mirados por todos como los más sabios. Y en efecto, importa muy poco ignorar todo lo demás, con tal que se conozca esta sola cosa; puesto que esta sola cosa puede hacer á un hombre bienaventurado, mientras que todas las demás no lo harán, ni le impedirán el ser miserable. San Agustín, al pensar en el tiempo en que era maniqueo, exclama: «Oh Señor, mi Dios, ¿de qué me servía este espíritu sutil y tan penetrante para todas las ciencias? ¿De qué me servía descubrir, sin ayuda de profesor, las dificultades más arduas de tantos libros oscuros, mientras que, por un desarreglo vergonzoso y sacrilego, me engañaba yo tan pesadamente en la doctrina de la salvación y de la piedad? Y ¿qué tan gran daño podían acarrear á vuestros hijos, á las simples mujeres y á los arte-

1 Super omnes docentes me intellexi (factus sum intelligentior et prudentior), quia testimonia tua meditation mea est. Super omnes intellexi, quia mandata tua quaesivi. Psal. CXVIII, v. 33 y 100.



sanos, su espíritu tosco y la ignorancia que tenían de las letras, mientras que os conocían, á vos que sois la verdad soberana, y que, como pajaritos ó inocentes palomas, estaban educados y calentados en el nido de vuestra Iglesia, y si las alas de su caridad se fortificaban por el alimento y el jugo de la verdadera fe, á fin de poder volar más frecuentemente hácia vos? (1).

Apliquémonos por tanto enteramente á esta grande é importante ciencia, á la ciencia de la salvación; acordémonos siempre que el buen juicio y el buen espíritu consisten en comprenderla bien y en practicarla bien; y aquellos que se aplican á ella con más cuidado y hacen más progresos en ella, deb en ser mirados como los más sabios y los más prudentes de todos.

1 Quid Domine Deus! mihi proderat ingenium per omnes doctrinas liberales agile, et tot nodosissimi libri sine ullo humani magisterii adminiculo enodati; cum deformiter et sacrilega turpitudine in doctrina pietatis errarem? aut quid tantum aberat partibus tuis longe tardius ingenium, cum á te longè non recederent, ut in nido Ecclesie tuti plumescerent, et alas charitatis alimento sane fidei nutrissent. Confess, lib. IV, caput ult.

## SECCION SEGUNDA.

No estamos en el mundo sino para pensar en nuestra salvación.

I. La salvación es el fin de todos los hombres.—II. Este es el sólo negocio grande é importante.—III. Debemos estimar la salvación sobre todo lo demás.—IV. Debemos referir á ella todos nuestros cuidados y todos nuestros afectos.

I. Para aplicarnos con fruto en el cuidado de nuestra salvación, nos importa en gran manera el pensar seriamente que solamente para esto estamos en el mundo, y que por consiguiente nos debemos dar á ella más que á toda otra cosa.

Cuando dirigimos una mirada sobre la sociedad de los hombres, descubrimos en ella una variedad admirable de estados, de profesiones, y una multitud de ocupaciones diversas. Unos siguen la carrera de las armas, otros se aplican al estudio de las letras, otros se dan al comercio; uno es pintor, el otro es escultor, el otro arquitecto. Vemos labradores, viñadores, jardineros, y en fin, toda clase de oficios diferentes. Pero la vocación y el oficio general de todos los hombres es hacer su salvación. Los Papas no han venido al mundo para ser Papas, ni los reyes para ser reyes, ni los sabios para ser sabios, ni los ricos para ser ricos; sino que todos han venido á él para salvarse. Para esto son criados, este debe

ser el blanco de toda su vida. Salomón al acabar su libro del Eclesiastés, dice estas notables palabras: Por conclusión de mi libro y de todos mis discursos, temed á Dios, observad sus mandamientos: porque esto es todo el hombre, (1) este es el fin señalado á cada hombre, (2) ó como traduce San Gerónimo: Para esto es para lo que ha nacido el hombre (3). Si en esto consiste todo el hombre, dice San Bernardo, sin esto el hombre es nada, (4) para esto es para lo que Dios lo ha puesto en el mundo: lo demás no es más que accesorio.

Al crear Dios al primer hombre y en él á todos los demás, hizo dos cosas extraordinariamente notables: primero crió al hombre solo, sin darle compañera, mientras que en la formación de los animales creó los dos sexos juntamente; en segundo lugar, antes que Eva fuese formada y que Adán supiera que Dios quería darle una compañera, antes aún que comiera y bebiera, dice la Sagrada Escritura, (5) que Dios le envió un profundo sueño, que no era sueño natural, sino un éxtasis, como traducen los setenta. Durante este éxtasis, elevó su espíritu al cielo á la contemplación y al amor de las cosas celestes, le mostró aun claramente su divina esencia, según algunos, (6) y mientras que el

1 Finem loquendi pariter omnes audiamus. Deum time, et mandata eius observa: hoc est enim omnis homo. Ecl. Cap. ult. v. 73.

2 Hoc est quod ab artifice uno datum est. cuilibet. Vers. Syriaca.

3 Ad hoc natus omnis homo. Trad. Hiero.

4 Ergo si hoc est omnis homo, absque hoc: nihil omnis homo Bern. serm. 20, in Cant.

5 Genes. 2-21.

6 Richard, in 2.

hombre estaba interiormente ocupado en estos sublimes pensamientos y en estos santos afectos, formó á Eva de una de sus costillas, para mostrar que el hombre no estaba creado para casarse, para beber, para comer ni aplicarse á las acciones de los sentidos y establecerse en la tierra, sino para tender al cielo, para elevar allá sus pensamientos, dar á Dios todos sus afectos y fijar ahí su corazón.

En cuanto á los cuidados del cuerpo y de la tierra, á los cuales la necesidad obliga al hombre todos los días, no hay que entregarse únicamente á ellos, sino que hay que tener su espíritu fijado en el Cielo y en el deseo de su salvación.

II. Asi la Sagrada Escritura llama á la salvación el negocio *negotium*, el negocio por excelencia, para mostrar que el hombre no debe aplicarse propia mente más que á este negocio. Se lee en la profecía de Daniel que este profeta *entró á su casa, y que anunció el negocio á sus compañeros Ananias, Misael y Azarias*. (1) Ricardo de S. Víctor explica esto del negocio y del cuidado de su salvación. (2) *Os ruego, hermanos míos, dice S. Pablo en la epístola á los Tesalonicenses, que crezcáis más y más en las buenas obras y que pongáis todos vuestros cuidados por conservaros en la calma y en la paz, á fin de que esteis atentos á vuestro negocio*, (3) el negocio de vuestra salvación.

(1) Ingressus est domum suam. Ananiaque et Misael et Azario sociis suis indicavit negotium. Dan. II, 17.

(2) In magno Benjam.

(3) Rogamus vos, fratres, ut abundetis magis in omni opere bono, et operam detis ut quieti sitis, et ut vestrum negotium agatis. I. Thess. IV, 10.

Las demás ocupaciones, cualesquiera que ellas sean, no merecen ser llamadas negocios; son más bien pequeños entretenimientos y pasatiempos de la juventud. Y ciertamente, no se da el nombre de negocios á las ocupaciones de los niños; cuando forman casitas, cuando se entretienen con sus juguetes, montan en carrizos y se esfuerzan con tanto ardor en adquirir la gloria de ser reyes en sus juegos, no se dice entonces que tienen negocios, sino solamente que pasan el tiempo en puerilidades; porque todo esto es tan frágil, que el más leve viento puede derribarlo, y de tan poca consideración, que las personas razonables no se dignan hacer atención á eso. Se puede decir otro tanto de las empresas y de las ocupaciones de los hombres, cuando ponen todos sus afanes en edificar casas, en adquirir honores, en amontonar riquezas; porque, aunque todas estas cosas sean más grandes y más durables que las de los niños, no por eso merecen el nombre de negocios, sino solamente el de bagatelas, de cosas de poca importancia, sujetas á mil accidentes, y en último resultado, á la ley inevitable de la destrucción.

III. Debemos sacar de esto dos conclusiones muy importantes. La primera, que debemos tener la más alta estima por el negocio de nuestra salvación, y preferirla á todo, porque este es propiamente el único punto que nos toca; y este negocio es de tal importancia, que de él depende nuestra felicidad ó nuestra desgracia mientras dure el tiempo y en la duración infinita de la eternidad. Esta es la sola cosa necesaria de que habla Jesu-

Cristo en el Evangelio, (1) y sin la cual, hagamos lo que hagamos, hacemos nada. Porque como dice también Jesu-Cristo en otro lugar del Evangelio: *De qué le sirve al hombre ganar, no digo una parte ó la mitad del universo, sino todo el universo entero, con todo lo que puede contener de riqueza y de gloria, si llega á perder su alma! Y ¿por qué cosa podrá cambiar su salvación para no perder en el cambio?* (2) ¿Sería esta el oro, la plata, palacios, reinos? Todo esto es nada, porque si el alma se salva, todo se ha salvado; si el alma se pierde, todo se ha perdido, reinos, palacios, todos los tesoros, y perdido para siempre.

Por esto San Eucherio, escribiendo á su primo Valeriano y queriendo imprimir vivamente en su corazón esta importante verdad, después de haber referido las palabras del Salvador, concluye en estos términos: "No puede haber algún provecho en cosa alguna, cualquiera que ella sea, si este provecho trae consigo la pérdida de nuestra alma, y jamás hay ganancia en donde hay que temer la pérdida de la salvación." (3)

IV. La segunda conclusión que debemos sacar de estas verdades, con S. Eucherio, es que debiendo las cosas más grandes y más importantes tener el primer lugar en nuestros pensamientos y en nuestros afectos, y siendo el negocio de nuestra

1 Porro unum est necessarium. Luc., X, 41.

2 Quid prodest homini, si mundum universum lucratur, anima vero suo detrimentum patiat? aut quam dabit homo commutationem pro anima sua? Matth. XVI, 26.

3 Proinde non potest ulla compendii causa consistere, si constet anima intervenire dispendium; ubi salutis damnum est, illic utique jam lucrum nullum est. Epist. paron. ad Valer.

salvación el primero y el más elevado de todos, debe ser el objeto particular de nuestra mayor sollicitud. El pensamiento de nuestra salvación debe ser como un amparo y una salvaguardia contra todo aquello que pudiera distraernos; debe ser no solamente lo primero, sino lo único. (1) Si este es el único negocio, debe ser por tanto el único objeto de nuestros desos y de nuestros afanes; y puesto que solamente tenemos que hacer esto en el mundo, debemos en consecuencia aplicarnos á él enteramente.

Sigamos el ejemplo de los mundanos en la dirección e sus negocios: ¿qué no hacen si tienen un proceso importante? ¿Qué de cuidados! qué de agitaciones! no piensan, no hablan más que de eso; si van, si vienen, si hacen oraciones, si hacen regalos, todo tiende á ese proceso; no se ocupan más que de lo que puede hacerlos ganar. Y ciertamente, lo menos es que no hacemos otro tanto por el gran negocio de nuestra salvación. Si un hombre hubiera venido expresamente á una ciudad para arreglar un negocio del cual dependiesen sus bienes, su honra y su vida, y que en lugar de dedicarse á él pasara los días enteros en jugar, en comelitones y en pensar en todo menos en su negocio, se le miraría con razón, como desprovisto de sentido. ¿No debe juzgarse igualmente de aquellos que obran del mismo modo en el negocio de su salvación? Y desgraciadamente es la mayor parte. "Nos sucede frecuentemente, dice S. Cri-

1 Primas apud nos curas quo prima habentur, obtineant, summaque sibi sollicitudinis partes salus, quo summa est, viadict: hoc nos occupet in prosidium et tutelam sui fam non plané prima sed sola. S. Euch, ibid.

sóstomo, lo que se nota en los criados perezosos, que, cuando son mandados á alguna parte por sus amos, se detienen en el camino á bobear, á oír un cuento nuevo en una esquina, en donde rodean á un charlatán y mantienen su curiosidad con las mentiras que cuenta. Somos enviados por Dios á este mundo para un negocio de consecuencia infinita, negocio que es extraordinariamente urgente: es decir, para obrar nuestra salvación. Y bien! abandonamos el cuidado de este negocio, y nos entretenemos en admirar y tener como dichoso á un hombre rico en un brillante coche, rodeado de muchos criados; en ver una belleza perecedera que muy pronto va á desvanecerse, ó ciertas miserias de ese género que no son de alguna utilidad para nosotros. Pero, así como el mal sirviente es castigado por su amo cuando se le presenta después de haber dejado pasar el tiempo necesario para la ejecución de las órdenes que había recibido, de la misma manera, si hemos perdido la ocasión de trabajar en nuestra salvación por ocuparnos de bagatelas y cosas de nada, la justicia de Dios tomará sobre nosotros rigurosas venganzas, para castigarnos por nuestra locura y nuestra pereza! (1)

No séamos de ese número, y puesto que nuestra salvación es el solo fin por el cual Dios nos deja en el mundo, y que de este negocio dependen la vida ó la muerte eterna de nuestra alma y de nuestro cuerpo, el establecimiento ó la ruina de todo lo que puede elevarnos, enriquecernos y darnos de toda suerte de contento y de paz, empleemos todo lo que tenemos de fuerzas corpora-

1 Homil. IV in Epist. ad Rom.

les y espirituales en este grande y único negocio; empleemos el todo por el todo.

Habiendo preguntado un día el cardenal de los Ursinos al sabio y piadoso Bellarmino, si cierto negocio, que éste le había recomendado, urgía mucho, contestó: "Nada me urge, Monseñor, más que el cuidado de mi salvación." (1) Que nada nos urge también á nosotros más que este mismo cuidado. Explicando S. Bernardo estas palabras de David: *Mi alma está siempre en mis manos*, (2) añade: "Es preciso que digamos con el Santo profeta: mi alma está siempre en mis manos; escojamos más bien arder que ceder; y así como no olvidamos fácilmente lo que tenemos en las manos, así no olvidemos jamás el gran negocio de la salvación de nuestra alma, y que el cuidado de este único negocio tenga siempre el primer lugar en nuestros corazones." (3)

Es menester, por tanto, primeramente, que dirijamos hacia este fin todos nuestros pensamientos, todas nuestras palabras y todas nuestras acciones; y así como el cielo rodea la tierra, la gobierna y la tiene en la dependencia de sus movimientos y de su influencia, así es menester que el negocio de nuestra salvación abraze y dirija todos los demás; y que si nos vemos obligados á ocuparnos de las cosas de la tierra, es preciso

1 Vit. Bellarmin. cap. 17.

2 Anima mea in manibus meis semper. Psal., CXVIII, 100.

3 Dicendum cum Sancto: Anima mea in manibus meis semper. Eligamus potius ardere quam cedere; et sicut quod in manibus nostris tenemus, non facile obliviscimur, sic nunquam obliviscamur negotium animarum nostrarum, et illa cura principaliter vigeat in cordibus nostris. Serm. 5. Vigil. Nat. Domini.

siempre que estén subordinadas á la salvación, que estén siempre, si puedo expresarme así, en su circunferencia; y se necesita mucho tener cuidado de que nada en el mundo nos arroje fuera de este círculo. Se necesita en segundo lugar, que rechacemos con fuerza todo lo que pudiera poner obstáculo á ella, de cualquiera parte que venga. Habiendo preguntado el juez Secundino al glorioso mártir S. Adrias, el cual era atormentado por la fe con sus hijos, en dónde había escondido los tesoros de la Iglesia? respondió: "Nuestros tesoros son nuestras almas, que no queremos perder por nada en el mundo. Cortad, desgarrad, quemad, crucificad nuestros cuerpos; hacéndonos sufrir todos los suplicios que la rabia pueda inventar: nuestros tesoros y nuestras riquezas son nuestras almas, que no queremos perder ni por el atractivo del placer, ni por el temor del dolor, ni por nada de esta vida." (1) Digamos y hagamos del mismo modo.

Qué cosa mas razonable, cuando vemos á los hombres tomar tanto trabajo todos los días por cosas despreciables. Esto es lo que hizo decir á S. Bernardo: "Os ruego, puesto que sois tan cuidadosos de los bienes de la tierra, que no descuidais ni aun las cosas más pequeñas, que guardais con tanto cuidado vuestra paja, el que os acordeis al menos de conservar vuestro granero, que está lleno de trigo, y puesto que sois tan afanosos para conservar vuestro estiércol, el que no os expon-

1 Thesauri nostri anima nostro sunt: quas perdere nullatenus volumus. Surius, 2 Decemb, Baronius. Ann. 259, n. 17.

gais á perder vuestro tesoro." (1) Vuestra paja y vuestro estiércol son vuestras riquezas, vuestros honores, vuestros contentamientos y todo lo que la tierra puede ofrecero; vuestro trigo y vuestro tesoro, es vuestra alma y vuestra salvación. Si os tomáis tantos cuidados y vigilancia por conservar esos bienes viles y perecederos, podreis dormir cobardemente, cuando se trata de conservar estos bienes eternos, y querer en seguida pasar por sabio? Concluyamos con S. Gregorio, que esto es obrar no como un hombre dotado de razón, sino como un insensato. "Como es posible, aña e el mismo santo doctor, que estando dotado de espíritu y de juicio, como lo estais, no veis lo que os es más ventajoso, no pensais en vuestra inmortalidad futura, no os advertis jamás el preguntaros á vos mismo lo que debéis llegar á ser un día; sino que traicionáis vuestra razón, el don más bello que hayais recibido de vuestro Creador, haciéndola inútil, y entregandoos á la ociosidad y á la embriaguez de los sentidos. ¿No es una vergüenza el obrar así, no es vivir como un muchacho, y merecer justos reproches?" (2) Tales son las palabras de las que no teme servirse este santo doctor en un asunto tan importante. Véamos ahora lo que tenemos que hacer para tomar un verdadero cuidado de nuestra salvación.

1 Quoso te, si tam sollicitus es, sic nec minima negligis, si tam prudenter serras paleas tuas, etiam horreum tuum servare memento; imò verò non exponas thesaurum tuum, qui sic incubas sterquilinio tuo. Serm. 7, in Psalm. Qui habitat.

2 Greg-Nyss, loco supra citato.

## CAPITULO SEGUNDO.

Cual es el mérito, la excelencia y la perfección del hombre y el verdadero punto de la vida espiritual.

- I. Cuán importante es conocer en qué consiste la perfección.—  
 II. La perfección del hombre está en el alma.—III. Razón fundamental de esta verdad.—IV. Ejemplo de la Santísima Virgen.—V. Ejemplo del primer ángel y de S. Luis Gonzaga.

I. La ignorancia del punto esencial de la vida espiritual trae graves consecuencias, y puede causar grandes males. Un buen número de personas religiosas y seglares, llenas de buena voluntad, tomándose mucho trabajo, si supieran en qué consiste la vida espiritual y qué camino debe conducir á ella, harían muy grandes progresos en la virtud, adquirirían inmensos tesoros de mérito, se elevarían á un alto grado de perfección; pero, por falta de este conocimiento, pocos progresos hacen y quedan, con todo su trabajo, muy lejos del fin hácia el cual tienden. Pudiera decirseles lo que Moysés decía al pueblo de Israel: Arrojaréis mucha semilla á la tierra para sembrar, y después de mucho trabajo no recogeréis más que muy poco;... plantareis viñas con el sudor de vuestra frente, las cultivareis, y cuando llegue el tiempo de cosechar las uvas, no encontrareis ahí ni un racimo, y jamás

gais á perder vuestro tesoro." (1) Vuestra paja y vuestro estiércol son vuestras riquezas, vuestros honores, vuestros contentamientos y todo lo que la tierra puede ofrecero; vuestro trigo y vuestro tesoro, es vuestra alma y vuestra salvación. Si os tomáis tantos cuidados y vigilancia por conservar esos bienes viles y perecederos, podreis dormir cobardemente, cuando se trata de conservar estos bienes eternos, y querer en seguida pasar por sabio? Concluyamos con S. Gregorio, que esto es obrar no como un hombre dotado de razón, sino como un insensato. "Como es posible, aña e el mismo santo doctor, que estando dotado de espíritu y de juicio, como lo estais, no veis lo que os es más ventajoso, no pensais en vuestra inmortalidad futura, no os advertis jamás el preguntaros á vos mismo lo que debéis llegar á ser un día; sino que traicionáis vuestra razón, el don más bello que hayais recibido de vuestro Creador, haciéndola inútil, y entregandoos á la ociosidad y á la embriaguez de los sentidos. ¿No es una vergüenza el obrar así, no es vivir como un muchacho, y merecer justos reproches?" (2) Tales son las palabras de las que no teme servirse este santo doctor en un asunto tan importante. Véamos ahora lo que tenemos que hacer para tomar un verdadero cuidado de nuestra salvación.

1 Quoso te, si tam sollicitus es, sic nec minima negligis, si tam prudenter serras paleas tuas, etiam horreum tuum servare memento; imò verò non exponas thesaurum tuum, qui sic incubas sterquilinio tuo. Serm. 7, in Psalm. Qui habitat.

2 Greg-Nyss, loco supra citato.

## CAPITULO SEGUNDO.

Cual es el mérito, la excelencia y la perfección del hombre y el verdadero punto de la vida espiritual.

- I. Cuán importante es conocer en qué consiste la perfección.—  
 II. La perfección del hombre está en el alma.—III. Razón fundamental de esta verdad.—IV. Ejemplo de la Santísima Virgen.—V. Ejemplo del primer ángel y de S. Luis Gonzaga.

I. La ignorancia del punto esencial de la vida espiritual trae graves consecuencias, y puede causar grandes males. Un buen número de personas religiosas y seglares, llenas de buena voluntad, tomándose mucho trabajo, si supieran en qué consiste la vida espiritual y qué camino debe conducir á ella, harían muy grandes progresos en la virtud, adquirirían inmensos tesoros de mérito, se elevarían a un alto grado de perfección; pero, por falta de este conocimiento, pocos progresos hacen y quedan, con todo su trabajo, muy lejos del fin hácia el cual tienden. Pudiera decirseles lo que Moysés decía al pueblo de Israel: Arrojaréis mucha semilla á la tierra para sembrar, y después de mucho trabajo no recogeréis más que muy poco;... plantareis viñas con el sudor de vuestra frente, las cultivareis, y cuando llegue el tiempo de cosechar las uvas, no encontrareis ahí ni un racimo, y jamás

bebereis vino de su producto (1). De la misma manera, muchos arrojan todos los días la semilla de sus oraciones, de sus limosnas, de sus ayunos y de otras buenas obras, semilla, por lo demás, buena en sí, pero no sacan de ella más que poco ó ningún fruto.

Por esto es en extremo importante el saber justamente en qué consiste la esencia de la virtud, de nuestro mérito y de nuestra perfección; porque conociéndolo bien, se podrá avanzar fácilmente, con más seguridad y reposo de espíritu, y aprovechar más en una semana, y aun en un día, lo que no se haría de otra manera en un año. Saber donde está un tesoro, es casi haberlo encontrado; no saber en donde está, es estar en el caso de no encontrarlo jamás. De la misma manera, si se conoce en qué consiste la verdadera virtud, el punto esencial de la perfección, esto es ya haberla adquirido en cierto modo, porque una buena voluntad, iluminada con este conocimiento, se inclinará inmediatamente hacia ese punto, hacia él dirigirá todas sus acciones; mientras que si no se le conoce, se irá á la aventura, se alejará del verdadero camino y se expondrá á no llegar jamás á su término. Por tanto, es necesario conocer su fin, si se quiere llegar á él. Es menester, como dice Aristóteles (2), que el tirador vea el blanco para apuntarle; de otro modo, entre cien tiros que tire, si rá raro que dé uno en el blanco, y aun este será á la

1. Sementem multam jacies in terram, et modicum congregabis;... vinean plantabis et fodies, et vinum non bibes, nec colliges ex ea quippiam. Deut., XXVIII, 38.

2 Ethic. I, cap. 2.

ventura; pero si lo ve, le será fácil pegarle, con tal que le tire con acierto. Consideremos, pues, esta grande é importante verdad.

Es una cosa cierta y reconocida, que la perfección no consiste en la pobreza, ni en el abandono de los bienes exteriores, pues lo que puede uno ser despojado de estos bienes y estar al mismo tiempo muy distante de la perfección. Crates de Tébas arrojó todas sus riquezas á la mar á fin de tener menos obstáculos para entregarse á la filosofía, no estaba por eso menos lejos de la perfección, puesto que era pagano, y que no pudo tener en eso verdadera y sólida virtud, sin el conocimiento del verdadero Dios. Vemos también que entre aquellos que piden limosna, hay un gran número que son imperfectos y viciosos, y tan pobres de los bienes del alma como de los del cuerpo. Si la perfección no está en la pobreza, mucho menos se encontrará en las riquezas, habiendo Nuestro Señor fulminado contra los ricos estas terribles palabras que deberían hacerlos temblar continuamente: *¡Ay! de vosotros ricos..... (1) es más fácil á un camello pasar por el ojo de una aguja que á un rico entrar en el reino de los cielos.* El abate Tarjin ha substituido en este texto á la palabra *Camello* empleada por San Lucas la de *Cable indiano* por algunos intérpretes. Sin embargo, parece que es preciso conservar la palabra *Camello*. Este pasaje tan difícil ha recibido recientemente una explicación verosímil y que satisface. En efecto, se lee en la "Revista del arte Cristiano:"

1 *Vae vobis divitibus.* Luc. VI, 24.



“Un viajero acaba de descubrir que había en Jersa en una puerta de Adana que se llamaba el *Ojo de la aguja*; era ella tan estrecha y tan baja, que un camello cargado de mercancías apenas podía pasar por ella y doblando las rodillas. Desde luego se comprende la exactitud perfecta de la comparación entre el rico, obstruido con sus bienes temporales, á la entrada de los cielos, y el camello, recargado con sus equipajes, ante la puerta del *“Ojo de la aguja.”* Estas son dos dificultades que están en paralelo y no una dificultad parecida á una imposibilidad.”

Es igualmente cierto que la virtud y la perfección no consisten, hablando rigurosamente, en las afecciones y mortificaciones del cuerpo; porque de esto se seguiría que los soldados en los ejércitos, los criminales en las prisiones, los presidiarios en las galeras, los pobres en los hospitales, los enfermos en su cama, serían perfectos; lo que no es siempre, desgraciadamente. Los monjes turcos, y los bonzos de las Indias atormentan más sus cuerpos por la hambre, la sed, el calor, el frío, las cortadas sangrientas y otras muchas penitencias extraordinariamente rigurosas, que los religiosos de las órdenes más austeras de la Iglesia; y á pesar de esto, son hombres que, además de su pecado de infidelidad, se abandonan y se proscriben vergonzosamente á toda clase de vicios y de crímenes monstruosos. Si la perfección no consiste en las austeridades del cuerpo, mucho menos consiste en los placeres, puesto que Nuestro Señor ha pronunciado esta sentencia contra los voluptuosos: *“Ay de vosotros que no pensáis más que en reír y en entregaros al placer, porque un día llorareis, y*

*todas vuestras alegrías se convertirán en tristezas eternas!* (1) Está fuera de duda también que la perfección no se encuentra en las acciones del cuerpo, ni en cosa alguna que proceda del cuerpo; porque entonces era necesario decir que Dios y los ángeles no son perfectos, puesto que no tienen cuerpo y son espíritus puros; y sin embargo, Dios es la perfección por esencia y los ángeles son criaturas muy perfectas.

Es también cierto que la perfección, no está en una multitud de acciones que, por lo demás, siendo bien hechas, son por su naturaleza muy buenas y muy excelentes, como las limosnas, las oraciones, la recitación del oficio, la psalmódia y aun la comunión frecuente, puesto que hay un gran número de personas de ambos sexos que hacen todo esto y que no son mejores; tantos sacerdotes se acercan todos los días al santo altar y dicen la Santa Misa, quienes sin embargo no hacen progreso alguno en la santidad y en la virtud, sino más bien se alejan de ella.

II. ¿En qué, pues, consistirán la virtud y la perfección, supuesto que no consisten en alguna de estas cosas? Para comprenderlo bien, es menester recordar que el hombre es un todo compuesto de dos partes bien diferentes: la una material y por consiguiente vil y despreciable, esta es el cuerpo; la otra espiritual, inmortal, criada á la imagen de Dios, y por consiguiente, excelente y divina, esta es el alma. Ahora bien, decimos, y quisiéramos que todo el mundo lo supiera y lo comprendiera

<sup>1</sup> *Vae vobis qui ridetis nunc, quia lugebitis, et fletibitis* Luc. VI, 25.

bien, que, la virtud, la santidad y la perfección del hombre no consisten en el cuerpo, ni en alguna de las operaciones del cuerpo, sino en el alma y en las operaciones virtuosas del alma. Consisten: 1º En los actos interiores de las virtudes de fe, de esperanza, de religión; en las adoraciones, las bendiciones, las alabanzas, los agradecimientos, las humillaciones, los anabramientos, y, sobre todo, en los actos de la virtud de la caridad. 2º La perfección consiste en hacer todas sus acciones con intenciones muy nobles y muy perfectas. 3º Puesto que no somos espíritus puros, como los ángeles, sino que tenemos cuerpo, con el cual podemos glorificar á Dios ú ofenderle, se sigue que la virtud y la perfección consisten en hacer las acciones del cuerpo por el movimiento del espíritu, y en acompañar con sentimiento interior todo lo que es exterior. Hé aquí en qué consiste la excelencia del hombre y cuál es el verdadero punto de la vida espiritual. Es menester hacer estas tres cosas, y hacerlas de una manera elevada y sublime, como lo desarrollaremos en la continuación de esta obra.

El Espíritu Santo nos enseña claramente estas verdades en el salmo XLIVº, en el cual el profeta real, describiendo la unión espiritual de Nuestro Señor y del alma justa, dice: realzando con los colores más vivos las bellezas y las perfecciones de este esposo y de esta esposa: *Toda la gloria de la hija del Rey es interior* (1). Quiere hacernos entender por estas palabras, que toda la belleza, toda la bondad, todo cuanto hay de rico y precioso en

1 Omnis gloria filia regis ab intus. S. Aug. S. Hier.—Infrascriptis. Ps. XLIV, 14.

esta noble esposa del Hijo de Dios, todo, y no solamente una parte, está dentro, en su interior, en su espíritu, en sus pensamientos, como lo explica un texto griego y en las operaciones de su alma; y que, si hay alguna belleza, alguna bondad en las acciones exteriores, en la pobreza, por ejemplo, los sufrimientos, ó en cualquiera otra acción, es preciso necesariamente que esta belleza y esta bondad emanen del interior, como el rayo emana del sol; y que el alma debe conferirselas. Santo Tomás (1) San Buenaventura (2) y los demás teólogos nos enseñan, después de la Sagrada Escritura, que la bondad ó la malicia de la acción exterior, que merezca de Dios ó la recompensa, ó el castigo, procede únicamente de la voluntad.

III. Y, en efecto, puesto que la libertad del hombre reside esencial y formalmente en su alma y en su voluntad, es preciso necesariamente que la virtud, la santidad y el mérito del hombre tomen allí también nacimiento y den vida á las cosas exteriores, si se quiere que sean buenas, santas y meritorias. En el orden de la naturaleza, la perfección natural del hombre no consiste en su cuerpo, sino en su alma, que es de una naturaleza incomparablemente más noble. El cuerpo no tiene existencia sino en tanto que la recibe del alma que lo anima, sin el alma estaría sin belleza, sin fuerza, sin movimiento y sin vida; del mismo modo, en el orden de la gracia debemos mirar como fuera de duda que la perfección sobrenatural del hombre reside en el alma, como en su centro, y que todas las

1 S. Thom. 1, 2, quest. 20, a. 4.

2 1. Bonav. in 2. dist. 42.

acciones del cuerpo, cualesquiera que ellas sean, no tienen fuerza y perfección, sino en tanto que están animadas, vivificada y perfeccionadas por las buenas intenciones que proceden del alma, sin la cual serían un cuerpo muerto, sin espíritu y sin vida.

Acabemos de explicar esta verdad por una comparación muy clara y sencilla.

Supongamos á dos hombres en gracia con Dios, haciendo al mismo tiempo la misma limosna á un mismo pobre que se presenta á ellos; el primero con una intención pura y elevada, y el otro sin intención alguna; estas dos limosnas son perfectamente las mismas, si se considera solamente la acción exterior; es la misma cantidad, es dada al mismo tiempo al mismo pobre; y sin embargo, estas dos limosnas son muy diferentes en cuanto al mérito. La limosna del primero es buena, agradable á Dios y meritoria para la vida eterna; la del segundo no es ni buena ni mala, y no merece recompensa alguna. ¿Por qué una igualdad tan grande en la acción exterior, y una desigualdad tan grande en el mérito y en el valor? Depende solamente de que el hombre sensato hace jugar un resorte secreto en su alma, la buena intención, que dá á su limosna todo el precio, y todo el mérito; mientras que el otro, por haber descuidado el hacer mover ese resorte, queda delante de Dios sin virtud y sin mérito. Este ejemplo debe mostrar á todo el mundo que la excelencia, la virtud y la perfección del hombre no vienen del cuerpo y de lo exterior, sino del alma y de lo interior; sin embargo, para establecer aún todavía mejor esta verdad, sirvámonos de dos ejemplos muy manifiestos.

IV. Maria, la más noble y la más acabada de todas las puras criaturas, nos suministrará el primer ejemplo. Algunos grandes teólogos aseguran y prueban con buenas razones, (1) que esta reina incomparable ha tenido ella sola más gracias, mientras estuvo en la tierra, y que ella tiene ahora más gloria en el cielo, que no han tenido ni tendrán jamás todos los elegidos juntos; de suerte que si se pusieran en una balanza, de un lado, todas las riquezas que posee ese tesoro de maravillas, y del otro, todos aquellos de que gozarán los ángeles y los santos, es cierto que la Santísima Virgen aventajaría á todos los ángeles y los santos, según esta palabra del Sabio: *Muchas hijas, es decir, todos los elegidos, han reunido grandes tesoros y riquezas espirituales, de gracia y de gloria, pero vos habeis reunido más, y habeis aventajado á todas.* (2)

Y esto no sorprende, puesto que ellos no son más que súbditos y vos sois su reina; ellos no son más que simples servidores de Dios, y vos sois su digna madre. Esto supuesto, y lo creemos verdadero, decimos que, teniendo en consideración á la multitud casi innumerable de ángeles y de santos, y al poco tiempo que Maria ha vivido sobre la tierra, puesto que no ha permanecido en ella más de sesenta y tres años, y á las acciones que ha hecho, es preciso que tenga ella más mérito por la más pequeña de sus acciones, manejando simple-

1 Suares in III p. 1, 2, disp. 18, sect. 4. Conclus. 2. Salazar in cap. Proverb. 31 v. 29 et alii.

2 Multo filio congregaverunt divitias, tu supergressa es universas. Prov. XXXI, 29.

mente su huso, por ejemplo, que un gran santo en toda su vida. ¿De donde podía venir un mérito tan prodigioso? Es claro que esto no es por haber manejado un huso, porque esta acción nada tiene en sí de elevado, sino que viene de la excelencia de los actos interiores de virtud que ella hacía, y de la pureza de intenciones que la hacían obrar, y estas intenciones, juntas á la eminente dignidad de su persona, enaltecían y ennoblecían extraordinariamente esta acción exterior, naturalmente pequeña y de poco valor por sí misma. Así se dice de ella en los proverbios: Hace acciones fuertes, generosas y memorables; (1) y el Sabio explica inmediatamente cuáles eran estas acciones: *Ella ha tomado, dice, su huso para hilar.* (2) Ved aquí cuáles han sido estas acciones grandes y señaladas: grandes, no en sí mismas, puesto que son naturalmente pequeñas, sino grandes y muy grandes por la excelencia de los actos del alma y la nobleza de motivos con que ella las animaba.

V. Sacamos el segundo ejemplo del primero y más perfecto de los ángeles, en el que es preciso considerar tres cosas: la primera, que él es, según la opinión de algunos, (3) el más elevado en gloria de todos los bienaventurados, después de la Santísima Virgen, ó á lo menos, según el consentimiento de todos, uno de los más elevados; la segunda, que él posee toda esta gloria á título de recompensa, de lo cual es preciso concluir que la ha merecido, puesto que la recompensa supone mé-

1 Manum suam misit ad fortia, I. bid XXXI, 19.

2 Digni ejus apprehenderunt fusum, ibid.

3 S. Thom. de ang. tract. 16. disp 3.

rito; la tercera, que la ha adquirido, como lo aseguran todos, en muy poco tiempo, en menos de un cuarto de hora.

Siendo esto verdadero, preguntamos ahora: ¿Qué ha hecho, pues, para ganar en tan poco tiempo bienes tan inmensos; y por qué grados ha subido tan pronto á la cumbre de gloria, que muchos grandes Santos no conseguirían después de ochenta ó cien años de vida? No puede decirse que fue por alguna acción corporal, puesto que no tiene cuerpo; por qué, pues? Es indudable que fué por los actos de fe, de esperanza, de amor de Dios, por las adoraciones, los homenajes, las alabanzas y los demás actos interiores hechos de la manera más noble y más sublime, juntos á lo que la excelencia de su persona podía además añadirles, por lo que ha sido elevado sobre todos ó de casi todos los ángeles y santos, y por lo que está sentado en los primeros rangos del reino de los Cielos.

Añadiremos á estos dos ejemplos un rasgo muy notable y muy auténtico, sacado de la vida de S. Luis Gonzaga, religioso de nuestra Compañía. (1) Se dice en la vida de la bienaventurada Maria Magdalena de Pazzi, que esta santa religiosa vió un día al bienaventurado Luis dotado de una belleza tan rara, y resplandeciente de gloria tan admirable, que deslumbrada por sus rayos y conmovida por una admiración extraordinaria, exclamó, con palabras entrecortadas: Oh! qué gloria la de Luis, hijo de Ignacio! jamás lo hubiera yo creído si mi Señor Jesús no me lo hubiese mostrado. Me parece, en cierto modo, que no debe haber en el

1 Parte 1<sup>a</sup> de su vida, Cap. LXIX.

cielo una belleza y una grandeza comparables á las que veo en este gran santo; quisiera yo poder ir por todo el mundo, y decir que Luis, hijo de Ignacio, es un gran santo, y hacer ver á cada uno la eminencia de su gloria, á fin de que Dios fuera glorificado por eso. Y después de haber prorrum-pido en alabanzas semejantes, queriendo marcar la causa de la elevación prodigiosa de Luis, dice: Goza de tanta gloria, porque trabajaba en su interior; y añade: ¿Quién pudiera contar el mérito y fuerza de los actos interiores de virtud? (1) No puede haber comparación alguna entre el interior y el exterior.

A pesar de lo que acabamos de decir, no se puede negar, digan lo que quieran algunos, que aun cuando la fuerza, el mérito y la excelencia de la acción exterior tomen su origen en el movimiento interior del alma, sin embargo, la dificultad, la cantidad, la cualidad, y las demás circunstancias de la acción exterior, le aumentan en cierto modo el mérito: así, aquel que ayuna y se alimenta frugalmente, pudiendo vivir con delicadeza, aventajará á aquel que no ayuna ó que se alimenta de viandas exquisitas, aun cuando los dos estén en el mismo grado de gracias y que obren con intenciones igualmente perfectas, porque la dificultad es más grande. Así mismo, por ejemplo, aun cuando el alma sea el verdadero manantial de la belleza y agradabilidad de todo el cuerpo, sin embargo, la belleza del rostro es más grande que la

1 Esta visión ha sido aprobada y confirmada por acta pública en presencia y por mandato del Arzobispo de Florencia, el 15 de Abril 1606.

de la mano, no á causa del alma, puesto que ella se comunica toda entera á la mano como al rostro sino á causa de la diferencia natural que se encuentra en la belleza de estas dos partes del cuerpo; del mismo modo también, aunque sea la misma intención la que anime y vivifique el ayuno y la acción de comer, el uno, sin embargo, es más meritorio que la otra, porque es en sí mismo más penoso.

## I

## Pocas personas merecen mucho.

L. Pocas personas obran por motivos interiores.—Estudio de las personas verdaderamente espirituales.

I. Se infiere de lo que acabamos de decir, que hay pocas personas que merecen mucho, porque hay también pocas que obren por motivos interiores; la mayor parte de los hombres hacen sus acciones sin pensar en ellas, por costumbre y á más no poder. *No encuentro vuestras obras llenas delante de mi Dios.* (1) decía el ángel del Apocalipsis al obispo de Sardo. Hay obras llenas ante los hombres y obras llenas ante Dios: ayunar, hacer oración, dar limosna y otras cosas semejan-

1 *Non invenio opera tua plena coram Dei meo.* Apoc. III, 2.

tes, son obras llenas ante los hombres. En efecto, cuanto se ve hacerlas á cualquiera, sobre todo, si son muy repetidas, no teme uno decir del que las hace, que es un hombre de bien; lo que muestra que esas obras atraen la estima y la consideración de los hombres; pero no es lo mismo ante Dios; porque muy lejos de ser llenas, están vacías de todo mérito si no proceden del espíritu interior y si no están animadas por intenciones buenas. Por esto el obispo de Sardo, que obraba de esa manera, predicando, confesando, ordenando, haciendo limosnas, llenando los demás deberes de su cargo por hábito y por un movimiento puramente natural, sin alguna aplicación de espíritu, no tenía sus obras llenas ante Dios, como se lo dijo el ángel.

Oh! cuántas personas hay de todas condiciones á quienes se les pudiera dirigir también justamente el mismo reproche! Sus obras no son llenas sino ante los hombres; pero son vacías ante Dios, porque nada de interior hay en ellas, no tienen alma; su acción no es tan solo exterior y aparente, y en el interior todo está vacío; y, por consiguiente, aun cuando ellas trabajen años enteros y se tomen mucha molestia, muy poco ó nada ganan; porque los sacrificios que Dios pide, son *sacrificios llenos de médula* (1). Este es un punto de una importancia tan grande que las personas espirituales deben poner en él una seria atención, y acordarse siempre de esta grande advertencia, que Dios nos da por el profeta Ageo: Hé aquí lo que dice el Dios de los ejércitos: *considerad atentamente vuestros ca-*

1 *Holocausta medullata.* Psal., LXV, 15.

*minos, ved de qué manera avanzaís en la vida espiritual como os conducís en ella, y vereis que habeis sembrado mucho y habeis recogido poco, habeis comido y no habeis quedado satisfechos; habeis bebido y no habeis apagado vuestra sed; os habeis cubierto, y no habeis podido calentaros; habeis obrado como aquel que arrojara oro y piedras preciosas en un saco roto; (1) es decir habeis hecho muchas buenas obras, muchas limosnas, oraciones, comuniones, ejercicios de piedad, y los habeis hecho sin fruto, porque los habeis hecho sin espíritu interior, sin designio, ó con una deplorable irreflexión. Por esto, considerad atentamente de qué manera caminaís en las vías de la piedad, cuál es el motivo que os impulsa, á fin de poner orden en ello: *Vigilad sobre vosotros mismos* dice S. Juan; tened siempre los ojos abiertos sobre vuestras acciones, por temor de que no perdais el fruto de vuestros trabajos, y que no os priveis de la recompensa que esas acciones merecerian si estuvieran bien hechas (2).*

II. Las personas verdaderamente espirituales difieren de las que no lo son mas que en apariencia, en que ellas se dedican con aplicación particularmente á hacer todo por el movimiento del espíritu interior. La parábola de las Virgenes con sus lámparas nos muestra claramente esta ver-

1 *Hoc dicit Dominus exercituum: Ponite corda vestra super vias vestras. Seminastis multum, et intulistis parvum; comedistis, et non estis satiati; bibistis, et non estis inebriati; operuistis vos, et non estis calefacti, et qui mercedes congregarunt, misit eas in sacculum pertusum.* Agg. 1, 5 et 6.

2 *Videte vosmetipsos, ne perdati quos operati estis, sed ut mercedem plenam accipiatis* Joan. Ep. II, 8.

dad (1); eran diez, cinco prudentes y cinco necias. La diferencia que existía entre ellas no era por que solo las prudentes eran vírgenes y fueran con sus lámparas á encontrar al esposo; las necias tenían todas estas ventajas: todas eran vírgenes, tenían su lámpara en la mano, iban todas á recibir al esposo y á la esposa; pero las prudentes habían puesto aceite en sus lámparas, mientras que las necias lo habían olvidado. Lo mismo sucede con las personas que se conducen prudentemente en el negocio de la salvación, mientras que otras obran neciamente y con aturdimiento. En cada orden hay religiosos sabios y prudentes, y hay también inconstantes é imprudentes; la diferencia que existe entre ellos no proviene de las cosas exteriores; porque habitan la misma casa, se nutren con los mismos alimentos, visten el mismo hábito, se levantan, se acuestan y hacen oración á la misma hora; ayunan los mismos días, tienen la misma regla; en fin, las acciones exteriores son perfectamente las mismas; mas ella proviene de que los prudentes y sabios ponen en sus lámparas, es decir, en sus oraciones exteriores, aceite, que es el espíritu interior, las buenas intenciones, los santos afectos; mientras que los imprudentes nada de eso ponen, sino que obran por rutina y sin reflexión. Por esto Nuestro Señor les dirá el día del juicio, como á las vírgenes necias: No os conozco (2); se bien que habeis ayunado que habeis velado y cumplido os demás ejercicios de la religion; pero yo no conozco, no puedo aprobar ni á vosotros ni á vues-

1 Matth. XXV, 1.

2 Nescio vos, Matth. XXV, 12.

tras obras; no es por mí por quien las habeis hecho puesto que no habeis tenido intención en ellas y no han estado animadas de algún motivo bueno; así no seré quien os dará la recompensa; buscad quien os la dé.

Hé aquí lo que distingue á los religiosos prudentes y á los religiosos imprudentes, y en general, á los que marchan en el recto sendero de la devoción y los que se alejan de él.

Esto es también lo que debe servirnos de regla para medir nuestro mayor ó menor avance en la perfección. Se encuentra generalmente una gran desigualdad de virtud, sea entre los seglares, sea entre los religiosos. En una misma casa, habrá allí veinte, treinta, cincuenta religiosos; á considerarlos exteriormente, parecen todos obrar de la misma manera; pero si se penetra en el interior, se encuentra una diferencia muy grande. Sucede con ellos como con los astros; levantad los ojos al cielo, considerad el firmamento y las estrellas que brillan en él; están todas fijadas en el mismo cielo, describen todos los días el mismo círculo, y sin embargo, no son igualmente grandes y luminosas, no tienen la misma rapidez; entre ellas hay de la primera, de la segunda, y aun de la tercera magnitud, hasta aquellas que nombran nebulosas que parecen tan pequeñas á nuestros ojos, que apenas puede uno distinguir las. Las que están entre los trópicos recorren su órbita con una rapidez extraordinaria, mientras que las cercanas á los polos van muy lentamente, si se las compara con aquellas. Del mismo modo en el cielo de la religion, en una misma familia, habrá allí varios religiosos empleados en los mismos oficios, pasando los

días y las noches en los mismos ejercicios, y sin embargo, de ante de Dios estarán en grados de perfección muy diferentes; unos son mucho más luminosos, recorren el círculo de la perfección con rapidez mucho mayor que los otros. Sucede frecuentemente aun que los que hacen menos progresos, pasan a los ojos de los hombres como os que hacen más, porque se agitan y se mueven mucho en lo exterior. Así es como a nuestros débiles ojos los pájaros parecen que van mucho más pronto que el sol; mientras que este astro recorre más espacio en una hora que los pájaros no podrían recorrer durante muchos años, cualquiera que sea su velocidad. El mérito no consiste en ir pronto ni en hacer mucho por de fuera á los ojos de los hombres, sino en obrar bien en lo interior. Los obreros de quienes habla San Mateo, que fueron enviados á la viña del padre de familia, recibieron todos la misma recompensa, aun cuando hubo una diferencia grande en el trabajo; y aun los que habían llegado los últimos, y que, por consiguiente, habían trabajado mucho menos, y se habían molestado menos, fueron pagados antes que los otros, antes que esos mismos que habían llegado primero y que habían soportado el peso del día y del calor. El verdadero punto del negocio de la salvación no consiste por tanto en remover los brazos, antes bien en remover el corazón y en obrar por el movimiento del espíritu interior.

## II

I. Ciencia de los santos.—II. Obrar á imitación de Jesucristo.—  
III. Es necesario servir á Dios en espíritu y en verdad.—IV.  
La práctica de la virtud es llamada vida espiritual.

I. Puesto que es de una importancia tan grande obrar por el movimiento del espíritu interior, y que todo depende de eso, es menester, pues, mi querido lector, que trabajéis con todo vuestro corazón, que os apliqueis séria y constantemente á adquirir esta gran ciencia, que la Santa Escritura llama ciencia de los santos, (1) porque esta es la ciencia que hace á los santos. Por esto es que el Espíritu Santo los llama en los salmos, los interiores, los ocultos. *Los malos han conjurado en su consejo la ruina de vuestro pueblo; han formado designios inferos contra vuestros santos, vuestros ocultos.* (2) Siguiendo S. Pablo el mismo pensamiento, dice á los colosenses: *Estais muertos, y vuestra vida está oculta con Jesu-Cristo en Dios,* (3) para darnos á entender que los santos y los verdaderos cristianos llevan una vida recogida

1 Dedit illi scientiam sanctorum, Sap., X, 10.

2 Super populum tuum malignaverunt consilium: et cogitaverunt adversus sanctos tuos. Según el hebreo, adversus absconditos tuos. Psalm, LXXXII, 4, Pagninus.

3 Mortui estis, et vita vestra abscondita est cum Christo in Deo. Coloss. III, 4.



da en sí mismo; oculta en sus corazones, aplicándose á operaciones santas y divinas, al ejercicio de los actos interiores de las virgines, y á realizar sus acciones exteriores por la excelencia de los motivos que se proponen.

II. *In Deo*, en Dios; es decir, á imitación de Dios, que obra continuamente en el interior de sí mismo. Así como no hay proporción alguna entre las operaciones interiores que Dios produce en sí mismo, y las operaciones exteriores que produce fuera de sí, porque unas son eternas, infinitamente perfectas, y Dios mismo, como engendrar al Verbo, producir al Espíritu Santo, y las otras son temporales y de una perfección limitada, puesto que no son más que criaturas; así no hay comparación alguna entre los actos interiores de las virtudes y los actos exteriores en cuanto á su excelencia y á su nobleza.

S. Pablo añade: *Cum Christo*, á ejemplo de Jesu-Cristo, á causa de los excelentes actos interiores que produjo este divino Salvador: por esto Isaías lo llama un Dios escondido. (1) Y ciertamente, aquel que no hubiera considerado en Nuestro Señor más que el exterior, y sobre todo, antes del tiempo de su predicación y de sus milagros, lo hubiera tomado por un hombre vulgar; él bebía, comía, dormía y hacía todo lo demás como los otros hombres; pero si, con ojos iluminados de una luz sobrenatural, hubiera podido penetrar más adelante en el interior de Jesucristo y ver lo que hacían su alma santísima y su divinidad, ¡qué

1 Deus absconditus. Isaie, XLV, 15.

maravillas incomprensibles no hubiera apercibido! Hubiera visto operaciones infinitamente nobles y perfectas que daban un precio y un valor infinito á todo lo que hacía exteriormente, y hasta en el movimiento más pequeño de sus dedos, una fuerza más que suficiente para salvar al mundo. Era, por tanto, verdaderamente un Dios escondido, puesto que era semejante á los demás hombres en el exterior, y tan diferente y tan elevado sobre ellos por sus actos interiores.

Así es como se esfuerzan en obrar los verdaderos discípulos de este gran maestro y de este Dios escondido; quieren, á ejemplo suyo, llegar á ser hombres interiores. En lo exterior, nada los distingue del común de los hombres; mas interiormente son muy diferentes; se encierran en sí mismos, y hacen todo lo que es exterior, aun el menor paso, la más ligera mirada, con los sentimientos interiores más sublimes y más elevados. Se parecen en esto á esos famosos Silenos de que habla Platón (1) y á las cuales comparaba Alcibiades á Sócrates; estos Silenos eran pequeñas estatuas groseramente trabajadas en lo exterior y de una materia bastante vil, pero que, al abrirlas, dejaban ver bellezas admirables, figuras de cosas sagradas resplandecientes de oro y plata, y de un trabajo exquisito. En efecto, esos hombres verdaderamente piadosos son en lo exterior como los demás, hacen las acciones comunes de la vida ordinaria; pero si pudiéramos entrar en sus corazones y ver lo que allí pasa, oh Dios, qué tesoros qué excelencias! Nada vemos allí de común; todo ahí es raro, ex-

1 Plat in convivia.

quisito y precioso, todo es brillante de oro; veríamos allí las intenciones puras, los motivos sobrenaturales, por los cuales realzan las acciones más pequeñas, y engrandecen las acciones corporales más comunes. Aquellos que tienen tan sólo una devoción falsa y engañosa se parecen, al contrario, á los sepulcros revestidos de mármol, enriquecidos de piedras preciosas, y que no encierran sino podredumbre: ó á esos famosos templos del Egipto, tan ricos, tan suntuosos y de un trabajo tan perfecto, que no encerraban sino un gato, una serpiente, un cocodrilo que adoraban, y al que ofrecían sacrificios, puesto que sólo se detentan en pulir el exterior, y en hacer muchas cosas que tenían brillo y que hacían ruido; mientras que lo interior es solamente corrupción, ambición, envidia, apego á las criaturas, pasiones levantadas sobre el altar del corazón y que adoran.

III. Establezcamos, por tanto, en el corazón el fundamento de nuestra devoción, y del culto que queremos rendir á Dios. *Dios es espíritu*, decía Jesucristo á la Samaritana, enseñándole el camino recto de la vida espiritual, *y es menester que los que lo adoren, lo adoren en espíritu y en verdad*: (1) en espíritu, retirados en el templo del corazón, como dice la glosa (2), sobre cuyo altar se ofrece á éste soberano espíritu, en olor de suavidad, los sacrificios puros de la fe, de la esperanza y de la caridad, las adoraciones, los anonadamientos, las acciones de gracias y todos los actos interiores de

1 Spiritus est Deus; et eos qui adorant eum, in spiritu et veritate oportet adorare. Joan. IV, 24.

2 Intimo templo cordis. Glosa.

virtud; en verdad, haciendo todas las cosas exteriores por el movimiento del espíritu interior, y arreglando de tal modo todo, que el interior acompañe siempre al exterior; que los movimientos del alma acompañen á los del cuerpo y la buena intención á la buena acción; porque no se puede adorar á la soberana y esencial verdad con la mentira. Dios nos lo prohíbe expresamente en Isaías: *No me ofrezcáis sacrificios vanos*, ó como traduce Cayetano, sacrificios de falsedad y de mentira (1). Esta es, sin embargo, la conducta de aquellos que hacen buenas acciones en lo exterior sin acompañarlas de la buena intención y del movimiento del corazón; se hacen culpables de una mentira de acción, puesto que sus acciones parecen buenas y agradables á Dios, y no lo son. No séamos de ese número. *La hora ha llegado*, añade Nuestro Señor á la Samaritana, *la hora ha llegado, y hemos llegado al momento en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; así los busca que le adoren* (2). Séamos de éste número, porque si no lo somos, jamás seremos verdaderamente espirituales, puesto que éste es el verdadero punto de la vida espiritual, como lo muestran las mismas palabras.

IV. Se le llama vida espiritual y no corporal, porque es una vida que está en el espíritu, que toma toda su fuerza y todo su mérito en el espíritu; se le llama también vida interior y no exterior, por

1 Ne offeratis ultra sacrificium frustra. Isaie, 1, 13.—Sacrificium falsitatis, sive mendacii. Cajen.

2 Venit hora, et nunc est, quando veri adoratores adorabunt Patrem in spiritu et veritate. Nam et Pater tales querit, qui adorent eum. Joan IV, 23.

que se pasa en el interior en el fondo del alma, y porque por lo interior es por donde se debe comenzar, si se quieren arreglar los movimientos exteriores. Cuando la naturaleza quiere formar el cuerpo del hombre, no comienza por los cabellos, los dedos o las extremidades; sino por las partes internas, el corazón, el hígado y las demás partes nobles, después llega poco á poco á las partes externas, las traza, las organiza y las perfecciona. Cuando un reloj está descompuesto, no basta colocar la aguja en la hora que debe señalar, sino que es menester abrirlo para volver á poner en orden los resortes; así es como, cuando uno quiere arreglar su exterior y llegar á ser un hombre espiritual y virtuoso, es menester comenzar por arreglar el espíritu y lo interior. En fin, en último análisis, acordémonos bien que no trabajando por el movimiento interior, trabajamos en vano, y que nada merecemos, hagamos lo que hagamos, y cualquiera que sea el trabajo que nos tomamos; por el contrario, obrando con este espíritu interior, ganamos tesoros inestimables y riquezas eternas por las más pequeñas acciones, y que corremos á paso de gigantes en la carrera de la salvación y en el camino de la perfección.

Por esto, querido lector mío, comenzad, con un ánimo todo nuevo, á conducirnos según el espíritu; escuchad esta palabra de San Pablo: *Os lo digo*, y os lo doy como el fundamento de vuestros méritos, *conducíos según el espíritu* (1). Llegad á ser un hombre interior, sed un hombre escondido, obrad en el interior de vos mismo, á fin que vuestro Pa-

1 Dico autem, spiritu ambulate. Gal. V. 19.

dre, que ve todo cuanto pasa en el secreto de vuestro corazón (1), os dé la recompensa de él o. Haced que todas vuestras obras sean llenas ante Dios; ofrecedle sacrificios llenos de médula y de un jugo interior; sed un adorador tal cual él lo pide, un adorador en espíritu y en verdad. La hora ha llegado; ahora es cuando es preciso comenzar: vos lo podeis, en cualquier condicion que esteis, y con mayor razón si estais en el estado religioso. Nuestro Señor lo recomendó á la Samaritana, que era una mujer pobre, ruda, aun viciosa, para mostrarnos que todos lo podemos, de cualquier sexo y condicion que seámos. Estad, por tanto, invariablemente unido á esta regla, y practicad noblemente los actos interiores de fe, de esperanza, de religion y de las demás virtudes, y vivificad todas vuestras acciones exteriores por medio de grandes sentimientos interiores. Para quitaros toda excusa, os vamos á mostrar, en los capítulos siguientes, de qué modo debe hacerse, y en particular en lo que mira al amor para con Jesucristo que es la virtud primera y más grande. Comenzaremos por desarrollar los motivos que deben llevarnos á practicarlos.

1 Qui videt in abscondito. Matth. VI. 6.

que se pasa en el interior en el fondo del alma, y porque por lo interior es por donde se debe comenzar, si se quieren arreglar los movimientos exteriores. Cuando la naturaleza quiere formar el cuerpo del hombre, no comienza por los cabellos, los dedos o las extremidades; sino por las partes internas, el corazón, el hígado y las demás partes nobles, después llega poco á poco á las partes externas, las traza, las organiza y las perfecciona. Cuando un reloj está descompuesto, no basta colocar la aguja en la hora que debe señalar, sino que es menester abrirlo para volver á poner en orden los resortes; así es como, cuando uno quiere arreglar su exterior y llegar á ser un hombre espiritual y virtuoso, es menester comenzar por arreglar el espíritu y lo interior. En fin, en último análisis, acordémonos bien que no trabajando por el movimiento interior, trabajamos en vano, y que nada merecemos, hagamos lo que hagamos, y cualquiera que sea el trabajo que nos tomamos; por el contrario, obrando con este espíritu interior, ganamos tesoros inestimables y riquezas eternas por las más pequeñas acciones, y que corremos á paso de gigantes en la carrera de la salvación y en el camino de la perfección.

Por esto, querido lector mío, comenzad, con un ánimo todo nuevo, á conducirnos según el espíritu; escuchad esta palabra de San Pablo: *Os lo digo*, y os lo doy como el fundamento de vuestros méritos, *conducíos según el espíritu* (1). Llegad á ser un hombre interior, sed un hombre escondido, obrad en el interior de vos mismo, á fin que vuestro Pa-

1 Dico autem, spiritu ambulate. Gal. V. 19.

dre, que ve todo cuanto pasa en el secreto de vuestro corazón (1), os dé la recompensa de él o. Haced que todas vuestras obras sean llenas ante Dios; ofrecedle sacrificios llenos de médula y de un jugo interior; sed un adorador tal cual él lo pide, un adorador en espíritu y en verdad. La hora ha llegado; ahora es cuando es preciso comenzar: vos lo podeis, en cualquier condicion que esteis, y con mayor razón si estais en el estado religioso. Nuestro Señor lo recomendó á la Samaritana, que era una mujer pobre, ruda, aun viciosa, para mostrarnos que todos lo podemos, de cualquier sexo y condicion que seámos. Estad, por tanto, invariablemente unido á esta regla, y practicad noblemente los actos interiores de fe, de esperanza, de religion y de las demás virtudes, y vivificad todas vuestras acciones exteriores por medio de grandes sentimientos interiores. Para quitaros toda excusa, os vamos á mostrar, en los capítulos siguientes, de qué modo debe hacerse, y en particular en lo que mira al amor para con Jesucristo que es la virtud primera y más grande. Comenzaremos por desarrollar los motivos que deben llevarnos á practicarlos.

1 Qui videt in abscondito. Matth. VI. 6.

CAPITULO TERCERO.

Debemos esforzarnos por conocer á Nuestro Señor Jesucristo.

I. Es necesario conocer para amar.—II. El conocimiento de Nuestro Señor es el más noble de todos.—III. Nuestro Señor es el gran todo para él y para nosotros.—IV. El conocimiento de Nuestro Señor es el más agradable de todos.—V. Es el más útil y el más necesario.

I. Puesto que nos proponemos amar á Nuestro Señor Jesucristo, se necesita, para obtenerlo, comenzar necesariamente por conocerle; por tanto á este conocimiento es al que debemos aplicarnos, esforzándonos en comprender lo que lo hace amable. Tal es el orden establecido entre el entendimiento y la voluntad, que la voluntad es una potencia ciega que no sabría ir sola, sino que es menester conducirla, y el entendimiento es el que está encargado de esta función; él es el que camina delante de ella llevando la luz para alumbrarla y dirigirla, de suerte que ella va como él la guía, sus afectos siguen la naturaleza de los conocimientos que él le da, y ella ama ó aborrece una cosa según él se le muestra digna de amor ó de odio. Así, sabemos que en el cielo el conocimiento claro y evidente que los bienaventurados tienen de Dios y

de sus perfecciones infinitas, es la causa y la medida del amor soberano y necesario de que están abrasados, y de ese océano de alegrías inefables en el cual los tiene sumergidos y abismados su gozo; del mismo modo, en esta vida miserable, nuestro amor, y en general todos nuestros afectos para con nuestro Dios, dependen del conocimiento y de la idea que tenemos de él.

Así es para nosotros de la mayor importancia el esforzarnos por conocerle; porque es imposible conocerlo sin amarlo, y sin amarlo con el amor más profundo y ardiente, puesto que él es soberana é infinitamente amable. La Esposa del Cantar de los cantares declara, en el estilo más dulce y más enérgico, los sentimientos maravillosos de amor, que excitaba en ella este conocimiento. *El me ha hecho entrar*, dice ella, *en las bodegas de sus más preciosos vinos* (1). Por esta bodega y vino, entienden los santos Padres el conocimiento que podemos tener de Nuestro Señor en esta miserable tierra, y la inteligencia de los misterios que fué dada á la Esposa. Y ¿qué se sigue de ahí? Ella lo cuenta inmediatamente después: Ha dirigido tantas batallas contra mi corazón para hacerse dueño de él, que me ha hecho conocer misterios, y lo han batido con tanta fuerza, que no pudiendo resistir, he tenido que rendir la plaza. Entonces, Nuestro Señor victorioso, enarboló allí el estandarte de su amor, cuya fuerza ha sido tan grande, que estando abrasada por sus castos fuegos y pronta á caer en desfallecimiento, me he visto obligada á pedir so-

1 Introdixit me in cellam vinariam. Cant II, 4.

Corro y exclamar: *Acostadme sobre flores, sustentadme con el jugo de frutas, confortadme con olores, porque languidezco de amor por mi amable Señor.* Estoy vivamente atacada por las heridas de su caridad; el conocimiento de sus perfecciones divinas y de sus beneficios es como un encanto poderoso y un filtro que me pone fuera de mí. Mas este amable Maestro, viéndome en este estado, ha acudido lleno de una dulzura extrema y de una tierna piedad; *me ha tomado entre sus brazos para sostenerme* y me ha estrechado contra su corazón para fortalecerme (1). Hé aquí los fuegos que enciende en una alma el conocimiento de Jesucristo. Sentiremos nuestros corazones abrasados y consumidos por esos divinos fuegos, si podemos llegar á este sublime conocimiento; porque si lo amamos tan poco, es que no lo conocemos. ¿Y no vemos todos los días que una pobre y miserable criatura inflama el corazón, porque encuentran en ella una sombra de perfección y de belleza, ó que procura un placer de un instante? ¿qué será por tanto de nuestro divino Salvador, tan infinito en su belleza, y en sus divinas perfecciones, cuando hubiéremos aprendido á conocerlo? Por tanto, si tenemos el deseo ardiente de amarle, apliquémonos en seguida á conocerlo, y para afirmarnos en nuestro deseo, meditemos algunos de los motivos que pueden excitarnos más vivamente á adquirir este conocimiento.

1 Ordnavit in me charitatem. O como dice el texto hebreo: Vexillum ejus super me charitas, fulcite me floribus, stipate me malis, quia amore langueo. Los setenta han traducido: Vulnerata charitate ego sum. Symmaco: Vulnerata philtro: lova ejus sub capite meo, et dextera illius amplexabitur me. Cant 11, 4, 5, 6.

II. Primer motivo. El conocimiento de Jesucristo es el más noble de todos los conocimientos, la ciencia más sublime de todas aquellas á las cuales podemos aplicarnos sobre la tierra, puesto que ella tiene por objeto á nuestro divino Salvador, que es seguramente el sér más noble y excelente de todos, porque él encierra la divinidad y la humanidad, y por consiguiente, todo cuanto hay en el universo. Se encuentra encerrada en su divinidad la soberana y esencial belleza, la bondad, la sabiduría, el poder, las riquezas, la santidad, la perfección; en una palabra, todo cuanto hay en Dios. Se encuentra todo lo demás en su humanidad, puesto que todos los diferentes grados de los seres, del sér simple, del sér vegetante, del sér viviente é inteligente, que están como repartidos en las demás creaturas, vienen á confundirse y á reunirse en el hombre, que es como un compendio de toda la creación. Por esto es que Nuestro Señor, según la interpretación de San Gregorio (1) y de los demás Padres, lo llama *toda criatura* (2). Los filósofos lo llamaban el *pequeño mundo*, y San Gregorio de Nazianzo (3) á causa de su excelencia y preeminencia sobre las demás criaturas, lo llama mucho más elegantemente, no ya *el pequeño mundo*, sino *el gran mundo* colocado en medio del pequeño, es decir, del mundo visible, sin que, sin embargo, este mundo pueda encerrarlo y limitarlo puesto que él es infinitamente más grande.

1 S. Greg. hom. XIX in Evangelio.

2 Omnis creatura, Marc. XVI, 15,

3 S. Greg. Naz. Serm de Nat. Dom. et orat. 2. in Pascha.

Así es como se encuentra en Jesu-Cristo al Creador y la criatura, Dios y el hombre, y por medio del hombre, todas las cosas espirituales y corporales; pero en un brillo mucho más admirable y de una manera mucho más eminente y más sublime, porque siendo la humanidad de Jesu-Cristo infinitamente santa y pura, por su unión con la pureza de Dios, en ella están contenidas las criaturas de una manera mucho más noble que en los hombres corrompidos por el pecado.

Están de la manera más magnífica y la más gloriosa, purificadas, santificadas, divinizadas en su persona, y en esa humanidad santa y sagrada, unida á la divinidad, por medio de la que vuelven á Dios y en Dios como á su principio. Dios ha resuelto, dice S. Pablo, siguiendo la interpretación de S. Ireneo, (1) llamar y hacer entrar de nuevo en él por la redención, y en la persona de su Hijo, to las las criaturas que habían como salido de él por la creación. (2) Habían sido manchadas en la persona del hombre pecador, él las purifica, las ennoblece, las perfecciona y las deifica todas en esta humanidad unida personalmente á la divinidad. O bien el Apóstol quiere decir, como lo explican S. Crisóstomo y algunos otros, que Nuestro Señor es un cuadro abreviado, un sumario, y como una recapitulación de las obras de Dios, que están todas juntas y reunidas en él; que todo se refiere y acaba en él, como las líneas al centro, los ríos al mar; que él encierra todas las gracias y to-

1 Sn. Iren. I. III, ch. 18.

2 Propositum.... instaurare omnia in Christo, 'quae in caelis et quae in terra sunt, in ipso. Ephes., V, 10.

das las perfecciones que hay en el cielo y en la tierra, en los ángeles, los hombres, y todas las criaturas; de suerte que, si quereis aplicar vuestro espíritu á conocerle y á mirarle atentamente, no hay necesidad de considerar ni á los ángeles ni á los hombres, ni á las demás criaturas para descubrir en ellas dones, prerogativas, ejercicios de virtud, actos heroicos y memorables, ni perfección alguna de la naturaleza, de la gracia ó de la gloria, porque encontrareis todo esto en él de una manera infinitamente más excelente y más sublime. Ved aquí como Nuestro Señor es todo, y el gran todo.

III. Y lo que hay más admirable en ello, es que no es solamente todo en sí y para sí, sino que lo es también para nosotros; porque él es nuestro Dios, nuestro Criador, nuestro Salvador y nuestra salvación, nuestro Redentor y el precio de nuestro rescate, nuestro Justificador y nuestra justicia, nuestro guía y nuestro camino, nuestro Legislador y nuestra ley, nuestro Maestro y nuestra sabiduría, nuestro Sacerdote y nuestra víctima, nuestro nutricio y nuestro alimento, nuestro fin último y la soberana beatitud de nuestros cuerpos y de nuestras almas: de nuestras almas como Dios, y de nuestros cuerpos como hombre; en una palabra, él es nuestro todo. ¿Qué podeis buscar que no encontréis en Jesu-Cristo? dice S. Bernardo. ¿Estais enfermo? él es el médico que os curará. ¿Estais extraviado? él es vuestra guía; ¿estais abandonado? él es el rey que os protegerá; ¿sois asaltado por vuestros enemigos? es él el fuerte que os defenderá; ¿estais seco de sed devorante? él es agua de vida eterna, que es la única que os puede qui-

tar la sed; ¿estais sin abrigo y transido de frío? él es el vestido que os calentará; ¿estais triste? él será vuestra alegría; ¿estais en tinieblas? él será vuestra luz; ¿sois huérfano? él será vuestro padre; (1) ¿Es vuestro esposo, continúa este santo doctor, vuestro amigo, vuestro hermano, infinitamente grande, infinitamente bueno, infinitamente misericordioso, infinitamente bello, infinitamente sabio, infinitamente poderoso; él es el principio y el conservador eterno de todo. ¿Por qué os dejais llevar de agitación y del temor? Encontrais en Jesu-Cristo todo cuanto podéis y debéis desear. Deseadlo, buscadlo, porque él es esa preciosa y única perla del Evangelio, por cuya adquisición no debéis temer vender todo cuanto poseis, porque poseyéndola, gozareis de todos los bienes y estareis al abrigo de todas las tempestades (2)

Pues que esto es así, es cierto que Jesu-Cristo es el objeto más digno que el entendimiento humano pueda proponerse, y que la ciencia que nos enseña á conocerle es la más sublime de todas las ciencias. La ciencia de la filosofía sólo se extien-

1 Quid queris, quod in illo non invenies? Si agrotus es, medicus es; si exulas, dux est; si desolatus es, rex est; si impugnavis, pugil est; si sitis, potus est; si alges, vestimentum est; si tristaris, gaudium est; si obtenebraris, lux est; si orphanus es, pater est. Bern., de Pass. Dom., cap. XXIV.

2 Sponsus est, amicus est, frater est, summus, optimus, misericordissimus, fortissimus, pulcherrimus, sapientissimus est, omnia sine fine gubernans. Quid autem laboro? omnia quae velle potes et debes, est Dominus Jesus Christus; desidera hunc, requira hunc, quia haec est illa una pretiosa margarita, pro qua emenda, etiam vendenda sunt omnia quae tua sunt; quae habita, nullius tempestatis procellam timebis. Bern. de Pass. Dom., cap. XXIV.

de á las cosas naturales; la política de los imperantes no comprende, en todas sus máximas, sino lo que puede tender á tomar ó á conservar las ciudades, á gobernar los estados, á mantenerles en paz, al abrigo de los enemigos exteriores é interiores, y á conservar una prosperidad perecedera. Pero la de Jesu-Cristo es mucho más sublime y mucho más elevada, porque ella tiene por objeto á un hombre Dios, y en él todas las cosas criadas é increadas, temporales y eternas. Por esto este divino Salvador puede decir de sí lo que Dios dice por boca del profeta Jeremías: *Que el sabio no se glorifique en su sabiduría, ni el fuerte en su fuerza, ni el rico en su riqueza; sino que el que se glorifique, se glorifique en que me conoce, y no en los demás conocimientos que ha podido adquirir.* (1) Porque, así como en el cielo, los bienaventurados no son bienaventurados porque conocen las criaturas, sino solamente porque conocen á Dios; como no son santos porque aman otra cosa que á él; así en este mundo, no podría el hombre ser feliz, santo y perfecto por el conocimiento y amor de las criaturas cualesquiera que ellas puedan ser, sino por el conocimiento y el amor de Jesu-Cristo. Esto es lo que ha hecho decir á S. Agustín: "Desgraciado aquel que sabe todo y que no os conoce; feliz aquel que os conoce y que ignora todo lo demás. Aquel que os conoce, y con vos las criaturas, no es más dichoso á causa del conocimiento de las

1 Non gloriatur sapiens in sapientiâ suâ, et non gloriatur fortis y fortitudine suâ; et non gloriatur dives in divitiis suis: sed in hoc gloriatur, qui gloriatur, scire et nosse me. Jerem., IX, 23 y 24.



oriaturas, sino únicamente á causa de vos, si al conoceros, os honra como á su Dios!" (1)

IV. El segundo motivo que debe llevarnos al conocimiento de Jesu-Cristo, es que este conocimiento es el más agradable y el más delicioso de todos; porque, así como el ojo experimenta tanto mayor placer cuanto la cosa que ve es más bella y más perfecta, siendo Nuestro Señor el centro de todas las bellezas y de todas las perfecciones del Universo, el entendimiento debe gustar en este conocimiento las delicias más grandes y las satisfacciones más maravillosas. S. Cipriano, no hablando sino únicamente del solo conocimiento de este Señor, y explicando las famosas palabras de Isaías: Un niño nos ha nacido y un hijo nos ha sido dado, (2) dice á este propósito: "Cuando os aplicáreis á considerar lo que la fe nos enseña de este divino nacimiento, vuestro corazón será arrebatado de admiración; se ensanchará, se llenará de alegría cuando comprenda los secretos profundos de este misterio; vereis cómo aquel que era vil y abyecto, ha llegado á ser admirable, como aquel que nada había aprendido, ni aun siquiera las primeras nociones que se da á la infancia, ha llegado á ser el maestro de los hombres, y les ha enseñado el verdadero conocimiento de las cosas divinas y humanas; como la divinidad y la

1 Infelix homo qui sciat illa omnia, te autem nescit; beatus autem qui te scit, etiamse illa nesciat. Qui verò te et illa novit, non propter illa beatior, sed propter te solum beatus est, si cognoscens te, sicut Deum glorificet. Augus., lib. V. confes., cap. IV.

2 Parvulus natus est nobis, et filius datus est nobis. Isaia IX. 9.

humanidad, estos dos extremos separados por una distancia infinita, se han acercado la una á la otra, y se han unido en una misma persona." (1) Cuando conozeis todas estas maravillas y tantas otras, os entregareis á todos los trasportes de la admiración y de un asombro semejante á aquel de un aldeano que jamás habiendo salido de su aldea, y ni aun dudando siquiera que hubiera cosas más bellas que las que allí ve, entra derrepente á los palacios de los reyes y á los gabinetes de los príncipes, y en ellos descubre todas las rarezas y las obras maestras de la naturaleza y del arte, en las que jamás se había atrevido á pensar, y que, exasado, ya no se comprende más, y parece estar fuera de sí. Vosotros experimentaréis los mismos sentimientos al ver cosas mucho más maravillosas que todas las de la naturaleza, y vuestro corazón se derretirá en los arrebatamientos de una alegría y de un consuelo del que es imposible formarse una idea.

San Agustín lo experimentó al principio de su conversión, como él mismo lo atestigua diciendo á Dios: "No podía yo, en esos primeros días, saciarme de considerar, en los trasportes de una dulzura admirable y de un contento extraordinario de mi espíritu, la altura y la profundidad de vuestra subiduría, en el medio que habeis inventado para salvar al género humano." (2)

1 Mirabitur et dilatabitur cor tuum, quandò intelliges profundissimum sacramentum in eo, quòd contemptibilis factus est admirabilis, et qui litteras non didicit, nec legibus instructus est, sufficiens sit divinarum humanarumque rerum consiliarius, quomodò divinitas et humanitas in unam personam convenerunt, etc. S. Cyp., de Nat. Christi.

2 Nec satiabar illis diebus dulcedine mirabili considerare altitudinem

La Esposa lo experimentó aún mucho más vivamente; por esto es que al principio del Cántico, después de haber pedido á su esposo, Nuestro Señor, este conocimiento de sus divinas bellezas, y haberlo obtenido, exclama: La leche de vuestros pechos es más dulce que el vino. (1) Por los pechos y la leche que mana de ellos, entienden los santos Padres (2) la inteligencia de los misterios de Nuestro Señor, encerrados, como leche, en los dos Testamentos, que son como sus dos pechos; y por el vino, los demás conocimientos que puede uno tener acerca de las cosas de la naturaleza. La comparación de la leche y del vino es muy propia para esclarecer este pensamiento: la leche es muy blanca, dulce, sabrosa, nutritiva; quita la sed y alimenta al mismo tiempo; es el alimento de los niños que la maman de los pechos sin verla.

Del mismo modo los misterios de Nuestro Señor son muy puros, muy santos, llenos de un jugo excelente y de un gusto delicioso para nuestra alma; mas para gustarlos es preciso ser niño, es decir, inocente, sencillez y humilde; porque los soberbios los encuentran insípidos; y para saborearlos bien, no se necesita tanto verlos como creerlos. Las ciencias de la tierra son como el vino, que, si no se toma con la moderación necesaria, envía al cerebro vapores groseros, que lo turban y embriagan al hombre intemperante; de aquí resultan desarreglos grandes en sus palabras, en sus acciones y en

*tudinem consilii tui super salutem generis humani.* August., lib. IX. Conf. cap. VI.

1 *Melliora sunt, ubera tua vino.* Cant., I., 1.

2 *Orig. hom., 1 ex 4 in Cant.---Greg. Nysa. hom. 1. in Cant. Ambr. Anselm. apud Ghislerium.*

toda su conducta; sus pensamientos son extravagantes, sus palabras impertinentes; se encoleriza, grita, echa pestes, dice injurias; to lo da vueltas á sus ojos; no ve lo que está á sus piés da pasos falsos, cae, en fin, con gran peligro de matarse. Tal es el efecto que produce el conocimiento de las ciencias de la tierra, si no se está en guardia; porque ellas llenan la cabeza de humos espesos de vanidad, que echan por tierra el espíritu y embriagan al hombre de la estima de sí mismo: entonces se pierde en sus pensamientos y en sus caprichos; abraza opiniones extravagantes y las sostiene con terquedad; cree ver lo que no hay, y se acaloriza por persuadirlo; todo viene á ser el blanco de sus tiros, es susceptible en todo, contesta con cólera por cosas inútiles, y se entrega á una multitud de desórdenes que lo hacen extraviarse de los caminos de su salvación. Por esto la Esposa, penetrada de estas verdades, exclama con todo el ardor de su alma: Oh! la leche de vuestros pechos, el conocimiento de vuestros misterios, es mejor sin comparación, más sana, más dulce, y de otro gusto enteramente que el vino de todas las ciencias de los hombres! El profeta Isaías había prometido esta alegría y esta dulzura á los fieles, diciéndoles: *Tomareis las aguas de la devoción, de dulces lágrimas, de regocijos de corazón, y una inefable alegría en las fuentes del Señor; es decir, en la consideración de sus misterios, que son las fuentes de estas aguas misteriosas.* Y, como las fuentes suministran todos los días aguas nuevas, y el sol todos los días nuevos rayos, así los misterios de Nuestro Señor, como manantiales inagotables, han dado, dan todos los días y darán perpetuamente

nuevos conocimientos, nuevas luces, nuevos sentimientos y nuevas afecciones á las almas santas, en sus meditaciones y contemplaciones. Penetrados, entonces, de estas gracias, prorrumpiremos en alabanzas y en bendiciones para con nuestro Dios; pero, sintiéndonos muy débiles para alabarle agradecerle y amarlo, según la extensión de nuestros deseos, llamaremos en socorro nuestro á todas las criaturas, y les diremos: *Glorificad al Señor, invocad su santo nombre, anunciad á todos los pueblos las maravillas de su sabiduría y los misterios santos de su amor* (1).

Por tanto, hagamos esfuerzos grandes para llegar al conocimiento de Nuestro Señor; vayamos á sus fuentes, llevemos allá grandes vasos, un entendimiento y una voluntad dispuestos bien, para sacar esas aguas deliciosas; acerquémonos á esos sagrados pechos del Esposo, saquemos de ahí la leche de que están llenos, y diremos muy pronto con la Esposa: *Oh! conoceros á vos, excede inestimablemente en dulzura y en delicias á conocer todo lo demás.*

Aun cuando se necesita una fe extraordinaria y una gran luz que toma su origen en el don de sabiduría, que pocas personas reciben, para gustar con abundancia esas grandes delicias, sin embargo, por poca que se pueda tener de ella, esto poco es mejor que todo cuanto pudieran procurarnos todos los demás conocimientos; porque, como dice San Gregorio de Nyssa, "aun cuando la leche

1 *Haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris, et dicetis in die illa: Confitemini Domino, et invocate nomen ejus: notas facite in populis adventiones ejus. Isaie. XLII, 3 et 4.*

sea el alimento de los niños pequeños, y que el vino, á causa de su fuerza y de su calor, no se dé sino á los hombres hechos, sin embargo, lo que hay de más sólido y más perfecto en las ciencias humanas es menor que el más pequeño conocimiento de las cosas de Nuestro Señor (1). Aristóteles había dicho antes de él que un ligero conocimiento de un objeto excelente, el del cielo, por ejemplo, valía más y daba más contento al espíritu que un gran conocimiento que no se extendiese sino sobre un pequeño objeto puramente natural (2).

V. El tercer motivo que debe atraernos á adquirir el conocimiento de Jesu-Cristo, es que este conocimiento es no solamente el más noble y el más dulce, sino además el más útil y el más necesario. *La vida eterna*, dice San Juan, *consiste en conoceros, á vos el sólo Dios verdadero, y á Jesu-Cristo, á quien habeis enviado* (3); es decir, como lo explica San Cyrilo, este conocimiento es la fuente de la vida eterna. En este mismo sentido es preciso entender las palabras del Sabio, hablando del conocimiento de la sabiduría increada y encarnada: *El medio de adquirir una virtud perfecta y consumada es el conoceros, y la raíz de la inmortalidad es el saber vuestra justicia y vuestras excelencias* (4). Nuestro Señor dice también, hablando de sí mismo: *Yo soy la puerta; si alguno entra por mí será salvo; entrará y saldrá, y encon-*

1 Greg. Niss. hom. 1, in cant.

2 Arist. lib. 1, de partib. anim. ch. V.

3 *Hoc est vita eterna, ut cognoscant te solum Deum verum, et quem misisti Jesum-Christum. Joan. XVII, 3.*

4 *Nosse te consumata justitia est; et scire justitiam, et virtutem tuam, radix est immortalitatis. Sap., XV, 3.*

trará de qué alimentarse (1). El se llama la puerta, porque es preciso necesariamente pasar por él para llegar á la salvación; no hay otro camino, y él asegura que cualquiera que entrará por él, será colmado de toda suerte de bienes en esta vida y en la otra; que será salvo; y que sobre la tierra, al entrar por medio de la fe en la consideración de los misterios de su humanidad y de su divinidad, allí encontrará pasturas admirables, como lo había prometido por Ezequiel: Yo conduciré á mis ovejas á grandes pastos (2), en donde encontrarán en abundancia de qué alimentarse. Los hombres, quienes quieran que sean, los justos, los pecadores, los que comienzan, los que están más adelantados, los perfectos, encuentran en esos pastos un alimento excelente, propio para su alma, y proporcionado á su capacidad y á sus necesidades. Los pecadores, reflexionando á su satisfacción sobre lo que Nuestro Señor naciendo, viviendo y muriendo, ha hecho y sufrido por sus pecados, encuentran en esto el alimento de una viva y sincera contrición, de una grande abundancia de lágrimas, de una digna penitencia que los guía á detestar sus pecados y á llevar una vida nueva. Los principiantes toman en ello el alimento de una sólida mortificación interior y exterior. alimento toman de virtudes cristianas que doman las pasiones, desarraigan los vicios, arreglan los movimientos, y sujetan la carne al espíritu. Los que están más aprovechados encuentran en ello

1 Ego sum ostium: per me si quis introierit, salvabitur, et in grege lietur et egredietur et pascua inveniet. Joan. X. 9.

2 In pascuis uberrimis pascam eas. Ezech. XIV. 14.

un alimento más delicado, en él ven el modelo de todas las virtudes llevadas á su último grado de perfección, propuestas á su imitación. Mas los perfectos saborean en él lo que más delicioso y exquisito hay en él; se elevan por la humanidad santa de Jesu-Cristo á los misterios más sublimes de la divinidad, en donde encuentran un reino de luz y de gloria, y los manantiales vivos de los afectos santos y de los ardores más encendidos; de los misterios de la divinidad descienden á los de la humanidad: de este modo van de los unos á los otros, sin cuidarse de ir á otra parte ni de conocer otra cosa: y en efecto, ¿acaso podrían encontrar algo de comparable? La Esposa lo sabía bien, cuando, al hablar de estos misterios según la interpretación de los santos, dice: El Rey me introdujo en sus bodegas. (1) La palabra bodega ó despensa, en la lengua hebrea y en la griega significa igualmente las cuevas subterráneas en donde guardan el vino, el lugar en donde conservan las viandas, el arsenal en donde están depositadas las armas ofensivas y defensivas, los gabinetes en donde están arregladas las cosas más raras y más preciosas: el oro, la plata, las pedrerías, los tesoros, y en fin, el lugar secreto en donde conversa uno confidencial y de íciosamente con la persona que uno ama; estos misterios son todo esto. Los principiantes y los que están más adelantados, encuentran ahí armas de un temple maravilloso, para atacar á sus enemigos y defenderse, alimentos excelentes para nutrirse, rarezas y riquezas inestimables, lo más precioso que hay en

1 Introduxit me Rex in cellaria sua. Cant. 13.

el mundo, el precio de su salvación y tesoros infinitos. Los perfectos, retirados de todo ruido, se entregan en silencio á los ejercicios de la caridad y del santo amor; allí contemplan ellos, admiran y gustan las perfecciones de Nuestro Señor, la dulzura de sus beneficios, las maravillas de su obras; se regocian de ello; se bañan en torrentes de delicias que ellos solos conocen, y que, elevándolos fuera de sí mismos, los llevan á exclamar con la Esposa: *Nos regocijamos, saltamos de alegría en vos, acordándonos de vuestros pechos, y de ese amor soberano que nos teneis; los preferimos al vino de todos los consuelos que pudieran ofrecernos las criaturas.* (1) Aquí están los bienes y las dulzuras que dimanau del conocimiento de Jesu-Cristo. Por esto es que el Padre Balthazar Alvarez, santo religioso de nuestra Compañía, convencido de todas estas verdades por su propia experiencia, decía con un dolor extremo: (2) que la ignorancia más perjudicial al pueblo cristiano era la ignorancia de las perfecciones adorables de Jesu-Cristo, y de las inmensas riquezas que tenemos en él y por él. Esta ignorancia los precipita en abismos profundos de miseria, en donde se entregan á la tristeza, á las desolaciones, á las desconfianzas, como si sus males no tuvieran remedio. Así era como los hermanos de José estaban sumergidos en la miseria y en la angustia porque ignoraban que su hermano reinaba en Egypto, que tenia en su

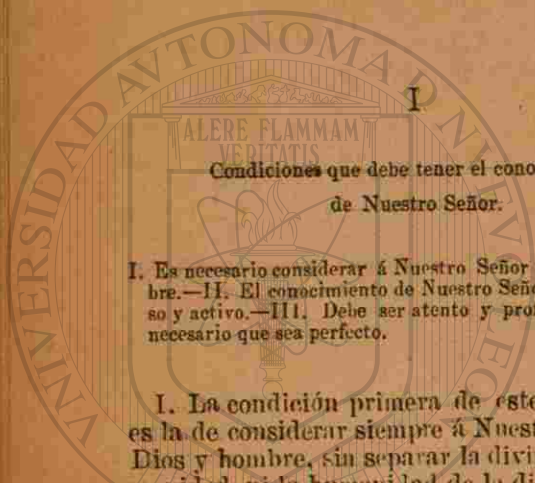
1 Exultabimus et letabimur in te, memores uberum tuorum super vinum. Cant. 1, 3. Según el Hebreo: Amorum tuorum. Pagn.

2 P. Dupont, Vie du P. Balthazar, ch. III.

poder, para socorrerlos, toda la abundancia de este reino fértil, como lo experimentaron, cuando lo reconocieron y estuvieron á su lado.

En fin, el conocimiento de Nuestro Señor es tan necesario, que sin él, el conocimiento de todas las demás cosas no puede servirnos, y él solo puede bastarnos. Saber á Jesu-Cristo, es saber bastante y saberlo todo: no conocerlo, es saber nada. Así un tirador que supiera todos los medios de tirar á los diversos lados del blanco y no supiera el de dar con acierto en él, sería tan poco laudable como si nada supiera; le sería más útil conocer la línea recta é ignorar las demás, puesto que solamente esa puede hacerle reportar el premio, mientras que las demás de nada le sirven. San Pablo también, aunque muy versado en las letras humanas, decía, sin embargo, *que no sabía mas que una sola cosa, á Jesu-Cristo crucificado,* (1) haciendo tan poco caso de todo lo demás como si lo hubiera ignorado. Véamos ahora cuál debe ser este conocimiento.

1 Non judicavi me scire aliquid inter vos, nisi Jesum Christum, et hunc crucifixum. I. Cor., II. 2.



I  
Condiciones que debe tener el conocimiento  
de Nuestro Señor.

I. Es necesario considerar á Nuestro Señor como Dios y hombre.—II. El conocimiento de Nuestro Señor debe ser afectuoso y activo.—III. Debe ser atento y profundo.—IV. No es necesario que sea perfecto.

I. La condición primera de este conocimiento es la de considerar siempre á Nuestro Señor como Dios y hombre, sin separar la divinidad de la humanidad, ni la humanidad de la divinidad. Esto era lo que decía el profeta Abacuc: *Señor, vos seréis conocido en medio de dos vidas* (1), se os considerará, se meditarán vuestras acciones en vuestras dos vidas, en la vida divina y en la vida humana; de manera que, si se os considera tomando nacimiento del seno de una Virgen en un pobre establo, entre dos animales, se os verá al mismo tiempo en el seno de vuestro Padre, engendrado de él como Dios de Dios y luz de luz. Si se os vé fijado en un patíbulo, sufriendo los dolores más crueles, lleno de oprobios, entre dos ladrones, se le-

1 In medio duarum vitarum cognoscetis, Abacuc, III, 2.

vantarán al mismo tiempo los ojos al cielo, para contemplaros sentado sobre un trono de gloria, en medio de vuestros ángeles. Así es, *¡oh Dios mío, como he considerado vuestras obras en este día; entonces, mi alma ha permanecido arrobada en los sentimientos de la admiración más grande, y de la más viva impresión* (1). Así es como necesitamos considerar siempre á Nuestro Señor en la unión de sus dos naturalezas; ved aquí la razón: Nuestro Señor, sin su divinidad, ya no es más Nuestro Señor; su sola humanidad no lo distingue de nuestra naturaleza, de nada podían servirnos su vida y su muerte, puesto que toda su fuerza para obrar nuestra salvación le viene de su divinidad, como la fuerza de Sansón, dice sabiamente San Próspero (2), venía de su cabeza. La cabeza de Nuestro Señor, dice San Pablo, era su divinidad (3), de la cual, como de la parte principal, descendían sobre su humanidad las influencias de esta virtud infinita, por la cual estaba él tan elevado sobre nosotros. El venerable Beda nota que Saul ha sido figura de Jesu-Cristo en muchas cosas, y principalmente en que de él se dijo: *Cuando apareció en medio del pueblo, sobresalía su cabeza entre todos* (4). Nuestro Señor solamente por la cabeza sobresale entre el resto de los hombres, es decir, por su divinidad, sin la cual él no sería más que nosotros.

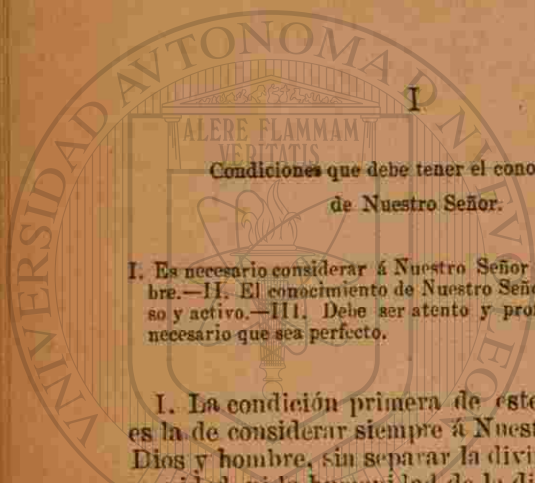
Si es necesario no separar la divinidad de la hu-<sup>®</sup>

1 Domine, consideravi opera tua, et exavi, Abacuc, III, 2.

2 S. Prosp. de prod. art. 2. ch. 21.

3 Caput vero Christi Deus, I. Cor., XI, 3.

4 Altior fuit universo populo ab humero et sursum. I. Reg., X. 23. Beda super. 1. Reg. cap. V.



I  
Condiciones que debe tener el conocimiento  
de Nuestro Señor.

I. Es necesario considerar á Nuestro Señor como Dios y hombre.—II. El conocimiento de Nuestro Señor debe ser afectuoso y activo.—III. Debe ser atento y profundo.—IV. No es necesario que sea perfecto.

I. La condición primera de este conocimiento es la de considerar siempre á Nuestro Señor como Dios y hombre, sin separar la divinidad de la humanidad, ni la humanidad de la divinidad. Esto era lo que decía el profeta Abacuc: *Señor, vos seréis conocido en medio de dos vidas* (1), se os considerará, se meditarán vuestras acciones en vuestras dos vidas, en la vida divina y en la vida humana; de manera que, si se os considera tomando nacimiento del seno de una Virgen en un pobre establo, entre dos animales, se os verá al mismo tiempo en el seno de vuestro Padre, engendrado de él como Dios de Dios y luz de luz. Si se os vé fijado en un patíbulo, sufriendo los dolores más crueles, lleno de oprobios, entre dos ladrones, se le-

1 In medio duarum vitarum cognoscetis, Abacuc, III, 2.

vantarán al mismo tiempo los ojos al cielo, para contemplaros sentado sobre un trono de gloria, en medio de vuestros ángeles. Así es, *¡oh Dios mío, como he considerado vuestras obras en este día; entonces, mi alma ha permanecido arrobada en los sentimientos de la admiración más grande, y de la más viva impresión* (1). Así es como necesitamos considerar siempre á Nuestro Señor en la unión de sus dos naturalezas; ved aquí la razón: Nuestro Señor, sin su divinidad, ya no es más Nuestro Señor; su sola humanidad no lo distingue de nuestra naturaleza, de nada podían servirnos su vida y su muerte, puesto que toda su fuerza para obrar nuestra salvación le viene de su divinidad, como la fuerza de Sansón, dice sabiamente San Próspero (2), venía de su cabeza. La cabeza de Nuestro Señor, dice San Pablo, era su divinidad (3), de la cual, como de la parte principal, descendían sobre su humanidad las influencias de esta virtud infinita, por la cual estaba él tan elevado sobre nosotros. El venerable Beda nota que Saul ha sido figura de Jesu-Cristo en muchas cosas, y principalmente en que de él se dijo: *Cuando apareció en medio del pueblo, sobresalía su cabeza entre todos* (4). Nuestro Señor solamente por la cabeza sobresale entre el resto de los hombres, es decir, por su divinidad, sin la cual él no sería más que nosotros.

Si es necesario no separar la divinidad de la hu-

1 Domine, consideravi opera tua, et expavi, Abacuc, III, 2.  
2 S. Prosp. de prod. art. 2. ch. 21.  
3 Caput vero Christi Deus, I. Cor., XI, 3.  
4 Altior fuit universo populo ab humero et sursum, I. Reg., X. 23. Beda super. 1. Reg. cap. V.

manidad, no lo es menos el no separar la humanidad de la divinidad, porque esto sería despojar á Nuestro Señor de muchas cualidades muy gloriosas, como del título de nuestro Redentor, de nuestro Mediador, de nuestro Sacerdote, de nuestro sacrificio, de nuestro hermano, etc. y á nuestros cuerpos de la felicidad eterna, puesto que en este estado, no se hubiera él revestido de nuestra naturaleza, y no hubiera padecido la muerte por nosotros. Eso sería también quitarle atractivos muy grandes de amor, y arrancarle las flechas más acerdadas con que hiere los corazones; pues muchos dicen con San Bernardo (1), que lo que los mueve más poderosamente y los penetra de una manera más sensible de su amor, es el ver que siendo Dios, haya querido hacerse hombre, morir por ellos y sufrir tal muerte. Es necesario, pues, siempre, en nuestras meditaciones y nuestras consideraciones referentes á Nuestro Señor, unir de una manera inseparable la humanidad y la divinidad, como en efecto lo están. La Esposa nos dá ejemplo de ello; habiéndole dicho sus compañeras: *¿Qué tiene, pues, vuestro muy amado sobre todo lo que se ama, joh la más bella de todas las mujeres!* (2) para que lo ameis con tanta fuerza y lo prefirais á todos? Ella responde: *Mi esposo es blanco y encarnado. Blanco, dice San Ambrosio, por su divinidad, rojo á causa de su humanidad, de la carne que ha tomado y de la sangre que ha derramado por mí.* (3)

1 Bern. serm 20 in cant.

2 *Qualis est dilectus tuus ex dilecto, ó pulcherrima mulierum!* Cant. V. 9.

3 *Rubicundus Christus Dominus ex incarnatione, candidus autem ex divinitate.* S. Ambr. de obitu Theod. imp. Theod. Aponius et alii, in eum locum.

Ved cuál es él; mas en esta unión y en esta agradable mezcla de colores, en esta unión de la divinidad y de la humanidad, yo lo considero, lo miro, lo amo y lo encuentro, *escogido entre mil*, más amable que diez mil, y preferible á todo cuanto se puede amar (1).

II. En segundo lugar, el conocimiento de Nuestro Señor debe ser afectuoso y activo, excitando eficazmente la voluntad á las obras buenas y al amor, y no solamente seco, especulativo y desvaneciéndose en pensamientos vanos. Es necesario que no sea estéril, como los rayos del sol que caen en las puntas de las rocas, y sobre las cuales no hacen brotar ni siquiera una brizna de yerba, sino fecundo como los rayos que alumbran los valles, calientan la tierra y le hacen dar frutos en abundancia. El conocimiento que aquí en la tierra tenemos de Nuestro Señor, debe parecerse al que los santos tienen en el cielo, conocimiento que no se reduce solamente á iluminar su entendimiento, sino que, además, excita poderosamente su voluntad á amarlo, á honrarlo, á adorarlo y á servirlo con todo su corazón. "El santo conocimiento de estos espíritus elevados sobre el mundo, dice San Dionisio, es infatigable, y arde en un amor que no conoce ni olvido ni reposo." (2) Así debe ser el nuestro, guardada proporción: firme, unida constantemente á este único objeto, ardiente en amor y victorioso del olvido y del pecado. Y para elevarnos á un conocimiento aun más sublime, sabe-

1 *Dilectus meus candidus et rubicundus, electus ex millibus.* Cant., V. 10.

2 S. Dionys. cap. 4, Eccl. hier.



mos que el Hijo de Dios, dice Santo Tomás, es un Verbo, es decir, no un conocimiento vano sino un conocimiento y un Verbo produciendo el amor (1), es decir, el Espíritu Santo, amor esencial y personal del Padre para el Hijo, y del Hijo para el Padre, que los une por un lazo indisoluble; esto es lo que la fe nos enseña. El conocimiento que tenemos del Hijo de Dios, no debe, pues, evaporarse en un humo de vanos pensamientos y de altas especulaciones que nada producen; sino que debe engendrar en nosotros su amor, ligarnos estrechamente y unirnos inseparablemente á él. Por esto es que este amable Salvador, invitando á los hombres, en el Cántico de los cánticos, á la consideración de sus misterios, como á un festín magnífico, les dice: Preparo ante vosotros una mesa cubierta de las viandas más exquisitas, no quiero que nada más las veais, no han sido hechas para eso las viandas, sino que las toméis, que os nutrais de ellas; comed por tanto, amigos míos, mis muy amados; bebed, y bebed en tal abundancia, que os embriagueis de amor, de esta sabia y sobria embriaguez que purifica el cuerpo, ilumina el espíritu, amortigua las pasiones, calienta el corazón con mi amor, y hace olvidar todo lo demás, para no pensar sino sólo en mí. (2) La esposa también, despues de ese festín, de este conocimiento de Nuestro Señor, no puede contener más los transportes de su corazón: grita por todas partes que ella arde, que langui-

1 Verbum non qualecumque, sed spirans amorem. S. Thom., II, p. q. 43, art. 5 ad 2.

2 Comedite, amici, et bibite, et inebriamini, carissimi. Cant., V, 1. Y según la traducción de algunos otros: inebriamini amoribus. Catena trium Patrum. Ricardo de Sn. Víctor.

dece de su amor, que ella es toda de él, que no tiene cuerpo, alma, pensamientos ni afectos sino para él. San Pablo dice, hablando de sí mismo y de las personas verdaderamente espirituales que se aplican al conocimiento de Nuestro Señor: *En cuanto á nosotros, contemplamos la gloria de Nuestro Señor, los misterios de su divinidad y de su humanidad, no con miedo ni aprensión, á causa de la bajeza aparente de algunos de ellos; sino á cara descubierta, con firmeza y seguridad, mirándolos todos como muy gloriosos, y tanto más gloriosos para nosotros y útiles para nuestra salvación, cuanto ellos parecen más cubiertos de oprobios. Y entonces, recibiendo por la fuerza de esta contemplación, como en espejos fieles, los rayos de esta gloria y de estos misterios, nos transformamos en la imagen de aquel que vemos, y que los ha obrado; pasamos de una claridad á otra, es decir, de un misterio á otro misterio, impulsados por el movimiento del Espíritu Santo, y llegando á ser cada día más iluminados y más inflamados de amor. (1) Ved aquí el modelo que debemos seguir en el conocimiento que queremos tener de Nuestro Señor; es menester que este conocimiento nos lleve á amarle, á honrarle, á hacernos semejante á él; la razón de esto es evidente: ¿de qué nos serviría en efecto, conocerle, si no le amáramos? Aún cuando yo tuviera el don de profecía, dice el Apóstol, aunque tuviera un conocimiento perfecto de todos los misterios y de todas las cien-*

1 Nos vero omnes, revelatá facie, gloriam Domini speculantes, in eandem imaginem transformamur á claritate in claritatem, tanquam á Domini spiritu. II. ad Cor., III, 18. Vide Gagneus et Estius, ibid.

cias, si no tengo la caridad, nada soy. (1) No son las ciencias ni los pensamientos sublimes quienes deben salvarnos, sino la conciencia y la virtud.

III. En tercer lugar, este conocimiento debe ser atento, serio, penetrante y profundo, y no ligero ni superficial, porque como la apariencia exterior de los misterios de Nuestro Señor, está frecuentemente llena de amargura, si se detuviera uno solamente en la corteza, quedaria disgustado, y para nada gozaria de la dulzura y del fruto que están ocultos en lo interior. El Espíritu Santo, en el libro de los Cánticos (2) los compara á las nueces: se necesita abrir la nuez para sacar de ella el fruto, de otra manera viene á ser inútil. "Todo cuanto de bello habia en el tabernáculo de la ley antigua, estaba cubierto con pieles, dice San Gerónimo; así, no hubiera uno hecho algún caso de él, si solo se hubieran considerado las apariencias; pero, levantando esta vil cobertura y penetrando en el interior, lo encontraba uno admirable; se veía la arca de la alianza hecha de una madera incorruptible, toda brillante de oro, guardando todo lo que Israel tenía de más precioso y sagrado: las tablas de la ley, la vara de Moisés y un vaso lleno de maná. Esta era figura de Jesu-Cristo: en lo exterior no se ve en él otra cosa que humillación, trabajos, dolores; mas si se quiere entrar más adelante y penetrar hasta en el interior, allí encontrará uno la gloria, el reposo y la vida, y cuanto hay de más grande y divino en el mun-

1 Et si habuero prophetiam, et noverim mysteria omnia, et omnem scientiam, caritatem autem non habuero, nihil sum. 1. Cor. XIII. 1.

2 Descendit in hortum nucum. Cant., VI. 10.

do." (1) Es preciso que el conocimiento que quereis tener de él llegue hasta eso, que quereis que os sea provechoso; tanto más que, siendo el fin de este conocimiento el conducirnos á imitarle y formar en vosotros los rasgos de este modelo divino, es necesario considerarlo de cerca y atentamente. Cuando un pintor quiere copiar un original excelente, no se contenta con mirarle ligeramente y con precipitación, sino que fija sobre él un ojo atento, le considera con mucho cuidado, aplica en él toda la vivecidad de su espíritu, y toda la fuerza de su vista, á fin de no perder alguno de los rasgos, aún los más ligeros, que se propone imitar. Así es como debemos considerar á Nuestro Señor y sus misterios divinos; es necesario, con una atención profunda y firme, examinar con cuidado todos los rasgos de este modelo, que debemos reproducir en nosotros lo más perfectamente que nos sea posible. San Dionisio dice excelentemente á propósito de esto: "El uso de la virtud divina se forma en una alma en un alto grado de semejanza, cuando esta alma mira y contempla atentamente esta belleza inteligible; del mismo modo que, cuando un pintor detiene fijamente su vista sobre su original, sin distraerla en manera alguna, sin dividir su atención, ciertamente lo representará al natural, y para servirme de los términos del santo, duplicará el objeto que saca, y lo hará de tal manera semejante, que no habrá más diferencia ahí que en la substancia; así, la contemplación atenta é invariable de la belleza divina, producirá, en el alma de las personas espiri-

1 Hieron., in Prol. gales.

tuales, una imagen exquisita y natural de Dios, que ofrecerá entonces una semejanza grande." (1) Podemos concluir de estas palabras, que se necesita, para formar en nosotros una imagen de Nuestro Señor, que su conocimiento y la consideración de sus misterios no sean ligeros, sino atentos y profundos.

Advertiremos con motivo de esto, como una cosa de importancia muy grande en la vida espiritual, que una de las causas principales, por las cuales un gran número de personas no avanzan en la virtud, y no recojen de sus meditaciones, oraciones y otros ejercicios espirituales, los frutos que estos medios poderosos podrían producir, es que piensan muy ligeramente en los misterios de la fe, y no hacen, por decirlo así, sino tratar de una manera superficial; de suerte que no pudiendo el espíritu concebirlas, penetrarlas y gustarlas, y no recibiendo el alma impresión alguna de ellos, la persona se queda siempre en el mismo estado. Los ojos del cuerpo no ven sino la superficie de los objetos, y las más veces, por lo ordinario, nos contentamos con que los ojos de nuestra alma hagan lo mismo, y no vayan mas adelante en las cosas de Dios y de la salvación. Es necesario no obrar así, sino considerarlos con cuidado y con atención; y mientras una cosa de esta importancia sea más vista, revista y profundizada, entrará más profundamente en el espíritu y obrará grandes efectos en la voluntad. Una verdad fuerte, sentida vivamente, tal como la presencia de Dios que nos sigue por todas partes, la felicidad ó la desgracia

1 S. Dionis., cap. IV, de Eccl. Hier.

que nos espera en la eternidad, el fin para el cual estamos en el mundo, la obligación estrecha que tenemos de amar á Nuestro Señor, y otras semejantes uno de estos grandes principios, bien fijo en el espíritu y en el corazón, obrará más eficazmente y producirá efectos más felices en un hombre, que un gran número de ligeros conocimientos de tantos asuntos diferentes.

IV. En cuarto lugar, es menester que este conocimiento sea moderado; no se necesita un conocimiento perfecto de Nuestro Señor para amarlo mucho. Verdad es que, como dice San Agustín, de ningún modo sabría uno amar una cosa que no conociera uno en nada." (1) Pero también, para amar mucho, no se necesita conocer mucho; un poco de conocimiento puede dar un amor ardiente, así como una pequeña chispa puede causar un gran fuego. Esto es lo que enseña el Doctor angélico, (2) cuando dice que se necesita mucho más para un conocimiento perfecto, que para un amor perfecto; porque, para conocer perfectamente una cosa, es preciso conocer clara y distintamente todo cuanto hay en ella, su esencia, sus virtudes, sus propiedades, sus operaciones; mientras que el amor se encierra en límites mas estrechos; se inclina simplemente al objeto y solamente como es en sí mismo y le basta, para amarlo, encontrar en él algo amable. Se ve, pues, claramente por esto que se necesita mucha menos aplicación para amar que para conocer. Lo vemos todos los días en aquellos que aman; una madre ama apasionadamente

1 Rom. prorsus ignotam amare omnino nullus potest. Aug. lib. X de Trin. cap. 1 y II.

2 S. Thom. 1. 2. quæst. 27. a. 2. ad 2.

á su hijo único, á quien no conoce sino muy imperfectamente, porque ella no conoce su alma, su memoria, su entendimiento, su voluntad, la justa distribución de las partes interiores de su cuerpo y otras mil cosas que hay en él. Por tanto, es verdad que una cosa puede ser perfectamente amada, sin ser perfectamente conocida; y por consiguiente, para amar mucho á Nuestro Señor, no es necesario conocerlo perfectamente, ni buscar muchos motivos que nos lleven á amarle; basta tener uno ó dos de ellos bien concebidos y desarrollados claramente en el espíritu. Y en efecto, si se les preguntara á los que se aman más en esta vida cuáles son las causas de este amor extremo que se tienen, darían muy pocas, y muy frecuentemente imaginarias y mal fundadas, un no sé qué, la simpatía, alguna pretendida perfección, cualquier beneficio ú otras cosas semejantes. Del mismo modo, para amar perfectamente á Nuestro Señor, no se necesitan tantos conocimientos, discursos, razonamientos; uno de sus misterios meditado seriamente, una de sus perfecciones considerada atentamente y conocida claramente, tanto es posible, el menor de sus beneficios pesado en una balanza justa, bastaría para abrasar nuestros corazones. Bastan pocos conocimientos á un buen corazón, decía Séneca. (1)

Por esto es necesario procurar dedicaros á un punto particular cualquiera, y escoger, en los motivos diferentes de amor, que vamos á desarrollar, uno ó dos de aquellos que comprenda más fácilmente vuestro espíritu y que inflamen más vues-

1 *Faucis opus est ad bonam mentem litteris, Senec, ep. 109.*

tro corazón. Damos muchos de ellos, á fin de que cada uno entre el os encuentre el suyo, según su gusto y atractivo. Será menester deteneros y fijaros en el que hubiereis escogido, sin recurrir á otros; considerarlo atentamente, estudiarlo, rumiarlo, con tanto cuidado y tan largo tiempo, que tengáis un conocimiento suficiente de él para moveros; entonces dejareis todas las consideraciones y las indagaciones nuevas, y no os ocupareis sino en entregaros á los ejercicios del amor.

Hay algunos que tienen un ansia insaciable de saber siempre, de aprender siempre nuevas cosas de Nuestro Señor, de descubrir motivos nuevos de amor, sin llegar jamás al ejercicio de este santo amor; esto es ciertamente un gran abuso. ¿Qué se dirá de un hombre que no hiciera continuamente sino amontonar leña, sin encender fuego jamás? Para hacer fuego, basta una cantidad competente de leña bien dispuesta, y hacerla arder; no espera sino esto. Del mismo modo, para encender en nuestros corazones el fuego del amor de Nuestro Señor, verdad es que primero se necesita reunir leña, es decir, algunos conocimientos de él; mas en seguida es necesario encenderlos y hacerlos arrojar flamas.

## II.

## CONCLUSIÓN.

I. El hombre desea naturalmente conocer Ejemplos —II D. be-  
mos desear con mucho mas ardor conocer a Nuestro Señor.

El Espíritu Santo dice por boca de Salomón:  
*Los ojos del sabio están en su cabeza, y el insensa-  
to anda en las tinieblas* (1). Explicando San Gre-  
gorio de Nysa este pasaje (2), se admira de esta  
manera de hablar, y pregunta ¿qué quiere decir,  
tanto más que no hay algún ser viviente que ten-  
ga los ojos fuera de la cabeza? después responde  
él que el hombre sabio pone sus ojos, es decir, sus  
pensamientos, en Nuestro Señor Jesu-Cristo, que  
es su cabeza, según la palabra de San Pablo (3),  
y que el necio lleva los ojos en sus pies, es decir,  
á las cosas viles y perecederas de esta vida, y que  
así, camina en las tinieblas.

I. Siendo el conocimiento de Jesu-Cristo tan  
noble, tan dulce, tan útil y tan elevado sobre to-  
dos los demás, como lo hemos demostrado, es pre-

1 Sapiētis oculis in capite ejus: stultus in tenebris ambulat. Eccl., II, 14.

2 Greg. Nysa. hom. 5 in Eccl.

3 Omnis viri caput, Christus est. I. Cor. 3, XI.

ciso ahora trabajar con todas nuestras fuerzas en  
conocerlo y en conocerlo de la manera que lo he-  
mos indicado. Aristóteles comienza su libro sobre  
la metafísica por esta sentencia: Todos los hom-  
bres desean naturalmente saber; (1) traen desde  
el seno de su madre una inclinación muy fuerte á  
saber siempre algo nuevo. Según esta necesidad  
del hombre, muchos grandes personajes de la an-  
tigüedad, tales como Pitágoras, Platon, Aristó-  
teles y otros, de quienes habla San Gerónimo (2),  
han dejado su país, sus casas, sus parientes, sus  
amigos, y han hecho viajes largos y penosos al  
Egipto, las Indias y hasta las extremidades de la  
tierra habitable, para ver lo que se hacia ahí, ser  
instruidos de lo que ignoraban, y descubrir algu-  
nos secretos escondidos. En la mayor parte de los  
pueblos, aquellos que pasaban por los mejores espí-  
ritus dejaban todo otro cuidado para aplicarse al  
conocimiento de las cosas naturales. Tales eran los  
filosofos entre los griegos, los druidas entre los  
galos, los magos en la Persia, los gimnosofistas en  
Etiopía, y los braamanes en las Indias. Los gim-  
nosofistas se quedaban inmóviles días enteros con-  
siderando el sol. Un cierto Aristómaco consagró,  
según lo refiere Plinio, (3) cincuenta y ocho años  
en estudiar la república de las abejas: otro llama-  
do Philico pasó toda su vida en las selvas entre  
las colmenas, para conocer las costumbres secre-  
tas de estos insectos. Pero ¿quién llevó más lejos  
que Demóstenes (4) el deseo de ser elocuente? El

1 Omnes homines naturá scire desiderant. Arist. init. Metaph.

2 Hier. ad Paulinum.

3 Plin. liv. XI. c. 6.

4 Val. Max. livr. VIII. ch. 7.

ardor de que estaba inflamado, y las penas que se tomó para hacerse hábil en este arte, parecen increíbles. Grandes defectos naturales lo ponían casi en la imposibilidad de conseguirlo, se hizo violencias extraordinarias para corregirse de ellos y para formarse á decir bien, á despecho de la naturaleza. No podía ni aun pronunciar la primera letra del arte por el cual estaba apasionado, la letra R, porque tartamudeaba; para remediarlo, llenaba su boca de pedritas, y así pronunciaba los discursos que sabía de memoria; por este medio se corrigió de tal manera de éste defecto, que no había en Grecia un solo hombre, que pronunciara tan clara y distintamente como él. Tenía la voz aguda y los riñones débiles; para reforzarlos, trepaba las rocas declamando hasta perder la respiración las arengas que se había aprendido. Otras veces iba á la orilla de la mar, al lugar donde las olas se rompían con más violencia y ruido, y ahí recitaba, lo más en voz alta que le era posible, para fortalecer el pecho y la voz, y acostumbrarse al ruido de un pueblo agitado. No tenía gracia para hablar, un gesto pesado que causaba risa; él no se desconcertaba, y tomó con un valor invencible la resolución de corregirse á costa de cualquier precio. Hizo cavar bajo la tierra un lugar á donde bajaba todos los días y allá, en pie, delante de un espejo, se ejercitaba en formar su gesto y en pulir su pronunciaci3n con una aplicaci3n tan ardiente, y una constancia tal, que muy frecuentemente permanecía allí dos ó tres meses, haciéndose rasurar la mitad de la cabeza, á fin de que la vergüenza le impidiera salir, por más deseos que de ello tuviera, y que así se viera obligado á per-

manecer allí. ¡Qué resolución y qué valor para llegar á ser elocuente! Oleantes, (1) famoso filósofo, tenía un deseo tan grande de aprender que, no pudiendo suministrar á los gastos de sus estudios, á causa de su pobreza, para subvenir á ellos, en lugar de tomar reposo, pasaba las noches en sacar agua, ¡tan grande y violento era el deseo de que tenía de saber! Y estos ejemplos se encuentran, no solamente entre los antiguos, los modernos nos los suministran tan prodigiosos. Tico-Brahé, (2) joven Señor de Dinamarca, de una nobleza y de una fortuna distinguidas, dotado de un espíritu excelente, fué cautivado del amor de la astronomía de tal modo, que, para entregarse enteramente á él, abandonó todas sus pretensiones y todas las grandezas á las cuales le daban derecho su espíritu, su nobleza, sus riquezas y sus parientes, hizo construir, con gastos inmensos, un gran castillo, ó más bien una ciudad, á la cual dió el nombre de Urano-burgo, ó ciudad del cielo. La llenó de todos los artesanos que le eran necesarios para la fabricaci3n de las cosas necesarias á su estudio y se confinó hasta la muerte en lo alto de su habitaci3n, en una cúpula de cristal que llamaba Esteba-burgo, ó ciudad de las estrellas. Allí, durante cuarenta ó cincuenta años que vivió, se aplicó constantemente á considerarlas, privado de las dulzuras de la vida, no dando en el día sino algunas horas al sueño, y aun á fuerza, y pasando todas las noches, aun en los inviernos mas rigurosos, en esta regi3n del norte, para aplicarse úni-

1 Valer. Max. ibi.

2 In ejus vita.

camente al conocimiento de los astros, que le había llegado á ser tan querido.

II. Si este caballero tuvo tanta pasión para conocer el movimiento de algunos cuerpos inanimados, insensibles y que de ningún modo pudieron corresponderle; si Demóstenes ha trabajado tanto para arreglar unas cuántas palabras, y engañar al pueblo por medio de arengas artificiosas; si los filósofos han gastado las fuerzas de sus cuerpos y de su espíritu por considerar las cosas naturales; si todos los hombres, en fin, tienen una grande necesidad de conocer, á tal grado que, tienen siempre los ojos y las orejas abiertas para saber alguna cosa nueva, la cual muchas veces les sería más ventajoso ignorar, ¡cuánto más razonable es pasar los días y las noches ocupándose únicamente del conocimiento más noble, más dulce, más necesario, más útil á nuestro espíritu, y el único que puede contentarlo, quiero decir, el conocimiento de Nuestro Señor Jesu-Cristo! Santo Tomás dice excelentemente que hay muchas fuentes, en donde los hombres han tratado de apagar la sed y el deseo natural que tienen de saber. Los cuatro elementos y el cielo son cinco de esas fuentes; los cuerpos mixtos, las plantas, los animales, los hombres, los ángeles, forman otras cinco de ellas: en estas fuentes es en donde han bebido diversamente y con una grande ansia los filósofos, los matemáticos, los geómetras, y los médicos; sin embargo, no han calmado su sed, porque no es posible, dice el Santo Doctor, que el conocimiento de criatura alguna pueda contentar al espíritu humano. (1) Uno de

1 S. Thom. Opusc. ad. 6 gradum charitatis.

ellos decía: *He corrido con una sed ardiente* (1) y un ardor extremo á estas fuentes; pero porque ellas no contienen el bien soberano, ni la primera verdad, no pueden calvarnos. Elévate, por tanto, más alto, hombre criado á la imagen de Dios, y di: Mi alma ha tenido sed del Dios fuerte, fuente de agua viva, manantí inagotable de toda verdad. (2) A esta fuente es á la que es preciso ir á beber y apagar la sed que tenemos de saber, porque en ella encontraremos todo cuanto nuestros espíritus y nuestros deseos más ardientes, pueden desear, y mil veces más.

Debemos imitar en esto á San Pablo, que decía á los de Filipo, hablando de sí: Desprecio yo y tengo en nada todos los conocimientos de los que hasta el presente he hecho el mayor caso, cuando los comparo al conocimiento de Jesu-Cristo mi Señor; la ciencia de la cual es él el objeto la encuentro tan bella, tan admirable, tan dulce, tan provechosa, que no tengo cuenta alguna de todas las demás, que en otro tiempo me habían agradado tanto: *las veo como bagatelas*, viandas sin sustancia, incapaces de nutrir y de contentar mi espíritu; detenerse en ellas es perder el tiempo, y llegan á ser un gran obstáculo al espíritu de Dios, si no se tiene cuidado en ello. (3) El dá la razón fundamental de esto hablando á los Colossenses. Deseo, dice él, que sepais que trabajo por vosotros

1 Cucurri in siti. Psal. VI. 15.

2 Sitivit anima mea ad Deum fortem, vivum. Ps. XLI. 2.

3 Quae mihi fuerunt lucra, hoc arbitratus sum propter Christum detrimenta: verumtamen existimo omnia detrimentum esse propter eminentem scientiam Jesu-Christi Domini mei. Philip. III, 7. et 8.

y que todos mis cuidados tienden á que esteis unidos y estrechados juntamente en la caridad llenos de los tesoros de la gracia, y de un perfecto conocimiento del misterio de Dios Padre y de Jesu-Cristo; en quien están escondidos todos los tesoros de sabiduría y ciencia. (1) Por la sabiduría, dice el doctor angélico, se entiende el conocimiento de Dios y de las cosas divinas; por la ciencia, el de las criaturas. (2) Examinando los Santos Crisóstomo y Theófilo o las demás palabras de San Pablo, dicen que la palabra *tesoros* puesta en plural, muestra la abundancia y la plenitud de la sabiduría y de la ciencia que posee Nuestro Señor; cuando añade *todos*, declara que él sabe todo y nada ignora; y por la palabra *escondidos en él*, anuncia que solo él es quien sabe todo, que tiene el conocimiento de todas las cosas divinas y humanas, increadas y creadas, y que todos los conocimientos verdaderos que tienen los ángeles y los hombres no son sino como pequeños arroyuelos de agua de este manantial. (3)

Puesto que Nuestro Señor Jesucristo sabe todo y que nada ignora, es necesario no buscar fuera de él la sabiduría y la ciencia, dice Santo Tomás, (4) y dá la razón de ello por es á comparacion: "Un hombre que tuviera un libro que contuviera todo, no tendría que abrir otro libro para apren-

1 Instructi in charitate et in omnes divitias plenitudinis intellectus in agnitionem mysterii Dei Patris et Christi. Jesu: in quo sunt omnes thesauri sapientie et scientie absconditi. Coloss., II, 2 et 3.

2 D. Thoma, *ibid.*

3 S. S. Chrys., et Theoph., in illum locum.

4 Non oportet sapientiam querere nisi in Christo. S. Thom., *ibid.*

der algo; del mismo modo, no debemos pensar sino en buscar á Jesucristo, y en leer noche y dia en este gran libro, que nos enseñará todo." Habiendo dicho San Agustín que se podía llegar á la sabiduría por muchos caminos, se desdijo de ésto en el libro de sus retractaciones, y corrige esta opinión diciendo: que no hay más que un solo camino para llegar á ella; á saber Nuestro Señor quien por esto se llama el camino: (1) él se nombra el camino y á la vez la verdad, para significar que por él es por quien se ha de ir á la verdad y á todas las riquezas de la sabiduría y de la ciencia, que to lo se encontrará en él. Mas, *os digo*, añade el Apóstol, en el lugar ya citado, que Nuestro Señor es el abismo de toda la ciencia. *á fin de que no os dejéis engañar por palabras bellas y magnificas de oradores, ni por las sutilezas y las curiosidades engañosas de los filósofos* (2) "Que Demóstenes y Cicerón no os deslumbrén por el brillo de su elocuencia," dice Santo Tomás; (3) que Aristóteles y Platón no os enmienten por los atractivos de su doctrina; si leéis esos libros, si os aplicáis á esas ciencias, haced, en primer lugar, más caso incomparablemente de la ciencia de Jesucristo que de todas esas; aplicaos en seguida á esas ciencias con motivos buenos, para gloria de Dios vuestra salvación y la del prójimo. Escribiendo San Pau-

1 Quia dixi ad sapientie conjunctionem non una via per venire non bene sonat, quasi alia via sit, præter Christum, qui dixit: Ego sum via. S. Aug., 1. Solil., cap. III; Retrac. lib. I., cap. IV.

2 Hoc autem dico, ut nemo vos decipiat in sublimitate sermonum... Videte ne quis vos decipiat per philosophiam, et inanem fallaciam. Coloss., II, 4 et 8.

3 Nec Demosthenes, nec Tullius vos decipiant in sublimitate sermonis. D. Thom.



lino á un hombre sabio llamado Aper, y regocijándose con él de que de abogado y juez se habia dado enteramente á Dios, consagrándose á él por el estado religioso, le dijo entre otras cosas: "Que los oradores guarden sus discursos bellos, los filósofos sus ciencias, los ricos sus riquezas, y los reyes sus reinos! en quanto á nosotros, Jesucristo es nuestra gloria, nuestra riqueza y nuestro reino. En él es en quien hemos sido sepultados y por quien ahora estamos escondidos á los ojos del mundo, para aparecer un día, para su vergüenza y confusión, con honor y en triunfo, en compañía de ese Señor, en la reunion de todas las criaturas. (1) Deja los mi muy querido hermano, dejadlos; que gocen de sus humores durante el poco tiempo que tienen de vida; que recojan los frutos de sus tristes placeres, porque muy pronto se secarán como la yerba del campo, y los días de estos desgraciados, cuyas esperanzas se limitan á esta vida y no más allá, se desvanecerán como la sombra. Jesucristo nos enseña por sus palabras y sus ejemplos á conocer la verdad, ya inclinándonos á despreciar las cosas temporales, ya excitando en nosotros el deseo de los bienes eternos. Ellos se han alejado de Jesucristo, que es la verdad soberana: es preciso necesariamente que caigan en una ceguera tan desgraciada; que vean como solido lo que es frágil y perecedero, y como bagatelas, cuanto hay más grande y duradero. Se burlan de la ver-

(1) Sibi habeant litteras suas oratores, sibi sapientiam suam philosophi, sibi divitias suas divites, sibi regna sua reges: nobis gloria et possessio et regnum Christus est cui consopulti sumus, in quo nunc abscondimur hujus mundi oculis, est confusio ejusdem, cum ipso revelemur. S. Paulini ep. 27, ad Aprum.

dad como si ella fuera una locura, y acojen la locura como si fuera la verdad." (1) Para no engañarnos tan groseramente acerca del mérito verdadero y la elección de las cosas, imámonos firmemente á la verdad, que es Jesu-Cristo, dejemos á los otros sus ciencias inútiles, apliquémonos á conocerlo, pues que en él están contenidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia.

## III.

Respuesta á las escusas.

I. Tenemos bastante espíritu.—II. Tenemos bastante tiempo.—  
III. Estimulo para este estudio.

I. Es inútil el alegar, para excusarse de aplicarse al conocimiento de Jesu-Cristo, que no se tiene bastante espíritu, decís, y teneis tanto para una multitud de otras cosas que no son comparables á esta: no careceis de él, cuando se trata de

(1) Sine illos interim, frater dilectissime, sine fruuntur gloriâ et vitâ suâ, potiantur fructibus suis, quoniam sicut olera herbarum citò decident, et dies eorum, sicut umbra, prætereunt, quorum spes intra hujus ævi spatia concluditur. Per Christum discimus agnoscere veritatem, vel in contemptu temporalium, vel in appetitu æternorum bonorum, à quo alieni, quia et veritas Christus est, in hac necesse est errorum infeliciam cœcitate permanent, ut in fragili soliditatem et in sólido inaciditatem putent, vera pro vanis rideant, et pro veris vana mirentur. S. Paulinus, ead., ep. 27, ad Aprum.

vuestro honor ó de vuestro interés; y por otra parte, aun cuando fuese verdad que no tuviereis talento, no es tanto el talento que se necesita para adquirir esta ciencia, como la buena voluntad. En las ciencias humanas, la retórica, la filosofía, las matemáticas y aun la teología escolástica, es verdad que se necesita capacidad, el entendimiento tiene en ellas el imperio, y aquel que está dotado de mejor juicio, aventaja á los demás; pero en la teología mística y para conocer á Nuestro Señor, la voluntad es la que preside, la que tiene la llave, y la que abre la puerta de esta escuela, en la cual este soberano maestro enseña á las almas en silencio y les da la inteligencia de sus misterios. "No es la lectura de los libros la que dá esta ciencia, dice San Bernardo sino la unción interior; no es la letra muerta, sino el espíritu de gracia; no son las investigaciones profundas, sino la ejecución de los mandamientos." (1) Si quereis conocer mucho á Nuestro Señor, amadlo mucho; el amor os dará más conocimientos que todas las frías especulaciones. Es cierto que así como el conocimiento engendra amor, así también el amar sirve mucho para aumentar el conocimiento; esto es lo que hizo decir á San Gregorio: "El amor es un conocimiento," (2) y á San Agustín: "El amor es un ojo; y amar es ver." (3) Una poca de miel que hayais probado, os hará comprender mejor su

1 Non enim hanc scientiam lectio docet, sed unctio; non littera, sed spiritus; non cruditio, sed exercitatio in mandatis Dei. S. Bern. ep. 108, ad Thomam de sancto Andomaro.

2 Amor notitia est. S. Greg. Hom. 27, in Evang.

3 Amor oculus est, et amare videre est. S. Aug. apud. Rich. cap. III, de grad. charit.

dulzura que todos los discursos de los hombres; así, si amais á Nuestro Señor, el amor os lo hará gustar; y este amor y ese gusto os harán conocer mil veces mejor lo que es, que todo cuanto de él se os pudiera decir; porque la ciencia experimental sobrepuja á todas las demás. Por esto decía David: Probad y ved cuán dulce es el Señor, (1) coloca el gusto antes de la vista, porque el gusto aumenta y fortifica la vista. Así, Jonatás, el gran amigo de David, habiendo probado una poca de miel, aseguró que sus ojos habían sido esclarecidos y fortificados. (2) Por esto ya no deis ahora la excusa, que no tenéis bastante espíritu para daros al conocimiento de Nuestro Señor; tenéis un corazón para amarlo, amadlo, gustadlo, y ciertamente lo conoceréis más perfectamente que si tuvierais el más sutil espíritu.

II. No digais tampoco que no tenéis bastante tiempo para aplicaros á él, porque también lo tenéis bastante, si quereis serviros de él, lo tenéis bastante para leer libros curiosos, para aprender tantas cosas vanas, tantas bagatelas que, como dice Séneca, si las encerrais en vos mismo, no os harán mejor, y si las comunicais á los otros, no os harán aparecer más sabio, sino más molesto. (3) Respondiendo San Paulino á un cierto Jovio, receptor de contribuciones, hombre muy sabio, que se excusaba con las obligaciones de su empleo, en

1 Gustate et videte quoniam suavis est Dominus. Ps. XXXIII, 9.

2 Illuminata sunt oculi mei, eo quod gustaverim paululum de melle isto. I. Reg. XIV, 29.

3 Que sive continens, nihil tacitam conscientiam juvant; sive próferas, non doctior videberis, sed molestior. Senec. de brevitate vite, cap. XIII.

no poder dedicarse al conocimiento de Nuestro Señor, como este Santo lo deseaba, lo estrecha con estas fuertes y poderosas palabras: "Habeis recogido las flores de todos los poetas, estais lleno de la elocuencia de todos los oradores, estais versado en la doctrina de los filosofos, rico en la literatura extranjera, habeis podido aplicaros al estudio de la lengua griega; y ahora, os lo pregunto, ¿qué se hacen los deberes de vuestro cargo, cuando leéis á Ciceron y Demóstenes, ó cuando, disgustado de una lectura habitual, ojeáis á Jenofonte, Platón, Catón y tantos otros, cuyos nombres apenas sabemos nosotros, mientras que vos conoceis lo que encierran?" (1) Para aplicaros á esos conocimientos encontráis bastante tiempo; y para entregaros al conocimiento de Jesu-Cristo, que es la sabiduría de Dios, no lo encontráis? Alegais como excusa las ocupaciones de vuestro cargo. Teneis tiempo para vacar á la filosofia, y ¿no tendríais tiempo para considerar los misterios del cristianismo? Hacedlo mejor, cambiad de resolucion, sed filósofo de Dios, sed peripatético en la escuela de Jesu-Cristo." (2) La sabia advertencia que San Paulino hacia á este sabio, pudiera dirigirse á un gran

1 Omnium poetarum floribus spiras, omnium oratorum fluminibus exundas, philosophas quoque fontibus arrigaris, peregrinis etiam dives litteris, os atticis faris implet. Quasote ubitune tributa sunt, cum Tullium et Demosthenem perlegis, vel jan usitatorum desaturitate fastidiens lectionum, Xenophontem, Platonem, Catonem, perlectos revolvis multosque prae te ea, quorum nos forte nec nomina, ut etiam volumina, tenes? S. Paulinus, ep. XXXVI, ad Jovium tributarium.

2 Ut istis occuperis, immunitus es et liber; ut Christum, hoc est, sapientiam Dei discas, tributarius et occupatus es. Vacat tibi ut philosophus sis, non vacat ut christianus sis. Verte potius sententiam, sis Dei philosophus, esto peripateticus Deo. ibid.

número de otras personas, que no piensan sino raramente en Nuestro Señor, y creen justificarse diciendo, que no tienen tiempo. Oh! lo tienen bastante para leer los libros de los paganos, para ser gramáticos, para aprender lenguas diversas! Lo tienen bastante para conocer las bellezas de la poesía y de la retórica, para penetrar los secretos de la filosofia, y no lo tienen para estudiar los de Jesu-Cristo. Bastante lo tienen, y no es la falta de tiempo la causa de su ignorancia, sino la falta de afición y voluntad. "No es el tiempo el que nos falta, decia Séneca: sino que lo perdemos mucho en juegos, en recreaciones, en conversaciones inútiles, en ocupaciones frívolas;" (1) así, no podemos decir que el tiempo nos fulte, sino más bien que lo desperdiciamos. Si empleárais en el conocimiento de Nuestro Señor el que perdéis en cosas inútiles, muy pronto seríais sabio en este conocimiento.

III. Puesto que nada puede excusarnos de no trabajar en conocer á Nuestro Señor, y que por otra parte, este conocimiento nos presenta ventajas que descuellan, como no lo hemos visto, entre las que pueden procurarnos los demás conocimientos, tomemos, por tanto, la resolucion de aplicarnos á él en lo de adelante con un ardor vivo y constante, y de una manera enteramente diferente de como lo hemos hecho hasta ahora; esforcémos en conocer sus perfecciones, sus beneficios y todas las cosas que lo hacen amable, para amarle desde el momento con todo nuestro corazón. Puede ser que hasta este momento os hayáis aplicado con ardor á

1 Non exiguum temperis habemus, sed multum perdimus. Seneca, de brevitate vitae, cap. 1.

aprender las letras humanas, y á conocer las cosas naturales, en ello habeis encontrado espinas muchas, según esta palabra de Salomón: *Esta es una ocupación muy penosa, que engendra solamente trabajo y aflicción de espíritu.* (1) Y bien! ahora, sin abandonar esas ciencias, si vuestro bien ó el del prójimo os obliga á aplicaros á ellas, daos eficazmente á la sobreeminente ciencia de Jesu-Christo: venid á la fuente de la sabiduría, á aquel en quien encontrareis todos los tesoros de la ciencia y de la verdad, y estad seguro que, cualquiera ciencia que tengais, no estareis sino en los primeros elementos de la sabiduría; mientras no hayais llegado á conocer á aquél que es el manantial de ella. Un doctor judío, (2) se sirve de una comparación bella é ingeniosa, que puede servir de instrucción sólida sobre esta materia: Sabed, hijo mío, dice, que mientras no estudiéis sino las ciencias humanas, seréis siempre semejante á los que vagan en rededor del palacio del rey, buscando la puerta sin encontrarla, como dice uno de nuestros antiguos proverbios. *El hijo de Aben Zoma está todavía fuera.*

Cuando hayais comprendido las cosas corporales, comenzareis á entrar en el palacio y á pasearos en los patios; y si os elevais á las cosas espirituales, entonces estais en la casa del rey, habreis entrado á su habitación; pero todavía no habeis visto su rostro. Aquí es donde los sabios del mundo se detienen, se aplican á la consideración de la

1 Occupationem pessimam dedit Deus filiis hominum.... labor et afflictio spiritus. Eccli. I, 15, et 16.

2 Moyses, Egyptus, in ductore habitantium.

naturaleza, y no van más lejos; pero aquél que refiere todos sus estudios á Dios, y que se sirve del conocimiento de las criaturas para elevarse al conocimiento y al amor del Criador, es del número de aquellos que están siempre con el rey y que ven la belleza de su rostro." He aquí lo que dice el judío. Así aun cuando fuerais un poeta tan hábil como Virgilio, tan elocuente como Cicerón; aun cuando penetrarais en las ciencias naturales tanto como Aristóteles y que tuvierais solo tanta ciencia como todos los hombres sabios juntos, si no teneis la ciencia de Jesu-Christo, todavía no habeis visto el rostro del rey, no estais aún más que á la puerta de su palacio. Por esto buscad este rostro, pedidle esta ciencia. Mas, pedidla al mismo Jesu-Christo, porque solo él os la puede dar. No se puede ver al sol con otra luz más que con la suya; del mismo modo no se puede conocer al sol de justicia más que con la luz de su gracia. *Pedid, él es el Dios de las ciencias; (1) él es quien enseña la ciencia á los hombres, y quien da la sabiduría á los sabios.* (2) y como él es infinitamente liberal, y tiene un deseo vivo de darla y de hacerse conocer para la felicidad de los hombres os la dará con abundancia y largueza. *Si alguno de entre vosotros necesita sabiduría, dice Santiago, que la pida á Dios, que la comunica á todos liberalmente, y le será dada con amor.* (3)

1 Scientiarum Dominus, I, Reg. II, 3.

2 Qui docet hominem scientiam, et dat sapientiam sapientibus. Ps. XCIII, 19, Dan. II, 21.

3 Si quis autem vestrum indiget sapientia, postulet á Deo, qui dat omnibus afluenter, et non impropertat, et dabitur ei, Jacob. I, 5.

Pidámosla unos por otros; sigamos en esto el consejo y ejemplo de San Pablo, cuyo deseo y oración frecuentes eran que los cristianos aprendieran á conocer á Jesu-Cristo. *No cesso de acordarme de vosotros en mis oraciones*, dice á los de Efeso, á fin de que el Dios de la gloria y Padre de Nuestro Señor Jesu-Cristo os de el espíritu de sabiduría, y os revele el misterio de su conocimiento; que esclarezca los ojos de nuestro espíritu, á fin de que sepais á qué esperanza os dá derecho vuestra vocación de cristiano, y qué tesoro de gloria y de riqueza está reservado á sus santos en la herencia que él les ha prometido. (1) Esto es por lo que, doblando la rodilla, con toda la humildad y el afecto posibles, ruego á Dios Padre que os fortalezca interiormente con su gracia, haga germinar en vuestros corazones la fe, el conocimiento y el amor de su Hijo, á fin de que estando arraigados profundamente, y fundados firmemente en este amor, podais comprender con todos los santos y verdaderos cristianos, cual es la longitud, latitud, altura y profundidad de las bellezas que hay en él, de los bienes que os vienen de él, del soberano amor que os tiene, que excede todo lo que pueda concebir el espíritu, para que esteis llenos y colmados de su fe de su conocimiento, de su amor, y de todos sus de

1 Non cesso.....memoriam vestri faciens in orationibus meis: ut Deus, Domini Nostri Jesu-Christi Pater glorio, det vobis spiritum sapientie et revelationis ejus: illuminatos oculos cordis vestri, ut sciatis que sit spes vocationis ejus, et quae divitiarum hereditatis ejus in sanctis. Ephes. I, 16, 17, 18.

más dones. (1) He aquí lo que San Pablo deseaba y pedía para los cristianos. Deseemos y pidamos lo mismo los unos por los otros; y por esto, concluyo con las palabras que terminan la última epístola del príncipe de los Apóstoles: *Creded, hermanos míos, en la gracia y en el conocimiento de Nuestro Señor y Salvador Jesu-Cristo, á quien sea dada gloria ahora y en la eternidad. Así sea.* (2) Más es suficiente hablar del celo que debemos llevar para conocer á Jesu-Cristo; vengamos ahora á los motivos que deben llevarnos á amarlo. Sin embargo, antes de entrar en el detalle de estos motivos diferentes, vamos á referir dos pasajes célebres de la Santa Escritura, que son, por decir así, el resumen de un gran número.

1 Hujus rei gratiã flecto genua mea... ut det vobis secundum divitiã gloriã suã, virtute corroborari per spiritum ejus in interiorẽ hominem, Christum habitari per fidem in cordibus vestris: in charitate radicati et fundati, ut possitis comprehendere cum omnibus sanctis, quoe sit latitudo et longitudo, et sublimitas et profundum: scire etiam supereminentem scientiã claritatem Christi, ut impleamini in omnem plenitudinem Dei. Eph., III, 14, 16, 17, 18, 19.

2 Vos igitur fratres... crescite in gratiã et in cognitione Domini nostri, et salvatoris Jesu-Christi. Ipsi gloria, et nunc, et in diem eternitatis. Amen. II, Petr., III, 18.

## CAPITULO CUARTO.

Dos pasajes muy notables de la Escritura Santa, conteniendo muchos motivos que pueden llevar nuestros corazones al amor de Nuestro Señor Jesu-Christo.

- I. Es necesario escoger para amar.—II. Primer pasaje tomado del libro VIII de los Proverbios.—III. Segundo pasaje, de la Sabiduría.—IV. Ejemplos de Enrique Suso y de San Lorenzo Justiniano.—V. Cual es el verdadero filósofo.

I. Escribiendo Séneca á su amigo Lucilo, le da un aviso muy importante acerca del amor: Escoged, le dice, y después amad. (1) Quere decir por esto, que se debe amar, no por pasión más bien que por razón, ni por ligereza y sin examen, como la mayor parte de los hombres; sino con conocimiento y juicio, examinar el mérito de la persona que se quiere amar, pesar el bien y el mal que pueden resultar de la elección que haremos, no ir con precipitación en un negocio de esta importancia, sino con una gran circunspección, mucha madurez y prudencia. Por esto añade: Nada hagáis sin deliberarlo con vuestro amigo y tomar sus consejos; más antes reflexionad maduramente si debéis tomarlo por vuestro amigo. (2) Y en efecto, si quien

1 Ep. III Elige, postea dilige. Sem. ep. III.

2 Omnia cum amico delibera, sed de ipso prius. Ibid.

quiere comprar alguna cosa, no toma al acaso la primera que le cae á la mano, sino que mira y considera con cuidado en todo sentido, para hacer una buena elección y no ser engañado; si ninguno monta un caballo sin haberlo montado, paño sin haberlo examinado, vino sin haberlo probado, un instrumento de música sin haberlo ensayado, cuán puesto en razón y necesario es el poner la mayor atención en la elección de un amigo, el no dar su corazón al primero que se presenta, sino examinar cuidadosamente si es digno de ello! Al escoger un amigo, se le da lo más precioso, puesto que le da uno su corazón y por consiguiente todo; por otra parte se toma fácilmente el carácter y las costumbres de su amigo, con quien nos hace insensiblemente semejantes la fuerza del amor. Además, el amor tiene un imperio tan maravilloso sobre el hombre, que arrastra y lleva tras sí, como un primer móvil todas las demás pasiones y las hace como quiere, y así como si el primer móvil se des-arreglara en sus movimientos, se seguiría de esto una confusión horrible en el universo, porque él dirige los movimientos de los cuerpos celestes, del cual depende toda la economía de las cosas de la tierra; así, si el amor, que tiene un dominio tan absoluto sobre nuestra voluntad, nuestro espíritu, nuestro honor, nuestros bienes, y sobre todo en general, es des-arreglado, debe necesariamente turbar y pervertir á todo el hombre, y causar el desorden más grande en sus afectos y pensamientos, en su alma y en su cuerpo. Por tanto, es de una gran importancia, fundar juiciosamente y escoger bien á aquel á quien quiere dárselo.

Ahora bien, pretendemos demostrar en este pri-

mer libro, y con la gracia de Dios nada será más fácil, que Nuestro Señor Jesu-Cristo es el único objeto digno de nuestro corazón; que todo hombre de juicio debe necesariamente escogerlo por el objeto de su amor, y que no se puede dejar de hacer esta elección sin carecer de buen sentido. Vamos, como lo hemos prometido, á dar en este capítulo dos pasajes notables de la Santa Escritura, que encierran muchas razones muy poderosas para inclinarnos á esta elección.

II. El primero está tomado del capítulo 8.º de los Proverbios, en el que Salomón hace intervenir á la sabiduría, es decir, según la interpretación común de los santos Padres. (1) Nuestro Señor Jesu-Cristo, la sabiduría encarnada, quien, desde lo alto de las montañas, en los grandes caminos, á la entrada de las ciudades, á las puertas de las casas, y por todas partes, llama á todos los hombres con una voz fuerte y los invita á venir á él.

*Oh hombres, á vosotros hablo, á vosotros se dirige mi voz; escuchad y venid á mí; (2) y para comprometerlos á ello y atraerlos como con fuertes cadenas, les dice: Por mí y por mi gracia, los reyes reinan, los principes mandan, los potentados y los monarcas llevan el cetro y la corona. Yo soy quien da á los legisladores la ciencia de formar leyes buenas para Governar los Estados, y á los magistrados la fuerza para ejercer la justicia equitativamente y*

1 Ath. Bas. Naz. Chris. Niss. Cyril. Ambr. Hier. Aug. Hil. según Salazar.

2 Oiriii, ad vos clamato, et vox mea ad filios hominum Prov. VIII, 4.

sin temor. *Año á los que me aman, y el que sea diligente en buscarme, me encontrará, y encontrará conmigo, la abundancia de todos los bienes; porque las riquezas, la gloria, los honores las dignidades, los placeres sólidos y las virtudes verdaderas, están conmigo; es incomparablemente más honorable, más provechoso, y más feliz para el hombre el poseerme, que el poseer todo el oro, toda la plata, todas las piedras preciosas y todos los bienes de la tierra. Yo conduzco á los que vienen á mí por los caminos de la prudencia y de la justicia; los enriquezco por la posesión de los bienes verdaderos, colmo todos sus deseos y mis más dulces placeres y mis más caras delicias son estar con los hijos de los hombres. (1)*

Por esto, hijos míos, seguid mi consejo, venid á mí. Dichosos aquellos que dan oído á mis palabras. Pesad lo que os digo, guardaos de desecharlo y sed sabios en la elección que hagais del objeto de vuestro amor. Feliz el hombre que sigue mis consejos que vela todos los días en mi puerta para encontrarme, y que me espera á la entrada de mi casa. Quien me encuentre, encontrará la vida, y su salvación en el Señor. Quien me ofenda, dañará su alma. Todos los que me odian se odian á sí mismos y aman la muerte. (2)

1 Per me reges regnant, et legum conditores justa decernunt; per me principes imperant, et potentes decernunt justitiam. Ego diligentes me diligo; et qui manè vigilat ad me, invenient me. Mecum sunt divitiae, et gloria, opes superbiae, et justitia. Melior est enim fructus meus auro, et lapide pretioso, et gemina mea argento electo. In viis justitiae ambulo, in medio semitarum judicii, ut ditem diligentes me, et thesauros eorum repleam..... et deliciae meae esse cum filiis hominum. Prov. VIII, v. 32, ad 36.

2 Nunc ergo, filii, audite me; Beati qui custodiunt vias meas. Audite disciplinam, et estote sapientes, et nolite abjicere eam.

III. El segundo pasaje está tomado de los capítulos sexto, séptimo y octavo del libro de la sabiduría; Hablando allí el Espíritu Santo de la sabiduría encarnada, dice entre otras cosas: *La sabiduría es de un acceso fácil; se deja ver fácilmente de los que la aman y se deja encontrar de los que la buscan; se adelanta, hacia aquellos que la desean y les sale al encuentro para mostrarse la primera. El que maltrata para buscarla, la encontrará sin trabajo, porque ella estará sentada en su puerta para esperarlo. Pensad por tanto en ella; esta es la señal más segura de un buen espíritu, y el punto más elevado de la prudencia.*" (1)

"Yo la he preferido á los reinos y á los tronos de los monarcas; no he hecho caso alguno de las riquezas, y las he visto como viles comparándolas á ella. Las más brillantes piedras preciosas no me han parecido de algún precio; el oro más puro me ha parecido una ligera arena; la plata más probada, como lo lo delante de ella. La he amado más que la salud y belleza; he resuelto quererla más que mis ojos, tomarla por mi luz, porque es la única que nunca se apaga. Todos los bienes y tesoros inestimables de gloria y de honor me han

Beatus homo qui audit me, et qui vigilat ad fores meas quotidie, et observat ad posteros ostii mei. Qui me invenerit, inveniet vitam, et habiet salutem à Domino; qui autem in me peccaverit, loedet animam suam. Omnes qui me oderunt, diligunt mortem. Prov., VIII, v. 32 ad 36.

1 Sapientia facile videtur ab his qui diligunt eam, et invenitur ab his qui quorunt illam. Prooccupat qui se concupiscunt, ut illis se prior ostendat. Qui de luce vigilaverit ad illam, non laboravit: assidentem enim illam foribus suis inveniet. Cogitatio ergo de illa sensus est consummatus. Sap., VI, v. 13, ad 16.

venido con ella. Encontré por todas partes dicha y alegría, porque ella iba delante de mí, y me conducía. Oh Dios! antes de amarla y de encontrarla, ignoraba yo que ella fuera la causa de tantos bienes y la verdadera madre de tanta dicha. Ella es la virtud de Dios, la efusión toda pura de la claridad del Todopoderoso; es ella el esplendor de la luz eterna, el espejo sin mancha de la majestad de Dios y la imagen perfecta de su bondad; es más bella que el sol, más elevada que todas las estrellas; si se la compara á la luz, ella la aventajará." (1)

Esto es por lo que "la he amado, la he buscado con afán desde mi juventud; he tratado de tenerla por esposa, porque sus atractivos me han conmovido vivamente, y he quedado ardientemente prendado de su belleza." Y cómo no amarla viendo cómo trata á sus amigos! "Ella es la que enseña la ciencia de Dios, y la que dirige sus obras;" da á sus amigos la luz para discernir las acciones más perfectas, y la fuerza para ejecutarlas. "Si se de-

1 Praeposui illam regnis et sedibus, et divitiis nihil esse duxi in comparatione illius nec comparavi illi lapidem pretiosum, quoniam omne aurum in comparatione illius, arena est exigua, et tanquam lutum estimabitur argentum in conspectu illius. Super salutem et speciem dilexi illam, et proposui pro luce habere illam: quoniam inextinguibile est lumen illius. Venerunt autem mihi omnia bona pariter cum illa, et innumerabilis honestas per manus illius. Et letatus sum in omnibus; quoniam antecedebat me ista sapientia, et ignorabam quoniam horum omnium mater est..... Vapor est enim virtutis Dei, et emanatio quaedam est claritatis omnipotentis Dei sincera..... Candor est enim lucis aeternae, et speculum sine macula Dei majestatis, et imago bonitatis illius..... Est enim haec speciosior sole, et super omnem dispositionem stellarum, luci comparata invenitur prior. Sap., VII, v. 8, ad 12, et 4, 25 ad 30.



sean las riquezas de esta vida, ¿qué cosa hay más rica que la sabiduría, que hace todas las cosas? Si alguno desea la justicia, las grandes virtudes son también su obra; si alguno desea la profundidad de la ciencia, ella es quien sabe lo pasado, y quien juzga de lo porvenir; penetra lo que hay más sutil en los discursos, y descubre la solución de los argumentos más difíciles; conoce los signos y prodigios antes que aparezcan, y lo que debe suceder en la sucesión del tiempo y de los siglos." (1)

"Por tanto, he resuelto tomarla por la compañera de mi vida, sabiendo que ella me participará de sus bienes, y que me consolará en mis penas y desazones, como un amigo consuela á su amigo desolado y enjuga sus lágrimas. Ella es también la que me dará la inmortalidad, . . . al entrar á mi casa encontraré mi reposo con ella, porque su conversación no tiene amargura y su compañía nada de enojoso; al contrario, ella es un manantial continuo de placeres maravillosos y de arrebatadoras delicias. En consecuencia habiendo pensado en todas estas cosas, y habiéndolas meditado, en mi corazón, iba yo á buscar la sabiduría por todas partes á fin de tomarla por compañera." (2)

1 Hanc amavi, et exquisivi á juventute meá, et quesivi sponsam mihi eam assumere, et amator factus sum formae illius. . . . Doctrix enim est disciplinae Dei, et electrix operum illius. Et si divitiae appetuntur in vitá, quid sapientiá loepletius quoe operatur omnia. . . .? Et si justitiam quis diligit, labores hujus magnas habent virtutes. . . . Et si multitudinem scientiae desiderat quis, scit praeterita, et de futuris aestimat, scit versutias sermonum, et dissolutiones argumentorum: signa et monstra scit antequam fiant et eventus temporum et saeculorum. Sap. VIII, 2, ad 9.

2 Proposui ergo hanc adducere ad convivendum: sciens quo-

Hé aquí las palabras del Espíritu Santo; son notables, y será bueno volverlas á leer muchas veces, considerarlas y meditarlas atentamente, siguiendo las divisiones que hemos establecido, porque cada una de ellas contiene muchos motivos poderosos para llevarnos al amor de Nuestro Señor, y encender este fuego sagrado en nuestros corazones; será muy difícil no sentir á lo menos algunas centellas, por poco que se las quiera profundizar.

IV. La historia de la vida de Enrique Suso, hombre muy santo, de la orden de Sto. Domingo, refiere que siendo aún joven religioso, y oyendo leer á la hora de comer las palabras que acabamos de referir, su espíritu se impresionó tan vivamente con ellas, y se incendió en un ardor tal, que estaba hecho un fuego y como fuera de sí, ardiendo y languideciendo en un deseo indecible de tener esta bella y rica esposa. Ciertamente, decía él, yo haré todos mis esfuerzos para ganar el amor de esta excelente sabiduría, de la que dicen tantas maravillas: ¡oh! si puedo llegar á conseguirlo, seré el hombre más dichoso del mundo; no desearé, ni pediré nada más. Después de haber suspirado mucho tiempo, después de muchas oraciones y súplicas, la sabiduría se mostró un día á él en una nube brillante como el sol, y con tantos atractivos que ella hubiera movido á los más insensibles, y

niam mecum communicabit de bonis, et erit allocutio cogitationis et cordis mei. . . . Habebo per hanc immortalitatem. . . . Intrans in domum meam, conqueſcam cum illa: non enim habet amaritudinem conversatio illius, nec tedium convictus illius, sed letitiam et gaudium. Hoc cogitans apud me, et commemorans in corde meo. . . . circuibam quaerens, ut mihi illam assumerem. Sap. VIII, 9 ad 19.

abrasado los corazones más helados: é inclinándose á él con una benevolencia extrema y con el esplendor de una majestad toda divina, le dijo sonriendo graciosamente: *Hijo mío, dame tu corazón.*

(1) Ante este espectáculo y oyendo estas palabras Suso fuera de sí mismo y en el trasporte de la alegría, se arroja á sus pies, la agradece con la más profunda humildad y todo el ardor de su alma y se consagra enteramente á su servicio. Desde entonces, más que nunca, ardió en amor de ella, pensando continuamente en ella; había aun tomado la costumbre, siempre que oía cantar alguna canción profana, de retirarse inmediatamente á su corazón para conservar á esta divina esposa, y consagrarle todo, diciendo: Señor Jesús, si una gran reina, dotada de la belleza del cuerpo y del espíritu, llena de toda clase de perfecciones, me hubiera sido dada por esposa, tendría yo justamente el derecho de regocijarme por eso, si todavía perteneciera yo al mundo; pero ahora que la sabiduría divina me ha sido dada, ¿cómo no me entregaré á todos los trasportes de la alegría y del arrobamiento? Por esto yo ya no deseo nada sobre la tierra, en ella encuentro la abundancia de riquezas, de honores, de placeres, de ciencia y de todos los bienes. Y entonces, este santo hombre, todo absorto en sus pensamientos sublimes, con el rostro radiante de alegría, el corazón ensanchado, todos sus sentidos interiores embalsamados con una unción celeste, iba por todas partes gritando: "Yo he amado la sabiduría más que la belleza y que la salud; he resuelto verla como mi única luz, y toda clase de bienes y de ben-

1 Praebe, filimi, cor tuum mihi. Prov., XXIII, 6.

diciones me han venido con ella." Así es como las palabras que hemos citado llevaron á Enrique Suso á amar la sabiduría, y tal es el favor señalado que la sabiduría le concedió. (1)

Ella le hizo otro tanto á san Lorenzo Justiniano, y lo cuenta él mismo que, siendo de 19 años, y buscando, según la inclinación de su edad, su reposo en las criaturas, sin poder encontrarlo en ellas, la sabiduría le apareció bajo la forma de una virgen joven, dotada de una belleza incomparable, de una majestad y de un esplendor extraordinarios, y con un rostro muy gracioso le dijo con una voz llena de dulzura: ¿Por qué mi muy amado, prodigais tú los afectos de tu corazón, y buscas en las criaturas lo que pueda saciar tus deseos y darte la felicidad? Sólo yo poseo lo que tú buscas, tú lo encontrarás infaliblemente en mí; aun desde esa vida gozarás de una paz increíble y de un reposo inefable de espíritu, si me tomas por esposa. Admirado de esta maravilla, el joven Lorenzo deseaba saber quién era la que le dirigía esas dulces palabras; ella le dijo que era la sabiduría de Dios que se había revestido de nuestra naturaleza por la salvación de los hombres, y que él debía apresurarse á rendirse á su invitación. Habiendo Lorenzo aceptado con sentimientos de la más viva alegría ofrecimientos tan ventajosos, le dió entonces ella el beso de paz, después desapareció, dejando la flecha del santo amor, en el corazón del joven, quien la llevó toda su vida, amando á

1 B. Laurent, Jus, in fascículo amoris, et Bern, Justin, in ejus, vitá apud, Surium, 8, Jan.

esta esposa divina con el amor más tierno, más abrasado, más fuerte y más constante.

Y Imitadlo, mi querido lector; rendios á las razones que encierran las palabras que hemos referido; tomad á la sabiduría por esposa, puesto que ella misma lo quiere, que se ofrece, y es la que primero os busca; en esto consisten la sabiduría y la verdadera filosofía. En efecto, si Dios es la sabiduría, como dice san Agustín, (1) el verdadero filósofo, es decir, aquel que ama la sabiduría, es aquel que ama á Dios; y como la sabiduría es atribuida propia y personalmente al Hijo de Dios, se sigue de esto que el verdadero filósofo es aquel que ama al Hijo de Dios, y que la verdadera filosofía no es otra cosa que el amor de Jesu-Cristo Nuestro Señor. De aquí viene que los Santos Padres, por un filósofo, entiendan un cristiano; y según ellos, dedicarse á la filosofía, significa creer en Jesu-Cristo, imitarlo y amarlo. En este sentido dice san Justino: (2) "Es necesario que todos los hombres estudien la filosofía, es decir, que se esfuercen por conocer y amar á Jesu-Cristo, y que estén bien persuadidos que esta es la acción más grande y más honrosa que puedan hacer; todo lo demás no es más que accesorio." Esto es bastante sobre los motivos generales que deben llevarnos á amar á Jesu-Cristo.

Examinemos ahora estos motivos en particular.

1 Si sapientia Deus est, veris philosophus est amator Dei.  
S. Aug. VIII de Civit. cap. I.

2 Justin. Dialog. cum Triphone.

## CAPITULO QUINTO.

### Primer motivo de amor.

Nuestro Señor es amable á causa de las perfecciones infinitas de su divinidad.

I. Del motivo más poderoso para llevarnos á amar á Nuestro Señor.—II. Dios es absolutamente perfecto.—III. Dios es infinitamente perfecto.—IV. Dios sólo es un acto puro.—V. Efectos que producen las perfecciones de Dios.

I. El motivo más poderoso para llevarnos á amar á Nuestro Señor, será sin duda las perfecciones de su divinidad, porque ellas son ciertamente las más grandes de todas, puesto que son infinitas. Mas estas perfecciones son puramente espirituales; por otra parte, constando nosotros de alma y cuerpo, estamos reducidos á la triste necesidad de no poder conocer durante esta vida las cosas espirituales tales como son; no pudiendo nuestros espíritus ver nada sino al través de los sentidos corporales, lo ven todo corporal y sensible así como nuestros ojos, viendo diversos objetos de diferentes colores al través de un vidrio rojo, los ven todos de este color. De esto se sigue, en consecuencia, que siéndonos muy poco conocidas las perfecciones de Dios, no hacen en nuestras almas toda

esta esposa divina con el amor más tierno, más abrasado, más fuerte y más constante.

Y Imitadlo, mi querido lector; rendios á las razones que encierran las palabras que hemos referido; tomad á la sabiduría por esposa, puesto que ella misma lo quiere, que se ofrece, y es la que primero os busca; en esto consisten la sabiduría y la verdadera filosofía. En efecto, si Dios es la sabiduría, como dice san Agustín, (1) el verdadero filósofo, es decir, aquel que ama la sabiduría, es aquel que ama á Dios; y como la sabiduría es atribuida propia y personalmente al Hijo de Dios, se sigue de esto que el verdadero filósofo es aquel que ama al Hijo de Dios, y que la verdadera filosofía no es otra cosa que el amor de Jesu-Cristo Nuestro Señor. De aquí viene que los Santos Padres, por un filósofo, entiendan un cristiano; y según ellos, dedicarse á la filosofía, significa creer en Jesu-Cristo, imitarlo y amarlo. En este sentido dice san Justino: (2) "Es necesario que todos los hombres estudien la filosofía, es decir, que se esfuercen por conocer y amar á Jesu-Cristo, y que estén bien persuadidos que esta es la acción más grande y más honrosa que puedan hacer; todo lo demás no es más que accesorio." Esto es bastante sobre los motivos generales que deben llevarnos á amar á Jesu-Cristo.

Examinemos ahora estos motivos en particular.

1 Si sapientia Deus est, veris philosophus est amator Dei.  
S. Aug. VIII de Civit. cap. I.

2 Justin. Dialog. cum Triphone.

## CAPITULO QUINTO.

### Primer motivo de amor.

Nuestro Señor es amable á causa de las perfecciones infinitas de su divinidad.

I. Del motivo más poderoso para llevarnos á amar á Nuestro Señor.—II. Dios es absolutamente perfecto.—III. Dios es infinitamente perfecto.—IV. Dios sólo es un acto puro.—V. Efectos que producen las perfecciones de Dios.

I. El motivo más poderoso para llevarnos á amar á Nuestro Señor, será sin duda las perfecciones de su divinidad, porque ellas son ciertamente las más grandes de todas, puesto que son infinitas. Mas estas perfecciones son puramente espirituales; por otra parte, constando nosotros de alma y cuerpo, estamos reducidos á la triste necesidad de no poder conocer durante esta vida las cosas espirituales tales como son; no pudiendo nuestros espíritus ver nada sino al través de los sentidos corporales, lo ven todo corporal y sensible así como nuestros ojos, viendo diversos objetos de diferentes colores al través de un vidrio rojo, los ven todos de este color. De esto se sigue, en consecuencia, que siéndonos muy poco conocidas las perfecciones de Dios, no hacen en nuestras almas toda

la impresión que en ella deberían producir. Y como las palabras son las imágenes de nuestros conocimientos, no siéndonos conocidas las perfecciones divinas más que imperfectamente, casi no podemos hablar de ellas de una manera conveniente; sin embargo, puesto que el asunto á ello nos obliga, trataremos de decir algo de ellas, ó mejor dicho, de balbutir, y de sacar á lo menos una gota de agua de este océano infinito.

II. Santo Tomás dice, escribiendo contra los gentiles: Dios es un ser perfecto en todas las cosas; no le falta nobleza alguna, excelencia alguna, ni perfección alguna de cualquier género que sea. (1) Dios es perfecto en sí mismo y por sí mismo, decía el filósofo Alcino; El es siempre perfecto y es perfecto en todo género de perfección. (2) El es perfecto en todo, dice más largamente San Cirilo de Jerusalem. (3) perfecto en conocimiento, en poder, en grandeza, en previsión, en bondad y absolutamente perfecto en todo. Por esto los antiguos comparaban á Dios con el círculo, que es la figura más perfecta; lo que hacía decir á Zenon que Dios era esférico, es decir, perfecto. Refiere Sinésio que los sacerdotes Egipcios tenían costumbre de retirarse en lugares subterráneos, en donde estaban encerradas con candado esferas, que adoraban ellos, porque les parecía que ellas representaban la excelencia y la perfección de Dios. (4) Esto es

1 Deus est universaliter ens perfectum, cui non deest alicujus generis nobilitas. D. Thom., lib. I contra Gent., cap. XXVIII.

2 Deus est a se ipso, perfectus, semper perfectus, omni ex parte perfectus. Alcino's cap. IX.

3 Catech., VI.

4 De encomio Calirtii.

lo que no es expresado por esta famosa sentencia de Empédocles, que algunos atribuyen á Trismégisto: Dios es una esfera intelectual é incomprensible, cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna.

III. Dios es por tanto infinitamente perfecto y la perfección misma; es un círculo que, en perfección, no tiene ni principio ni fin. *El Señor es grande, exclama David, está sobre toda alabanza, su grandeza no tiene límites;* (1) es grande en su naturaleza, en su bondad, en su belleza, en su sabiduría, en su poder, en sus riquezas, en sus perfecciones; ellas son todas infinitas. El es grande, es elevado, es *inmenso*, decía el profeta Baruc, y *su grandeza y su inmensidad no tienen límites;* (2) El es la grandeza, la bondad, la belleza, la sabiduría misma, la única perfección esencial, decían los platónicos (3) y él es todo esto, porque él es el ser mismo. Esté es el sentido en que decía á Moisés: *Yo soy el que soy.* (4) Si los hijos de Israel te preguntan quién soy y en nombre de quién les hablas, les dirás: *Aquel que es me ha enviado hácia vosotros.* El se da este nombre para declararles, como lo notan San Gregorio y San Agustín, la necesidad y la eternidad de su ser. (5) Esto era lo que los paganos habían querido significar por la

1 Magnus Dominus et laudabilis nimis: et magnitudinis ejus non est finis. Ps. CXLV, 3.

2 Magnus est, et non habet finem: excelsus et inensus. Baruch, III, 25.

3 Ipsum bonum, ipsum pulchrum, ipsum esse.

4 Ego sum qui sum..... Qui est, misit me ad vos. Exod., III, 14.

5 S. Greg. oratis in Pascha. S. Aug., de vera Relig., XLIX.

inscripción misteriosa del templo de Delfos, que decía: *Vos sois*, como para decir á Dios: Solamente vos sois el que sois, y nosotros y todas las demás criaturas no somos. El Santo hombre Job dice de Dios en el mismo sentido: *El solo es* (1) A propósito de esto San Gregorio pregunta con admiración: "¿Pero acaso los ángeles, los hombres, el cielo, la tierra y los animales no existen? Ciertamente, además del testimonio de nuestros ojos, ¿no está escrito: *El ha creado todas las cosas a fin de que existiesen?*" (2) ¿Cómo, pues, Job puede decir que sólo Dios existe?" Después responde: una cosa es existir y existir principalmente y como el principio de la existencia para sí y para los demás; otra cosa es tener un ser inmutable y perecedero, y tener un ser inmutable. Es verdad que los ángeles, los hombres y las demás criaturas son ó existen, pero no existen como principio, y hablando propiamente, porque tienen la existencia como préstamo solamente; no subsisten por sí mismos, sino en Dios que es quien los sostiene, y ellos dejarían de existir, si su mano no los sostuviera. (3) Habiendo sido sacadas todas las cosas de la nada, añade el mismo Santo, tienen una inclinación á volver á la nada, como á lo que les es natural; y, en efecto, el peso de esta inclinación las precipitaría allá, si la mano todopoderosa que las ha criado no las detuviera, y no las tu-

1 Ipse solus est. Job XXIII, 13.

2 Creavit ut essent omnia. Sap. I, 14.

3 Sed aliud esse, aliud principaliter esse, aliud mutabiliter, aliud immutabiliter esse. Sunt enim hoc omnia, sed principaliter non sunt, quia in semetipsas minimè subsistunt, et nisi gubernantis manu teneantur, esse nequaquam possunt. S. Greg., Moral. lib. XXI, ca. p. XVI.

viera suspendidas sobre la nada conservándoles el ser que les ha dado por su sola bondad. (1) No es así tratándose de Dios, porque él subsiste por sí mismo; por sí mismo es el principio y el origen de su ser, sin deber nada á nada de todo cuanto él es.

IV. Dios es perfecto, dice San Dionisio, porque es perfecto en sí mismo, sin el socorro de ningún otro, por su esencia y no por accidente, porque está todo entero en todas las cosas, siempre de la misma manera, y porque es incapaz de recibir ni aumento ni pérdida." (2) Santo Tomás da la razón de ello en otros términos, cuando dice que Dios es perfecto, porque es "un acto puro," (3) es decir, perfecto en todo lo que es él, y la perfección misma. Las criaturas, por excelentes que sean, jamás pueden ser actos puros, porque están compuestas de perfecciones y de imperfecciones, y que no hay una sola que no pueda recibir una nueva perfección, y por consiguiente ninguna que sea completamente acabada y absolutamente perfecta. Cada cosa criada, dice sabiamente Platon, tiene mucho más del no *ser* que del *ser*; el hombre por ejemplo, no tiene más que el *sólo ser* de hombre; no tiene el del sol, del ángel, ni los seres de las demás criaturas que hay en el universo; y aun cuando los tuviera, no tiene todos los seres diferentes, todas las propiedades, todas las perfecciones diversas que Dios puede criar en número infi-

1 Cuncta quippè ex nihilo facta sunt, eorumque essentia ad nihilum tenderet, nisi eam auctor omnium regiminis manu retineret. Sap. I, 14.

2 S. Dionys. de Divin. non. cap. XIII.

3 Actus purus. S. Thom. I, p. q. 25, a. 1.

nito; por consiguiente, es claro que ni el hombre, ni criatura alguna pueden encerrar en sí todas las perfecciones, y que solamente Dios es quien las contiene. *¿Por qué me llamais bueno?* dijo Nuestro Señor á aquel joven, de quien habla el evangelio, que tománolo por un hombre solamente, es verdad que excelente, lo había llamado bueno, *sólo Dios es bueno.* (1) Si Nuestro Señor ha dicho esto de su humanidad, que era tan buena, tan santa, la primera y la más acabada de las criaturas, únicamente porque no tiene de sí misma, sino de Dios, esa bondad, esa santidad, su ser y todas sus perfecciones, podemos decirlo bien con mucha mayor razón de las demás criaturas.

V. Para conocer aún las perfecciones de Dios, considerémoslas en sus efectos. Se necesita bien que Dios sea maravillosamente perfecto, pues que con sólo verlo son tan soberanamente dichosos los santos que están en el cielo, que se extingue en ellos el deseo de cualquiera otra felicidad, los sumerge en un océano de delicias, y que, contemplándolo sin cesar, sin que nada pueda distraerlos aunque sea poco, verán en él cosas, ó por decir mejor, una cosa tan admirable y tan arrebatadora, que lo verán durante la eternidad toda, no solamente sin disgusto alguno, sino siempre con una admiración, un asombro, un amor, y torrentes de gozos inexplicables, indecibles. Y para decir todavía algo más fuerte, se necesita que Dios sea bien perfecto; puesto que El encuentra toda su felicidad en contemplarse á sí mismo; porque teniendo una capacidad infinita, se necesita un objeto infinita-

1 Nemo bonus, nisi solus Deus. Luc, XVIII, 19.

mente perfecto para llenarla; y existiendo esta inmensidad desde toda la eternidad, y debiendo ser eternamente satisfecha, se debe necesariamente concluir que él es infinitamente perfecto y que sus perfecciones no tienen límites. San Agustín nos da grandes ideas de las perfecciones de Dios, habiéndole así: *¡Oh ser soberano, infinitamente bueno, infinitamente bello, infinitamente fuerte y poderoso, invisible y viendo todo, inmutable y cambiando todo, siempre obrando y siempre en reposo; grande sin cantidad, y por esto sin medida; bueno sin cualidad, y por esto mismo único verdadera, y soberanamente bueno; cuyas voluntades son efectos, cuyo querer es poder; que habeis criado todas las cosas de la nada, por vuestro solo beneplácito; que poseis todas vuestras criaturas sin tener necesidad de ninguna de ellas; que las gobernais sin trabajo, que disponéis todo sin molestia, y que nada encontráis ni en el cielo, ni sobre la tierra, ni en los infiernos que se oponga al orden establecido por vuestra sabiduría y por vuestro poder; sois necesariamente el que sois, y sólo á vos conviene propiamente el ser.* (1) Creo de todo mi corazón, dice el mismo santo, que existis en subs-

1 O sum me, optimus, pulcherrimus et fortissimus, invisibilis omnia videns, immutabilis omnia mutans, semper agens, semper quietus. Magnus es sine quantitate, et ideo immensus; bonus es sine qualitate, et ideo verè et summè bonus, et nemo bonus nisi tu solus; cujus voluntas est opus, cujus velle posse est; qui omnia de nihilo creasti, que sola voluntate tua fecisti; qui omnem creaturam tuam absque indigentia aliqua possides, et sine labore gubernas, et absque tædio regis, et nihil est quod perturbet ordinem imperii tui, vel in imis; qui verè es quod es, et non mutaris, cui maximè convenit quod greci dicunt, v. Latini ens, S. Aug. Med, cap. XXIX.

tancia; que hay en vos tres personas, verdadero Dios, de una naturaleza simple, espiritual, y que no está limitada absolutamente por nada; que nada hay sobre ni bajo vos más grande que vos; que que poseis todas las perfecciones sin mezcla alguna de imperfecciones; que sois fuerte sin debilidad alguna, estais presente por todas partes sin alguna situación particular, llenándolo todo sin extenderos en manera alguna, encontrándoos por todas partes sin resistencia alguna, recorriendo todo sin movimiento; infinito en grandeza, todopoderoso en fuerza, elevado sobre todo en bondad, incomprendible en sabiduría, terrible en vuestros conceptos, justo en vuestros juicios, impenetrable en vuestros secretos, veráz en vuestras palabras, santo en todas vuestras obras. (1) Tales son las palabras de San Agustín; mas lo que sigue nos hará comprender todavía más clara y distintamente las perfecciones de Dios.

I Credo de toto corde in personis trinum, et in substantia unum, verum Deum, unius simpliciis, incorporeo, in-circumscrip-ta natura, nihil te superius aut inferius, majusne aliquid habentem, sed per omnem modum sine deformitate perfectum, sine infirmitate fortem, sine situ ubique presentem, sine extensione omnia implentem, sine contradictione ubique occurrentem, sin-motu omnia transcendentem, in magnitudine infinitum, in virtu-te omnipotentem, in bonitate summum, in sapientia inestimabilem, in consiliis terribilem, in judiciis justum, in cogitatione-i bus secretissimum, in verbis veracem, in operibus sanctum. S. Aug. Med, cap. XII.

## I

## Manera de conocer á Dios por afirmación.

I. Dos maneras de conocer á Dios.—II. Por afirmación.—III. Dios posee todas las perfecciones formal ó eminentemente.

I. Los maestros de la vida espiritual nos enseñan que podemos llegar á algún conocimiento de las perfecciones de Dios por dos caminos opuestos, y que los dos tienen su fundamento en la Sagrada Escritura. El primero, dándole todas las perfecciones de las criaturas, y refiriéndoselas como á su verdadero origen; el segundo, quitándoselas como siendo indignas de él, é infinitamente inferiores á las suyas; esto es lo que ellos llaman conocer á Dios por afirmación y por negación, y explican esto por una comparación muy propia para hacer comprender claramente su pensamiento. Dicen que trabajando en conocer á Dios por afirmación, se procede como el pintor que, queriendo hacer un cuadro, por ejemplo el de Jesús Crucificado, comienza por preparar su tela, añáale en seguida color sobre color, de los más toscos á los más finos y á los más vivos, y en fin, acaba su obra dando la última mano y barnizando su cuadro. Para aprender á conocer á Dios por negación, se sigue un procedimiento del todo opuesto, y se imi-



ta al escultor que, queriendo hacer del mismo modo una estatua de Nuestro Señor en mármol, nada añade al mármol, sino al contrario, quita en todo sentido, corta todo lo que es superfluo, todo lo que impedía, como dice San Dionisio, (1) que se viera claramente la imagen escondida en el trozo de suerte que, para hacer resaltar la belleza que estaba invisible, no hace sino quitar lo que impedía el mirarla. Así puede uno formarse en su espíritu una idea alta de las perfecciones de Dios por afirmación, tomando todas las perfecciones de las criaturas esperecidas en el universo, toda su bondad, su belleza, su sabiduría, y sus demás perfecciones: esto es obrar entonces como el pintor. También puede hacerse por negación, quitándole todo esto y tirándolo como otros tantos obstáculos que impiden verlo tal cual es: en este caso se imita al escultor. La Sagrada Escritura lo llama algunas veces bueno, sabio, poderoso; entonces habla de Dios por afirmación; otras veces dice que es inefable, incomprensible, que habita una luz inaccesible; esto es hablar de él por negación.

II. Podemos, con razón, esforzarnos por conocer las perfecciones de Dios por afirmación, atribuyéndole todas las perfecciones de las criaturas y concibiéndolas en él, pues en efecto las encierra todas. Esto es lo que prueba sólidamente el doctor angélico. Es necesario, dice, que todas las perfecciones de los efectos se encuentren en primer lugar en la causa, porque no se puede dar lo que no se tiene. Habiendo hecho Dios todas las criaturas, se debe concluir necesariamente de esto

(1) Mystice Theolog. cap. II.

que todas las perfecciones y la excelencia que poseen están en el puesto que han venido de él. Siendo el ser subsistente en sí mismo, y por sí mismo, y no en otro ó por otro, comprende y encierra en sí la perfección del ser tomada en toda su extensión. (1) "Todo lo que existe está contenido en la bondad soberana de Dios substancialmente, como todos los números están contenidos en la unidad, de la cual se derivan todos. Y del mismo modo que todos los radios de una circunferencia están unidos al centro, y que el punto central encierra en sí todos los radios unidos entre sí, y es el único principio de donde han salido, del mismo modo también todas las perfecciones de cada criatura en particular están encerradas en Dios de una manera distinta, como en la naturaleza universal de todas las cosas, en la causa única de donde dimana cuanto existe, todo principio, todo fin, toda vida, toda inmortalidad, toda sabiduría, toda armonía, todo poder, toda inteligencia, toda razón, todo reposo, todo movimiento, todo amor. No se necesita pensar que Dios es de tal ó cual manera, que tiene tal cosa, y que no tiene otra, sino que se necesita creer que él es todas las cosas, que él es la causa de todas las cosas, que tienen el ser en él antes de tenerlo fuera de él." Así es como razona San Dionisio. (2) San Agustín dice casi lo mismo en estas bellas palabras que dirige á Dios: ¡Oh Dios, en quien están todas las cosas, Dios padre de la verdad, padre de la sabiduría, padre de

1 Totam perfectionem essendi in se continet. S. Thom. in præfat. lib. III contr. Gent.

2 De, div. Nom. cap. V.

la vida verdadera y soberana, padre de la felicidad, padre de la bondad y de la belleza, padre de la luz intelectual! Yo os invoco, oh Dios de verdad, en quien, de quien, y por quien son verdaderas todas las cosas verdaderas; Dios de sabiduría, en quien, de quien y por quien son sabios todos los que son sabios; Dios, manantial soberano de la vida verdadera, en quien, de quien y por quien viven todos los que viven una vida verdadera y soberana; Dios, felicidad soberana, en quien, de quien y por quien son felices todos los que son felices; Dios, bondad soberana y soberana belleza, en quien, de quien y por quien son buenas y bellas todas las cosas que tienen alguna belleza ó alguna bondad; Dios, luz intelectual, en quien, de quien y por quien brilla intelectualmente toda luz intelectual; Dios, sobre quien nada hay sin él que nada puede subsistir y fuera de quien solo no hay sino la nada; Dios que encerrais todo bajo vos, todo en vos y todo con vos." (1) San Gregorio de Nacianzo llama á Dio: "un océano sin

1 Deus in quo sunt omnia. Deus pater veritatis, pater sapientiae, pater vere summoque vitae, pater beatitudinis, pater boni et pulchri, pater intelligibilis lucis. Te invoco, Deus veritas! in quo, et à quo, et per quem vera sunt, quae vera sunt omnia. Deus sapientiae, in quo, et à quo et per quem sapiunt quae sunt omnia. Deus vera et summa vita, in quo et à quo, et per quem vivunt, quae verè summèque vivunt omnia. Deus, beatitudo, in quo, et à quo, et per quem beata sunt omnia. Deus, bonum et pulchrum, in quo, et à quo, et per quem bona et pulchra sunt, quae bona et pulchra sunt omnia. Deus intelligibilis lux, in quo, et à quo et per quem intelligibiliter lucent, quae intelligibiliter lucent omnia. Deus supra quem nihil, extra quem nihil, sine quo nihil est. Deus, sub quo totum est, in quo totum est, cum quo totum est. S. August, lib. Solil, sen de, cong. Dei et animae, cap. 1.<sup>o</sup>

fondo y sin orillas, que encierra la esencia y la perfección de todas las cosas." (1) Un antiguo explicaba muy bien esta verdad por la comparación de una granada: "Así como la granada encierra bajo su corteza una gran cantidad de granos apretados, y puestos cada uno en su lugar, sin confundirse, así Dios encierra en sí mismo todos los géneros, todas las especies, todos los individuos, y todos los diferentes grados de perfección y de ser." Por esto es que los filósofos llamaban á Dios el Todo, y decían que estaba figurado por el Pan de los antiguos; muchos también piensan que este famoso oráculo: *El gran Pan ha muerto* (2) que oyeron unos marineros en el mar de Jonia, bajo el emperador Tiberio, no significaba otra cosa que la muerte de Jesu-Cristo, á quien ellos llamaban el gran Pan, es decir, el gran Todo, porque él es todo y que por razón de su divinidad encierra todo en sí mismo. Debemos por tanto concluir de esto que Dios encierra en sí todas las perfecciones de las criaturas.

III. Los teólogos nos enseñan que Dios contiene estas perfecciones de dos maneras, ó formal ó eminentemente; contiene propia ó formalmente las perfecciones simples, es decir, aquellas que uno concibe sin mezcla alguna de imperfecciones, (3) como son la sabiduría, la bondad, la verdad, el poder, y otras, que es mejor poseer que no poseer. En cuanto á las perfecciones que están mancha-

1 Oratio in Nat.

2 Euseb, lib. V, de prep. Evang. c. 8. 9.

3 Perfectio simpliciter simplex, melior ipsa, quam non ipsa. Sn. Ans, cap. XIV, Monol, et, cap. V et XI, Prosoloq.

das de algunos defectos y que tienen siempre algún defecto inherente, unido á su naturaleza, como son las perfecciones corporales. Dios no las posee formalmente, porque sería imperfecto sino que las posee eminentemente, es decir, que puede producirlas; él posee todo cuanto hay de bueno en esas perfecciones, y de ninguna manera lo imperfecto que está adherido á su naturaleza.

Más de cualquier manera que las perfecciones de las criaturas estén en Dios, es cierto que son incomparablemente más grandes y más perfectas en él que en las criaturas. San Agustín enseña, en muchos lugares de sus obras, que los bienaventurados, por el conocimiento que él llama de la mañana, ven las criaturas mucho más perfectas y más bellas en Dios que en sí mismas. "Del mismo modo, dice, que se conoce mucho mejor la rectitud de las líneas y la verdad de las figuras por las operaciones del espíritu, que trazándolas sobre el polvo; del mismo modo también la justicia y la virtud se encuentran de una manera mucho más perfecta en la verdad inmutable de Dios que en el alma del justo." (1)

El mismo santo dice en otra parte muy elegantemente: "Una pintura, por bella que sea, no lo parece tanto cuando se la ve con poca luz, que cuando se la considera en su verdadero punto de vista; del mismo modo, cuando se consideran á las criaturas en sí mismas, no parecen ni tan ex-

1 Sicut aliter scitur rectitudo linearum, seu veritas figurarum cum intellectu conspicitur, aliter eum in pulvere scribitur; et aliter justitia describitur in veritate, incommutabili, aliter in anima justí. S. Aug. de civit. Dei, lib. XI. cap. XXIX.

celentes, ni tan perfectas como cuando las ve uno en Dios; en sí parecen descoloridas, mientras que en Dios tienen colores vivos y brillantes." (1) S. Juan da la razón de esto en pocas palabras; *nada de lo que fué hecho se hizo sin él. En Él estaba la vida.* (2)

Todas las criaturas, antes de su creación y después de su creación, tienen vida en Dios; un gran número no tienen vida en sí mismas, tales como la tierra, las piedras, etc.; más en Dios viven todas. San Agustín explica esta verdad por una comparación sacada de las obras de arte: "Un obrero, dice él, hace un mueble; considerad este mueble en sí mismo y acabado, y consideradlo en la idea del obrero; este mueble en sí mismo y estando acabado, no tiene vida, sino que vive en el espíritu del obrero, en donde está, y en donde primeramente ha estado; porque si el obrero no lo hubiera concebido en su pensamiento, ¿cómo hubiera podido hacerlo? Del mismo modo la sabiduría de Dios, que ha hecho todas las cosas, contiene la idea de ellas y su modelo antes de producirlas; lo que ella produce, hablando generalmente, no tiene la vida en sí, porque muchas cosas están desprovistas de vida; pero todo vive en Dios. La tierra, el sol, la luna, etc., son cuerpos inanimados, pero están vivientes en su modelo, que se conserva siempre en la sabiduría de Dios, y de una manera mucho más noble, más sublime,

1 Cognitio creaturarum in se ipsa est decoloratio, ut ita dicam, quam que in Dei sapientiâ cognoscitur. Exod. lib. I. cap. VII.

2 Quod factum est. In ipso vita erat, Sn. Joan. cap. I, 3.

y por consiguiente más diferente, de lo que es el retrato muerto é insensible de un hombre respecto á su original que está vivo." (1)

"Las criaturas en sí mismas, dice S. Anselmo, son esencias sujetas á cambio; mas en Dios, son la esencia misma de Dios, y el primer Ser subsistente." (2)

"La justicia y la virtud, decía S. Agustín (en el texto que hemos citado.) son muy diferentes en la verdad inmutable de Dios y en el alma del justo: en Dios, son sustancias; en el alma del justo, no son más que accidentes; en Dios, son firmes, constantes, eternal y esencialmente variables; en el hombre, pueden disminuirse y aun perderse completamente por el pecado; en Dios, son absolutamente infinitas y no tienen medida; en el hombre, tienen una medida y cierto número de grados determinados. Además, en el hombre, la justicia no es la sabiduría, el poder, la verdad, la grandeza; pero en Dios, todas estas perfecciones están unidas inseparablemente; porque, como dice S. Agustín, su grandeza es su sabiduría, y su bon-

1 Faber facit arcam; attende arcam in arte, et arcam in opere. Arca in opere non est vita, arca in arte vita est, quia vivit in animá artificis, ubi sunt ista omnia, antequam perficiantur; sic ergo, quia sapientia Dei, per quam facta sunt omnia, secundum artem continet omnia, antequam fabricet omnia, hic quæ fiunt, per ipsam artem non continio vita sunt, sed quidquid factum est, vita in illo est. Terram vides, est in arte terra. Cælum vides, est in arte cælum. Solem et lunam vides, sunt et ista in arte, sed foris corpora sunt, in arte vita sunt. S. Aug., Tract. I, in Joan.

2 Etenim in seipsis sunt essentia mutabilia, secundum mutabilem rationem creata; in ipso verò sunt ipsa prima essentia, et prima existendi veritas. S. Ans, Monol, cap. XXX III.

dad es su sabiduría, y su grandeza, y la verdad es todo esto junto. (1)

Por esto dice S. Dionisio: (2) "que Dios es llamado uno, porque El es únicamente todas las cosas, por la preeminencia de la unidad que hay en él, sin mezcla alguna, y en la cual todas las cosas están perfectamente unidas, lo cual forma su esencia indivisible."

## II.

### Modo de conocer á Dios por negación.

I. Lo que se entiende por este conocimiento negativo.—II. Discurso de Pico de la Mirándola.—III. La vía de las negaciones es más conveniente que la de las afirmaciones.—IV. Dios es conocido mejor por el silencio que por las palabras.

I. Se conoce á Dios de una segunda manera, por negación; en este caso no se le atribuye, como lo hemos hecho en el párrafo precedente, la bondad, la belleza, el poder y las demás perfecciones de las criaturas; al contrario, se le quitan, como siendo indignas de El. Decimos que nada tiene de todo esto, nada de lo que los sentidos puedan

1 Eadem magnitudo ejus est, quæ sapientia; et eadem bonitas, quæ sapientia et magnitudo; et eadem veritas, quæ illa omnia. S. Aug. de Trin, cap. VII.

2 De div, Nom. XIII.

y por consiguiente más diferente, de lo que es el retrato muerto é insensible de un hombre respecto á su original que está vivo." (1)

"Las criaturas en sí mismas, dice S. Anselmo, son esencias sujetas á cambio; mas en Dios, son la esencia misma de Dios, y el primer Ser subsistente." (2)

"La justicia y la virtud, decía S. Agustín (en el texto que hemos citado.) son muy diferentes en la verdad inmutable de Dios y en el alma del justo: en Dios, son sustancias; en el alma del justo, no son más que accidentes; en Dios, son firmes, constantes, eternal y esencialmente variables; en el hombre, pueden disminuirse y aun perderse completamente por el pecado; en Dios, son absolutamente infinitas y no tienen medida; en el hombre, tienen una medida y cierto número de grados determinados. Además, en el hombre, la justicia no es la sabiduría, el poder, la verdad, la grandeza; pero en Dios, todas estas perfecciones están unidas inseparablemente; porque, como dice S. Agustín, su grandeza es su sabiduría, y su bon-

1 Faber facit arcam; attende arcam in arte, et arcam in opere. Arca in opere non est vita, arca in arte vita est, quia vivit in animá artificis, ubi sunt ista omnia, antequam perficiantur; sic ergo, quia sapientia Dei, per quam facta sunt omnia, secundum artem continet omnia, antequam fabricet omnia, hic quæ fiunt, per ipsam artem non continio vita sunt, sed quiddam factum est, vita in illo est. Terram vides, est in arte terra. Cælum vides, est in arte cælum. Solem et lunam vides, sunt et ista in arte, sed foris corpora sunt, in arte vita sunt. S. Aug., Tract. I, in Joan.

2 Etenim in seipsis sunt essentia mutabilia, secundum mutabilem rationem creata; in ipso verò sunt ipsa prima essentia, et prima existendi veritas. S. Ans, Monol, cap. XXX III.

dad es su sabiduría, y su grandeza, y la verdad es todo esto junto. (1)

Por esto dice S. Dionisio: (2) "que Dios es llamado uno, porque El es únicamente todas las cosas, por la preeminencia de la unidad que hay en él, sin mezcla alguna, y en la cual todas las cosas están perfectamente unidas, lo cual forma su esencia indivisible."

## II.

### Modo de conocer á Dios por negación.

I. Lo que se entiende por este conocimiento negativo.—II. Discurso de Pico de la Mirándola.—III. La vía de las negaciones es más conveniente que la de las afirmaciones.—IV. Dios es conocido mejor por el silencio que por las palabras.

I. Se conoce á Dios de una segunda manera, por negación; en este caso no se le atribuye, como lo hemos hecho en el párrafo precedente, la bondad, la belleza, el poder y las demás perfecciones de las criaturas; al contrario, se le quitan, como siendo indignas de El. Decimos que nada tiene de todo esto, nada de lo que los sentidos puedan

1 Eadem magnitudo ejus est, quæ sapientia; et eadem bonitas, quæ sapientia et magnitudo; et eadem veritas, quæ illa omnia. S. Aug. de Trin, cap. VII.

2 De div, Nom. XIII.

percibir, de todo lo que la imaginación pueda figurarse, de lo que el entendimiento de los ángeles y de los hombres pueda concebir; sino que él es enteramente otro; que es una esencia sobre todas las esencias, una bondad sobre todas las bondades, una belleza sobre todas las bellezas, un poder sobre todos los poderes, una perfección sobre todas las perfecciones; perfección desconocida á nuestros sentidos, á nuestras imaginaciones y á nuestros espíritus. S. Dionisio (1) habla de esto con una sublimidad de doctrina y de estilo grande, y muestra que podemos llegar al conocimiento de Dios, por la vía de afirmación y de negación. "Es á propósito, dice, que indagemos cómo conocemos á Dios, puesto que no puede ser conocido ni por nuestro espíritu, ni por nuestros sentidos, y que El nada es de todas las cosas criadas. Tal vez diremos verdad, si decimos que lo conocemos, no en su naturaleza propia, porque ella nos está enteramente oculta en esta vida, y no podemos decir justamente lo que ella es; sino por las cosas que él ha producido, en las cuales ha impreso las figuras de los modelos divinos que él encierra en sí, y pintado las imágenes de sus perfecciones infinitas, de su bondad, de su belleza, de su poder, etc. Por esta vía subimos en orden tanto como nos lo permiten nuestras fuerzas, hacia Aquel que está más allá de todas las cosas, y le atribuimos todas estas perfecciones, asegurando que ellas están en él de una manera infinitamente más eminente y más perfecto; y después se las

1 De divin. Nom., XIII.

quitamos; de suerte que Dios está como en todas las criaturas, y también como sin ellas; así, se puede decir que es conocido por ignorancia y por conocimiento. Como él nada es de todo cuanto existe, no puede ser conocido de nadie en su sustancia; y porque él está todo en todas las cosas, puede ser conocido de todos en todas estas cosas." El mismo santo dice en otra parte: (1) Decimos que esta causa universal de todo cuanto existe, no está sin esencia, sin vida, sin razón, sin entendimiento; y decimos que ella no es ni entendimiento, ni razón, ni inteligencia; que no está ni en reposo, ni en movimiento; que no tiene poder y que no es potencia; que no vive y no es vida. No es ni esencia, ni eternidad, ni tiempo; no es ni ciencia, ni verdad, ni reino, ni sabiduría, ni unidad, ni bondad, ni espíritu, ni aun divinidad, tal como podemos conocerla; no es paternidad ni filiación, ni cosa alguna de las que pedamos saber naturalmente; nadie la conoce tal cual es ella; no hay de ella ni palabra, ni nombre, ni ciencia; no es ni luz, ni tinieblas; en una palabra, no hay de ella ni afirmación ni negación. Como causa única y general de todas las cosas, está ella sobre toda afirmación; y por la sobre eminencia de su independencia y su elevación sobre todo, está sobre toda negación."

San Basilio, (2) tratando el mismo asunto, después de haber dicho que no hay ni espíritu, ni lengua de ángel ó arcángel ó de cualquiera otra criatura que sea, que pueda concebir y explicar

1 De Myst. Theol, cap IV, et V.

2 Hom, de Fide.

la menor cosa de la divinidad, y mucho menos todavía lo que ella es en su todo, nos da sin embargo un medio de conocerla, diciendo: "Si queris hablar ú oír hablar de Dios, es menester salir de vuestro cuerpo, y de todos vuestros sentidos, y con un espíritu enteramente desprendido de la materia, elevaros sobre toda la naturaleza criada. Dejad el mar y la tierra, y hendiendo los aires, elevaos mucho más: poned bajo vuestros pies los elementos, toda la belleza, toda la gloria, todas las riquezas, y todos los adornos de este mundo terrenal: elevad vuestro vuelo hasta el firmamento; ved el sol, la luna y las estrellas, considerad sus magnitudes, su brillo, su movimiento, sus influencias, su posición, su orden, sus conjunciones y sus distancias. Despreciando aun todas estas claridades, lanzaos hacia el cielo, entrad á esta habitación llena de maravillas, considerad las bellezas admirables que allí brillan por todas partes, esas estrellas espirituales que brillan con una luz tan resplandeciente, y tan agradable, los ángeles, los arcángeles, las dominaciones, las virtudes, los principados y todos los dichosos espíritus dotados de una perfección tan elevada y tan sublime; y, después de haberlas contemplado bien, dejadlas y á todas las demás criaturas con ellas, y contemplad la divina esencia, al primer principio de todas las cosas, estable, inmóvil, teniéndolo todo solo de él, poder inefable, grandeza sin medida, gloria infinita, bondad única, belleza soberana, que bien puede herir los corazones con sus dardos, pero que no puede ser explicada por lengua alguna." Tal es la marcha que nos traza San Basilio para hacernos llegar al conocimiento de Dios.

II. El sabio y piadoso Juan Pico, príncipe de Mirándola, (1) nos suministra otro medio en un excelente discurso que hizo sobre esta materia, y del que vamos á extraer la sustancia. Dice en primer lugar que Dios es todas las cosas y que por consiguiente encierra en sí las perfecciones de todo, y porque él es todas las cosas de una manera muy eminente, muy noble y perfecta, encierra excelentemente todas estas perfecciones, sin mezcla alguna de imperfecciones. Dice, en segundo lugar, que una cosa puede ser imperfecta de dos maneras: ó porque ella no tiene toda la perfección de su especie, ó porque, si la tiene, no tiene sino la sola perfección particular á su especie: por ejemplo, el conocimiento que tenemos por los sentidos es imperfecto, no solamente porque únicamente es conocimiento y no amor, sino también porque está obligado á servirse de un instrumento lento y tosco, que se detiene en la superficie del objeto, sin poder penetrar en el interior. De mismo modo, el conocimiento espiritual que tenemos es imperfecto, porque es obscuro y dudoso, y que no se adquiere sino con mucho trabajo; el conocimiento de los ángeles, aunque tan perfecto, no está también sin mezcla de imperfecciones, puesto que está obligado á buscar fuera de sí la luz y la verdad, que no encuentra en sí, y de las cuales sin embargo tiene necesidad para ser perfecto en el grado que le conviene. Lo mismo es respecto de la vida de todas las criaturas vivientes, que tiene siempre esta imperfección, que no existe por sí misma, sino que tiene una necesidad continua de la omnipo-

1 Lib. de Ente et uno, ch. V.

tencia de Dios, sin la cual dejaría de existir y sería anonada. Mas cuando decimos que Dios posee la vida y el conocimiento, se necesita primero que nos formemos una idea tal de la vida, y del conocimiento que le atribuimos, que no esté sujeta á esas imperfecciones, sino soberanamente perfecta en todo aquello que es necesario á la perfección de la vida y del conocimiento; y todavía esto no es bastante para hacer esta vida y este conocimiento dignos de Dios, porque resta aún una imperfección que es preciso quitarle. Figuraos, pues, en tercer lugar, una vida perfecta en todo lo que puede ser vida, que sea vida en todo lo que ella es, y que no tenga necesidad de cosa alguna fuera de sí misma para vivir, y vivir para siempre; representaos del mismo modo un conocimiento absolutamente perfecto en el género de conocimiento, por el cual se conozcan todas las cosas, y todas juntas con toda la claridad y la precisión con que las cuales pueden ser conocidas; y además, que la persona que posea este conocimiento no busque fuera de sí la verdad y el objeto de este conocimiento, sino que lo encuentre en ella siendo ella misma la verdad. Y bien! aun cuando esta vida y este conocimiento sean enteramente perfectos en su género, que nada les falte y que por esta razón no puedan convenir sino á solo Dios, sin embargo, distinguiendo la vida del conocimiento, y no mirándolos como una misma cosa, las dos juntas son muy indignas de él, porque Dios, siendo la perfección infinita, no puede encerrar en sí mismo distintas perfecciones infinitas entre sí; de otra manera no sería un ser simple, sino un todo compuesto de muchas perfecciones diferentes,

lo cual no puede decirse sin blasfemia de la simplicidad indivisible de su naturaleza; sino que él tiene las perfecciones de vida y de conocimiento unidas indivisiblemente en la unidad simplicísima de una misma cosa y de una esencia única. Para que una vida (y lo mismo es de todos los demás atributos de Dios) pueda ser atribuida á Dios, se necesita primero que sea muy perfecta en su género, y que sea á la vez, conocimiento, afecto, bondad, belleza, poder y perfección de todo género. Por esto es que, cuando por medio del pensamiento hubiéreis alejado cuanto pueda hacer imperfectas la vida, la bondad, la belleza y las perfecciones de Dios, y todas las manchas que, en las criaturas, deslucen las perfecciones de este género, es preciso todavía quitar todos los límites que pudieran limitar esta perfección, y distinguir las de las demás, á fin de que se extienda sin obstáculo alguno á todas las demás perfecciones juntas, para ser con ellas una misma cosa; entonces tendréis una idea justa de la vida de Dios, de su bondad, de su belleza y de sus perfecciones. ¿Por qué tantas cosas? decía San Agustín, (1) quitad todas estas distinciones, todos esos encojimientos, todos esos límites á la bondad de Dios, entonces vereis la bondad de Dios, no limitada y particular, ni ésta, ni aquella, sino la bondad universal y toda bondad. Pero, como todo cuanto podemos pensar y decir de Dios, concluye este docto príncipe, que-

1 Quid plura et plura? Bonum hoc et bonum illud: tolle hoc et illud, et vide ipsum bonum si potes; ita Deum videbis, non alio bono bonum, sed ipsum bonum omnis boni, Deus non est hoc et aliud bonum, sed ipsum bonum. S. Aug. lib. VIII, de Trin, cap. 3.



da infinitamente inferior de lo que El es y de su excelencia, la mejor manera de conocerlo es entrar en la luz de la ignorancia, y ahí, cega los por las sagradas tinieblas de su esplendor divino y por el brillo inefable de su gloria, exclamar con el Profeta: ¡Oh Señor! mi corazón ha caído en desfallecimiento, mi espíritu se ha perdido en la contemplación de vuestras grandezas; (1) confesando que Dios es un ser invisible, insensible, inimaginable, incomprendible, inefable, sobrepasando infinitamente todo cuanto podemos pensar y decir de El, con todas las fuerzas de la naturaleza, y que así, no lo conocemos. Tal es el discurso de este gran personaje; en él encontramos un medio excelente de elevarnos al conocimiento de Dios.

III. Podemos concluir también de esto que el camino de las negaciones es mucho más perfecto que el de las afirmaciones para elevarnos al conocimiento de Dios, á lo menos el que podemos tener en esta vida. Esto es lo que enseña también Sto. Tomás, (2) y con él to los los teólogos místicos. "Los teólogos, dice San Dionisio, (3) han preferido la vía de las negaciones para elevarse á Dios, porque el alma está más desprendida de las cosas naturales, y más elevada para encontrar á Aquél que está sobre toda la naturaleza." Deseamos decir en otra parte, estar en esta brillante obscuridad, y, nada viendo y nada conociendo, ver y conocer á Aquél que está sobre toda vista y sobre todo conocimiento; porque entonces es cuando vemos y

1 Psalm. LXXXIII, 3.

2 D. Thom. 22. q. 8. a. 7.

3 De Div. nom. cap. ult.

cuando conocemos á Aquél que está sobre todos los seres, cuando alejamos de él to las las cosas que tienen sér." La razón de estas palabras de San Dionisio, es muy clara; porque por medio de las afirmaciones, atribuímos á Dios las perfecciones de las criaturas, que ciertamente no tiene, porque ellas son finitas, accidentales, y las perfecciones de Dios son absolutamente infinitas, necesarias y eternas; mientras que, por medio de las negaciones, le quitamos todo lo que es creado y por consiguiente finito; le dejamos su sér, su bondad, su belleza, sus perfecciones increadas ó infinitas, tales cuals él las posea. Por las negaciones aprendemos pues á conocer á Dios según la verdad, y, aun cuando parezcan decir menos que las afirmaciones, sin embargo, dejan entender mucho más porque quitando á Dios las perfecciones limitadas, le dejan las que son sin límite y sin medida.

La Esposa, dice San Gregorio de Nisa, (1) encuentra á su esposo por el camino de las negaciones, después de haberlo buscado inútilmente por el de las afirmaciones: He buscado, dice ella, en todo el universo á aquél que mi corazón ama, lo he buscado, y no lo he encontrado; he recorrido la tierra, he explorado los mares, me he elevado hasta el cielo, he considerado los astros, he mirado á los ángeles y á los hombres, cuanto hay de más bello y de más excelente en las criaturas; he preguntado á todas y cada una de ellas si no habían visto á Aquél que ama mi corazón, si estaba entre ellas, (he aquí la contemplación afirmativa), y ellas me han res-

1 Greg. Niss. in Cántico.

pondido que no. Por esto, viendo que no estaba en medio de ellas, y que no podría yo encontrarlo jamás allí, *las dejé todas*, me elevé sobre ellas, las abandoné, (he aquí la contemplación negativa), y *lo encontré inmediatamente*. (1) Y en efecto, como dice San Dionisio, (2) "la divinidad, que es el origen de todo, y que por su esencia está elevada sobre todo, se digna mostrarse, cuanto es posible en esta vida, á aquellos que se elevan sobre todo lo que es puro ó impuro, que dejan atrás de sí todo lo que es grande, sublime, glorioso, y que, cerrando los ojos para no ver nada más, se abisman en esta oscuridad tenebrosa, en donde está verdaderamente Aquél á quien las Santas Escrituras colocan muy sobre todas las cosas."

Y ciertamente, no hay duda alguna que sería hacer injuria á Dios el atribuirle ó el concebir de él alguna de las perfecciones de las criaturas, por noble y elevada que fuera, porque todo lo que pertenece á las criaturas, y todas las perfecciones criadas están infinitamente abajo de lo que pertenece á Dios y de sus perfecciones infinitas. Para hacer comprender cuán indigno de Dios es todo esto, hagamos una suposición que mostrará claramente esta verdad. Si se reuniera toda la bondad, la belleza, la sabiduría, el poder, las riquezas, la

1 Quæsi vi quem diligit anima mea: quæsi vi illum et non inveni. Surgam et circumibo civitatem: per vicos et plateas queram quem diligit anima mea: quæsi vi illum et non inveni. Inveniarum me vigiles, qui custodiunt civitatem: Num quem diligit anima mea, vidistis? Paululum cum pertransissem eos, inveni quem diligit anima mea. Cant. III, 1.

2 De myst. Theolog. cap. II.

misericordia, la liberalidad, la pureza, la santidad, la dulzura, los placeres, y en general, todas las perfecciones de la naturaleza, de la gracia y de la gloria, que ha habido, que hay y que habrá, y aun aquellas que son solamente posibles, y que las duplicase, triplicase y multiplicase por millones á cada minuto durante toda la eternidad, es cierto que esta bondad, esta belleza y todas estas perfecciones multiplicadas á tal exceso, serían sobre todo lo que podemos figurarnos, que serían como infinitas: sin embargo, nada serían en comparación de la bondad, de la belleza y de las perfecciones de Dios, se eclipsarían delante de él, mucho más rápidamente que la estrella delante del sol. Aunque la estrella no deje de ser estrella y por consiguiente luminosa, sin embargo, desaparece delante del sol y no muestra más su luz, porque la del sol, aunque finita, es incomparablemente más grande y la absorbe. Hay más en ello todavía: esta bondad de la cual hemos hablado en la suposición, y que sería tan grande y tan excesiva, no parecería, por decirlo así, más que malicia delante de la bondad de Dios; toda esa belleza, en presencia de la belleza de Dios, no parecería más que fealdad, esa sabiduría nada más que ignorancia, ese poder nada más que debilidad, esas riquezas nada más que pobreza, esa misericordia nada más que crueldad, esa dulzura nada más que amargura, esos placeres nada más que aflicción, esa pureza nada más que mancha, esa perfección nada más que imperfección á causa de la infinita desproporción que habrá siempre entre ellas. Porque, aun cuando se añadiera á lo que es finito durante la eternidad entera, no habría en ello proporción al-

guna con lo infinito. (1) *Todas las naciones, dice Isaías, son delante de Dios como una gota de agua que está en el fondo de un vaso, y como un grano de polvo, que no puede dar la menor inclinación a la balanza. Todos los pueblos del mundo son ante él como si no existieran, tan poca cosa son, y él los ve como un raso y como nada. El se sienta sobre el globo de la tierra, y ve á todos los hombres que encierra, tan chiquitos como insectos.* (2) *Los cielos y las estrellas no son puros ante él, dice Job; la luna no refleja luz alguna en su presencia.* (3) Por tanto, puesto que nada hay entre las criaturas, que pueda entrar en comparación con lo que hay en Dios, y aun que no diste de él infinitamente, sería una injuria el comparar las perfecciones criadas con las suyas.

IV. Está, pues, fuera de duda que el mejor medio de conocer á Dios, es el de hacer abstracción de todo lo que es criado, y alejar de nuestro pensamiento todo lo que pertenece á la criatura. También se ha pensado siempre que la manera más perfecta de alabar á esta magestad soberana era el silencio y no las palabras; porque no tenemos palabra alguna que pueda dar idea ni de una sola de sus perfecciones, y mucho menos que pueda hacernos conocer su excelencia. Por esto decía Da-

1 Finiti ad infinitum nulla est proportio.

2 Ecce gentes quasi stilla situlae, et quasi momentum staleræ reputato sunt..... Omnes gentes qua si non sint, sic sunt coram eo, et quasi nihilum et inane reputato sunt ei..... Qui sedet super giram ferræ, et habitatores ejus sunt quasi locustæ. Isaías XL, 15, et seq.

3 Caeli non sunt mundo in conspectu ejus.... Ecce luna etiam non splendet, et stellæ non sumt mundæ in conspectu ejus. Job. XV, 15 et XXV, 5.

vid: *El silencio es vuestra alabanza, oh Dios de Sión;* (1) como si hubiera dicho: Oh Dios, la mayor alabanza que os podemos dar al presentarnos en vuestro santo templo, es el permanecer delante de vos en un silencio respetuoso, con el corazón penetrado, sin proferir una palabra; porque ¿cuál palabra, oh Señor, pudiera darnos una idea de vuestras maravillas? Vos me enviáis á anunciar vuestras grandezas y vuestros misterios, decía el profeta Jeremias; *yo no soy sino un niño que apenas puede tartamudear, cómo podré hablar de cosas tan grandes?* (2)

También S. Diadoco (3) ha notado bien que para hablar de Dios, es menester no tener sino una luz y conocimiento medianos de él, porque un gran conocimiento sofoca las palabras y cierra la boca; porque la misma luz que descubre al alma tantas cosas admirables, le muestra también cuán débiles son las palabras y qué insuficientes para dar la idea que la gracia nos hace concebir; por esto es por lo que el alma se calla y alaba á Dios por su silencio. "He visto siempre, dice la bienaventurada Angela de Foligūg, (4) que las personas más vivamente penetradas de grandes sentimientos para con Dios, son siempre las que se aventuran menos á hablar de ello, porque á medida que el conocimiento de este objeto infinito llega á ser más claro y más vivo, comprenden también más vivamente que todo cuanto dicen ó pudieran decir es nada; y aunque

1 Tibi silentium laus, Deus in Sion. Ps. LXIV, 2, juxta hæbr.

2 A. A. A. Domine Deus; ecce nescio loqui, quia puer ego sum. Jerem. 1, 6.

3 De Perfect. cap. VII.

4 Cap. LIII.

todo cuanto ha sido dicho, desde el principio del mundo, no puede servir para darnos idea de este ser perfecto, como la mitad de un grano de alpistle no puede darnos idea de este vasto universo." El bienaventurado hermano Gil, compañero de San Francisco, personaje muy avanzado en la contemplación, habiendo en un éxtasis visto á Nuestro Señor, y en él cosas inefables, le parecían después tartamudeces y puerilidades indignas de una tal magestad, todo lo que oía decir de las perfecciones de la divinidad. San Antonino, (1) cuenta que dos religiosos de Santo Domingo, habiendo ido á visitar á ese Santo contemplativo, y conversando con él de las cosas divinas, uno de ellos dijo que San Juan, estallando como un trueno al principio de su evangelio por estas palabras misteriosas: En el principio existía el Verbo, (2) había dicho cosas muy grandes y sublimes de Dios, San Juan nada ha dicho, le respondió el hermano Gil. El religioso, admirado de estas palabras, dijo que San Agustín aseguraba sin embargo que, si San Juan hubiera dicho aunque fuera un poco más, el mundo no hubiera sido capaz de entenderlo. Sin embargo, nada ó casi nada ha dicho, continúa el Santo; y viéndolos á los dos aun más admirados, les explicó su sentir por esta comparación: Vosotros veis, les dijo, esta elevada montaña, si fuera no de tierra, sino de granos de alpistle, y que un gorrion comiera uno cada día, al cabo de cien años ¿se hubiera disminuido mucho la montaña? Lo que hubiera quitado este pájaro, le res-

1 Surius, 23, Abril.

2 In principio erat Verbum. Joan, I, 1.

pondieron los religiosos, sería casi nada en comparación de lo que quedaba. Y bien! San Juan nos ha dicho tan poquito y aun menos, hablando de Dios en su evangelio, en comparación de lo que falta decir. Detengámonos por tanto, repentinamente, y, con corazones llenos del respeto más profundo, conozcamos esta majestad soberana é infinita separándola de todas las cosas criadas, alabémosla en un silencio humilde, confesemos la impotencia de nuestro entendimiento y de nuestras palabras, y estemos bien persuadidos que nada podemos concebir que sea digno de ella.

### III

Resumen de las verdades contenidas en este capítulo.  
Sentimientos que deben producir en nosotros.

I. Manera muy útil de conocer á Dios.—II. Afectos que deben ser su consecuencia.—III. Resoluciones.—IV. Debemos concebir una alta estima de Dios y un gran desprecio de todo lo demás.—V. Todos nuestros deseos se deben dirigir hacia Dios.—VI. Debemos sobre todo amarlo.

I. Para tener una idea justa y un conocimiento sólido de Nuestro Señor, considerado como Dios, no se necesita ir á buscar lejos de nosotros á nuestro Dios, sino retirarnos en nosotros mismos, imponer silencio á nuestros sentidos y á todas nuestras facultades, solamente abrir los ojos del alma

todo cuanto ha sido dicho, desde el principio del mundo, no puede servir para darnos idea de este ser perfecto, como la mitad de un grano de alpistle no puede darnos idea de este vasto universo." El bienaventurado hermano Gil, compañero de San Francisco, personaje muy avanzado en la contemplación, habiendo en un éxtasis visto á Nuestro Señor, y en él cosas inefables, le parecían después tartamudeces y puerilidades indignas de una tal magestad, todo lo que oía decir de las perfecciones de la divinidad. San Antonino, (1) cuenta que dos religiosos de Santo Domingo, habiendo ido á visitar á ese Santo contemplativo, y conversando con él de las cosas divinas, uno de ellos dijo que San Juan, estallando como un trueno al principio de su evangelio por estas palabras misteriosas: En el principio existía el Verbo, (2) había dicho cosas muy grandes y sublimes de Dios, San Juan nada ha dicho, le respondió el hermano Gil. El religioso, admirado de estas palabras, dijo que San Agustín aseguraba sin embargo que, si San Juan hubiera dicho aunque fuera un poco más, el mundo no hubiera sido capaz de entenderlo. Sin embargo, nada ó casi nada ha dicho, continúa el Santo; y viéndolos á los dos aun más admirados, les explicó su sentir por esta comparación: Vosotros veis, les dijo, esta elevada montaña, si fuera no de tierra, sino de granos de alpistle, y que un gorrion comiera uno cada día, al cabo de cien años ¿se hubiera disminuido mucho la montaña? Lo que hubiera quitado este pájaro, le res-

1 Surius, 23, Abril.

2 In principio erat Verbum. Joan, I, 1.

pondieron los religiosos, sería casi nada en comparación de lo que quedaba. Y bien! San Juan nos ha dicho tan poquito y aun menos, hablando de Dios en su evangelio, en comparación de lo que falta decir. Detengámonos por tanto, repentinamente, y, con corazones llenos del respeto más profundo, conozcamos esta majestad soberana é infinita separándola de todas las cosas criadas, alabémosla en un silencio humilde, confesemos la impotencia de nuestro entendimiento y de nuestras palabras, y estemos bien persuadidos que nada podemos concebir que sea digno de ella.

### III

Resumen de las verdades contenidas en este capítulo.  
Sentimientos que deben producir en nosotros.

I. Manera muy útil de conocer á Dios.—II. Afectos que deben ser su consecuencia.—III. Resoluciones.—IV. Debemos concebir una alta estima de Dios y un gran desprecio de todo lo demás.—V. Todos nuestros deseos se deben dirigir hacia Dios.—VI. Debemos sobre todo amarlo.

I. Para tener una idea justa y un conocimiento sólido de Nuestro Señor, considerado como Dios, no se necesita ir á buscar lejos de nosotros á nuestro Dios, sino retirarnos en nosotros mismos, imponer silencio á nuestros sentidos y á todas nuestras facultades, solamente abrir los ojos del alma

para considerar esta soberana é infinita majestad, que se digna habitar en ella con todas sus perfecciones, contemplarla según la extensión de las luces que recibiremos de la gracia y mirar como cierto.

1.º Que Nuestro Señor, siendo Dios, posee todas las perfecciones y todas las excelencias posibles, sin exceptuarse una sola; que él es bueno y la bondad misma; que él es bello y la belleza misma; que él es sabio, poderoso, rico, dulce y perfecto, puesto que él es la sabiduría, el poder, la riqueza y la perfección esenciales.

2.º Que todas las criaturas, por poderosas, nobles, ricas, bellas y acabadas que sean, no son de sí mismas y de su propio fondo, sino nada de todo poder, de toda nobleza, de toda riqueza, de toda belleza, de toda esencia y absolutamente de todo.

3.º Que cuanto ellas son y cuanto tienen de poder, de belleza ó de otras perfecciones, lo han recibido de Dios Nuestro Señor, que se los ha dado cuando ha querido y lo tendrán sólo mientras él quiera, y no más.

4.º Que Dios Nuestro Señor tiene ciertamente todas las perfecciones que ellas tienen, puesto que él se las ha dado, y que él las tiene de un modo mucho más sublime, mucho más brillante y en un grado infinitamente elevado sobre todas las perfecciones criadas; puesto que estas perfecciones son finitas en las criaturas, y en él son infinitas; y que así, todas las perfecciones de las criaturas son, en comparación de las perfecciones de Dios, como una gota de agua relativamente al mar, y como la luz pálida de una vela en comparación de la luz brillante del sol y de cien millones de soles

más brillantes todavía, ó por decir mejor, son nada. Todavía más, toda belleza criada no es otra cosa que fealdad en comparación de su belleza; todo poder no es sino debilidad ante su poder; toda la sabiduría no es sino ignorancia; todas las riquezas no son sino pobreza, y en general todo cuanto hay y pueda haber, por excelente y perfecto que pueda concebirse, no es sino pura bajeza, comparado á la grandeza de Dios Nuestro Señor y á la majestad de su gloria.

II. Después de haber considerado y reconocido estas grandes y sublimes verdades, es menester hacer los grandes actos interiores de las virtudes y los afectos heroicos de la voluntad, que deben ser las consecuencias necesarias de estas consideraciones.

1.º Es necesario hacer los actos de fe, creyendo vivamente estas verdades importantes y haciendo sus actos frecuentemente con un espíritu y un corazón fuertes y vigorosos, á fin de establecerse firmemente sobre estos grandes principios que, estando bien afirmados en el alma, la llenarán de mil bienes.

2.º Es preciso entregarse á sentimientos de admiración, extenderse en adoraciones, alabanzas, bendiciones y glorificaciones, sirviéndose para esto ya del silencio, ya de la palabra: del silencio, como no teniendo términos algunos que puedan alabarle y bendecirlo convenientemente; imitando á esos pueblos religiosos en su error, que, adorando el sol, lo admiraban, y no hacían otra cosa que extender la mano hacia él, llevarla en seguida á su boca, como para mostrarle que no tenían palabras algunas dignas de él.

Estemos algunas veces del mismo modo en la presencia de esta majestad augusta e infinita, sin decir palabra, con los ojos bajos, con una gran modestia y un respeto profundo. ¡Y ciertamente! los más grandes serafines, como los vió Isaias, (1) cubren sus rostros y sus pies con sus alas en su presencia, á causa del respeto profundo que le tienen, humillándose y anonadándose hasta los abismos. ¿Qué no debemos hacer, nosotros que no somos más que polvo y ceniza?..... Debemos también alabarle con nuestras palabras; porque, como dice San Basilio, (2) "aun cuando no podamos medir el espacio que hay entre el cielo y la tierra, ni ver la grandeza del sol y de las estrellas, no dejamos por eso de verlas como podemos; así aun cuando no podamos hablar de Dios y alabarle según su excelencia, no debemos sin embargo reducirnos al silencio de tal modo, que no empleemos las palabras que tenemos, para hacerlo del mejor modo que nos sea posible, imitando en esto á los santos, que casi no han empleado su lengua sobre la tierra más que para cumplir este sólo deber, y los serafines mismos, que, aun cuando confiesen, ocultándose, su insuficiencia para alabarle según lo merece, lo hacen sin embargo lo mejor que pueden y con todas sus fuerzas, exclamando sin cesar: Santo, santo, santo es el Dios de los ejércitos. Debemos del mismo modo alabar y bendecir á Dios cuanto podamos, y con todas nuestras palabras, ofreciéndole, para suplir á la debilidad y á la falta de nuestras alabanzas, las que los bienaventu-

1 Isaias VI, 2.

2 Basil. homil. XV de fide.

rados le rinden con mucha mayor perfección en el cielo, y sobre todo las que se rinde á sí mismo, como las únicas que sean justas, iguales y proporcionadas á su gloria."

III. Es necesario tomar una resolución inviolable de servir á Dios, teniéndose por dichoso en servir á un tan gran príncipe, y prefiriendo este honor á todos los honores, y aun á todos los centros y á todos los imperios de la tierra; porque, puesto que estamos persuadidos que es mucho más noble y más honroso el servir á un rey que servir á un aldeano, aumentando la dignidad del servidor á proporcion de la del amo, y que, por otra parte, sabemos que todos los reyes no son ante Dios sino un grano de polvo, es claro que es una cosa incomparablemente más excelente y más gloriosa el servir á Dios, que servir á un rey ó á cualquier monarca de la tierra. Por esto, penetrados de estos sentimientos, y saboreando la sublimidad y la dulzura de este honor, digámosle frecuentemente y de todo corazón, con el profeta real: *Oh Señor, yo soy vuestro siervo; yo soy vuestro servidor y el hijo de vuestra esclava.* (1)

IV. Concebámos una alta estima de Dios Ntro. Señor y un gran desprecio de todo lo demás; porque puesto que Dios es todo y que todo lo demás es nada, que las criaturas, por grandes, bellas, poderosas y perfectas que sean, y á cualquier grado que puedan llegar, son y serán siempre pequeñas, feas, débiles, imperfectas y pura nada ante esa esencia incomprendible é infinita, el alma tiene una faci-

1 O Domine, ego servus tuus, ego servus tuus et filius ancillae tuae. Ps CXV, v 16.

lidad maravillosa, para fundar en sí misma, sobre esta extrema desigualdad, sobre esta desproporción infinita, una opinión muy grande y sublime de Dios, y al mismo tiempo una estima muy baja de todas las criaturas comparadas á él. Con semejantes sentimientos, es necesario siempre elevar su alma y su espíritu, sobre toda la naturaleza, y decir frecuentemente en sí mismo con David: (1) *Señor Dios de las virtudes! ¿quién hay semejante a vos? ¿Qué bondad hay que se pueda comparar á la vuestra? ¿qué belleza, qué sabiduría y qué poder se atreverán á parecer ante la vuestra? Y con Baruch: (2) Este Señor, tan perfecto, es verdaderamente nuestro Dios, y se despreciará todo lo demás desde que se habrá conocido.* Así como unas luces pálidas no son de uso alguno, y no merecen atención, en presencia del sol, sino solamente en su ausencia y durante las tinieblas; así también, cuando el conocimiento de Dios, de su belleza y de sus demás perfecciones esclarece á una alma, no hace ella caso alguno de las lucecitas ni de las ligeras perfecciones de las criaturas de la tierra, y no se ocupa de ellas más que cuando no conoce las de Dios, y mientras su espíritu está hundido en las tinieblas.

V. Puesto que toda nuestra estima debe ponerse únicamente en Jesu-Cristo Nuestro Señor, es necesario, en consecuencia fijar y detener en él todos nuestros deseos, y no buscar sino sólo en él nuestra gloria, nuestro contento, nuestro reposo y

1 Domine Deus virtutum! quis similis tibi? Ps. LXXXVIII, 9.

2 Hic est Deus noster, et non aestimabitur alius adversus eum. Baruch. I. 36.

todo nuestro bien, persuadiéndonos muy íntimamente de que no podemos encontrarlos sino en sólo él, y que los encontraremos infaliblemente en él; que todos nuestros deseos, por grandes que sean serán colmados, puesto que en él, como en su verdadero manantial, se vuelve á encontrar toda la naturaleza, toda la gracia y toda la gloria, todos los bienes que dimanar de ahí, en un grado infinitamente superior á cuanto se pueda concebir. Mas supiéramos o que solo en él existen perfectamente, ¿á dónde querríamos, pues, irlos á buscar fuera de él? Y ciertamente sería una gran tontería sacar, con mucho trabajo, dos gotas de agua turbia en un pantano fangoso, cuando tenemos á nuestro alcance una límpida fuente; buscar la luz en la reverberación de una perla, mas bien que tomarla en su verdadero origen; querer mejor la sombra y pintura de un reino que el reino mismo. Pero, ¿qué mayor tontería, qué ceguedad mas deplorable y qué locura más extraña que buscar nuestro reposo y nuestra felicidad en las criaturas, que ni la tienen ni para sí mismas, ni para nosotros, puesto que nada son, y que podemos encontrarlas con tanta abundancia en Jesu-Cristo! "Oh hombre cegado, decía San Anselmo, ¿por qué te pierdes en vanas solicitudes por las criaturas, buscando con tanto afán los bienes de tu alma y de tu cuerpo? Busca el único bien en quien están todos los bienes, y te bastará; desea el bien simple que, en su simplicidad, es todo lo bien, y él llenará todos tus deseos. (1)

1 Cur ergo per multa vagaris, homuncio! Querendo bona anime tue, corporis tui, ama unum bonum, in quo sunt omnia bona, et sufficit. desidera simplex bonum, quod est omne bonum et satis est. S. Ans. cap. XXV Prosologii.



VI. Pero el sentimiento que conviene aún de una manera más especial á nuestro asunto, y el que debemos principalmente excitar en nosotros, es el amor de un objeto tan perfecto: porque Nuestro Señor, como Dios que es, siendo el ser soberano, eterno é infinitamente perfecto en todas las cosas, se sigue necesariamente de esto, que él es infinitamente amable. En efecto, toda perfección es amable en sí; es ella el atractivo particular del amor á proporción de su grandeza, pues que un grado más grande de amor es debido naturalmente á cada grado nuevo de perfección. Debemos, por tanto convenir, que siendo Dios: Nuestro Señor la belleza, la sabiduría y la perfección infinita es necesario concluir de esto, que él es soberana é infinitamente amable, y que estamos obligados á amarle infinitamente; pero ya que no podemos llegar á ese amor infinito, á lo meno: estamos obligados á amarle con todo nuestro corazón y con todas nuestras fuerzas, como nos lo manda.

A este ejercicio es al que debemos aplicarnos principalmente, porque es el más noble y el más importante de todos; por esto es preciso ejercitarnos en practicar excelentemente los actos de amor, de complacencia, de benevolencia y los demás de que hablaremos más extensamente en el libro segundo, rindiendo con ardor estos deberes respetuosos á las perfecciones infinitas de Dios Nuestro Señor. Aquí también es donde el alma, considerando y contemplando ya la una, ya otra de estas perfecciones infinitas, toda sorprendida y toda deslumbrada de los rayos de su gloria, debe exclamar con David: *Señor Dios de los ejércitos,*

*quién hay semejante á vos en el universo?* (1) Y responder con él: *No Señor, nadie puede ser semejante á vos.* (2)

Y puesto que nadie hay que pueda compararse á Dios, y que pueda siquiera aproximarse de ena'quiera manera que sea á sus divinas perfecciones, no hay por consiguiente nadie amable como él, y por consiguiente nada que podamos amar tanto como él. Determinémoslo por tanto á amarle sobre todo, pues que él merece nuestro amor incomparablemente sobre todo. Esta fué la resolución que tomó San Agustín, después de haber contemplado estas perfecciones divinas, y la oración que hace á Dios, al fin del bello discurso que ha hecho sobre las perfecciones divinas, del que hemos referido una parte en el párrafo primero: "Escuchad, escuchad, escuchad me, Dios mío, mi Señor, mi rey, padre mío, mi principio, mi tesoro, mi gloria, mi reposo, patri mi, mi salud, mi luz y mi vida; escuchad, escuchad, escuchadme con aquella dulzura secreta, conocida de tan pocas personas. Sí, yo amo ahora solamente á vos, quiero seguirlos y buscaros á vos sólo. Curad y abrid mis ojos, desterrad de mí la oscuridad á fin de que os conozca. Recibid, os lo suplico Señor mío, padre lleno de misericordia y de bondad, recibid á este pródigo que se había alejado de vos; he sido castigado bastante, he servido bastante largo tiempo á los enemigos que pisais, he sido bastante largo tiempo el juguete de las mentiras y embustes del mundo. Recibid á vuestro servidor que

1 Domine Deus, quis similis tibi.

2 Non est similis tui in diis, Domine, Ps. LXXXV. 8.

hnye lejos de él, que recurre á vos, para no servir sino á vos. So'a mente suplico á vuestra clemencia infinita el que me convierta enteramente á vos; alejad de mí todo en tanto pudiera i apedirme dirigime hacia vos; haced que yo sea sincero, valeroso, justo, prudente, perfecto, amante y poseedor de vuestra sabiduría." (1)

Tal es el fin del discurso de San Agustín: he aquí como Pico de Mirandola termina las palabras citadas en el párrafo segundo:

"Pero ved qué locura nos ciega; mientras estamos en esta vida, en la oscura prisión de nuestros cuerpos, nos es mucho más fácil amar á Dios que aprender á conocerlo y á hablar dignamente de él; amándolo, somos mucho más dichosos, el trabajo es mucho menos penoso, estamos seguros de serle más agradables. Sin embargo, mejor queremos buscar con mucho trabajo lo que jamás encontraremos aquí en la tierra, que encontrar á El

1 Exaudi, exaudi, exaudi me, Deus meus, Dominus meus, rex meus, pater meus, causa mea, res mea, honor meus, domus mea, patria mea, salus mea, lux mea, vita mea; exaudi, exaudi, exaudi me, more illo tuo paucis notissimo. Ita te solum amo, te solum sequor, te solum quero. Sana et aperi oculos meos, expelle à me insaniam, ut recognoscam te. Recipi oro, fugitiorum tuum, Domine, clementissime Pater! Jam satis penas dederim, satis inimicis tuis, quos sub pedibus habes, sericierim, satis fuerim fallaciarum ludibrium: accipe me ab istis fugientem famulum tuum. Tantùm oro excellentissimam clementiam tuam, ut me penitus ad te convertas nihilque mihi remanere facias temerenti ad te, iutveasque me purum, magnanimum, justum, prudentem, que esse, perfectumque amatores, perceptoremque sapientie tue. Sa. Aug. lib. I. Soliloq. seu de cognitione Dei et anime, cap. I.

mismo y poseerlo amándolo." (1) Estas palabras notables deben excitarlos muy vivamente á la práctica del amor de Dios, y nos hacen aprender que debemos dedicarnos mucho más á amarlo que á conocerlo.

1 Sed vido que nos insaniam teneat, amare Deum, dum sumus in corporibus, plura possumus, quam eloqui, vel cognoscere; amando plura nobis proficimus, minus laboramus. Illi magis obsequimur; maluius tamen semper querendo per cognitionem nunquam invenire quod querimus, quam amando possidere. Pic. Mirand. lib. de Ente et Uno, cap. V.

CAPITULO SEXTO.

Segundo motivo de amor.

La belleza soberana de Jesucristo Nuestro Señor.

I. Lo que es la belleza.—II. Belleza corporal.—III. Belleza de la naturaleza vegetativa.—IV. Belleza del alma sensitiva.—V. Belleza del alma racional.—VI. Belleza natural del ángel.—VII. Belleza sobrenatural de los cuerpos gloriosos.—VIII. Belleza sobrenatural del alma que es á en gracia.—IX. Belleza sobrenatural que hay en la gloria.—X. Belleza divina.

Puesto que queremos probar que Jesu-Cristo Nuestro Señor es infinitamente amable á causa de su belleza infinita, es necesario, para poner esta verdad en toda su claridad, explicar lo que se entiende por belleza, y cuántas especies de ella se distinguen:

I. Como la belleza corporal es la que nos es más conocida, los filósofos se han aplicado á darnos la definición de ella, y por esta definición nos han dado los medios de conocer la belleza en general. He aquí la definición que dan más ordinariamente: La belleza es una proporción de los miembros ó de las partes que componen un cuerpo, acompañada de un color suave y agradable. (1) Que es como si

1 Pulchritudo est membrorum, partiumque proportio, cum quadam suavitate coloris.

se dijera que un cuerpo, para ser bello, debe tener tres cosas: 1.º todas sus partes, sin que le falte una sola; 2.º una relación justa de todas esas partes entre sí, una si se veía guardada exactamente, en cuanto á su lugar y tamaño, de suerte que cada una esté en su lugar natural, y que no sea ni más pequeña ni más grande de lo necesario; 3.º es preciso, además de esto, un color vivo y suave, lleno de lustre y esplendor, que haga á este cuerpo agradable, y le dé no solo qué de deleite, que hiera como con rayos de luz á los que lo ven, los arrebatara en admiración, y lo hace gustar el sentimiento de un placer verdadero. De esta definición de la belleza corporal, se puede concluir fácilmente que la belleza en general no es otra cosa que un justo arreglo y una proporción de partes bien observadas, y de todo lo que es necesario á una cosa para hacerla perfecta en su especie. De aquí se sigue, lo que enseña S. Dionisio con esos mis nos filósofos, (1) que la belleza no es diferente de la bondad, sino que son una misma cosa, y que no existe entre ellas otra diferencia más de la que el entendimiento les da. Así, una cosa es buena y absolutamente buena, cuando tiene todo cuanto pide su naturaleza, ó cuando es buena relativamente á otro objeto cualquiera; como por ejemplo, se dice: el calor es bueno para un hombre que tenga frío. Mas se dice que es bella y no buena, si esta misma cosa es considerada en sus relaciones con las facultades por las cuales conocemos los objetos, como el ojo, la imaginación, el espíritu, y les procura algún placer y cierto contento. Así, las mismas per-

1 De divin, Nom. cap. IV.

fecciones pueden llamarse bondad y belleza. Se les llama bonitas cuando hacen al objeto que las posee acabillo en sí, o útil á otro; se les llama belleza cuando se considera al objeto como agradable á los ojos del cuerpo ó del alma. Aun cuando la bondad y la belleza sean una misma cosa, sin embargo, como tratamos aquí del conocimiento relativamente al amor, y como la palabra belleza se emplea cuando se trata de conocimiento, y tiene no sé qué de más dulce y más poderoso para excitar el amor en el corazón, nos serviremos aquí de la palabra belleza más bien que de la de bondad.

Las especies diferentes de bellezas pueden reducirse á nueve, no considerando sino las que están en las substancias. (1)

II. La belleza menos estimable de todas es la corporal, sea la belleza de los cuerpos inanimados, como la del sol, de la luna y de las estrellas, ó de las piedras preciosas, de los diamantes, del oro, de la plata; sea de los cuerpos animados; de una alma vegetativa, como el de las flores, las rosas, los lirios, etc., de los árboles, de las plantas; sea de los cuerpos animados de una alma sensitiva, como la de los pájaros, de los peces, de los animales; ó en fin, de aquellos que están animados de una alma racional, como la belleza de los cuerpos humanos.

Mas aun cuando esta belleza sea la menos estimable de todas, es tan grande, tan excelente y tan admirable en muchos cuerpos, que los que la ven quedan por eso arrebatados y transportados.

1 Lessius, lib. II, de summo Bono, cap. XVI.

Sabemos, por una multitud de ejemplos pasados y aun diarios que la belleza que brilla sobre algunos rostros humanos hace frecuentemente impresiones repentinas, violentas y tan extrañas sobre los espíritus, que vuelve locos á los más sabios, empobrece á los más ricos, ablanda los corazones más duros, cautiva á los más independientes, y subyuga hasta los conquistadores y monarcas.

III. La segunda especie de belleza, es la belleza del alma vegetativa, que da la vida á las plantas, á las flores y á los árboles, y que es sin duda alguna incomparablemente más grande y más perfecta que la belleza puramente corporal; porque toda la belleza exterior que adorna esos cuerpos depende y dimana de la belleza interior, de los principios que la vivifican, y en los cuales está encerrada de una manera mucho más simple, más elevada, más perfecta y por consiguiente más agradable. En efecto, toda esa disposición que se nota en cada planta, tan bella en cada flor, en la rosa, el tulipan, etc., todas esas formas tan diferentes y tan agradables, esos colores, esos olores, esas proporciones, esas propiedades están encerradas de una manera mucho más admirable, aunque invisible y escondida, en el alma vegetativa de la flor, que es como su principio y origen. Esta alma vegetativa saca de sí misma esas bellezas, esas perfecciones de figura de color y de olor, y las comunica al cuerpo exterior que ella anima.

IV. La belleza del alma sensitiva es todavía más grande que la del alma vegetativa, porque el alma sensitiva es inestimablemente más noble y más elevada en su género, que el alma vegetativa

en el suyo. Lo que se verá evidentemente por la diferencia de perfección que existe entre las operaciones de la una y las de la otra. Las operaciones del alma vegetativa son: vivir, crecer, producir su semejante; mientras que el alma sensitiva, además de las operaciones del alma vegetativa, que le son comunes con ella, y que ella encierra eminentemente como especie superior, tiene también la facultad de sentir, ver los colores, oír los sonidos, oler los olores, gustar, tocar, andar, imaginar, desear, amar, aborrecer, y en fin, excitar las pasiones, de las cuales se sirve para buscar lo que le es útil y huir lo que le es dañoso.

V. La belleza natural del alma racional excede en grandeza y perfección, y en un grado casi infinito, á toda belleza del alma sensitiva y negativa; porque, además de que ella posee cuanto ellas tienen de bueno y precioso, ella es, además, una substancia que no está sacada de las inmundicias de la materia por medio de la generación, sino que por medio de la creación, sale de las manos purísimas de Dios. Es una substancia del todo espiritual, inmortal, la imagen viviente de Dios, dotada de entendimiento y de razón, de voluntad y de libertad, y enriquecida de mil prerogativas señaladas.

VI. La belleza natural del ángel es sin duda más brillante y más excelente que la del alma racional; sin embargo, no se diferencia tanto de ella como la belleza del alma racional aventaja á la del alma sensitiva, porque son del mismo género, y que no difieren sino como de los más á lo menos; como, por ejemplo, una luz grande se diferencia de una pequeña, un planeta de una pequeña estrella,

un espejo bello y fino de Venecia, de uno de vidrio.

VII. La belleza sobrenatural, y primeramente la belleza sobrenatural de los cuerpos gloriosos. Es tan grande, tan augusta, tan llena de majestad, que la belleza natural de todos los cuerpos humanos que han existido desde el principio del mundo, y que existirán hasta el fin, no se aproxima al menor grado de su perfección, y ni aun puede comparárseles, como una criatura fea y deforme no puede compararse á una Ester ó á una Judit; porque, además de la integridad de todos los miembros, proporcionados y arreglados con tanta exactitud, vivificados por su color el más propio y dispuesto de la manera más viva, la más dulce y la más delicada posible, serán todos luminosos como el sol, lo que hará su vista extraordinariamente agradable y sobre cuanto pudiera decirse. El sol es una criatura llena de tanto esplendor y belleza, que varias naciones lo han adorado como verdadero Dios, tanto poder tenía su belleza para encantar algunos espíritus. Esta belleza, sin embargo, no consiste sino en su luz; por lo demás, es un cuerpo simple, inanimado, insensible, el mismo en todas sus partes. Mas si Dios, por su omnipotencia, produjera en el cuerpo del sol una diversidad de miembros y partes bella y agradable, tal como en el rostro del cuerpo humano, y que estas partes, conservando á la vez esa grande y brillante luz con que Dios ha adornado tan magníficamente este bello astro, tuvieran la variedad de colores necesarios para formar un bellissimo rostro, y que se hiciera viva esta belleza admirable, el sol sería mucho más bello y tendría sin duda atrac-

tivos más poderosos. Y bien! tales serán, pero de una manera mucho más brillante y más bella, los cuerpos de los justos en el cielo, durante toda la eternidad; por esto se les llama cuerpos gloriosos, porque siempre estarán revestidos de gloria en su conjunto y en cada una de sus partes.

VIII. La belleza sobrenatural del alma que está en gracia aventaja en un grado casi infinito todas las bellezas naturales de los cuerpos y de las almas. Platón decía que si se pudiera ver con los ojos del cuerpo la belleza de una alma sabia y virtuosa, inflammaría de amor los corazones de todos los hombres. (1) Si una alma dotada solamente de virtudes morales y naturales (porque Platón no conocía otra) es tan bella y tan perfecta, ¿cuál es pues la belleza y la perfección de una alma enriquecida con la gracia, adornada de virtudes sobrenaturales, que, siendo de un orden mucho más elevado, tienen también mucho más brillo y esplendor? Por consiguiente, está absolutamente fuera de toda duda que el alma que está en gracia es lo más bello que hay y lo más agradable en todo cuanto hay aquí en la tierra, en el orden de las simples criaturas, y que ella sola contiene más bellezas y maravillas, que el universo entero en todas las cosas naturales.

Ella está enriquecida en la gracia habitual, que la hace admirablemente bella y graciosa, pues to que ella emana de una manera particular de la primera é infinita belleza, que es Dios. Por esto Santo Tomas llama á la gracia una participación

1 In Phedro.

de la naturaleza divina. (1) Este admirable estado ennoblece al alma de una manera tan realzada, que la hace hija de Dios Padre, esposa de Dios Hijo, templo del Espíritu Santo, gran reina, con derecho de gozar para siempre del reino del cielo y de la dichosa posesión de Dios. Por efecto de la gracia, el alma es adornada de todas las virtudes infusas, teologales y morales, de los dones del Espíritu Santo, que acompañan inseparablemente la gracia, como las damas de honor acompañan á su reina, y de otros mil dones exquisitos, que, como adornos preciosos y joyas inestimables, llenan el alma de una belleza tan exquisita y colmada de tantos encantos, que la naturaleza, con todos sus tesoros y todos sus esfuerzos jamás puede producir algo semejante. Mostrando un día Nuestro Señor á Santa Catalina de Sena (2) la belleza de una alma que estaba en gracia, aunque por otra parte muy imperfecta, la santa quedó por ello de tal manera admirada y arrebatada, que dijo que ningún lenguaje humano podía expresar tal perfección. Nosotros mismos podemos juzgar de esto por analogía, considerando lo que pasa á nuestra vista en la naturaleza: la experiencia nos muestra que una pequeña causa natural, el alma vegetativa, por ejemplo, da á la flor, verbigracia, á un tulipán, una diversidad tan agradable, una variedad tan grande, tal aterciopelado, una vivacidad de colores tan bella, que al ver á esta flor se detiene uno cerca de ella, y obliga la atención y la admiración á tal punto algunas veces, que muchas per-

1 1.<sup>a</sup> 2.<sup>a</sup>, Questio 110, art. 3, et alibi.

2 Raimundus, in ejus vitá apud Surium. 29 April.

sonas se prendan de ella realmente. El alma sensitiva da al pavo esa belleza que admiramos en él, esa púrpura, ese azul, esos ojos como estrellas y todo ese bello y magnífico vestido de que está ricamente ataviado. Y para remontar al hombre, consideremos lo que el alma hace en él, lo que ella le da con su presencia, lo que le quita con su ausencia. Tomemos un cuerpo de una belleza perfecta, el cuerpo de una Ester en la flor de la edad, pero privado de su alma; en este estado ya no tiene nada de belleza, sino que es feo, horroroso, esperece un olor pestilencial: ved aquí lo que es un cuerpo sin el alma. Mas, para comprender lo que el alma es al cuerpo, supongamos que esta alma vuelve á entrar por voluntad de Dios, en ese cuerpo; ella volverá inmediatamente la vida á ese cuerpo tan deforme y horroroso, y con la vida el movimiento, su primer color, su agradabilidad; hará de él una obra maestra de belleza, una Ester. Si, pues, una causa puramente natural puede producir efectos tan prodigiosos en un cuerpo, podemos juzgar fácilmente lo que hará en una alma una causa sobrenatural y divina, tal cual la gracia, que es mucho más noble y más poderosa que la naturaleza y que maravillosos efectos producirá allí. Mas si la gracia ennoblece al alma de una manera tan relevante, y la adorna de una belleza tan admirable, la gloria, que es la gracia consumada y acabada en todo, lo hará mucho más, como lo vamos á ver.

IX. La belleza sobrenatural del alma que está en la gloria, es, después de la belleza divina, seguramente la más grande y la más perfecta de todas, porque, entre las puras criaturas, no hay al-

guna más semejante á Dios que el alma bienaventurada, y es aún probable que no pueda haberla ahí; porque si algún espíritu pudiera concebir, si aun la sabiduría infinita de Dios pudiera inventar, y su omnipotencia producir un medio más eficaz y más propio para participar de las perfecciones de la divinidad, de su belleza, de su bondad, de sus riquezas, y hacer á una pura criatura más divina, si puedo hablar así, es cierto que la beatitud del alma no consistiría para nada en la visión y en el amor de Dios, como lo enseñan los doctores, sino en este nuevo medio, porque la última felicidad del alma no es ni puede ser otra que la participación más sublime, y la posesión más perfecta de la divinidad de que el alma pueda ser capaz. Siendo, pues, el alma bienaventurada tan semejante á Dios, que una pura criatura no puede serlo más, se sigue de aquí, que su belleza es incomprendible á nuestros espíritus, inaccesible á todas las lenguas, y que ella brilla, como una divinidad, con un esplendor, una majestad y una perfección casi infinitas.

X. La belleza más elevada de todas es la belleza divina, que es la belleza soberana é infinita, en comparación de la cual todas las bellezas naturales y sobrenaturales de los cuerpos de las almas y de los espíritus no son sino como centellitas, y pierden su brillo. Los filósofos paganos, alumbrados con las solas luces de la razón, han sentido esta verdad; Platón, entre otros, y Sócrates, dicen que la Virgen más bella, comparada á Dios, es fea y tiene tan poca gracia como un vaso de barro junto á ella. (1) Heráclito decía que el hombre más sa-

<sup>1</sup>Plato in Hippia majore.

bio y más perfecto de todos, comparado á Dios, no era sino una sombra en sabiduría, en belleza y en perfecciones. El mismo Platón enseña en muchos lugares que solamente Dios es propiamente bello, porque es bello por sí mismo, es bello siempre, y es bello en todo y por todo. (1) Hablando San Dionisio de la belleza de Dios, (2) dice estas bellas palabras: "Esta bella y graciosa belleza es el origen de la belleza, de el agrado, de la amabilidad, de todas las cosas, haciendo brillar sobre cada una de ellas, según su alcance, el brillo de su esplendor, que le da lo gracioso que tiene. Dios es llamado bello, porque llama y atrae á sí todas las cosas para hacerlas participantes de su belleza, y perfectas en su naturaleza; El es llamado bello como bello en su todo, eminentemente bello, siempre bello de la misma manera, bello que no puede ni nacer, ni morir, ni crecer, ni decrecer; no bello en una parte é imperfecto en otra, bello una vez y no en otro momento, bello en un lugar y no en otros, bello á los ojos de unos é imperfecto á los de otros, sino siempre bello en sí mismo y por sí mismo, de una manera invariable y constante, como aquel que, antes que todos, tiene en sí mismo, de una manera soberanamente perfecta, la belleza primera, origen de todas las bellezas." Estas palabras de San Dionisio encierran cinco perfecciones admirables de la belleza de Dios, que solamente en El se encuentran: 1.º Dios es bello en su propia esencia y por sí mismo, y no por otro, y por consiguiente es esencialmente la belleza misma; 2.º es

1 In Phædro, in Hippia majore, in symposio.  
2 S. Dionis. de div. nomín cap. IV.

bello con una belleza inmutable que jamás puede perderse ó marchitarse aun que sea poco, sino que es completa, y en todo lo que hace, y siempre del mismo modo; 3º El es la causa y el origen de las bellezas de todas las cosas espirituales y corporales que hay en el universo; 4º es bello de una manera infinita y sin límites; acopia y reúne en sí todos los grados de belleza que están esparcidos entre las criaturas, y los contiene todos de una manera infinitamente más noble y más sublime como no pueden encontrarse en las más perfectas de entre ellas; 5.º es El el fin y al mismo tiempo el modelo de todas las cosas bellas, que llama y atrae á sí para hacer brillar sobre ellas los rayos de su belleza, y por estos rayos, embellecerlas y perfeccionarlas.



SECCION SEGUNDA.

Nuestro Señor es perfecto en todas sus bellezas.

I. Belleza del cuerpo glorioso de Nuestro Señor.—II. Belleza de su alma santísima.—III. Belleza de su divinidad.

Nuestro Señor Jesu-Cristo tiene estas nueve clases de bellezas, que podemos reducir á tres: la belleza de su cuerpo sagrado, la belleza de su alma santísima, y la de su divinidad.

I. Es cierto que el cuerpo sagrado de Nuestro Señor tiene en sí más belleza, atractivos, majestad, gracias, suavidad, color y aroma, rayos de luz, proporcion admirable de partes y toda otra perfección que pueda haber á un cuerpo soberanamente bello y agradable, que todos los cuerpos del universo juntos; porque la gloria y la belleza de los cuerpos bienaventurados siguen la medida de la gloria de sus almas. Mas como el alma de Nuestro Señor tiene, ella sola, más gloria que todas las de los demás hombres y de todos los espíritus criados, su cuerpo debe ser el más bello y el más amable de todos los cuerpos del cielo y de la tierra. Que si el cuerpo del bienaventurado el menos elevado en gloria, es radiante como el sol, y dotado de una belleza tan rara y tan exquisita, que todos los cuerpos humanos que la naturaleza ha producido, son nada en comparación de él, por más es-

fuerzo que haya hecho para hacerlos acabados y para darles los últimos rasgos de perfección, ¡qué brillante, bello y excelente debe ser el cuerpo del rey de gloria, pues que sólo él tiene más luz, belleza, excelencia, de la que jamás tendrán todos los cuerpos gloriosos! Porque, puesto que él los excede á todos en dignidad de una manera infinita, siendo el cuerpo del Hijo de Dios, los excede también á todos de una manera incomparable en belleza. Añadamos á esto, que tiene una belleza infinitamente eminente y particular él solo, á saber, la belleza del Verbo, que le está unido íntimamente é hipostáticamente, porque, como dice San Pablo, (1) *toda la plenitud de la divinidad*, y por consiguiente la belleza de Dios, *habita corporalmente en la humanidad de Nuestro Señor*: ella habita no solamente en su alma, sino también en su cuerpo, á quien, por esta unión, comunica necesariamente una belleza extraordinaria, toda divina y como infinita. Santa Teresa, (2) refiere que estando un día en oración ella, Nuestro Señor, por un favor muy particular, le mostró en una visión, solamente sus manos, que eran tan bellas, que quedó transportada por esto, hasta el punto de no saber cómo expresar este arrobamiento. Algunos días después, vió su rostro divino, cuya luz resplandeciente y divinos atractivos la pusieron como fuera de sí misma; vió en seguida su cuerpo sagrado, tal como se le pinta en el momento de su resurrección, pero dotado de una belleza tan grande, y de una ma-

1 Quia in ipso inhabitat omnis plenitudo divinitatis corporaliter. Coloss.

2 Cap. XXVIII. vite suae.

jestad tan deslumbrante, que ella asegura que todo cuanto pueda decirse de él por maravilloso que sea, no puede dar idea de lo que vió. Ella añade en seguida que, aun cuando no hubiera en el cielo sino la grande y admirable belleza de los cuerpos glorificados, para recrear la vista, sería siempre una gloria muy grande y un placer indecible el ver, sobre todo, la humanidad santísima de Nuestro Señor Jesu-Cristo, aun cuando, dice la santa, no se mostrara á nosotros sino como se muestra aquí en la tierra, es decir, según la capacidad de nuestra debilidad; porque no se muestra á nosotros en esta vida en toda la grandeza de su gloria y de su belleza, porque la debilidad de nuestra naturaleza, no podría soportar su brillo, como nuestros ojos no pueden ver al sol sin parpadear. "Aun cuando yo me hubiera esforzado, añade ella, durante años enteros en figurarme una belleza tan perfecta, esto me hubiera sido imposible, tanto excede su sola blancura y brillantez á todo cuanto pueda imaginarse aquí en la tierra. Es un resplandor que no deslumbra; una blancura inconcebible; un esplendor que alegra la vista sin cansarla; una claridad que hace al alma capaz de ver esta belleza toda divina, y en fin, es una luz en comparación de la cual, la del sol parece tan oscura, que ni se dignaría uno abrir los ojos para verlo. Entre estas dos luces hay la misma diferencia que entre una agua muy clara que corriera sobre cristal y cuya claridad aumentaría el sol por la reverberación de sus rayos, y una agua turbia y lodosa, que corriera por la tierra, y que estuviera cubierta de un vapor espeso. Mas esta luz admirable nada tiene semejante á la del sol, y parece tan natu-

ral, que la de ese gran astro, comparada á ella, parece artificial: esta luz es como un día sin noche, todo brillante, todo luminoso, sin que nada sea capaz de obscurecerlo; y en fin, es tal, que no hay espíritu, por penetrante que sea, y por esfuerzos que se haga que pueda representarse lo que ella es. (1)

II. El alma santísima de Nuestro Señor Jesu-Cristo es la obra maestra, la más perfecta de todas las obras de Dios: tiene más belleza que la que puedan tener todos los hombres y ángeles juntos, todos los cuerpos y todos los espíritus del universo, tanto á causa de la belleza infinita del Verbo, que le está substancial y corporalmente unido, y que la hace infinitamente bella, como á causa de la gracia, de la caridad, de todas las virtudes sobrenaturales y de los dones del Espíritu-Santo, que le han sido comunicados sin medida: En efecto, como dice San Juan (2) y como lo explican los santos: (3) *Dios Padre no ha dado las riquezas espirituales á la humanidad de su Hijo con peso y medida, sino sobre toda medida, como á aquel que es el único heredero por naturaleza de todos sus tesoros, y que debía distribuir á los elegidos, de la plenitud y de la sobreabundancia de su gracia y de su gloria, toda la gracia y toda la gloria que tendrán para siempre.* (4) El profeta Isaiás había predicho de él que una flor saldría de la raíz de José, y que el Espíritu Santo con todos sus dones

1 Caput XXVIII. vite sue.

2 Non enim ad mensuram dat Deus spiritum. S. Joan. III. 34

3 S. Aug. S. Chris. S. Cyril. Beda. Maldor. ibid.

4 De plenitudine ejus omnes nos accepimus, et gratiam pro gratia. S. Joan. 1. 16.

debía reposarse sobre esta flor. "Ha sido del beneplácito de Dios, dice San Gerónimo explicando este pasaje, (1) el hacer habitar real é inseparablemente toda su divinidad en el cuerpo y en el alma de su Hijo dándole, no como á los otros santos, una parte de las virtudes, de las bendiciones y de los dones del Espíritu Santo, sino toda su abundancia. Los Nazarenos, en su evangelio, dicen que todas las fuentes del Espíritu Santo han sido abiertas y se han reunido en él, de donde dimanaban después por arroyos sobre los elegidos." Ahora bien, si cada uno de estos pequeños arroyos de gracia y de gloria puede elevar á una alma á un grado tan alto de gracia y belleza que, como lo hemos dicho anteriormente, que no puede haber, entre las puras criaturas, en ningún otro estado, una belleza más grande, más perfecta y más semejante á la belleza divina que la del alma que está en gloria, qué serán pues todos estos arroyos reunidos en la nobilísima, purísima y santísima alma del Hijo de Dios, como en su manantial? ¡Qué inefable belleza y qué perfección incomprensible no tendrá ella, pues que en comparación de ella, no solamente cada alma gloriosa, sino todas juntas, son como pequeños rayos de luz delante del sol, ó como gotas de agua comparadas á la inmensidad del océano! En verdad, todo esto está sobre todo cuanto podemos decir y concebir, y no puede dejar sino una grande admiración en nuestro espíritu y un deseo ardiente de admirar y de amar con todo nuestro corazón una belleza tan incomparable.

1 Quia in ipso complacuit omnem plenitudinem divinitatis habitare corporaliter, nequaquam per partes, ut in ceteris sanc-

III. La belleza de la divinidad de Nuestro Señor Jesu-Cristo excede aún infinitamente todas las demás, puesto que ella es infinita en sí misma. Y lo que debemos notar aquí de una manera particular, es que, aun cuando la belleza sea común á las tres personas divinas, como los demás atributos, sin embargo, según la advertencia de San Hilario (1) es atribuida particularmente á la segunda persona, que Isaías llama por esto la belleza de Dios; porque, hablando de la conversión de los gentiles, dice: *Verán la gloria del Señor y la belleza de nuestro Dios*, (2) es decir, al Mesías, que, en su persona divina, es el esplendor de la gloria y la belleza del Padre. Por la misma razón es por lo que es el amado también en la Escritura el rostro de Dios: *He aquí que yo envío á mi angel delante de mi rostro*. (3) Es Dios Padre quien anuncia que él envía á San Juan Bautista como precursor delante de su Hijo. El sumo sacerdote de la ley antigua daba la bendición al pueblo en estos términos prescritos por Dios mismo: *Que Dios te bendiga, y se digne guardarte; que te muestre su rostro, que tenga piedad de tí, que vuelva hacia tí su rostro y que te dé la paz*. (4) Dios según la

tis, sed juxta evangelium eorum, quod habreo sermone conscriptum legunt Nazaraei, descendet super eum omnis fons Domini. Hier. ibid.

1 Hilar. lib. II, de Trinit.

2 Videbunt gloriam Domini, et decorem Dei nostri. Is. XXXV, 2.

3 Ecce ego mitto angelum meum ante faciem meam. Malach. III, 1.

4 Benedicat tibi Dominus, et custodiat te, Ostendat Dominus faciem suam tibi, et misereatur tui. Convertat Dominus vultum suum ad te, et det tibi pacem. Núm. VI. 24.

advertencia de Teodoreto, (1) entiende por su faz y por su rostro, la persona de su Hijo; cuya encarnación deseaba á los hijos de Israel el sacerdote. Y lo llama así, porque, así como el hombre es conocido más particularmente por su cara que por el resto del cuerpo, así Dios Padre es manifestado claramente por su Hijo, y más por él sólo que por todas las criaturas. Además, así como la belleza del hombre brilla sobre su rostro de una manera más particular, así la belleza divina reside de una manera especial en el Hijo. Enseñando el doctor angélico Santo Tomás (2) esto y dando la razón, dice, como lo hemos notado antes, que son necesarias tres cosas para constituir la belleza; 1.º La integridad de partes; 2.º una justa proporción y una bella conveniencia entre ellas; 3.º un color y lustre que los iluminen y hagan lucir. El Hijo de Dios posee la primera, puesto que tiene verdadera y perfectamente toda la naturaleza del Padre; tiene también la segunda, pues que él es propiamente la imagen expresa y el retrato viviente y substancial del Padre; y vemos que una imagen es bella cuando representa perfectamente su original; cómo pudiera faltarle la tercera, pues que él es personalmente el Verbo; y por consiguiente como dice San Juan Damasceno, la luz y el esplendor del entendimiento divino. (3)

Ved una muy débil muestra de la belleza que Nuestro Señor tiene en el cielo: es soberana, infinita, y sobre todas las demás bellezas, sin pro-

1 Theod. ibi.

2 1. p. quest. 39. art., 8.

3 Lib. 1. cap. VIII et XVIII.

porción alguna; ellas por tanto lo hacen soberana é infinitamente más amable que cuanto se puede amar en las criaturas. Y es necesario advertir además que teniendo Nuestro Señor tres cosas, el cuerpo, el alma y la divinidad, estas son, sin comparación y sin excepción, las tres cosas más bellas del mundo; su cuerpo sagrado es el más bello de todos los cuerpos; su alma santísima, la más bella de todas las almas y de todos los espíritus; y su divinidad la belleza de las bellezas existentes y posibles. Digamos también, para contento de las almas que quieren amar á Jesu-Cristo, algo de la belleza que tenía cuando vivió en la tierra, en medio de los hombres.

SECCION TERCERA.

Belleza de Nuestro Señor Jesu-Cristo como hombre mortal.

- I. Lo que se necesita para una belleza perfecta.—II. Belleza del cuerpo de Nuestro Señor.—III. Belleza de Nuestro Señor en sus acciones.—IV. Belleza de Nuestro Señor en su palabra.—V. Respuesta á una objeción.

Nuestro Señor Jesu-Cristo, como hombre mortal, tenía los tres géneros de bellezas de que acabamos de hablar; la belleza divina, la belleza del alma y la belleza del cuerpo. En cuanto á la belleza divina y á la del alma, las tenía en el mismo grado sobre la tierra en que ahora las tiene en el cielo, no estando la belleza divina sujeta á cambio, y habiendo poseído su alma santísima desde el instante de su creación toda la belleza de que goza, al presente. En cuanto á la belleza corporal, no la tenía en el mismo grado porque su cuerpo sagrado, no era aún glorioso; no dejaba sin embargo de tenerla en un grado eminente.

I. Se necesitan tres cosas para hacer á un hombre de una belleza perfecta: la belleza del cuerpo, la gracia en las acciones, el don de la palabra.

La belleza del cuerpo, como lo hemos dicho ya, consiste en la exacta proporción de todas las partes, en la vivacidad y brillo del color; la gracia en las acciones es también una proporción exacta en las acciones, es decir, una cierta conveniencia y una cierta medida observada en todo lo que se hace: así, vemos personas que cualquier cosa que digan ó hagan, que estén sentadas ó en pie, que anden, que vean, que tomen ó den alguna cosa, lo dicen y lo hacen con tanta gracia, con tanta exactitud y propiedad y buen modo, que encantan á todo el mundo. Los latinos llaman á esta belleza particular de las acciones *decorum*, hermoso; los franceses la llaman comúnmente agradabilidad porque ella hace á una persona muy agradable, y hasta tal punto que, sin ella, toda la belleza del cuerpo no tiene efecto porque, cualquiera que sea la belleza de que está dotada una criatura, si tiene modales bruscos y groseros, si obra y habla de una manera desagradable, su belleza parecerá disminuida y llegará á ser casi nula; mientras que el buen modo, aun cuando no esté acompañado de la belleza, realza de tal modo el porte y los hechos de un hombre, que da lustre á todas sus acciones, atrae sobre sí las miradas y causa admiración á todos. ¡Cuántas personas, con un vestido simple y corriente, agradarán más que otras cubiertas de oro y seda! La belleza de la palabra, si puedo decir así, consiste en la dulzura de la voz, en la gracia de bien decir, ó la elocuencia, que es absolutamente necesaria á la belleza del cuerpo y á la agradabilidad en las acciones para hacerlas perfectas y atractivas; porque, puesto que tenemos continua-

mente necesidad de la lengua y de las palabras para manifestar nuestros pensamientos y nuestros afectos, si la lengua no llena este oficio convenientemente, si las palabras no son agradables, esas bellezas mudas perderán una gran parte de su poder. Estas tres cosas son por tanto absolutamente necesarias para hacer una belleza humana perfectamente acabada; vamos á ver que Jesu-Cristo las poseía todas en su estado mismo de hombre mortal.

II. Nuestro Señor estaba dotado de la belleza del cuerpo; tenía el cuerpo más puro que hubo jamás, puesto que estaba formado de la sangre virginal de la Reina de las vírgenes, unido á la pureza infinita de Dios mismo, organizado, no por la naturaleza, como los demás cuerpos, sino por el Espíritu Santo mismo, que lo había formado de una manera mucho más perfecta cual no pudiera haberlo hecho la naturaleza. Y como este cuerpo debía ser el primero de todos los cuerpos humanos en dignidad, lo hizo primero en belleza; no con una belleza falta de vigor y afeminada, sino con una belleza llena de grandeza y majestad, y tal cual convenía á la divina persona de Nuestro Señor, y al gran designio por el cual había tomado este cuerpo. Por esto el profeta David invitaba á todas las naciones para alabarle y darse á él. *La gloria y la belleza están en su presencia; la santidad y la magnificencia están en su santuario; por consiguiente él es digno de vuestro amor y de vuestra admiración. Por esto, pueblos, apresuraos, rendid al Señor, familia de las naciones, rendid al Señor la gloria y el honor, rendid al Señor la gloria que es debida á su nombre, venid á traerle*

el homenaje de vuestros corazones. (1) El mismo profeta se explica más claramente, por decirlo así en este texto tan conocido, al cual la paráfrasis caldea da todavía más fuerza: Sois el más bello de entre los hijos de los hombres, la gracia está esparcida sobre vuestros labios, porque el Señor os ha bendecido por la eternidad. (2) Acerca de este lugar dice San Gerónimo: El hijo de una virgen, este primer manantial de la virginidad, este Señor que no había nacido por voluntad de hombres, sino por operación de Dios, debía ser el más bello de los hijos de los hombres; en efecto, si no hubiera tenido sobre su rostro y en sus ojos algo de celeste y divino, jamás lo hubieran seguido los Apóstoles á su primera palabra, y los soldados que fueron á prenderlo no hubieran quedado delumbados y derribados de espaldas al suelo. (3) San Crisostomo cita el mismo texto y nos enseña que la belleza y la majestad de Jesu-Cristo eran tan grandes, que muchos, prendados de su amor, se adherían á él, lo seguían por todas partes, y descaaban no separarse nunca de él. (4) La belleza de su rostro era tan majestuosa, el brillo de sus ojos,

1 Confessio et pulchritudo in conspectu ejus: sanctimonia et magnificentia in sanctificatione ejus. Ps. XCV. 6. Genebr., ibid. Afferte Domino patrie gentium, afferte Domino gloriam et honorem; afferte Domino gloriam nomini ejus. Ibid. 7.

2 Speciosus forma proe filiis hominum. Ps. XLIV. 3. Pulchritudo tua, ó rex Christi! prestantior est filiorum hominum. Paph. Chald. ibid.

3 Universis pulchrior est virgo de Virgine, qui non ex voluntate viri, sed ex Deo natus est: nisi enim habuisset, et in vultu quidam oculisque sidereum, nunquam eum statim secuti fuissent Apostoli, nec qui ad comprehendendum eum venerant, corruissent. S. Hier. ep. CXL, ad Principium Virginen.

4 Hom. 28. in Math.

tenía tanta dulzura y tanta fuerza, que los que la conocían, y que no estaban cegados por la envidia, eran penetrados de respeto, de amor y de veneración, y le rendían honores que Alejandro el grande, á pesar de su poder, jamás pudo obtener de los griegos. Y aun cuando era todavía niño pequeño, estaba dotado de una belleza tan grande y tan extraordinaria, que las personas afligidas, para disipar sus pesares, y aun todos, se decían unos á otros: Vamos á ver al hijo de María.

III. El se hacía amable en todas sus acciones, en reposo ó en movimiento, consolando á los afligidos, acariiciando á los púrvulos, perdonando los pecados, curando á los enfermos ó haciendo otros milagros; todas estas acciones, cualesquiera que fuesen, eran hechas con una gracia singular. Es indudable que él conocía perfectamente hasta dónde debe llegar el bien parecer, de qué manera debía componer y medir sus modales, sus movimientos, toda la economía de sus acciones, aun las más pequeñas, para hacerlas todas en la exactitud y precisión convenientes; es bien cierto también que se servía de este conocimiento para perfeccionar sus acciones y hacerlas agradables, á fin de tener una entrada más fácil en los espíritus y en los corazones, para ganarlos para su Padre, y para servirnos también de modelo y enseñarnos á arreglar así todas nuestras acciones exteriores. La esposa de los Cánticos lo había anunciado mucho tiempo antes, dirigiendo á su divino esposo estas palabras, que encierran el elogio de su belleza corporal, y de su gracia en las acciones: *¡Qué grande es la belleza de vuestro cuerpo sagrado: oh mi muy amado, y con qué admirable gracia hacéis*

*todas vuestras acciones* (1) David había dicho también: *Se ha revestido del esplendor y del agrado como de un vestido*; (2) y esto es también lo que los judíos, que tuvieron la felicidad de verlo y de conversar con él, notaban en toda su persona; porque, según la advertencia de San Lucas, *todo el pueblo se alegraba al ver con qué nobleza, y grandeza llena de gracia hacía todas sus acciones*; (3) por esto le rendía este testimonio glorioso: *Ha hecho bien todas las cosas*, (4)

IV. Nuestro Señor estaba dotado del don de la palabra en el grado más alto; porque, sea que él hablara, en público ó en particular, que instruyera, que consolara, que reprendiera, que preguntase, que respondiese, sus palabras estaban llenas de tanta gracia y eficacia, que iluminaban los espíritus más ignorantes y más groseros, enternecían los corazones más duros, calentaban los más helados, llenaban de amor á los más insensibles, hacían nacer una dulce confianza en los corazones más desesperados, rompían los designios, cambiaban las voluntades, llenaban de dulzura á aquellos que estaban inflamados de cólera, reconciliaban á los enemigos, sometían á los más rebeldes, en fin, obraban sobre los hombres los efectos más maravillosos. Y ciertamente! nada hay en esto de muy admirable, puesto que, siendo el Verbo, era la palabra de Dios, la sabiduría increada. Esto es lo que ha hecho decir á San Pablo: *La palabra de* ®

1 *Ecce tu pulcher es, dilecte mi, et decorus.* Cant., I, 15.

2 *Decorem indutus est.* Ps. XCI, 1.

3 *Omnis populus gaudebat in universis quae gloriose fiebant ab eis.* S. Luc. XIII, 17.

4 *Bene omnis fecit.* Marc. VII, 37.

Dios es viva y eficaz; es más penetrante que una espada de dos filos, penetra hasta en los pliegues más escondidos del alma y del espíritu, pone en claro todos los pensamientos y todos los movimientos de los corazones. (1) David también, después de haber dicho que Nuestro Señor era el más hermoso de los hijos de los hombres, no deja de añadir: *La elocuencia y la gracia están esparcidas sobre sus labios.* (2) *Todas las palabras que salen de su boca, dice la Esposa, son como perfumes preciosos, que llenan de alegría á aquellos que las escuchan con un corazón bien dispuesto.* (3) Muy pronto después, atraída por el encanto de esta voz divina, exclama: *Su lengua está llena de suavidad y de delicias; torrentes de dulzura salen de su boca.* (4) Los judíos experimentaron durante tres años los efectos de su palabra llena de dulzura y fuerza, porque, según se refiere por los evangelistas, *los pueblos estaban llenos de admiración y de sorpresa viendo la fuerza de su palabra.* (5) Todos ellos admiraban la gracia indescriptible con que acompañaba todos sus discursos, y atraídos por el encanto de sus palabras, iban muy de madrugada al templo para poder oirlo; y cuando Nuestro Señor esparcía los torrentes de su divina elocuencia, y ellos sentían sus almas arrebatadas y transpor-

1 *Vivus est enim sermo Dei et efficax, et penetrabilior omni gladio accipiti, et pertingens usque ad divisionem animae ac spiritalis, compagum quoque ac medullarum.* Hebr., IV, 12.

2 *Diffusa est gratia in labiis tuis,* Ps. XLIV, 3.

3 *Labia ejus, lilia distillantia myrrhan primam.* Cant., V, 13.

4 *Guttur illius suavissimum.* Cant., V, 16.—*Guttur illius dulcedines,* Sept.

5 *Admirabantur tarbae super doctrina ejus.* Matth., VII, 18.

tadas, exclamaban todos fuera de sí: Jamás hombre alguno ha hablado con tanta gracia, tanta dulzura, tanta fuerza y tanta perfección como habla este hombre. (1) Su elocuencia, como una fuerte cadena, los tenía ligados y adheridos á él con tal unión, que olvidaban sus casas, sus familias, aun las cosas más necesarias á la vida, para seguirle hasta en los desiertos.

Esta divina elocuencia de Jesu-Cristo, unida á la belleza de su cuerpo y á la gracia que acompañaba todas sus acciones, lo hacía, conforme á la profecía de David, el más hermoso de los hijos de los hombres. El casto José, y Moisés el legislador del pueblo de Dios, habían sido en esto, como en otras muchas cosas, las figuras de Nuestro Señor. La Escritura refiere del patriarca José, que era de una tan gran belleza, que los hijos é hijas del Egipto salían de sus casas y corrían á los lugares por donde debía pasar, para gozar del espectáculo arrebatador de su extrema belleza y del encanto inespresable difundido sobre su persona, y que no podían dejar de manifestar altamente su admiración. (2) Josefo el historiador, cuenta que Moisés (3) siendo todavía un niño, estaba dotado de una belleza tan grande, y de tantas gracias, que atraía

1 *Omnes testimonium illi dabant, et mirabantur in verbis gratias, quae procedebant de ore ipsius.* Luc. IV, 22.—*Omnis enim populus suspensus erat audiens illum.* Luc. XIX, 48.—*Erat autem diebus docens in templo..... Et omnis populus manebat ad eum in templo, audire eum,* Luc. XXI, 37.—*Nunquam sic locutus est homo, sicut hic homo.* Joan., VII, 46.

2 *Joseph..... Decorus aspectu: filiae discurrerunt super murum.* Genes., XLIX, 22.

3 *Lib. 1<sup>o</sup>, Antig. cap. V.*



las miradas de todos, y nadie había, cualquiera que fuera la tristeza y el abatimiento que sintiera en su corazón, que no se sintiera aliviado y reanimado mirándolo; cuando lo llevaban por las calles de la ciudad, todos dejaban sus ocupaciones y salían de sus casas para admirar este bello niño, y seguirlo con los ojos cuanto les era posible. Ved aquí, sin duda, grandes ejemplos de belleza, y sin embargo, esto no era sino la sombra y figura de la belleza de Nuestro Señor.

V. Yo sé que, algunos para sostener un sentimiento contrario no dejan de apoyarse sobre este texto de Isaías: *No hay en él gracia ni belleza, lo hemos visto, sus ojos estaban apagados, su rostro lívido y ceniciento; estaba en un estado tan asombroso que, nos ha parecido un leproso.* (1) Mas respondemos con San Gerónimo: "la solución de esta dificultad es fácil, estas palabras se entienden de la pasión y muerte de Nuestro Señor; no tenía ni gracia ni belleza cuando estaba clavado en la cruz, cuando estaba cargado de nuestras iniquidades para atraer sobre sí todos los rigores de la justicia divina." (2) Y se puede decir también que en este estado no estaba sin belleza; escuchemos lo que decía San Agustín: "Nada hay de más bello en el mundo que este esposo. Aun cuando haya parecido sin forma y sin belleza entre las manos de sus verdugos, y que Isaías haya dicho de él: *Lo hemos visto, y no tenía gracia ni belleza,*

1 Nont est species ei, neque decor: et vidimus eum, et non erat aspectus..... Nos putavimus eum quasi leprosum. Isai. LIII 2.

2 Facile solvitur, despectus erat et ignobilis, quando pendebat in cruce, et factus pro nobis maledictum peccata nostra portabat. S. Hier., in illum locum Isaie.

debemos concluir de estas palabras que nada le quedara de su incomparable belleza? No lo permita Dios! y como tantas vírgenes hubieran abandonado á todos los esposos de la tierra, para unirse únicamente al Esposo divino de nuestros corazones y no amar sino á él? ¡Ah! si ha parecido sin belleza, esto era sólo á los ojos de sus enemigos." (1) pero sus verdaderos amigos nunca lo han encontrado más bello, y más agradable, como cuando se ha cargado de todas las humillaciones y de todos los oprobios para purificarlos, ennoblecerlos y salvarlos. "Señor mío y Dios mío, exclama San Bernardo, jamás ha parecido vuestra ternura más grande, vuestro amor más ardiente, y vuestra gracia coronada de una luz más brillante, como cuando os habeis dignado humillaros, anonadados y ocultar los rayos brillantes de esa luz natural de que estais revestido." (2) "Que la belleza de Nuestro Señor se haya manifestado en todo su esplendor aun durante el curso de su pasión, esto es lo que declara San Agustín, explicando el pasaje del salmo XLIV que hemos citado." Que este esposo divino aparezca en medio de nosotros á fin de que le demos todo á nuestro corazón; si sin embargo encontramos alguna mancha en él

1 Sponsus est ille, quo nihil est pulchrius, qui quasi fœdus apparuit inter manus persequentium, de quo dicebat Isaías: Et vidimus eum, et non habebat speciem, neque decorem. Ergo Sponsus noster fœdus est? Absit: quomodo enim illum virgines amarent, quæ in terrâ maritos non quæsierunt? Ergo persequentibus fœdus apparuit. Aug. in. Po. CXXXVII.

2 Ubi etenim te, Domine, exinanivisti, ubi naturalibus radiis lumen indeficiens exuisti: ibi pietas magis emicuit, ibi charitas, plus affulsit, ibi ampliùs gratia radiabit. S. Bern., Serm. 45, in Cant.

consiento en que le rehusemos nuestro amor. ¿Pudiéramos rehusárselo porque se ha dignado revestirse de nuestra naturaleza, tomar nuestra pobreza, todas nuestras debilidades y nuestras miserias, porque la belleza de su rostro ha sido borrada, y los rayos de su luz divina, se han oscurecido por los dolores crueles y los humillantes ultrajes de la pasión y de la muerte que sufrió sobre la cruz? ¡Ah! jamás apareció más bello, porque jamás su misericordia se ha mostrado con más esplendor. *No permita Dios, dice uno de los amigos del Esposo, que yo me glorie en otra cosa que en la cruz de Jesucristo.* Y nosotros también, iluminados con el don de la fe, seremos atraídos por todas partes, en su seguimiento, por sus atractivos divinos.

El es bello en su divinidad y cuando reposa en el seno de su Padre, bello en el seno de María su madre; en donde sin perder su divinidad, se dignó revestirse de su humanidad; bello en su infancia santa, cuando los cielos anunciaban su gloria, cuando los ángeles cantaban sus alabanzas, cuando la estrella guiaba á los Magos hacia el establo, cuando era adorado en el pesebre.<sup>(1)</sup> En con-

<sup>1</sup> Ecce sponsus procedat nobis, amemus illum, aut si invenimus in eo aliquid foedi, non amemus. Quia et hoc ipsum quod car ne indatus est ut de illo etiam diceretur: Vidimus eum, et non habebat speciem ne que decorem: si consideres misericordiam qua factus est; et ibi pulcher est. Mihi autem absit gloria, dixit unum amicorum Sponsi, nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi. Gal. VI, 1. Nobis ergo credentibus ubique, Sponsus pulcher occurrat, pulcher Deus, verbum apud Deum, pulcher in utero Virginis ubi non amisit divinitatem, et sumpsit humanitatem. Pulcher natus infans Verbum, quia cum esset infans, coeli loci tunc sunt, angeli laudes dixerunt, Magos stella direxit, adoratus est in prosepicio Aug., in Ps. XLIV.

secuencia es bello en el cielo, continúa San Agustín, bello sobre la tierra, bello en el seno de su Madre, bello reposando en sus brazos, bello en sus milagros, bello en medio de los tormentos, bello llamándonos á la vida y á la felicidad, bello despreciando la muerte, bello entregando su alma, bello volviéndola á tomar por la fuerza de su poder, bello clavado en el árbol de la cruz, bello en el sepulcro. Escuchad este cántico, y que la debilidad aparente de Jesu-Cristo no aparte vuestros ojos del esplendor de su belleza. En donde está la justicia, allí está la verdadera belleza. Y bien! si podeis encontrar en él alguna injusticia ó pecado, dejad de encontrarlo bello, consiento en ello; mas oh mi Maestro divino, ¿acaso no sois en todo soberanamente justo? por tanto en todo sois soberanamente bello."<sup>(2)</sup>

<sup>2</sup> Pulcher ergo in coelo, pulcher in terrá, pulcher in utero, pulcher in manibus parentum, pulcher in miraculis, pulcher in flagellis, pulcher invitans ad vitam, pulcher non curans mortem, pulcher deponens animam, pulcher recipiens, pulcher in ligno, pulcher in sepulchro. Audite canticum, neque oculos vestros a splendore pulchritudines illius avertat carnis infirmitas. Summa et vera pulchritudo, justitia est. Ibi illum non videbis pulchrum, ubi deprehendis injustum, si ubique justus, ubique decorus. S. Aug., in Ps. XLIV.

SECCION CUARTA.

Poder que la belleza de Nuestro Señor debe tener  
sobre nosotros.

I. Poder admirable de la belleza.—II. Ejemplos.—III. Poder que debe tener la de Nuestro Señor.—IV. Bellas palabras de Santa Teresa.

I. La razón y la experiencia están de acuerdo en mostrarnos el poder maravilloso que la belleza ejerce sobre los corazones y sobre los afectos. Por esto los griegos, según lo refiere San Dionisio, (1) le habían dado un nombre que significaba su fuerza para atraer los corazones y llevar tras de sí los afectos. Platón; (2) dice que la belleza es de todos los atractivos el más fuerte y el más dulce, y por esta razón sus discípulos dehuían el amor, el deseo de la belleza. (3) Xenofonte (4) nota que tres cosas tienen un gran imperio sobre los hombres: la fuerza, la sabiduría y la belleza; pero con esta diferencia, que la fuerza tiene necesidad de trabajo y movimiento, y que se expone frecuentemente á peligros muy grandes para llegar á sus fines; que la sabiduría tiene necesidad de estudios y cuida-

1 De div. Nom. IV.

2 Plato in Phædro.

3 Marcell Ficin. ad com. Plat. cap. IV.

4 Xenoph. in convivio.

dos para encontrar y disponer sus razones, de elocuencia para presentarlas de una manera victoriosa; mientras que la belleza, sin movimiento alguno, sin algún esfuerzo y sin peligro, aun sin proferir una sola palabra, sino solamente mostrándose, da sus asaltos, gana las batallas, rinde las plazas, obtiene las victorias y lo consigue todo. Por esto el filósofo Carneades (1) la compara á un reino, que no necesita ni soldados, ni máquinas de guerra, para sostener su poder y triunfar de todo. Los antiguos, (2) para hacer comprender la fuerza de la belleza, la representaban bajo la figura de una mujer de completa belleza, teniendo en la mano un ramo de flores y á sus pies un león, una liebre, un pájaro y un pescado, para indicar que ella vencía al fuerte y al débil, al humilde y al soberbio. El león significaba la fuerza; la liebre la debilidad; el pájaro que sube por los aires, el orgullo; el pez, que se pierde en la profundidad de las aguas, la humildad; por tanto la belleza pisa todo y reina por todas partes como soberana.

II. La historia está llena de ejemplos que prueban esta verdad.

La belleza de Raquel hizo trabajar á Jacob día y noche durante catorce años; (3) la de Thamar causó la enfermedad de Amnon; (4) la de Betsabé triunfó de la santidad de David; (5) la belleza de las mujeres extranjeras inutilizó la sabiduría de

1 Apud. Laertium.

2 Sambuc in Emblem.

3 Gen. XXIX.

4 II. Reg. XIII. 2.

5 II. Reg. XI. 3.

Salomón; (1) y la de Ompala, reina de Lydia, encadenó la fuerza de Hércules. ¿Cuál no fué el poder de la belleza de Santa Catarina sobre el emperador Maximino; la de Santa Inés sobre el hijo del Gobernador de Roma; de Santa Agata sobre Quinciano, que mandaba en Sicilia en lugar del emperador Decio? (2) ¿Qué dulce tiranía no ejercía la belleza de tantas vírgenes sobre el corazón de tantos tiranos bárbaros, quienes después la ejercían tan cruel y sangrienta sobre los cuerpos de ellas? La belleza de Cleopatra bamboleó á todo el imperio romano, é hizo perder sus bienes á Marco Antonio juntamente con su honor y su vida; (3) la de Elena, hizo revelarse á la Europa y Asia; y prendió la guerra más furiosa entre ellas durante diez años. Los Troyanos, sin duda, temían por el resultado; sin embargo, habiendo visto un día á Elena salir de su palacio, quedaron deslumbrados de su belleza incomparable de tal manera, que no dejaron de decir que la guerra era justa y que era preciso sostenerla. (4) Esto era lo que los Asirios decían del pueblo judío, al ver la belleza maravillosa de la casta Judit. (5) Cuantas niñas de un obscuro nacimiento, reducidas aun á la esclavitud, han sido elevadas al trono por su sola belleza? Ester era una simple niña judía, á quien la desgracia de la guerra había hecho prisionera, pero su belleza

1 Reg. XI.

2 Surtius et Ribaden.

3 Plutar in Antonio.

4 Homer. Illiac. III.

5 Quis contemnat populum Hebraeorum, qui tam decoras mulieres habent, ut non pro his meritò pugnare debeamus? Judith, X, 18.

inflamó de tal modo el corazón de Assuero, que la prefirió á todas las damas de su corte, la tomó por su esposa y puso sobre su cabeza la corona de su imperio. (1) La prudente y virtuosa Aspasia era una pobre niña de la Fócide, Grecia, mas ella agradó tanto á Ciro el joven y después á Artaxerjes, á causa de su rara belleza, que la tuvieron sucesivamente por esposa y la elevaron al rango de una alta y poderosa reina. (2)

III. Si estas bellezas han tenido tanto poder sobre los hombres, ¿qué poder no debe tener sobre nosotros la belleza de Nuestro Señor Jesu-Cristo? Mas para comprender mejor esta verdad, notemos que todas las bellezas, cualesquiera que ellas sean, tienen siempre dos defectos que disminuyen mucho el precio que se les da. 1.º Por grandes y completas que sean, jamás son perfectas en su especie; al contrario, están siempre acompañadas de imperfecciones, y algunas veces aun de defectos notables en el color, la disposición de partes, en la gracia, el porte ó el lenguaje. Además, estas bellezas son tan inconstantes, tan sujetas á mudanzas, que basta una sola pasión, una enfermedad, para hacerles perder todo su lustre. La vejez y la muerte causan también otros muchos desastres: muy pronto todas esas bellas flores se marchitarán, se secarán y serán reducidas á polvo. 2.º Esas bellezas no son jamás otra cosa que una belleza particular, y por consiguiente muy reducida; Raquel no tiene más que la belleza de Raquel, Thamar la de Thamar; y sin embargo, si estas bellezas,

1 Esther. II.

2 Alian. lib. XIII. variat ab initio.

con todas sus imperfecciones y todos sus defectos han parecido tan grandes y han producido efectos tan maravillosos. ¿qué no hubieran hecho si hubieran estado libres de ellos? Si todas las bellezas, que ha habido desde el principio del mundo, se hubieran reunido en una sola persona, y que esta persona hubiera tenido todo lo que parecía tan agradable á Jacob en Raquel, lo que causaba la enfermedad de Amnón en Thamar, y así de los demás, ¿qué efectos hubiera producido tal belleza? ¿de qué fuegos no hubiera abrasado todos los corazones? ¡Ah! sin duda Jacob hubiera trabajado no solamente catorce años, sino toda su vida por semejante Raquel; Amnón no solamente se hubiera enfermado, sino que hubiera muerto, por semejante Thamar. Juana, hija de Alfonso V, rey de Portugal, fué buscada con solicitud por todos los príncipes de la cristiandad, á causa de su gran belleza y de las perfecciones de su espíritu, tres la pidieron de una manera particular: Luis XI para el delfín Carlos VIII; Maximiliano, archiduque de Austria y después emperador, y Ricardo III, rey de Inglaterra, para sí mismos. (1) Pero ella, elevando más alto sus designios, despreció la alianza de los reyes de la tierra para unirse al Rey del cielo; ella le sacrificó, por un raro y generoso ejemplo, la belleza que de él había recibido, y con el permiso de su padre se hizo religiosa en el convento de Alveiro, de la orden de Santo Domingo, en donde vivió muchos años y murió santamente. Se cuenta que habiendo recibido Luis XI el retrato de esta princesa y viendo tal belleza, se puso de

1 Hilar. de Cost. elege des femmes illustres.

rodillas para bendecir á Dios, para admirar y alabar al Creador en la belleza de su criatura, y agradecerle la gracia que le había hecho de permitirle ver la imagen de tal obra maestra de sus manos. Ahora bien, si sólo el retrato de esta princesa ha podido mover tan sensiblemente al rey, y hacer una impresión tan profunda en su espíritu, su presencia hubiera sin duda producido efectos más asombrosos é inspirado sentimientos mucho más vivos; y si se hubieran añado á esta belleza los encantos de todas las que existían entonces, qué fuegos no hubiera encendido! porque estos atractivos hubieran sido mucho más poderosos y su acción hubiera tenido mayor fuerza.

Y sin embargo, todas esas bellezas, por grandes y maravillosas que parezcan, son nada en comparación de un cuerpo glorioso; y si los hombres más apegados á las bellezas corporales, pudieran ver á aquél que está menos elevado en la gloria, muy pronto olvidarían y despreciarían todas las bellezas de la tierra, aun las más extraordinarias, y ya no tendrían en separarse de ellas más pena, que la que se experimenta en apartar la vista de sobre un mosqueo para fijarla sobre el objeto más bello de la tierra. Si el cuerpo del menor de los bienaventurados produce efectos tan admirables, ¿qué hará el cuerpo de un santo muy eminente en gloria? ¿Qué producirá la vista de la belleza corporal de la Reina de los ángeles y de los hombres, belleza tan grande, tan perfecta, que es imposible que nuestras palabras puedan dar una idea de ella? Y ahora qué podremos decir del cuerpo glorioso del Hijo de Dios, que aventaja tanto en belleza, en gracia, en majestad y en toda suerte de perfeccio-

nes, á todos los cuerpos gloriosos, como el sol excede en luz á los demás astros del firmamento? ¿Qué sentimientos además, no deberá inspirarnos la belleza de su alma santísima, la más perfecta de todas las bellezas criadas, y sobre todo, la belleza infinita de su divinidad! ¿Qué fuegos, qué flamas, debe encender en nuestros corazones la unión de estas tres primeras, ó más bien, de estas tres únicas bellezas, la belleza del cuerpo, del alma y de la divinidad de Jesu Cristo, delante de la que toda la belleza desaparece y se anonada! Cuando se piensa que una belleza mortal, tan débil, tan inconstante y llena de tantos defectos, tiene un ascendiente tan grande, que los devora y consume, altera su salud, debilita su espíritu; que los hace sufrir mil trabajos, les hace perder las riquezas, les quita el sentimiento de su honor, y, lo que es más deplorable, el de su salvación eterna; que los encanta hasta tal punto, que olvidan todo lo demás por fijar ahí todos sus pensamientos y todos sus afectos! ¿Qué podemos decir, qué debemos pensar, qué debemos hacer, sino condenarnos á nosotros mismos por haber amado tan poco, hasta el presente, la belleza soberana y perfecta del Salvador de nuestras almas, y tomar la resolución de amarlo en lo de adelante con todas nuestras fuerzas? Por tanto, digamos con San Agustín, desengañados como él, y desimpresionados del amor de las criaturas: "Ah! qué tarde os he amado, oh belleza siempre antigua y siempre nueva, cuanto he tardado en amaros! (1) Belleza siempre antigua,

1 Seró te amavi, pulchritudo tam antiqua et tan nova, seró te amari. Aug. Conf., lib. X. cap. XXVII.

puesto que sois eterna; belleza tan nueva para mí, puesto que he tardado tan largo tiempo en conoceros y en amaros, y que solamente comienzo á tomar la resolución de ello; pero que desde ahora os ame y jamás os deje de amar, que yo sepulte todas las bellezas de la tierra en un olvido eterno, para no tener en lo de adelante sino pensamientos, deseos y afectos para vos solo. Y ciertamente! si hay alguna belleza que pueda mover é inflamar el corazón de los hombres, ¿no es evidente que esta deba ser la de Nuestro Señor Jesu-Cristo? Por ella es por la que debemos tener deseos, ardores, incendios, desfallecimientos y deliquios. Y qué! una criatura miserable destinada á ser presa de la muerte y comida de gusanos, tendrá bastante fuerza para excitar todos estos sentimientos en una alma, porque está cubierta de piel y animado por un pequeño soplo de vida; y el Hijo de Dios, tan noble y tan amable, con todos sus atractivos y todas sus perfecciones infinitas, no podrá derretir el hielo de nuestro corazón! ¿Qué prodigio! "Si el amor de una belleza corporal, decía San Crisóstomo (1) quejándose de este horrible desorden, doma á una alma hasta arrancarla á todo, y privarla de todo, para encadenarla inseparablemente á la persona amada, y hacerla esclava de su tiranía, ¿qué imperio no debe ejercer sobre nosotros el amor de Jesu-Cristo, y con qué dulces cadenas no debe ligarnos este amable Señor, para hacernos para siempre esclavos de su belleza!

Es una cosa tan natural, que los espíritus sabios y los corazones verdaderamente generosos hayau

1 Lib. II, de comp. Cordis, cap. III.

consagrado siempre y consagren aún cada día todo amor y todos sus afectos á esta belleza divina despreciando todo lo demás. ¡Cuán bello sois y lleno de gracia, oh mi muy amado! (1) exclama la Esposa; es decir, como lo explica San Gregorio de Nysa, (2) después que he conocido vuestra belleza, no he encontrado entre las criaturas que pueda detener á mi corazón; he despreciado como á todo, todo lo que me parecía antes bello y excelente y ahora yo me guardaré bien de creer que una cosa es bella y buena fuera de vos sólo. No estimaré ni los honores, ni las riquezas, ni el poder, ni cuanto hay en el mundo, porque todas estas cosas no tienen sino una apariencia de belleza, y un ligero barniz de belleza, que engañan á aquellos que no ven los objetos sino con los ojos del cuerpo, y que en realidad no son lo que parecen. En cuanto á mí, yo desprecio todas esas bellezas mentirosas; la vuestra arrebató mi corazón y lleva de tal manera mis afectos que no me queda alguno para nadie.

IV. Santa Teresa cuenta á propósito de esto, muchas cosas notables y muy propias para nuestra instrucción: "La indecible belleza de Jesu-Cristo, dice ella, me ha hecho tal impresión, que la tengo siempre presente; y no hay motivo para admirarse de esto, porque, puesto que para esto ha bastado el haberlo visto una sola vez, ¡qué no debe obrar en mi alma la felicidad de haber sido honrada tantas otras veces con un favor tan extremo! Yo sacaba de esto una ventaja maravillosa, porque esto remedió un defecto muy grande que tenía yo, y

1 Ecce tu pulcher es, dilecte mi, et decorus. Cant. I. 15.

2 S. Greg. de Nyss. Hom. 4, in Cant.

que me era muy dañoso; y este es que tan pronto como conocía yo que una persona que estimaba y que amaba, tenía afición por mí, me apegaba de tal manera á eso, que pensaba en ella casi á toda hora; me representaba con gusto las buenas cualidades que notaba en ella, y tenía una gran alegría de hablarle, sin tener en todo esto deseo alguno de ofender á Dios. Mas, después que tuve la felicidad de ver esta belleza suprema de Jesu-Cristo, todo cuanto hay en la tierra me parece tan despreciable en comparación de sus perfecciones infinitas, que nadie me mueve; y si una sola de sus palabras puede dar disgusto de los placeres más grandes de la tierra, cuál debe ser el mío de haber oído tantas palabras salidas de su boca divina! Así, yo no creo posible, á menos que Dios, por castigo de mis pecados, no borrara de mi espíritu este recuerdo, que algo sea capaz de ocuparme de tal suerte, que no me encuentre yo al momento en la libertad de pensar sólo en él. Lo mismo me ha sucedido con algunos de mis confesores, porque, mirando á aquellos que toman cuidado de mi alma, como teniendo, para conmigo, el lugar de Dios, me afeciono extremadamente á ellos; lo que hace que en la convicción que tengo de no aventurar nada, hablándoles con entera franqueza de corazón, no tengo dificultad en darles cuenta de las gracias con que Nuestro Señor me favorece; mas como ellos son eminentes en virtud, el temor que tienen de que me apegue yo demasiado á ellos, aun cuando sea con un afecto santo, los lleva á tratarme duramente. Esto no ha sucedido sino hasta después que les he sido sumisa en extremo; porque, antes, mi afecto por ellos no era tan grande; yo me reía

dentro de mí al ver cómo se habían engañado, y no les decía yo siempre el poco apego que tenía por las criaturas; yo me contentaba con asegurarles, y esto no fué sino en la serie de las comunicaciones que tenía con ellos, que perdieran este temor." (1) Podemos comprender, por estas palabras, lo que puede la belleza de Jesu-Cristo sobre un corazón, y aun cuando no lo hayamos visto, como esta santa, estamos seguros siempre que ella no vió sino una parte de sus perfecciones; porque, como él es cien millones de veces más brillante que el sol, jamás hubiera podido ella contemplar un tan vivo esplendor, una majestad tan grande y perfecciones tan infinitas, si él se hubiera mostrado en toda su belleza. Nosotros podemos aun verlo de una manera mucho más cierta y más perfecta, viéndolo con los ojos de la fe, que nos lo muestra tal cual es él en verdad, y nos enseña que, siendo infinitamente amable, la justicia y el reconocimiento nos hacen un deber de amarlo y de hacer homenaje á su belleza con todos nuestros afectos.

1 Cap. XXXVII de su vida.

## SECCION QUINTA.

### CONCLUSIÓN DEL CAPÍTULO.

I. Nuestra alma no puede ser bella sino amando á Nuestro Señor.—II. Palabras de la Escritura.

I Mas aun cuando no fuera tan justo el amar á esta soberana belleza, nuestro interés debía llevarnos á ello, puesto que no podemos unirnos á ella si nuestra alma no es bella, y que ella no puede poseer esta belleza sin amarlo. San Agustín explica elegantemente esta verdad, mostrando la diferencia que hay entre la belleza de Dios y la de las criaturas: la una hace bello al hombre que la ama, lo que no puede hacer la otra; en efecto no llega uno á ser más bello amando á una criatura excelentemente bella; sino que quedamos tales cuales somos. "Nuestra alma, dice él, llega á ser abominable por el pecado; amando á Dios, llega á ser bella. ¿Qué amor, cualquiera que sea su fuerza, puede hacer bella á la persona amante? Dios es siempre bello: este Dios siempre bello nos ha amado él primero; nos ha amado cuando el pecado nos había hecho abominables á sus ojos, no para dejarnos en nuestra fealdad y nuestra deformidad, sino para colmarnos de belleza. ¿Cómo podremos conservar esa belleza? Amando siempre á este Dios que es siempre bello, y mientras nuestro amor sea



dentro de mí al ver cómo se habían engañado, y no les decía yo siempre el poco apego que tenía por las criaturas; yo me contentaba con asegurarles, y esto no fué sino en la serie de las comunicaciones que tenía con ellos, que perdieran este temor." (1) Podemos comprender, por estas palabras, lo que puede la belleza de Jesu-Cristo sobre un corazón, y aun cuando no lo hayamos visto, como esta santa, estamos seguros siempre que ella no vió sino una parte de sus perfecciones; porque, como él es cien millones de veces más brillante que el sol, jamás hubiera podido ella contemplar un tan vivo esplendor, una majestad tan grande y perfecciones tan infinitas, si él se hubiera mostrado en toda su belleza. Nosotros podemos aun verlo de una manera mucho más cierta y más perfecta, viéndolo con los ojos de la fe, que nos lo muestra tal cual es él en verdad, y nos enseña que, siendo infinitamente amable, la justicia y el reconocimiento nos hacen un deber de amarlo y de hacer homenaje á su belleza con todos nuestros afectos.

1 Cap. XXXVII de su vida.

## SECCION QUINTA.

### CONCLUSIÓN DEL CAPÍTULO.

I. Nuestra alma no puede ser bella sino amando á Nuestro Señor.—II. Palabras de la Escritura.

I Mas aun cuando no fuera tan justo el amar á esta soberana belleza, nuestro interés debía llevarnos á ello, puesto que no podemos unirnos á ella si nuestra alma no es bella, y que ella no puede poseer esta belleza sin amarlo. San Agustín explica elegantemente esta verdad, mostrando la diferencia que hay entre la belleza de Dios y la de las criaturas: la una hace bello al hombre que la ama, lo que no puede hacer la otra; en efecto no llega uno á ser más bello amando á una criatura excelentemente bella; sino que quedamos tales cuales somos. "Nuestra alma, dice él, llega á ser abominable por el pecado; amando á Dios, llega á ser bella. ¿Qué amor, cualquiera que sea su fuerza, puede hacer bella á la persona amante? Dios es siempre bello: este Dios siempre bello nos ha amado él primero; nos ha amado cuando el pecado nos había hecho abominables á sus ojos, no para dejarnos en nuestra fealdad y nuestra deformidad, sino para colmarnos de belleza. ¿Cómo podremos conservar esa belleza? Amando siempre á este Dios que es siempre bello, y mientras nuestro amor sea

más ardiente, nuestra belleza será más grande, porque la caridad es la belleza del alma." (1)

II. Por consecuencia unámonos con todo nuestro corazón y con todas nuestras fuerzas á esta belleza arrebatadora, por nuestro interés, pero mucho más todavía por su mérito. Y para familiarizarnos con esta práctica, llenemos nuestro corazón con su amor, y tengamos frecuentemente en la boca las palabras de la Sabiduría: que hemos citado, (2) y á las cuales se podrán añadir las siguientes:

*Mi hijo José es bello por excelencia, su rostro está lleno de atractivos y de encantos; las almas más nobles se han elevado sobre las cosas de la tierra; ellas han abandonado todo para correr en pos de él, á fin de tener la felicidad de verlo, y de consagrarle todos sus pensamientos y todos sus afectos (3). ¡Qué grande es vuestra belleza; oh mi muy amado, qué amable sois! Sois la flor de los campos y el lirio de los valles; mi muy amado aventaja en perfección á todos los hijos de los hombres, como el árbol cargado de frutos aventaja al árbol estéril de las selvas. Todo en vos es amable; sólo*

1 Anima vero nostra foeda est per iniquitatem, amando Deum pulchra efficitur. Qualis amor est, qui reddit pulchrum amantem. Deus autem semper pulcher est; amavit me prior qui semper est pulcher, et qualis amavit nisi foedos et deformes? Non ideo tamen ut foedos dimitteret, sed ut mutaret, et ex deformibus pulcher faceret. Quomodo erimus pulchri? amando eum qui semper est pulcher, quantum in te crescit amor, tantum crescit pulchritudo, quia ipsa caritas est animae pulchritudo. Aug. trad. IX, in Ep. I. Joan.

2 Capítulo IV.

3 Filius accrescens Joseph, filius accrescens et decorus aspectu: filiae discurrerunt super murum. Genes.

*vos podeis llenar la inmensidad de nuestros deseos y abrazar los corazones de todos los hombres. Los ángeles mismos arden en deseo de veros y deseáis siempre contemplar vuestra belleza infinita.* (1) Meditemos frecuentemente las bellas palabras encerradas en el psalmo XLIV; no se podría encontrar algo más propio para nutrir los sentimientos de amor. Tiene por título: Al conquistador glorioso, al vencedor de los corazones, canto de triunfo y cántico de amor para el muy amado; cántico que dará á los hombres inteligencia y les enseñará quién es aquel á quien deben amar; cántico que cantarán los fieles dados á luz sobre el Calvario, cuando, vaciando sus corazones del amor de las criaturas, los consagrarán enteramente al Hijo de Dios (2) *Mi corazón no puede contener más la palabra dichosa; es preciso que mi lengua obedezca al espíritu que me inspira; es al Rey de los reyes, al Hijo del Altísimo, á quien dirijo mi canto. No me habéis más de la belleza de los hijos de los hombres, ¡hay entre ellos uno sólo que se os pueda comparar? La belleza del cuerpo y la del alma están elevadas en vos al grado más eminente de perfección. La gracia está difundida sobre vuestros labios, la elocuencia se reposa sobre vuestra lengua, de donde hace correr palabras tan dulces*

1 Ecce tu pulcher es, dilecte mi, et decorus. Cant. I. 15.—Ego flos campi et lilium convallium II. 1.—Sicut malus inter ligna sylvarum, sic dilectus meus inter filios. II. 3.—Totus es desiderabilis, totus desiderium (según el Hebreo y los setenta.) V. 16.—In te desiderant angeli prospicere, I. Pet. I. 12.

2 Victori..... Triumphate carmen; pro iis qui commutabantur, filiis core ad intellectum. Canticum pro dilecto..... Canticum amantissimi, carissimi..... Canticum amoris. Ps. XLIV. apud. Lorin.

y tan tiernamente apremiantes, que encantan los oídos, arrebatan los espíritus y satisfacen los corazones. Y no es admirable que vuestras perfecciones estén sobre nuestras débiles inteligencias, puesto que Dios ha vertido sobre vos, el bálsamo de su gracia, el esplendor de su gloria y la abundancia de todas esas bendiciones de una manera mucho más admirable que sobre todos los hombres y todos los ángeles juntos, puesto que El ha dignádose consagrar vuestra humanidad santa por la unión de su divinidad. (1) Esta belleza tan elevada sobre las demás bellezas, os dá también la fuerza de triunfar sobre nuestros corazones: por esto, *armaos de vuestra espada, oh el más poderoso de los reyes, revestíos de vuestras armas, de esas armas que no son otras que vuestra belleza, la dulce serenidad de vuestra frente, el fuego de vuestras miradas, la gracia indecible de vuestro rostro, la dulzura de vuestras palabras, vuestra brillante majestad, las delicias de vuestra conversación; con estas armas, marchad á la victoria, montad sobre el carro de la verdad, de la clemencia y de la justicia, y vuestra diestra se distinguirá por admirables maravillas sobre los corazones más insensibles y más obstinados. Estableced vuestro imperio en todos los corazones. ¡Oh, qué ardientes son vuestras flechas, qué acerados los dardos que lanza vuestra belleza! Traspasarán los corazones de nuestros enemigos que querían rehusaros su amor; y entónces, sintiéndose heridos profundamente, ven-*

1. Eructavit cor meum verbum bonum, dico ego opera mea regi..... Speciosus forma prae filiis hominum; diffusa est gratia in labiis tuis; propterea benedixit te Deus in eternum..... Unxit te Deus, Deus tuus oleo latitiae prae consortibus tuis.

*drán á rendirse y caer á vuestros piés, no deseando sino vuestras cadenas y no pensando sino en amaros. (1) De vuestra humanidad santa, que ha sido formada en las castas entrañas de la más pura de las vírgenes, y de la que vuestra divinidad se ha revestido como de un vestido, se escapa el perfume de todas las gracias y de todas las virtudes, mil veces más olorosa que todos los perfumes de la myrra, del ámbar y del sándalo. Por esto, todas las almas verdaderamente reales, atraídas por tantas maravillas, encantadas y transportadas por tantas delicias, han corrido tras de vos, y os han regociado por el honor que os han rendido, por el amor que os han tenido, y por el imperio absoluto que os han dado sobre sus corazones. (2) ¡Oh almas fieles, que quereis tener por esposo á un rey de una belleza tan grande y llena de tanta perfecciones, que nada en el mundo se le puede comparar, escuchad y prestad oído atento al aviso saludable que se os es dado: Borrad de vuestra memoria y de vuestro corazón el recuerdo de vuestro pueblo, de la casa de vuestro padre, y de todas las criaturas, para no ocuparnos sino de este amable esposo, y esforzados en haceros dignas de su amor. Entónces llegareis á ser bellas vosotras mismas; él buscará con solicitud vuestra belleza y la amará: ¡qué honor para vosotras y qué glo-*

1. Accingere gladio tuo super femur tuum, potentissime. Specio tuá, et pulchritudine tuá intende, prosperé procede, et regna. Propter veritatem et mansuetudinem, et justitiam: et deducet te mirabiliter dextera tua. Sagittae tuae acutae, populi sub te cadent, in corda inimicorum regis. Ibid.

2. Myrrha et gutta, et casia à vestimentis tuis, á domibus eburneis, ex quibus dele taverunt te filiae regum in honore tuo. Ibid.

rial porque él es vuestro Dios, ese Dios vivo á quien debéis, como todas las criaturas, los sentimientos de la más alta adoración y del sentimiento más profundo. (1) En cuanto á vos, oh mi Dios, vencedor de todos los corazones, vuestra belleza, vuestros atractivos divinos, vuestra dulzura, los encantos inexplicables esparcidos sobre vuestro rostro, y todas vuestras sublimes perfecciones se imprimiran tan fuertemente en nuestros espíritus, y herirán tan profundamente nuestros corazones, que pensaremos continuamente en vos, os bendeciremos sin cesar, y os amaremos por siempre. (2)

3 Audi, filia, et vide, et inclina aurem tuam: et obliviscere populum tuum et domum patris tui, et concupiscet rex decorem tuum, quoniam ipse est Dominus Deus tuus, et adorabunt eum. Ps. XLIV.

2 Memores erunt nominis tui, Domine, in omni generatione et generationem. Propterea populi confitebuntur tibi in eternum, et in seculum seculi. Ibid.

## CAPITULO SEPTIMO.

### Tercer motivo de amor.

Los beneficios de Nuestro Señor, su multitud y su grandeza.

### SECCION PRIMERA.

I. Beneficios de la naturaleza.—II. Estos beneficios nos vienen de Jesu-Cristo.—III. Beneficios de la gracia.—IV. Beneficios de la gloria.—V. Grandeza de estos beneficios.—VI. Son infinitos por parte de Dios.—VII. Son infinitos á causa de nuestra infinita bajeza.—VIII. Algunos son infinitos en sí mismos.—IX. Nos son dados con un amor infinito.

La multitud de los beneficios que Nuestro Señor nos ha concedido, es tan grande, que excede todos nuestros pensamientos, todas nuestras palabras; más fácil es poder contar los granos de arena que cubren las playas del mar, que los beneficios. Podemos dividirlos en tres clases: beneficios de la naturaleza, beneficios de la gracia y beneficios de la gloria.

I. Los beneficios de la naturaleza son primero la creación, por medio de la cual Dios nos ha dado el existir con un alto grado de excelencia y nobleza, puesto que el hombre es la más noble y la más perfecta de las criaturas corporales, dotada de entendimiento y de voluntad, imagen de Dios, obra

rial porque él es vuestro Dios, ese Dios vivo á quien debéis, como todas las criaturas, los sentimientos de la más alta adoración y del sentimiento más profundo. (1) En cuanto á vos, oh mi Dios, vencedor de todos los corazones, vuestra belleza, vuestros atractivos divinos, vuestra dulzura, los encantos inexplicables esparcidos sobre vuestro rostro, y todas vuestras sublimes perfecciones se imprimiran tan fuertemente en nuestros espíritus, y herirán tan profundamente nuestros corazones, que pensaremos continuamente en vos, os bendeciremos sin cesar, y os amaremos por siempre. (2)

3 Audi, filia, et vide, et inclina aurem tuam: et obliviscere populum tuum et domum patris tui, et concupiscet rex decorem tuum, quoniam ipse est Dominus Deus tuus, et adorabunt eum. Ps. XLIV.

2 Memores erunt nominis tui, Domine, in omni generatione et generationem. Propterea populi confitebuntur tibi in eternum, et in seculum seculi. Ibid.

## CAPITULO SEPTIMO.

### Tercer motivo de amor.

Los beneficios de Nuestro Señor, su multitud y su grandeza.

### SECCION PRIMERA.

I. Beneficios de la naturaleza.—II. Estos beneficios nos vienen de Jesu-Cristo.—III. Beneficios de la gracia.—IV. Beneficios de la gloria.—V. Grandeza de estos beneficios.—VI. Son infinitos por parte de Dios.—VII. Son infinitos á causa de nuestra infinita bajeza.—VIII. Algunos son infinitos en sí mismos.—IX. Nos son dados con un amor infinito.

La multitud de los beneficios que Nuestro Señor nos ha concedido, es tan grande, que excede todos nuestros pensamientos, todas nuestras palabras; más fácil es poder contar los granos de arena que cubren las playas del mar, que los beneficios. Podemos dividirlos en tres clases: beneficios de la naturaleza, beneficios de la gracia y beneficios de la gloria.

I. Los beneficios de la naturaleza son primero la creación, por medio de la cual Dios nos ha dado el existir con un alto grado de excelencia y nobleza, puesto que el hombre es la más noble y la más perfecta de las criaturas corporales, dotada de entendimiento y de voluntad, imagen de Dios, obra

maestra de sus manos. La conservación de este estado noble y excelente, que es la continuación del beneficio de la creación, la alimentación, el vestido, las riquezas, los honores, las dignidades, los cielos, el sol, la luna, las estrellas, los elementos, los animales, las plantas, los minerales, todas las criaturas visibles del universo, con cuanto tienen y hacen, son otros tantos beneficios de Dios dados al hombre. Porque en efecto, no los hizo para él, no los necesita; no para los ángeles, puesto que sólo son espíritus; no para sí mismas, sino para servir al hombre, según esta palabra de David: Por un favor todo particular, oh Señor, *habeis colmado al hombre de gloria y honor, lo habeis establecido sobre las obras de nuestras manos, habeis hecho todo por él, y habeis sujetado todo á vuestro imperio.* (1)

II. Todos estos bienes, por grandes é innumerables que sean, vienen de la pura bondad de Jesu-Cristo; y bien que algunos doctores piensan que los hemos recibido de él en calidad de Criador, y no de Redentor, otros son de parecer contrario, y su opinión parece más probable, porque estos bienes contribuyen á la salvación eterna. (2) Es claro, dice Santo Tomás, (3) que todo beneficio de Dios que sirve al hombre para obrar su salvación, es un efecto de la predestinación divina, y ningun-

1 Gloria et honore coronasti eum, et constituisti eum super opera manuum tuarum. Omnia subiecisti sub pedibus ejus. Ps. VIII, 7.

2 Vazq. in 1. disp. 93. c. 1.—Duraud. in 1. d. 41, q. 2.—Suar. I. III de præd. c. VII.—Gam in 1 part. VI de præd. dise. 2.

3 Manifestum est quòd omne Dei beneficium, quòd homini confert salutem, est divinæ prædestinationis effectus. S. Thom., lec. VI, in cap. IX. ad Rom., et 1 p. q. 23, art. 6.

no ignora que Jesu-Cristo es la causa de esta predestinación, y que todos los beneficios que Dios concede á los elegidos son concedidos, en consideración de los méritos del Salvador." En este sentido, tenemos todos los beneficios naturales de la bondad de Nuestro Señor Jesu-Cristo, y por esto le estamos doblemente obligados, pues que él es nuestro Creador y nuestro Redentor. Añadamos á esto, que su gracia es la que nos impide cometer el pecado, y la que nos da el medio de volvernos á levantar cuando hemos caído; mas, el pecado, por ligero que sea, nos hace dignos de perder tanto la vida como los bienes temporales, nos sujeta á todas las penas y á todas las miserias de la vida; por tanto, debemos á Jesu-Cristo la conservación y el disfrutar de los bienes temporales; nuevo beneficio, por el cual debemos atestiguarle nuestro reconocimiento.

III. Los beneficios de la gracia son infinitamente más grandes; ellos comprenden la encarnación del Hijo de Dios, su nacimiento, todos los misterios adorables de su vida y de su muerte, las Santas Escrituras, los libros buenos, la predicación del Evangelio, el bautismo, la eucaristía y todos los demás sacramentos, la gracia santificante, las virtudes infusas, los dones del Espíritu Santo, las gracias actuales, los buenos pensamientos, los santos afectos, los consuelos interiores y otros mil favores que nos son desconocidos en este mundo; porque, como dice San Pablo, *hemos sido enriquecidos en Jesu-Cristo de todo lo que es necesario para nuestra salvación, á tal punto que no nos falta gracia alguna ni don alguno del Espíritu Santo.*

(1) *Todas las gracias han sido difundidas en nosotros con abundancia por los méritos de este divino Salvador;* (2) *de suerte que podemos decir con el mismo Apóstol: Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesu-Cristo, que nos ha llenado de toda suerte de bendiciones celestes, en vista de sus méritos y de su amor.* (3)

IV. A los beneficios de la gloria que son los mayores de todos, se refiere todo lo que pertenece á la felicidad eterna; el ver á Dios clara y distintamente, el gozo de la esencia divina, de la bondad infinita, de la inefable belleza, y de todas las demás perfecciones infinitas de esta naturaleza incompreensible, un amor ardiente por este objeto arrebatador, con seguridad cierta de jamás perderlo, ni de sentir resfriarse sus deseos, y los torrentes de una alegría innarrable corriendo sin cesar de ese goce, como de un manantial inagotable; la vista arrebatadora de la santa humanidad de Nuestro Señor, la de la reina del cielo, la compañía de los ángeles y de los santos, la abundancia de todos los bienes, de todas las riquezas, de todos los honores; una nobleza divina, los placeres más deliciosos del alma y del cuerpo, la perfecta felicidad del hombre todo entero. Aun cuando no poseamos todavía todos estos bienes, no por eso debemos menos á Nuestro Señor la esperanza de gozar algún día de ellos, porque él los ha querido y

1 In omnibus divites facti estis in illo..... ita ut nihil vobis desit in ultâ gratiâ. I. Cor., I. 5 y 7.

2 Effudit in nos abundè per Jesum-Christum salvatorem nostrum. Ad. Tito, III, 6.

3 Benedictus Deus et pater D. N. J. C. qui benedixit nos in omni benedictione spirituali in cælestibus. Eph., I, 3.

comprado al precio de su sangre, y que estamos seguros infaliblemente de poseerlos si nos hacemos dignos de ellos, con la ayuda de su gracia.

En suma, los beneficios que el hombre recibe de Nuestro Señor, son en tan gran número que, á cualquier lado que vea, que eleve sus miradas, que las baje, que vea á la derecha, á la izquierda, su cuerpo, su alma, sus riquezas, su ciencia, su virtud, el cielo, la tierra, y todos los bienes que contienen, verá que son otros tantos dones que Jesu-Cristo le ha hecho, y otros tantos testimonios de su amor. Así puede definirse al hombre: Un compuesto de beneficios de Nuestro Señor, adonde todo va á parar: la naturaleza para servirlo, la gracia para salvarlo, la gloria para recompensarlo y hacerlo eternamente feliz. Hasta aquí, no hemos hablado sino de la multitud de los beneficios de Dios.

V. En cuanto á su tamaño, para formarnos una idea que esté al alcance de nuestros débiles espíritus, distingamos cuatro clases de infinitudes que se encuentran en ellos: 1.º La infinitud de Dios Nuestro Señor que concede el beneficio; 2.º la bajeza infinita del hombre que lo recibe; 3.º la infinitud del beneficio en sí mismo; 4.º la infinitud del amor con que Dios nos lo concede.

VI. 1.º Debemos considerar la grandeza infinita de Dios en todos los beneficios que tiene á bien concedernos, porque el que da, comunica su grandeza y su excelencia al don que hace. Así, una cosa de poco valor, dada por un hombre del pueblo, sólo tiene su valor real; dada por un grande del Estado, es algo más; por un rey, es un gran favor que los cortesanos comprarían á gran precio.

De aquí debemos concluir que Dios, por razón de su grandeza infinita, de su nobleza y de su excelencia, engrandece, ennoblece y realza infinitamente todos los dones que se digna El hacernos, por pequeños que puedan ser.

VII. 2.<sup>o</sup> Después de haber considerado algún tiempo la grandeza infinita de Dios que nos da, pongamos los ojos en nuestra bajeza infinita; porque, puesto que Dios está elevado infinitamente sobre nosotros, es necesario que estemos infinitamente abajo de El. Esto es lo que da una grandeza prodigiosa á todos los beneficios que recibimos de su mano; porque, si el don crece á proporción de la grandeza y de la excelencia de aquel que lo hace, crece también, en cierta manera, por la bajeza de aquel que lo recibe. Si un rey hace un regalo de una cosa de poco valor á un aldeano, este valor viene á ser muy grande, y este aldeano debe hacer mucho caso de él, no solamente á causa de la dignidad real de aquel que se lo da, sino por razón de su propia bajeza; y si se quejara como de un pequeño regalo, habría derecho de reprehenderlo, mostrándole que es una cosa de gran precio para él, viniendo de tal mano.

VIII. 3.<sup>o</sup> Debemos considerar la infinidad de los beneficios en particular, como el de la Encarnación, de la Redención, de la Eucaristía, que son infinitos á causa de Nuestro Señor, Dios y hombre, que está presente en persona y que se da todo entero; el de la glorificación, que encierra el gozo de un bien infinito, que es Dios mismo, y porque la duración de este beneficio es infinita.

IX. 4.<sup>o</sup> Mas, el amor infinito con el cual Dios nos hace estos regalos, y el cual es el primero de

sus dones, es otra especie de infinidad que los eleva de una manera todavía más considerable; porque, como el beneficio, dice Séneca, es un efecto de benevolencia, que viene de un corazón bueno y de un sentimiento de amor, poco importa que se de cualquier cosa, porque la naturaleza del beneficio no consiste en la cosa hecha ó dada, sino en el amor de aquel que da. (1) Así, si vuestro amor es débil, cualquier que sea la cosa que deis, vuestro regalo es pequeño; si vuestro amor es grande, vuestro regalo, por ligero que sea en sí mismo, será grande, y grande á proporción del amor y de la buena voluntad que será el principio de él.

Ahora bien, como Dios da todo, aun las cosas más pequeñas, con un amor infinito, debemos concluir de esto, que todos sus dones son infinitos: de suerte que, por esta razón y las dos primeras que hemos citado, una gota de agua, una migaja de pan que Dios nos da, es un beneficio de Dios más grande, y merece mucho más amor y reconocimiento, que si un ángel nos diera millares de mundos; porque el don de Dios viene de un amor infinito hacia nosotros, y el del ángel no tomaría su origen sino en un amor limitado, y por consiguiente, infinitamente menor. Si pues una gota de agua, una migaja de pan por venir de Dios es un beneficio tan grande y merece tan gran reconocimiento, ¿qué debemos pensar del beneficio de la creación, de la conservación y de todo lo que nos es necesario? ¿Podremos acaso estimar lo bastante los de la Encarna-

1 Non quid fiat, aut quid detur, refert; sed quâ mente: quia beneficium non in eo, quod fit aut datur, consistit; sed in ipsodantis animo. Senec., lib. 1, de Benef. cap. VI.



ción, de la Redención y de la Eucaristía, todos los bienes de la gracia y los de la gloria? ¿Y cómo podremos comprender la fuerza de nuestras obligaciones para con Dios animado de un amor tan generoso? Añadamos todavía á este amor infinito, de donde dimanar todos los dones de Dios, que El nos lo concede con un corazón tan bueno, tan franco, tan noble que no atiende á nuestro mérito, que no se desanima por nuestra indignidad, nuestra ingratitude, nuestra avaricia, sino que es atraído por la inclinación de su generosa y real naturaleza. Además, nos la da con tanto desinterés, que no le resultan por ellos ventaja alguna, sino que todo es enteramente para nosotros; y no exige nuestro reconocimiento sino para tener nuevos motivos para hacernos nuevos dones. La Esposa de los Cantos compara los beneficios de Nuestro Señor á la leche: *Nos acordaremos de la leche de vuestros pechos*, conservaremos preciosamente el recuerdo de vuestros beneficios. (1) Ella llama *pechos* á los beneficios de Nuestro Señor, primero para mostrarnos la abundancia de ellos, puesto que los pechos son fuentes que no se agotan, teniendo la naturaleza cuilado de llenarlos cuando se vacían; y después, para mostrarnos que ellos vienen del amor, puesto que los pechos están colocados sobre el corazón, cuyo calor los calienta y hace fecundos. Por esto, algunos intérpretes, fundados sobre la doble significación de la palabra hebrea, han traducido: *Nos acordaremos de vuestros amores*; (2) haciendo referencia al nombre que merecen con tau justo ti-

1 Memores uberum tuorum. Cant. I, 3.

2 Memores amorum tuorum. Ibid. juxta: hæbr.

tulo los beneficios de Nuestro Señor, puesto que toman su origen en el amor infinito de su noble corazón, y que nos lo da con el amor más tierno y más maternal, como á sus queridos hijos. Esta comparación nos hace comprender también que estos beneficios son el precio de la sangre de Jesu-Cristo, es decir, que sólo se nos conceden por el mérito de esta sangre, teniendo la leche su principio en la sangre.

Lo que realza aún infinitamente los beneficios de Nuestro Señor, es que la mayor parte nos son tan necesarios, que no podemos pasar sin ellos; tales son: el sol, el fuego, el aire, el agua, la tierra, el alimento, los vestidos; tal es la gracia para hacer obras buenas, huir el pecado, vencer las tentaciones, y en general, para obrar nuestra salvación; porque, como dice el príncipe de los Apóstoles: Nadie puede salvarse sino por Nuestro Señor Jesu-Cristo. (1) Para concebir bien esta necesidad de los beneficios de Dios, representémonos el estado en que estaríamos si estuviéramos privados de ellos, y digamos, por ejemplo, si no tuviera yo alumbrado por el sol, si estuviera yo privado del aire, del fuego; si no tuviera yo ni ojos, ni orejas, ni manos, ¿en qué estado estaría yo? ¿cuantas incomodidades experimentarí yo? . . . .

1 Non est in alio aliquo salus; nec enim aliud nomen est sub oculo datum hominibus, in quo oporteat nos salvos fieri, Act. IV, 12.

SECCION SEGUNDA.

Poder que deben tener los beneficios de Nuestro Señor.

I.—Fuerza de los beneficios.—II. Su fuerza sobre los mismos animales.—III. Los beneficios de Nuestro Señor deben tener sobre nosotros una fuerza mucho más grande.—IV. Recapitulación y resoluciones.

I. Los beneficios tienen naturalmente una fuerza extraordinaria y un poder increíble sobre los hombres, para atraer sus espíritus y llevar tras sí sus afectos. Aquél que puede conceder beneficios, posee lazos y cadenas para ligar y encadenar los corazones y atraerselos; y, como dice un autor, los beneficios hacen hacer á los grandes, maravillas y á los pequeños, milagros. *Esta es la naturaleza de los hijos de Adán*, decía David. (1) Por ellos el hombre es prendido; los beneficios son una llave que abre todo, y no hay corazón alguno, por feroz que sea, que no sea reducido y forzado por tales armas. Por este medio, Jacob calmó la irritación de su hermano Esaú, y cambió su voluntad. *Yo lo apaciguaré con regalos*. (2) *Si tu enemigo tiene*

1 *Ista est enim lex Adam*. II, Reg. VII, 19.

2 *Placablio ium muneribus*. Gen. XXXII, 20.

*hambre, dice Salomón, dale de comer; si tiene sed, dale de beber; por este medio amontonarás sobre su cabeza carbones ardientes, que ablandarán su dureza, inflamarán su corazón helado y lo volverán tu amigo.* (1) Pesando Jansenio la fuerza de la palabra *amontonarás*, y la que emplean los Setenta, nota que los beneficios, aunque en pequeño número, hacen sin embargo, un gran montón de carbones encendidos, que se elevan sobre la cabeza de aquél que recibe los beneficios, lo rodean, lo cubren por todas partes, lo quemán y lo consumen.

II. Los animales mismos, aunque desprovistos de razón, se sienten sin embargo movidos de este sentimiento. Se han encontrado y se encuentran aún animales salvajes y feroces, tales como los tigres, los leones, amansados por los beneficios, que dan señales admirables de engrimiento y reconocimiento, sirviendo, asistiendo, defendiendo á aquellos de quienes los han recibido. Paseándose el santo abad Gerásimo un día en las riberas del Jordán, vió venir á sí un león, con una pata encogida y rugiendo de dolor, el buen anciano se detiene al momento para ver qué iba á hacer este animal; éste se le acercó, le presentó su pata que estaba toda muy hinchada á consecuencia de una astilla de caña que tenía encajada, y parecía suplicarle al santo que se la sacara y le diera algún alivio. El santo se sentó, cogió la pata del león, le dió una cortadita sobre el tumor, sacó la astilla, hizo salir el pus, vendó la llaga después de

3 *Si esurierit inimicus tuus, ciba illum; si sitierit, da ei aquam bibere; prunas enim congregabis super caput ejus*. Prov.,..... XXV, 21.

haberla limpiado. El león tuvo tanto reconocimiento por este beneficio, que se quedó con el santo abad; le siguió siempre, le sirvió con una fidelidad admirable y con tan gran engreimiento, que, habiendo muerto el santo hombre, tuvo tan gran dolor por eso, que nadie pudo calmarlo; rugía de una manera lamentable todo el día; y poco tiempo después, estando sobre el sepulcro de Gerásimo y redoblando sus rugidos y gritos, murió allí por la violencia del dolor. (1) Se cuenta lo mismo de otro león, que alimentó á un tal Androcleo, durante tres años, en una caverna, porque le había hecho un servicio semejante sacándole una espina de un pie. Su engreimiento fué más lejos; porque habiendo sido apresado Androcleo y conducido á Roma para combatir en el anfiteatro contra un león lanzaron contra él el mismo león que él había curado; éste reconoció á su médico, y, muy lejos de hacerle mal, se apresuró á hacerle caricias, lo que obligó al pueblo á dar la vida y libertad á uno y á otro. La historia cuenta que se veía á Androcleo en la ciudad, llevando á su león atado de una débil correa, como un perrito. (2) Habiendo San Macario de Alejandría vuelto la vista á dos pequeñas hienas que estaban ciegas, la madre le llevó al santo, al día siguiente, una piel de oveja en reconocimiento del servicio que le había prestado. (3) Ajax, hijo de Oileo, había familiarizado y domesticado á una serpiente de siete cordos de largo, tanto, que es taba siempre á sus

1 Mosechus in prato spiritali.  
2 A. Gellius, lib. V. cap. 14.  
3 Pallad, in Lausiaca, cap. 20.

pies, lo acompañaba y seguía por todas partes. (1) Santa Golinduca, gran dama de Persia, domó también á otra de tal modo que reposaba su cabeza sobre ella para dormir, sin correr peligro. (2) Habiendo un segador ido á sacar agua á una fuente, vió á una águila que combatía contra una gran serpiente, enroscada esta en el águila la apretaba tanto, que no la dejaba volar y la sofocaba. Viendo ese hombre al águila en ese estado, le tuvo lástima; descargó con tanta astucia como destreza, un gran golpe con su hoz sobre la serpiente, que la mató y libró al águila; después fué á sacar agua, regresó y contó á sus compañeros lo que le había sucedido. Todos bebieron de esa agua; iba él á beber como los demás, cuando el águila cayó sobre el vaso y lo derramó con sus alas: se estaba quejando de su ingratitude cuando vió caer y morir derrepente á todos sus compañeros; entonces comprendió que el agua había sido envenenada por la ponzoña de la serpiente, y que el águila le había mostrado su reconocimiento salvándole la vida. (3) ¿Qué pudiéramos decir del perro, que de todos los animales es el que conserva más el recuerdo del bien que se le ha hecho? ¿Qué admirable es bajo este aspecto, y qué bellas lecciones da al hombre! ¿Qué no hace por su amo? Lo acompaña por todas partes con la mayor fidelidad, lo defiende con valor, le busca con tenacidad, prueba con sus auídos el pesar de haberle perdido, cuando lo encuentra no sabe como atestiguarle su ale-

1 Philostr. in. her. in Ajaci Loerenci.  
2 Memolog. 13 Jul.  
3 Prierius. hiorogl. lib. XI X.

gría, le salta encima, lo acaricia y trata de mostrarle su cariño por todos los medios de que puede servirse. Cuenta San Ambrosio (1) que un perro aulló toda la noche junto al cuerpo de su amo, que un malvado había asesinado. El día siguiente, habiendo ido muchas personas á ver el cuerpo del muerto, fué también el asesino para mejor encubrir su crimen; tan pronto como el perro lo reconoció, se lanzó sobre él con horrosos ladridos, lo muerde, lo derriba, y se esfuerza con sus dientes y sus uñas por desgarrarlo. Los asistentes, admirados de una cosa tan extraña, lo ven como un rayo de luz que Dios les envía para descubrir al homicida, y sospechando que éste hombre es el asesino, lo cercan, le preguntan, éste, todo admirado, tiembla, palidece, tartamudea, se corta en sus respuestas; lo aprisionan, confiesa su crimen y es castigado. La conducta de un perro de uno de los esclavos de Tito Sabino fué todavía más admirable; (2) jamás abandonó á su amo en todo el tiempo que duró en su prisión; lo siguió cuando lo llevaron al último suplicio, dando aullidos horrosos por todo el camino; no abandonó el cuerpo de su amo después de la ejecución; y, cuando le aventaban algún pedazo de pan para que se callara ó para que comiera, lo arrigaba á la boca del cuerpo muerto; arrojaron el cadáver al río Tiber, el perro se hechó tras él, y se metió debajo de él y lo tuvo levantado para impedir que se fuera al fondo. ¡Qué ejemplo de fidelidad y de engrimiento en este animal! ¿Qué fué lo que excitó

1 Lib. VI. hexam. cap. IV.

2 Plin. lib. VIII. cap. 40.

en él estos sentimientos? Un pedazo de pan duro, negro, mojado en agua.

III. Si los beneficios mueven tan sensiblemente á los leones y á los animales más crueles, si obran tantos prodigios de fidelidad en los perros, si tienen tanto poder sobre los hombres, ¿cuál debese la fuerza de los beneficios de Dios sobre nuestros corazones para atraerlos, encadenarlos entera é irrevocablemente á su amor, cualquiera que sea la resistencia que opongan! Si estuviéramos reducidos á una pobreza extrema y que un hombre nos colmara de riquezas, sin el menor interés por su parte; si nos estuviéramos muriendo de hambre y sed, y que nos dieran de comer y de beber, si estuviéramos encerrados en un calabozo obscuro é infecto, y que nos pusieran en libertad; si estuviéramos ciegos y que nos dieran la vista, ¿pudiéramos rehusar nuestro amor á aquel que nos hubiera hecho tantos servicios? ¿Sería nuestro corazón tan insensible y tan bárbaro para no guardar ~~ningún~~ alguno de esos beneficios? Si ello es así, ¿por qué no amamos á nuestro Señor Jesu-Cristo, que nos ha dado los bienes, el alimento, la libertad, la salud, la vida y todo cuanto tenemos? ¿Por qué somos tan insensibles á sus beneficios? Si un hombre nos hubiera dado la cien milésima parte de lo que hemos recibido de él, nos sería imposible impedir á nuestro corazón de arder en su amor, pensaríamos en él, hablaríamos de él, pondríamos nuestra felicidad en verlo y hablarle; ¿qué no haríamos para conservar su amistad? ¿Como es posible que después de haber recibido tantos beneficios, quede nuestro corazón insensible y helado? ¿Por qué los beneficios del hijo de Dios no

excitan en nuestros corazones los mismos sentimientos de amor y reconocimiento que los beneficios de los hombres? ¡Oh hombre! ¿qué adviertes en los beneficios de Dios, que sea menos digno de encantar tu corazón, que los de las criaturas? ¿Dinos la causa de una parcialidad tan extraña? ¿Será acaso porque nos son dados por una persona infinitamente elevada en perfección, ó porque toman su origen en un amor infinitamente más grande, ó porque son, sin comparación alguna, más excelentes, y en mayor número y más necesarios? ¿No debieran al contrario, estas razones, obligarte á amarlos más? Y sin embargo, por unos cuantos servicios que recibirás de una criatura miserable (y eso sí de ella los recibes, porque más bien es de Dios, que se sirve de su criatura como de un instrumento,) te connoverás vivamente, la amarás, la agradecerás, la servirás; mirarías como un ingrato y un monstruo indigno de todo favor á aquel que obrara de otro modo; y los beneficios de Nuestro Señor, cuya multitud es excesiva, la excelencia infinita, la necesidad absoluta no te darán afecto alguno por él! ¡Ah! te establezco por juez en tu propia causa; escucha tu conciencia; sin duda ella te reprochará tu ingratitud y tu injusticia.

Observa á los animales, como dice Job, *pregunta á las bestias y ellas te enseñarán el reconocimiento* (1) Cuando veas á tu perro, ¿qué reflexión debes hacer, si quieres hacer atención á ello? ¿Qué debes concluir de su conducta? Tú le das un pedazo de pan, le arrojas un hueso inútil, le das

<sup>1</sup> Interroga jumenta, et docebunt te. Job., XII, 7.

una poca de agua, y por tan poca cosa, te ama, te alhaga, te acompaña, te mira, te presta mil servicios; y Nuestro Señor te da la carne de ese hueso, te da por alimento una gran variedad de viandas de peces y de frutos, de vinos exquisitos y delicados, y de tantas otras cosas; hace más, te da sus gracias, te enriquece con los méritos de su vida y de su muerte, ¡y tu corazón está sin amor por él! ¿Quién no se ruborizaría de vergüenza, dice aquí San Ambrosio, si desconociera los beneficios de Nuestro Señor, viendo á los animales que repulzan el crimen de la ingratitud! Tienen poca memoria, y sin embargo conservan el recuerdo de un pobre alimento que se les tira, y tú, que te acuerdas de tantas otras cosas, pierdes el recuerdo del gran beneficio de la Redención, por el cual Nuestro Señor te ha librado de la tiranía del demonio y merecido la salvación eterna. (1)

IV. Por tanto, puesto que es tan justo amar á Nuestro Señor á causa de sus beneficios, amémosle en consecuencia, de hoy en adelante, más de lo que lo hemos hecho hasta ahora; sirvámonos de nuestra razón para cumplir un deber tan grande de justicia; no mostremos que tenemos el corazón más insensible y más duro que los leones y los tigres; acordémonos que somos obra de Nuestro Señor en el orden de la naturaleza, de la gracia y de la gloria; que no somos sino un compuesto de sus beneficios. Si tenemos un cuerpo, es él quien nos lo ha dado; si tenemos una alma, es él quien la ha

<sup>1</sup> Quis non erubescat gratiam de se bené merentibus non referre, cum videat bestias refugere crimen ingrati? El illa imperitite a imonie servant memoriam, tu non servas salutis acceptae. S. Amb., Lib. VI, cap. IV.

formado; si tenemos riquezas, de él es de quien las tenemos; su sol es el que nos alumbra, su tierra la que nos aguanta, sus aguas las que nos calman la sed; su fuego es el que nos calienta, su aire el que respiramos, sus frutos los que comemos, sus vestidos los que nos cubren, sus casas las que nos hospedan, sus criaturas las que nos sirven: ¿podemos negarlo? Si somos cristianos y no idólatras, si somos católicos y no herejes, si estamos separados del común de los fieles para entregarnos con más cuidado á nuestra salvación en el estado eclesiástico, si estamos á cubierto de las tempestades del mundo en el puerto seguro del estado religioso, á él es á quien debemos todos estos favores. Todos los peligros de que escapamos, todas las tentaciones que vencemos, todos los pensamientos santos que tenemos, todos los movimientos buenos que experimentamos, todas las alabanzas buenas que hacemos, todas las obras virtuosas que hacemos, son otros tantos beneficios de sus manos. El ha tomado un cuerpo y una alma por nosotros, él vivió en trabajos continuos por nosotros, él se ha sumergido en un abismo de dolores y de oprobios muriendo en la cruz por nosotros; nos da todos los días su cuerpo, su sangre, su humanidad, su divinidad, en el augusto sacramento del altar, y después de todo esto, nos prepara los bienes infinitos y eternos de su gloria. ¿No son acaso estos beneficios bastante fuertes para mirnos á él, y para encender en nuestro corazón el fuego de su amor? ¿Como no amar á aquel de quien se recibe todo? Por esto, convencidos de la verdad de un deber tan justo, amémoslo sin tardanza; que estos beneficios obren sobre nuestro espíritu y le hagan experimentar todo su

poder, puesto que son, como dice la Esposa, *lámparas de fuego, flechas ardientes*, (1) para iluminar nuestro entendimiento, abrasar las voluntades, y atravesar los corazones; que nos esclarezcan y nos abran los ojos para hacernos conocer á nuestro verdadero bienhechor; que rompan la dureza de nuestro corazón y lo inflamen en su amor, no sea que los animales vayan á ser los acusadores y los jueces de nuestra ingratitud, después de haber sido los modelos del reconocimiento que debemos tener.

1 *Lampades ignis atque flammarum, vel, sagittæ ignis. Cant. VIII, 8. Juxta sept.*

CAPITULO OCTAVO.

Cuarto motivo de amor.

Jesucristo se ha hecho hombre para hacerse amar de los hombres.

SECCION PRIMERA.

I. El designio de obligar á los hombres á pagarle el tributo de su amor, no ha sido una de las menores razones por las cuales el Hijo de Dios se ha dignado revestirse de su humanidad. Para comprender bien esta verdad, es preciso ante todo, estar bien persuadido, de que Dios ha pedido siempre al hombre, sobre todas las cosas, su corazón y su amor. Así es como los intérpretes han explicado estas palabras del sabio: Hijo mío, dame tu corazón. (1) Para inclinarlo á darle su corazón y su amor se ha servido de los medios más admirables y más propios para hacerse amar. Conociendo el poder maravilloso de los beneficios sobre el corazón del hombre, lo ha colmado de ellos; le ha concedido inmensos en todo género, en número casi infinito é incomparablemente más que á toda otra criatura. Ha reunido en él todo el sér creado,

3 Probe, fili mi, cor tuum mihi. Prov. XXIII, 26.

el sér simple, el alma vegetativa, sensitiva é inteligente, que había como distribuido y repartido á los elementos, á las plantas, á los animales y á los ángeles; en una palabra, ha hecho del hombre el gran objeto de sus liberalidades y de su amor, á fin de persuadirlo de la necesidad de conocerlo y amarlo. Además, siendo la semejanza el motivo más fuerte y más poderoso, para inclinar al amor, como lo enseña la filosofía, ha impreso el suyo en él y lo hizo á su imagen. (1) Y debemos advertir que Dios no ha hecho hacer al hombre á su imagen, como aquel que mandara hacer su retrato á un pintor; sino que El mismo es el que lo hizo así; ¿qué nuevo motivo de amor! Si el retrato de un rey pudiera hablar y amar á alguno, ¿á quién amaría con más razón que al rey mismo? y si el mismo rey lo hubiera pintado, no estaría aún más obligado á amarlo? Ah! ¿qué queréis que yo ame, pudiera responder, si lo obligaran á amar á otro en perjuicio del rey, á quién otro que á mí prototipo queréis que yo ame, puesto que soy su imagen que él me ha hecho, y que, además, es la persona más amable? Añadamos á todo esto, que Dios ha dado al hombre un corazón de tal manera inclinado á amar, que no puede vivir sin amor como sin movimiento, le ha dado un mandamiento expreso de amarle como á su Creador y á su soberano Señor; ha hecho depender bienes infinitos de la ejecución de este mandamiento, y castiga con males incontables su transgresión: en fin, ha empleado otros mil medios poderosos para ganar su afecto y unirle su corazón.

1 Creavit Deus hominem ad imaginem suam. Gen., I, 27.

CAPITULO OCTAVO.

Cuarto motivo de amor.

Jesucristo se ha hecho hombre para hacerse amar de los hombres.

SECCION PRIMERA.

I. El designio de obligar á los hombres á pagarle el tributo de su amor, no ha sido una de las menores razones por las cuales el Hijo de Dios se ha dignado revestirse de su humanidad. Para comprender bien esta verdad, es preciso ante todo, estar bien persuadido, de que Dios ha pedido siempre al hombre, sobre todas las cosas, su corazón y su amor. Así es como los intérpretes han explicado estas palabras del sabio: Hijo mío, dame tu corazón. (1) Para inclinarlo á darle su corazón y su amor se ha servido de los medios más admirables y más propios para hacerse amar. Conociendo el poder maravilloso de los beneficios sobre el corazón del hombre, lo ha colmado de ellos; le ha concedido inmensos en todo género, en número casi infinito é incomparablemente más que á toda otra criatura. Ha reunido en él todo el sér creado,

3 Probe, fili mi, cor tuum mihi. Prov. XXIII, 26.

el sér simple, el alma vegetativa, sensitiva é inteligente, que había como distribuido y repartido á los elementos, á las plantas, á los animales y á los ángeles; en una palabra, ha hecho del hombre el gran objeto de sus liberalidades y de su amor, á fin de persuadirlo de la necesidad de conocerlo y amarlo. Además, siendo la semejanza el motivo más fuerte y más poderoso, para inclinar al amor, como lo enseña la filosofía, ha impreso el suyo en él y lo hizo á su imagen. (1) Y debemos advertir que Dios no ha hecho hacer al hombre á su imagen, como aquel que mandara hacer su retrato á un pintor; sino que El mismo es el que lo hizo así; ¿qué nuevo motivo de amor! Si el retrato de un rey pudiera hablar y amar á alguno, ¿á quién amaría con más razón que al rey mismo? y si el mismo rey lo hubiera pintado, no estaría aún más obligado á amarlo? Ah! ¿qué queréis que yo ame, pudiera responder, si lo obligaran á amar á otro en perjuicio del rey, á quién otro que á mí prototipo queréis que yo ame, puesto que soy su imagen que él me ha hecho, y que, además, es la persona más amable? Añadamos á todo esto, que Dios ha dado al hombre un corazón de tal manera inclinado á amar, que no puede vivir sin amor como sin movimiento, le ha dado un mandamiento expreso de amarlo como á su Creador y á su soberano Señor; ha hecho depender bienes infinitos de la ejecución de este mandamiento, y castiga con males incontables su transgresión: en fin, ha empleado otros mil medios poderosos para ganar su afecto y unirle su corazón.

1 Creavit Deus hominem ad imaginem suam. Gen., I, 27.



II. Mas, viendo que todos estos medios eran inútiles, y que á pesar de la fuerza y poder que tienen, en lugar de amarle, el hombre prostituía indignamente su corazón á otros objetos; queriendo, á cualquier precio, atraer su corazón, Dios ha escogido en los tesoros infinitos de su sabiduría y de su omnipotencia el último y más eficaz de todos los sacrificios; ha descendido del cielo y se ha hecho hombre.<sup>1</sup>

“El motivo principal que ha determinado á Nuestro Señor á venir aquí á la tierra, y á revestirse de nuestra naturaleza, dice San Agustín, ha sido el hacer conocer al hombre hasta qué punto lo amaba Dios, á fin de que iluminado y convencido por este conocimiento, ardiera de amor por aquél que lo había amado primero que nadie.” (1) Aun cuando el hombre estuviera obligado por toda clase de razones á amar á su Dios, sin embargo, experimentaba una dificultad muy grande para hacerlo. Siendo Dios un espíritu puro, invisible á nuestra naturaleza, é inaccesible á nuestros sentidos, no podía el hombre alcanzarle, porque en esta vida, su entendimiento no puede concebir sino lo que es material y sensible; los sentidos le transmiten los objetos que él propone á la voluntad, que es la única que puede amar. Por esto, Dios, para quitarle este obstáculo y facilitarle su amor, se ha dignado hacerse sensible, y por un exceso de bondad, se ha puesto en un estado en que el hombre

<sup>1</sup> Maxime propterea Christus advenit, ut cognosceret homo quantum eum diligat Deus, et ideo cognosceret, ut in eius amorem, á quo prior dilectus est, inardesceret. Aug., cap. IV, de catholicis, rudibus.

puede verle con sus ojos, oírle con sus oídos, tocarle con sus manos; por este admirable medio, se ha hecho sensible y amable, y el corazón humano puede fácilmente unirse á él de una manera conveniente á su naturaleza. En otro tiempo, durante las crueles persecuciones contra los cristianos, sucedía frecuentemente que los animales más feroces, que lanzaban contra los santos mártires para desgarrarlos, se detenían de repente, sin atreverse á hacerles algún daño; entonces los verdugos cubrían á los santos con algunas pieles de bestias, á fin de engañar los ojos de esos crueles animales y librarlos del respeto y miedo de que se sentían poseídos; engañados así, se lanzaban con furor sobre los mártires y los hacían pedazos; del mismo modo, no pudiendo el hombre casi comprender y amar sino las cosas sensibles y corporales, Dios, que es todo espíritu, se ha dignado revestirse de un cuerpo, á fin de dar al hombre posesión sobre él, si puedo decir así, y quitarle por este medio la única y última excusa que parecía tener algún fundamento.

Mas lo que hay más admirable en eso, es que Dios ha querido hacerse sensible en forma y naturaleza verdadera de hombre, con preferencia á toda otra naturaleza. *El Verbo se hizo carne*, y en este estado *habitó entre nosotros*. (1) Estas palabras expresan y encierran todo el misterio admirable de la Encarnación; por esto, la Iglesia las pone todos los días en boca de sus sacerdotes, en el santo altar, y los obliga á doblar la rodilla con los sentimientos más profundos de respeto, de reco-

<sup>1</sup> Verbum caro factum est, et habitavit in nobis. S. Joan, 1, 14.

nocimiento y a por. Y ciertamente, esto no es sin razón, puesto que por un exceso de bondad ha escogido nuestra naturaleza; porque pudo, para acomodarse á la imbecilidad de nuestro entendimiento y á la debilidad de nuestra voluntad, hacerse visible y sensible tomando una naturaleza corporal diferente de la nuestra; hubiera podido revestirse del sol, como de un vestido, y obrar nuestra salvación, difundiendo sobre nosotros los rayos de sus gracias; pero no era este el plan de sus amores, como lo advierte San Agustín. "Dios, dice él, ha preparado con una sabiduría maravillosa los remedios más propios para curar, en todos tiempos y de la manera más admirable, los males de sus criaturas; pero se dejó ver su ternura para con el género humano, nunca se dejó ver con más brillo como cuando la sabiduría misma de Dios, es decir el Hijo único, coeterno y consubstancial a su Padre, se ha revestido del hombre todo entero, y ha mostrado con esto á los espíritus carnales y dominados por los sentidos, cuán elevada estaba la naturaleza humana sobre las demás criaturas; porque, no solamente ha querido mostrarse á los hombres de una manera visible, (que bien podía sin duda encerrarse en un cuerpo celeste, cuyo brillo hubiera moderado y proporcionado á la debilidad de nuestros sentidos); pero ha querido venir á ser verdaderamente un hombre semejante á ellos." (1)

1 Cum omnibus modis medeatur Deus animis, pro temporum opportunitatibus, que mira sapientia ejus ordinantur, nullo modo beneficentia consulit generi humano, quæ eum ipsa sapientia Dei, id est, unicuique filius consubstantialis Patri, et coeternus, totum hominem suscepit; ita enim demones ravit carnalibus, corporisque sensibus deditis, quam excelsum locum inter creaturas

Y el mismo santo da la razón de ello en otro lugar: "Esto es, dice, á fin de que los hombres pudieran amarlo con más facilidad y con una especie de familiaridad." (1) Alejandro el grande, para hacerse agradable á los Persas y para hacerse dueño de sus corazones, como se hacía dueño de su país se presentaba delante de ellos vestido á lo persa; el Hijo de Dios, para hacerse amar más tiernamente de los hombres, sin necesitar de su amor para nada, se revistió de su carne y se hizo semejante á ellos. (2) Primero los había hecho á su semejanza, por el beneficio de la creación; después, él mismo se hizo semejante á ellos por el beneficio de la encarnación, para obligarlos, por esta doble y mútua semejanza á redoblar su amor hacia él. Por esto es que hablando de sí, se llamaba ordinariamente el *Hijo del hombre*; y no lo decía solamente por un sentimiento de humildad, ó para declarar el amor particular que tenía por el hombre, siguiendo el genio de la lengua hebrea que llama hijo de la paz á aquél que ama mucho la paz y que hace cuanto puede para procurarla, sino porque se había hecho semejante al hombre, y su imagen, así como el hijo es imagen y semejanza viviente de su padre.

III Por lo demás, es preciso advertir, con San Bernardo, que el Hijo de Dios, al concebir el no-

habeat humana natura, quod non solum visibiliter (nam et id poterat in aliquo ætherico corpore ad nostrorum aspectum tolerantiam temperato), sed etiam hominibus in vero homine apparuit. Aug., de vera Relig., cap. X.

1 Ut familiaris diligeretur ab homine Deus, in similitudinem hominis Deus apparuit Aug., Manua., XXVI.

2 In similitudinem hominum factus, et habitu inventus ut homo. Philip., II, 7.

ble designio de tomar un cuerpo, y un cuerpo humano para hacerse más fácilmente amar de los hombres, ha querido ganarles los corazones y conducirlos á un amor particular hacia su santa humanidad, que era un objeto conveniente á su naturaleza, y, por este amor, hacerlos subir como por grados hasta el amor de su divinidad. "En cuanto á mí, yo pienso, dice este santo doctor, que la causa principal por la cual Dios, que es invisible, ha querido hacerse ver en nuestra carne y conversar con los hombres bajo la forma de un hombre, ha sido, el condescender con la naturaleza de ellos toda carnal, y arrancarles al amor funesto de las criaturas atrayéndolas al amor tan saludable de su santísima humanidad, para elevarlos en seguida poco á poco al amor más espiritual de su divinidad. (1) Y aun cuando el amor hacia la humanidad santa de Nuestro Señor sea un don, y un gran don del Espíritu Santo, puede, sin embargo, llamarsele carnal en alguna manera, si se le compara, no tanto al amor que se siente por el Verbo hecho carne y considerado en su humanidad, sino al amor del Verbo en tanto que es sabiduría, justicia, verdad, santidad, y que es contemplado y amado en su divinidad. (2)

1 Ego hanc arbitror præcipuam invisibili Deo fuisse causam, quod voluit in carne videre, et cum hominibus homo conversari, ut carnalium videlicet qui nisi carnaliter amare non poterant, cunctas primò ad suæ carnis salutarem amorem affectiones retraheret, atque ita gradatim ad amorem perduceret spirituales. Bern., Serm. 20. in. Cant.

2 Et licet donum et magnum donum spiritus sit erga carnem Christi devotio, carnalem tamen dixerit hunc amorem, illius utique amoris respectu, quo non tam verbum caro sapit, quam ver-

IV. A esta razón, que ha traído á Jesu-Cristo á revestirse de nuestra naturaleza, brevemente añadiré yo otras dos, que tienden al mismo fin, y que merecen nuestra atención. La primera, es que Dios se ha encarnado porque quería agotar todos sus tesoros en favor del hombre y usar para con él de la mayor liberalidad posible, uniendo personalmente su esencia á la suya, y dándose todo á él, lo que es todo decir; así Jesu-Cristo dijo á Nicodemus estas bellas palabras: *Dios ha amado á los hombres hasta tal punto, que les ha dado á su único Hijo.* (1) La segunda razón, es que él quería encontrar el medio de ser la felicidad completa del hombre, no solamente la de su alma, sino también la de su cuerpo. En efecto, por una parte, el amor más grande que el hombre experimenta es el de su último fin y de su felicidad soberana, puesto que todos los deseos y todos los afectos del hombre por los honores, placeres y riquezas de este mundo, hacia las cuales se siente transportado algunas veces con tanta violencia, no son sino los retoños de él; por otra parte, como está compuesto de un cuerpo como también de un espíritu, necesita para la felicidad de su cuerpo un objeto corporal. Y bien! para que el hombre no se viera obligado á dividir su amor y á amar á otro que á él, ó con él, ha agradado á esta majestad soberana el tomar un cuerpo, á fin de que el hombre encontrara en él toda su felicidad, la de su alma y la de su

bum sapientia, verbum justitia, verbum veritas, verbum sanctitas, pietas, virtus, et si quid aliud, quod sit hujusmodi, dici potest, Bern., Serm. 20. in. Cant.

1 Sic enim Deus dilexit mundum, ut filium suum unigenitum daret. Joan III. 6.

cuerpo, y de este modo reuniera en él todos sus afectos. Tal es el pensamiento de San Agustín: "Dios, dice él, se hizo hombre por los hombres, á fin de que una y otra parte del hombre encontrasen su felicidad en él, que el ojo de su alma quedara saciado contemplando su divinidad, el de su cuerpo contemplando su humanidad, y que la naturaleza humana, criada por él, encontrárase, sea interiormente, sea exteriormente, el alimento abundante de que tiene necesidad." (1)

1 Deus propter homines factus est homo, ut uterque senans hominis in ipso beatificaretur et reficeretur oculus cordis in ejus divinitate, et oculus corporis in ejus humanitate, ut sive ingrediens, sive egrediens, in ipso pasqua inveniret humana natura cõndita ab ipso. Aug., Manual, cap. XXV.

## SECCION SEGUNDA.

### CONCLUSIÓN DEL CAPÍTULO.

I. Este motivo es muy poderoso para llevarnos á amar á Nuestro Señor.—II. Nuestro Señor lo predijo.—III. La naturaleza humana lo ha prometido.

I A aquel que nos ha amado tan tiernamente, amémoslo tierna y ardientemente; esta es la conclusión que debemos sacar de todo este discurso. San Pablo, todo abrasado de este amor, fulmina este anatema contra aquellos que no lo amasen: *Si alguno no ama á Jesu-Cristo, que sea maldito del cielo y de la tierra, que sea desterrado y exterminado de entre los vivos; tan justo es así el amar á un señor tan amable y tan amante, y el no amarlo es tan injusto y criminal así.* (1) La razón de esto está marcada en la palabra *syriaca maran-atha*, que significa *Nuestro Señor ha venido*. Es nuestro señor, el Hijo de Dios y Dios mismo, infinitamente bueno, infinitamente bello, infinitamente sabio é infinitamente perfecto y por consiguiente infinitamente amable, á quien somos deudores de beneficios tan grandes é innumerables como hemos recibido, y recibimos todos los días; que nos los prepara sin cesar, y que, sobre todo es-

1 Si quis non amat D. N. J. C., sit anathema: maran-atha. I. Cor., XVI. 22.

to se ha hecho hombre para hacerse amar de nosotros; que desea y que pide nuestro amor con un amor inconcebible. Aun cuando no tuviéramos los millones de motivos para amarlo como tenemos, el sólo deseo que él tiene ¿no debiera bastar para obligarnos á ello? El Padre Avila dice (1) que este deseo es tan grande en Dios que si pudiera sufrir, le causaría la muerte. ¿Qué podemos añadir á esto? ¿Y no es acaso para atestiguarnos el ardor de su deseo y verlo satisfecho por lo que ha hecho la cosa más nueva y la más extraña que ha habido jamás, y que será durante toda la eternidad el objeto de la admiración y asombro de todas las criaturas, es decir, haber tomado un cuerpo y haberse hecho hombre?

Si un habitante de la China ó del Japón viviera á México, si dejara su país, su casa, sus parientes, sus amigos; si se expusiera al hambre, á la sed, al calor, al frío, á mil peligros para su vida únicamente por buscar nuestra amistad; si nos rogara y suplicara con todas las instancias posibles que lo apreciásemos, ¿habría alguno tan desnaturalizado y tan bárbaro que quisiera, mas aún, que pudiera rehusarle su amor, después de un viaje tan largo y penoso, después de tantos peligros, tantos trabajos tomados por nosotros, y después de pruebas tan grandes de su amor? Al contrario, ¿no todos se apresurarían á probarle á porfía su afecto? Si vuestro rey os pidiera una cosa, si os rogara con la instancia más viva que le diérais tal cosa; si os lo mandara con autoridad soberana; si os prometiera mil bienes en recompensa de

1 Epist. 9.

vuestra buena voluntad en concedérsela; si os amenazara, en caso de negativa, con la prisión y la muerte; si esta cosa fuera de tal naturaleza que pudiérais dársela, no solamente sin trabajo y sin incomodidad; sino con muchas ventajas para vos, ¿por quién pasaríais entre los hombres, si se lo negarais? Y aun cuando no encontrárais en ella interés alguno, la sola consideración de la dignidad de su persona, el ardor de su deseo y de su petición, ¿no sería bastante para arrancar, vuestro consentimiento? Mas el Dios de gloria, el Rey de los reyes, y el Señor de los señores ha bajado del cielo á la tierra; se ha humillado y abatido infinitamente tomando un cuerpo pasible y mortal; ha aceptado los sufrimientos más terribles para ganar nuestros corazones y ser amado de todos. ¿Hay acaso un solo hombre, si le queda una chispa de razón y un germen de sentimiento, que, viéndose así perseguido por esa majestad adorable, pueda cerrarle la puerta de su corazón, sino antes bien que no lo haga dueño enteramente de él? Sólo se ha encontrado un hombre en el mundo, que haya hecho profesión abierta de nada amar y de no ser amado de nadie: que es Timon el Ateniense. Llamado con el sobre-nombre de el enemigo de los hombres. (1) Persistía en su humor feroz, ó por grandeza de valor, no viendo nada entre los hombres que fuera digno de su amor, ó por antipatía. ¡Y bien! si él volviera á la vida, si él pudiera conocer un objeto tan amable como un Dios hecho hombre por él, si se viera amado tan ardientemente, tan sinceramente, tan cordialmen-

1 Nec amat, nec amatur ab ullo

te y tan constantemente por un Señor tan amable. él dejaría muy pronto de ser insensible; toda su obstinación caería, no podría dejar de amarlo. San Crisóstomo dice también, explicando las palabras de San Pablo, desde que el Hijo de Dios se encarnó, ya no queda excusa ni perdón para aquel que no lo ama. "Amáis al hombre, dice Santo Tomás, porque es hombre y á causa de la semejanza de naturaleza que tiene con vos; y bien! para que el hombre no tuviera esta ventaja sobre Dios, y que esta consideración no nos hiciera preferir el hombre á Dios, Dios se hizo hombre. Si pues amáis al hombre porque es hombre como vos, amad con preferencia á aquel que se ha hecho hombre por vos, para rescataros por la muerte de su humanidad, para nutrirnos con el sacramento de su cuerpo y de su sangre, para instruirnos con sus ejemplos, para hacer á vuestra alma y á vuestro cuerpo dichosos por el gozo eterno de sus dos naturalezas." (1) Después de esto, ¿no tiene razón el apóstol de lanzar los rayos de la maldición contra aquel que no ame á Jesu-Cristo? Nadie podrá libertarse de la imprecación de San Pablo, si se da á otro que á Jesu-Cristo después de haber sido tan amado de él, y haber sido rescatado con una solicitud tan amorosa.

1 Es amicus hominis propter naturam conformitatem, quia homo est; ne in hoc praeponderaret, et ideo praeligetur homo Deo, Deus factus est homo. Quare si amicus es hominis qui tecum sit, vel factus est homo potius ejus qui propter te factus est homo; utique propter te redimendum morte humanitatis, propter te nutriendum sacramento corporis et sanguinis, propter te erudiendum exemplis, et beatificandum dupliciter duabus naturis. S. Thom., Opusc. LXL. cap. XIX.

II. Bastante motivo hay para esperar que estas razones abrirán los ojos á los hombres, y los harán tomar fuertes resoluciones de amar al Hijo de Dios. Este Hijo de Dios, la primera verdad, lo había predicho ya hacía largo tiempo por el profeta Oséas: *Yo atraeré, dice, yo atraeré á los hombres con los lazos de Adán, con los lazos de la caridad, yo me revestiré de su carne para mostrarles mi amor y obtener el suyo; yo endulzaré, yo aligeraré el yugo del mandamiento que les había hecho de amarme, haciéndoselos dulce y fácil.* (1) Notad bien que él llama á su carne sagrada y á su humanidad santa, no una cuerda, sino lazos, *cuerdas*, porque todas las partes de su carne, todos los miembros de su cuerpo, todos los cabellos de su cabeza, todas las gotas de su sangre, son otras tantas cuerdas y lazos formados por el amor para atraer los corazones de los hombres al amor.

III. Si el Hijo de Dios ha prometido que haciéndose hombre, encendería á los hombres en su amor, la naturaleza humana le ha prometido solemnemente también que, si él lo hacía, ella lo amaría con todo su corazón; porque, al suplicarle que le hiciera esta gracia, exclama en Isaias: ¡Oh Hijo único de Dios, vos que estais sentado en lo más alto de los cielos sobre vuestro trono de gloria, rodeado de luz en medio de las adoraciones de vuestros ángeles, ah! quiera vuestra majestad divina levantarse y descender sobre la tierra! Levantaos, levantaos, ¡oh Dios de las misericordias! cumplid vuestras promesas, *rasgad los cielos para apresu-*

1 In funiculis Adam traham eos. in vinculis caritatis, et ero eis quasi exaltans jugum super maxillas eorum. Osée, cap. XI. 4.

rar vuestra visita; si os rendís al ador de nuestros deseos y de nuestros votos, las montañas se aplanarán en vuestra presencia, las rocas más duras se romperán, los corazones más insensibles, los espíritus más orgullosos, atraídos por la fuerza todopoderosa de vuestro amor, vendrán á arrojarse en vuestras dulces cadenas; los corazones endurecidos se enternecerán; los veteis derretirse delante de vos, como la cera en la lumbre; las almas heladas arderán de amor. (1) Cuando hayáis obrado esta maravilla, los hombres más rebeldes y más necios vendrán á rendiros las armas, y á haceros homenaje de sus corazones y de todos sus afreos. La Esposa santa, suspirando por el mismo favor, dice á su Esposo: *Atraedme tras de vos; corréreos al olor de vuestros perfumes.* (2) Como si ella hubiera querido decir: todas las criaturas que habeis hecho por mí, todos los favores de que me habeis colmado me atraen á vos pero muy débilmente todavía; me atraen, pero no me llevan tras de sí; sus lazos no son bastante fuertes, y yo soy tan difícil para seguir; pero atraedme vos mismo con los lazos de la carne de Adán, dignándoos revestiros de ella por mí; y entonces, os lo prometo, atraído por el olor suave de vuestra humanidad, iré, correré tras de vos, con todos los corazones. La misma Esposa, después de haber obtenido el objeto de su petición y viéndose en los brazos de su muy amado, dice en su estilo lleno de mis-

1 Utinam dirumperes caelos, et descenderes; & facies tua montes defluerent. Sicut exustio ignis tabescerent, atque arderent igne. Cum feceris mirabilia, non sustinebimus. *Isaias, LXIV. 1.*

2 Trahe me, post te curremus in odorem unguentorum tuorum. *Cant. I, 3.*

terios: *Las mandragoras han esparcido su agradable olor; tenemos á vuestras puertas toda clase de frutos: os guardé, oh mi muy amado, los nuevos y los añejos.* (1) Para comprender bien estas palabras, es preciso advertir que la manzana es tomada por todos los autores, por el símbolo del amor, (2) y que la mandragora, siguiendo el parecer de los intérpretes sobre este pasaje, y de los que han escrito acerca de la naturaleza de las plantas es una yerba que tiene propiedades admirables, que pueden figurar la Encarnación del Hijo de Dios: 1.º su raíz casi tiene la figura del cuerpo humano; 2.º es medicinal; 3.º sus tomates son muy bellos, muy dulces y de un olor agradable; 4.º procura un dulce sueño; 5.º es narcótica, adormece y hace perder el dolor al miembro que se corta; 6.º es un remedio para la esterilidad; en fin, es un encanto poderoso y un filtro violento para inclinar al amor; por esto los hebreos le dan un nombre derivado del del amor; los griegos y los latinos la llaman *Circoetium* por la misma razón." Todas las virtudes de la mandragora nos muestran los efectos del misterio de amor de la encarnación, misterio en el cual Jesús ha aparecido infinitamente bello, sea á causa de su divinidad, belleza esencial y origen y fuente de toda belleza; sea á causa de su humanidad, elevada en belleza sobre todos los ángeles y los hombres, dotada en el grado más alto de todas las perfecciones de la

1 Mandragoras dederunt odorem suum; in portis nostris omnia poma nova et vetera: dilecte mi, servavi tibi. *Cant. VII, 13*

2 S. Epiph. in phgs. Cap. IV.—Theophr. de plantis, ch. X. Philost. in Iacone amorum, et ibi Vignerus.

naturaleza y de la gracia, como dice Isaías; (1) también por esta humanidad santa ha embalsamado al mundo con el perfume suave de sus virtudes incomparables.

En una palabra, en este misterio de la encarnación, el Hijo de Dios ha traído consigo y en sí los remedios infalibles para todas nuestras enfermedades y á todas nuestras llagas, y por la dulce violencia del amor inmenso que nos ha mostrado, como por un encanto y un filtro potente, ha enternecido los corazones más duros, los ha domado y sometido á su amor, y los ha obligado á darle un amor lleno de verdad, de fuerza y de ardor. Este amor es el que, por su fuerza, ha hecho fecundos en buenas obras á los hombres que hasta entonces habían sido estériles, los ha hecho olvidar á las criaturas para no pensar sino en él, y los ha revestido de un valor tan grande, que insensibles á los objetos más seductores de la naturaleza, sufren generosamente que les despedacen sus miembros, la pérdida de sus bienes, de sus honores, de sus placeres y de cuanto más querido tienen en el mundo, más bien que ofenderle. ¡Oh mi muy amado, dice la Esposa de los cantares con todo el ardor de su corazón, desde que habeis difundido el olor de esta misericordia infinita y de este amor incomparable, os he dado cuanto en mí había de antiguo y nuevo, todos mis pensamientos, todas mis palabras y todas mis obras pasadas, presentes y futuras; os he consagrado irrevocablemente mi corazón, mi amor y todos mis afectos.

3 Formosus in stolâ suâ. Is., LXIII, 1.

## CAPITULO NOVENO.

### Quinto motivo de amor.

Jesu-Cristo es nuestro Esposo.

I. Cómo es nuestro Señor esposo nuestro.—II. Bienes y grandeza de la esposa del Hijo de Dios.—III. Jesu-Cristo es el fruto de esta alianza.—IV. Deberes de esta esposa.

El Hijo de Dios no se contentó, para obligarnos á amarlo, con hacerse sensible, revistiéndose de nuestra naturaleza; su amor lo ha llevado mucho más lejos, porque ha escogido lo que había de más amable en esta naturaleza para ofrecerse á nosotros. Y como los sentimientos más fuertes, los más tiernos, los más afectuosos son los que existen entre los esposos, los hermanos y las hermanas, Jesu-Cristo, por un exceso de amor, se hizo nuestro esposo y nuestro hermano. (1)

I. Nuestro Señor, el Hijo único de Dios, es por consecuencia nuestro esposo; de éste nadie puede dudar, puesto que lo decimos y lo oímos decir tan frecuentemente. David, hablando de él y del misterio de su encarnación, dice: *Ha salido como un esposo de su tálamo nupcial*, es decir, como lo explica San Agustín, del seno purísimo de la Sma.

1 ¡Parece increíble cómo aparecerá el día del juicio!



naturaleza y de la gracia, como dice Isaías; (1) también por esta humanidad santa ha embalsamado al mundo con el perfume suave de sus virtudes incomparables.

En una palabra, en este misterio de la encarnación, el Hijo de Dios ha traído consigo y en sí los remedios infalibles para todas nuestras enfermedades y á todas nuestras llagas, y por la dulce violencia del amor inmenso que nos ha mostrado, como por un encanto y un filtro potente, ha enternecido los corazones más duros, los ha domado y sometido á su amor, y los ha obligado á darle un amor lleno de verdad, de fuerza y de ardor. Este amor es el que, por su fuerza, ha hecho fecundos en buenas obras á los hombres que hasta entonces habían sido estériles, los ha hecho olvidar á las criaturas para no pensar sino en él, y los ha revestido de un valor tan grande, que insensibles á los objetos más seductores de la naturaleza, sufren generosamente que les despedacen sus miembros, la pérdida de sus bienes, de sus honores, de sus placeres y de cuanto más querido tienen en el mundo, más bien que ofenderle. ¡Oh mi muy amado, dice la Esposa de los cantares con todo el ardor de su corazón, desde que habeis difundido el olor de esta misericordia infinita y de este amor incomparable, os he dado cuanto en mí había de antiguo y nuevo, todos mis pensamientos, todas mis palabras y todas mis obras pasadas, presentes y futuras; os he consagrado irrevocablemente mi corazón, mi amor y todos mis afectos.

3 Formosus in stolâ suâ. Is., LXIII, 1.

## CAPITULO NOVENO.

### Quinto motivo de amor.

Jesu-Cristo es nuestro Esposo.

I. Cómo es nuestro Señor esposo nuestro.—II. Bienes y grandeza de la esposa del Hijo de Dios.—III. Jesu-Cristo es el fruto de esta alianza.—IV. Deberes de esta esposa.

El Hijo de Dios no se contentó, para obligarnos á amarlo, con hacerse sensible, revistiéndose de nuestra naturaleza; su amor lo ha llevado mucho más lejos, porque ha escogido lo que había de más amable en esta naturaleza para ofrecerse á nosotros. Y como los sentimientos más fuertes, los más tiernos, los más afectuosos son los que existen entre los esposos, los hermanos y las hermanas, Jesu-Cristo, por un exceso de amor, se hizo nuestro esposo y nuestro hermano. (1)

I. Nuestro Señor, el Hijo único de Dios, es por consecuencia nuestro esposo; de éste nadie puede dudar, puesto que lo decimos y lo oímos decir tan frecuentemente. David, hablando de él y del misterio de su encarnación, dice: *Ha salido como un esposo de su tálamo nupcial*, es decir, como lo explica San Agustín, del seno purísimo de la Sma.

1 ¡Parece increíble cómo aparecerá el día del juicio!

Virgen, en donde se había unido á la naturaleza humana como un esposo á su esposa. (1) Salomón, su hijo, no enseña otra cosa en su cántico misterioso. Y Nuestro Señor se da él mismo á nosotros como tal, cuando declarando á sus apóstoles que, durante el tiempo de su permanencia con ellos, no debían observar los ayunos de tristeza y de duelo como los discípulos de San Juan Bautista, les dice: *Los hijos del Esposo, (que no son otros que los Apóstoles) ¿pueden acaso ayunar y afligirse mientras que el Esposo está con ellos?* (2) San Pablo declara también esta verdad hablando del sacramento del matrimonio: *Este sacramento es grande, dice él, en su significación, pues que él representa la unión de Jesu-Cristo y de su Iglesia.* (3) "Por tanto es verdad, dice San Bernardo, que Nuestro Señor es esposo, que su esposa es la naturaleza humana, la Iglesia, todos los fieles en general y cada uno en particular." (4)

II. Veamos cuales son los bienes y las ventajas que esta unión procura á esta dichosa esposa. ¡Ah! sin duda, antes de que se verifique, el alma es de tal manera vil, pobre y despreciable, que es asombroso que el Hijo de Dios, que es tan noble y tan elevado, se digne solamente mirarla y tener una

1 Ipsa tanquam sponsa procedens de thalamo suo... Ipse procedens de utero virginali, ubi Deus naturæ humanæ, tanquam sponsus sponsæ copulatus est. S. Aug., in Ps. XVIII. 6.

2 Nunquid possunt filii sponsi lugere, quandiu cum illis sponsus est? Math., IX. 15.

3 Sacramentum hoc magnum est; ego autem dico in Christo et in ecclesia. Eph., V. 32. S. Thom. et alii in illum locum.

4 Sponsa nos ipsi sumus, et omnes simul una sponsa, et animæ singulorum quasi singulæ sponsæ. S. Bern., Serm. 2. dom. I. post. oct. Epiph.

poca de buena voluntad por ella; pero después de esta unión, es elevada á una grandeza soberana, enriquecida de la abundancia de todos los bienes y dotada de una belleza perfecta. San Bernardo compara esta unión al matrimonio de Moisés con la Etiópiana; el cual sin embargo no es más que una figura muy imperfecta. "Esta esposa, dice él, es muy inferior á su esposo en nobleza, en belleza y en dignidad, y sin embargo el Hijo de Dios ha venido de muy lejos para unirse á esta Etiópiana. Moisés, ciertamente, hizo buen casamiento se casó con una Etiópiana, pero jamás pudo cambiar su color, y de negra hacerla blanca; pero Jesu-Cristo habiendo amado á su Iglesia que era vil y sin belleza, la ha vuelto, uniéndose á ella, sin arrugas, sin mancha, llena de gloria y brillante de belleza." (1) San Basilio, aplicando al mismo asunto este texto de David: *Apareció la reina á vuestro lado vestida con un traje de tela de oro, brillante de pedrerías,* añade: (2) Así, la que antes estaba cubierta de harapos y seguida de una criada, ha llegado á ser reina de los cielos, y elevada á la más alta nobleza, y adornada con los más ricos atavíos; de manera que podemos compararla á la esposa de Ariston, décimo quinto rey de Esparta, quien, antes de casarse aparecía sin lucimiento,

1 Multum hæc sponsa sponso suo inferior genere, inferior specie, inferior dignitate. Attamen propter Æthiopiissam istam filius Dei de longinquo venit, ut sibi desponsaret illam. Moyses quidem Æthiopiissam duxit uxorem; sed non potuit ejus mutare colorem: Christus vero quam adamavit ignobilem adhuc et foedam, gloriosam sibi exhibuit ecclesiam, non habentem maculam aut rugam. S. Bern., ubi supra.

2 Astitit regina á dextris tuis in vestitu deaurato. S. Bas., lib. de ver. Virg.

pero que, siendo la esposa del rey, llegó á ser la mas bella después de Helena; (1) porque así como un rey realza á su esposa haciéndola reina, dándole su nombre y haciéndola participante de sus bienes, de sus honores y de su grandeza, cuando ella no sería sino la hija de un simple artesano; así, el Rey de los reyes, eleva á una alma, y la eleva tanto más enanto que él tiene incomparablemente más riquezas, poder y amor que todos los hombres.

III. Qué admirables son los frutos de esta alianza, de la que Jesu-Cristo es como el hijo primogénito. Este es lo que él respondió á los que le habian dicho que su madre y sus hermanos lo buscaban: *Quien quiera que haga la voluntad de mi Padre que está en el cielo, es mi hermano, mi hermana y mi madre.* Aprendemos por estas palabras que Jesu-Cristo es no solamente el esposo del alma, sino que es también hijo. Ved aquí como lo explica San Bernardo: "La virtud y la sabiduría del Padre forman el Hijo del Padre; el Verbo del Padre es la voluntad esencial del Padre. La voluntad del hombre no es otra cosa que el fruto y el hijo de su alma, si pues teneis la misma voluntad que el Padre, teneis el mismo hijo que él." (2) Por tanto, si en poder del alma está el ser madre de tal hijo, maldita el alma estéril que no quiere concebir; y llegar á ser por la gracia de Dios la madre

1 Vigner, in sua Chronolog.

2 Virtus et sapientia Patris, filius est patris; verbum patris, voluntas est patris. Voluntas hominis nihil aliud est quam proles mentis. Si igitur eadem est voluntas tua, et voluntas patris, idem est filius tuus et filius patris. S. Bern., de inter, domo, C. LXVIII.

de un hijo tan excelente, (1) que, según la advertencia de Santo Tomás, sería el báculo de vuestra vejez, el ojo de vuestro guía, que se acordaría de vos, en el momento de vuestra muerte, con un afecto enteramente filial, puesto que no olvidó á su madre en el momento de su propia muerte." (2)

Las obras buenas son los demás frutos de esta unión. "De esta alianza dice Orígenes, (3) sale una raza generosa, la fuerza, la justicia, la paciencia, la dulzura, la caridad, y el feliz conjunto de todas las virtudes, con los castos deseos, los pensamientos puros, las aficiones celestes, las resoluciones valerosas, las obras heroicas, hijos todos de bendición, figurados por Isaac, que quiere decir arroz; por José, que significa aumento; por Benjamín, es decir hijo de mi derecha. Estos no son Benones, hijos de dolor, que matan á su madre; sino que le dan la vida y la colman de alegría;" y si alguna vez, dice el doctor angélico, son hijos del dolor en el momento de nacer, muy pronto llegan á ser hijos de alegría y honor. (4)

IV. Hé aquí la dicha de esta Esposa; mas cuáles son los deberes del alma para con este Esposo divino? Estos son el respeto, la obediencia y sobre todo el amor; porque el amor es lo que él pide sobre todo. A propósito de esto dice San Bernar-

1 Si sic in potestate ejusque relinquatur utrumnam tantæ prolis mater efficiatur, maledicta ergo sterilis quæ non parit, quæ talem filium pro voto, per Dei gratiam, habere potuit. Ibid.

2 Qui sit senectutis tuæ baculus, cæcutientis oculus, qui filiali fide in morte tuâ meminerit tui, cum etiam in morte suâ matrem oblitus non fuerit. S. Thom., Opusc. LXI. 13.

3 Hom. XX. in cap. 25. Num.

4 Sed si prius fortè filius laboris, postmodum filius gaudii et honoris. S. Th., ubi supra.

do: "He leído que Dios es llamado caridad; pero no he advertido en alguna parte que sea llamado honor, no porque Dios no quiera ser honrado puesto que dice: *Si yo soy vuestro padre, ¿en dónde está el honor que me tributais?* Quiere honor, pero este en calidad de padre. Si él se hace esposo, me parece que cambiará de términos, y que dirá: Si soy vuestro esposo, ¿en dónde está el amor que me tenéis? porque antes había dicho: *Si soy el Señor, ¿en dónde está el temor que teneis por mí?* Por consiguiente, Dios, como Señor, quiere ser temido; quiere ser honrado, como padre, y como esposo, quiere ser amado. (1) Ah! ¿no es acaso infinitamente digno de él, puesto que es un esposo infinitamente bello, infinitamente sabio, infinitamente poderoso, infinitamente perfecto, y que ha amado á su esposa tanto que, para unirse á ella, ha sufrido la muerte? ¿Merece él menos que un gran número de esposos por quienes sus esposas han hecho esfuerzos prodigiosos de amor y de valor? Una reina de Inglaterra, viendo á su esposo en la necesidad inevitable de morir de una herida envenenada, si no chupaban su llaga, lo que el rey, que estaba lleno de bondad, no podía permitir, no queriendo rescatar su vida á espensas de la de otro; la reina, que lo amaba ardentemente, y que no podía resolverse á verlo morir, se acerca en la noche á su

1 Legi quia Deus caritas est, et non quia honor est, vel dignitas legi, non quia honorem non vult Deus, qui ait: Si ego pater, ubi est honor meus? verum id pater. Sed si sponsum exhibeat, puto quia mutabit vocem, et dicet. Si ego sponsus, ubi est amor meus? et nam antea ita locutus est: Si ego Dominus, ubi est timor meus? exigit ergo Deus timeri ut Dominus, honorari ut pater, ut sponsus amari. S. Bern., serm. 83, in Cant.

cama, le toma dulcemente el brazo, deslía la llaga, pone en ella su boca, saca todo el veneno de ahí, salva así los días de su esposo, y muere muy pronto después víctima de su amor. (1) Artémisa, reina de Caria, nos presenta otro ejemplo que no es menos notable. Afligida excesivamente por la muerte de Mausol, su esposo, á quien quería incomparablemente más que cuanto había en el mundo, quería dejar á la posteridad muestras de su dolor y endulzar en cierto modo su tristeza, dándole las dos tumbas más memorables que ha habido. Primero ella se comió una parte de las cenizas del difunto para unírselas, incorporárselas, y darles en cierto modo vida; en seguida puso el resto de sus cenizas en una tumba magnífica, hecha de los mármoles más preciosos, ricos y de un trabajo exquisito. Apesar de todo esto, vencida por la violencia de su amor y de su dolor, que le hacían insoportable la ausencia de su esposo, pasó el resto de sus días en gemidos y penas tan profundas, que, consumiéndose visiblemente, murió poco tiempo después toda seca y descarnada, víctima del amor conyugal. Pudieran citarse una infinidad de los que, por la misma razón, han sacrificado su vida, su libertad, sus bienes, sus goces y cuanto tenían.

Nuestro Señor Jesu-Cristo, modelo de todos los amables esposos, después de haber amado y honrado tanto á su esposa, merece sin duda mayores pruebas de amor. (2) Esto es lo que ha hecho de-

1 Roder. Tolet. arch. in actis Hisp.

2 ¡Oh dignación infinita, concepción digna de sólo Dios é inconcebible á nosotros! Lo que hizo la esposa del caso poco antes referido con cenizas repugnantes y nocivas, ideó el amoroso es-

cir á San Bernardo: "¿De dónde te viene, alma humana, de dónde te viene esta felicidad, de dónde te viene esta gloria inestimable, que tú seas la esposa de aquél cuyas perfecciones son tan grandes, los atractivos inefables, indecibles, que los ángeles mismos ponen su felicidad soberana en contemplarlo? ¿Quién te ha hecho esta gracia que tu esposo sea aquél cuya belleza admiran el sol y la luna! ¿Qué acciones de gracias darás á un Señor tal por todos los bienes, y por todos los favores de que te ha colmado tan liberalmente? Te ha hecho sentar en su mesa; te ha hecho participante de su reino; te ha introducido hasta sobre el trono de su amor para colmarte de más dulces caricias." (1) "Considera ahora, prosigue el mismo Santo, considera ahora qué opinión debes tener de tu Dios, considera qué sentimientos deben llenar tu corazón, con qué ardor y cuál vivacidad de amor debes precipitarte en sus brazos á fin de unirte para siempre á aquél que te ha estimado tanto, ó más bien que te ha elevado tanto, que su corazón te ha renovado enteramente, cuando, por tu salvación, se durmió con el sueño de la muerte sobre el lecho de la cruz. Se dice que: *El hombre*

poso Jesús, é instituyó poniéndose él bajo la apariencia de lo que más nos gusta, nuestro alimento ordinario que es el pan, para proporcionar este alimento espiritual, en la S. Comunión, la prueba más grande y sublime que en su previsión infinita pudo dar del amor que tiene á las almas amantes sus esposas. N. del T.

1 Unde tibi, oh humana anima! unde tibi tam inestimabilis gloria, ut ejus sponsa merearis esse, in quem desiderant angeli ipsi prospicere? unde tibi hoc, ut ipse sit sponsus tuus cujus palchritudinem sol et luna mirantur? Quid retribuēs Domino pro omnibus que retribuit tibi, ut sis socia mensæ, socia regni, socia denique thalami, ut introducat te rex in cubiculum suum. S. Bern. Serm. 2, dom, post, oct, Epiph.

*dejará á su padre y á su madre para unirse á su esposa.* (1) Y bien! esto es lo que ha hecho tu Esposo divino; no podía él abandonar á su padre, siendo de una misma naturaleza con él, mas á lo menos ha salido de él por el misterio de la Encarnación; ha dejado á su madre, la sinagoga, para unirse y adherirse á él, á fin de que tú no llegaras á ser sino un solo espíritu con él." (2) En seguida, San Bernardo concluye así: Por esto, hija mía, escucha, mira y considera atentamente cuán grande es el honor que él se ha dignado hacerte; *olvida tu pueblo y la casa de tu padre*, renuncia para siempre á los afectos carnales, pisotea los usos del mundo; que tu corazón no recaiga jamás en sus antiguos extravíos; declara la guerra á las costumbres peligrosas. Guárdate de olvidarlo! el ángel del Señor, tu esposo, está en pie á tu lado, con una espada flamante en la mano, para partirte en dos, si (lo que Dios no permita) fueras tan infiel y tan ingrato para darle un rival." (3) Tales son los avisos que el Santo Doctor da á esta esposa.

1 Dimittet homo patrem et matrem, et adheret uxori suæ. Math. XIX, 5.

2 Vide jam quid de Deo tuo sentias, vide cujus brachiis vicariæ caritatis redamandus et amplectendus sit, qui tanti te aestimavit, imò qui tanti te fecit; de latere enim suo te reformavit, quando propter te abdormivit in cruce et somnum mortis excepit, propter te á Deo patre exivit et matrem synagogam reliquit, ut aethiops ei unus cum eo spiritus officiaris. S. Bern. ubi. suprâ.

3 Et tu ergo audi, filia! vide et considera quanta sit ergâ te dignatio Dei tui; et obliviscere populum tuum, et domum patris tui, desere carnales affectus, sæculares mores dedisce, á prioribus vitiis abstinere; consuetudines noxias obliviscere: quid enim putas? nonne stat angelus Domini, qui secat te mediâ, si fortè (quod avertat ipse) alterum admisseris amatorem. S. Bern., ubi. suprâ.

Después de esto, es necesario que esta esposa se prosterne en espíritu ante su esposo, que derrame ante él los sentimientos de su corazón y que le diga: *Vos sois para mí un esposo de sangre.* (1) Ah! Dios mío, divino Jesús, único amable y digno de ser amado, no era suficiente, para obligarme á amaros y para hablandar mi corazón, aun cuando fuera más duro que la roca, el haceros sensible, á fin de que vuestro amor pudiera penetrar en mi corazón por todos los sentidos? ¿se necesitaba todavía el haceros sensible y haceros hombre de la manera más dulce, más atrayente, la más eficaz que haya entre los hombres para haceros amar y llegar á ser mi esposo? Sí, vos habeis venido á ser mi esposo, y un esposo de sangre, puesto que habeis tomado mi carne y mi sangre, y que vos habeis derramado por mí toda la vuestra. Haced, por tanto, oh mi soberano amor, y puesto que os dignais serlo, mi muy excelente, muy gracioso, muy amante y amabilísimo esposo, que yo os ame con un amor que sea digno de vos, y como quereis ser amado de vuestras esposas, es decir, con un amor ardiente, fiel é inviolable, que no sabe lo que es dividir su corazón y amar otra cosa que á vos. Vos habeis dicho, hablando de la unión de los esposos: *No serán sino una carne;* (2) que sea así de la alianza que os dignais contraer conmigo; y como no se trata aquí de la unión de los cuerpos, sino de los espíritus, que yo no tenga sino el mismo espíritu, la misma voluntad, los mismos pensamien-

1 Sponsus sanguinam tu mihi es. Exod., IV, 25.

2 Erunt duo in carne una: jam non sunt duo, sed una caro. Matth., XIX, 5.

tos, los mismos deseos, los mismos afectos que vos. Vos dijisteis también, para hacer indisoluble el matrimonio: *Que el hombre no intente separar lo que Dios ha unido.* (3) Ah! Señor mío, mi muy honorable y divino esposo, bendecid así la nuestra, hacedme esta gracia, afirmadla por una unión inseparable y eterna; de suerte que nada aquí en la tierra, ni el mundo, ni los parientes, ni los amigos, ni los enemigos, ni los honores, ni la infamia, ni las riquezas, ni la pobreza, ni los placeres, ni los dolores, ni la salud, ni la enfermedad, ni la vida, ni la muerte, ni los ángeles, ni los demonios, ni criatura alguna me separe de vos; sino que os esté unida muy estrechamente para siempre. (a)

3 Quod Deus conjunxit, homo non separet. Idem., V. 6.

a Como en algunas comunidades de mujeres, usan un anillo las esposas de Jesu-Cristo; no sería inconveniente que las mujeres, por ser más propio ó menos impropio de ellas el llevar anillo en el dedo, que, al leer este trozo anterior, procuren recibir el cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesu-Cristo en la Santísima comunión y volviendo á leer este último párrafo se pongan un anillo en el dedo, si buenamente pueden, que les recuerde tan venturosa decisión. Margarita la pecadora y otras, llegaron á ser amantes esposas de Nuestro Señor. N. del T.

CAPITULO DECIMO.

Sexto motivo de amor.

Jesu-Cristo es nuestro hermano.

I. Pruebas sacadas de la Escritura.—II. Es nuestro hermano primogénito.—III. Nuestros deberes para con este hermano primogénito.

Otro motivo muy dulce que debe conducirnos al amor de Jesu-Cristo, es que él es nuestro hermano. En los Cánticos, llama él frecuentemente hermana suya, á la Esposa, que es el alma fiel, como acabamos de verlo. *Heristic mi corazón, hermana mía, mi esposa...* Mi hermana, mi esposa, es un jardín cerrado. (1) El nos llama sus hermanos en otros muchos lugares. Cuando envía á Magdalena á donde están sus discípulos para llevarles la feliz noticia de su resurrección, le dice: *Id á encontrar á mis hermanos, decíles de mi parte: subo hacia mi Padre, y padre vuestro, á mi Dios y vuestro Dios.* (2) No duda en llamarlos sus hermanos, dice San Pablo, puesto que dice: *Yo anunciaré*

1 Vulnerasti cor meum, soror mea, sponsa..... Hortus conclusus, soror mea sponsa Cant., IV, 9, et 12.

2 Vade ad fratres meos, et dic eis. Ascendo ad patrem meum, et patrem vestrum, Deum meum et Deum vestrum. Joam. XX, 17.

vuestro nombre á mis hermanos; (1) y él entendía por esto, no solamente á sus discípulos y á todos los justos, que son sus hermanos por razón de la gracia y del espíritu de adopción que los hace hijos de Dios, no solamente á todos los fieles que lo son por el lazo de la fe, sino además, á todos los hombres, porque él ha tomado su naturaleza, y que es, como ellos, hijo de Adam.

II. Mas, es no solamente nuestro hermano, sino nuestro hermano primogénito; San Pablo lo llama por esto *el primogénito de muchos hermanos.* (2) Dignidad que le conviene, 1.º porque él es el único hijo y natural de Dios, y nosotros sólo somos hijos adoptivos; 2.º porque él es el primero de los predestinados, habiendo sido elegido antes que todos á la dignidad de hijo de Dios, sirviendo de modelo á todos aquellos que lo deben ser desde el primero hasta el último.

III. En la ley antigua, el primogénito tenía ventajas muy grandes sobre los demás hijos; era el jefe y el Señor de sus hermanos, quienes estaban obligados á honrarle y á inclinarse ante él con todas las señales de respeto; les daba su bendición en los festines y en las asambleas. Después del diluvio, antes de la promulgación de la ley, era sacerdote y ofrecía á Dios los sacrificios por el bien de la familia. Todas estas cosas señalaban el derecho que debía tocar á nuestro hermano primogénito, y nos enseñaban que él sería nuestro jefe, nuestro Señor y nuestro sacerdote; que nos bende-

1 Non confunditur fratres eos vocare, dicens: Nuntiabo nomen tuum fratribus meis. Hebr., II, 11.

2 Primogenitus in multis fratribus. Rom., VIII, 29.

ciría con una bendición, que nos traería toda suerte de bienes; que estaríamos obligados á adorarle y á rendirle un respeto soberano. Cuando José contó á sus hermanos que él había visto en sueños al sol, la luna y once estrellas que lo adoraban, (1) lo cual significaba á su padre, su madre y sus once hermanos, como Jacob lo comprendió muy bien, precedía por esto que todos los hermanos de Nuestro Señor, Adam y Eva, de quienes era hijo, la Santísima Virgen, su muy digna madre, y San José, su padre nutricio, lo honrarían un día y adorarían su majestad.

Debemos además á este hermano incomparable un gran amor, un amor de hermano. Catón de Utique amaba tan perfectamente á su hermano Cepión, que, habiéndole preguntado uno, cuando era todavía muy joven, á quién amaba más, respondió que á su hermano: y después de él? á mi hermano: y ¿á quién más? á mi hermano: lo que estuvo respondiendo hasta que dejaron de preguntarle. Este cariño fué tan lejos, que Catón, á la edad de veinte años siempre comió y anduvo en compañía de su hermano Cepión. (2) ¿No sería una vergüenza, amar menos á Nuestro Señor, que es nuestro hermano, y un hermano infinitamente más amable que Cepión y cualquiera otro?

Tratando Santo Tomás este asunto dice con razón: "Amáis á vuestro hermano, que parte con vos el cariño de vuestro padre, y que, partiéndolo, lo disminuye hacia vos; el cual partirá con vos su herencia, y que, por consiguiente, la hará me-

1 Genes. XXXVII, 9.

2 Plutarc. in Catone Altie.

nor para vos; vuestro hermano que, apenas en el mundo, ya comienza, en cierto modo, á perjudicaros quitándoos la leche de vuestra madre, y reposando en su seno en lugar de vos; á pesar de todo esto, lo amáis. (1) ¡Ah! amad más bien á éste hermano que, lejos de disminuir el cariño que os tiene vuestro padre, al contrario lo ha aumentando maravillosamente en sus afectos; que os ha hecho su coheredero; que os ha dado el derecho de entrar en la herencia del padre, aun cuando por vuestras desobediencias le hayais dado muchos motivos para que os desheredara; que no os ha quitado bien alguno de los que merecíais, sino que ha hecho que se os concedan muchos que de ningún modo se os debían. El hermano alguna vez procura la muerte á su hermano; mas éste, muy lejos de procuraros la muerte, al contrario la ha sufrido para daros la vida." (2) El hermano, empujando por la ambición, empapa las manos en la sangre de su hermano á fin de reinar sólo él, y Nuestro Señor ha derramado la suya para hacernos participantes de su reino y de su gloria.

¡Oh! con cuánto derecho debemos decirle estas palabras, que David dice de Jonatás, su hermano

2 Amas fratrem, qui tecum dividet, et dividendo diminuit tibi paternum affectum, qui dividet etiam, et diminuit, dividendo, paternum censum, et qui statim natus, quasi tibi injurius, diminuit lac maternum, et adhærens uberi, occupavit locum tuum. S. Thom., Opusc. LXI, cap. XIII.

3 Hunc fratrem ama potius per quem erga te crevit, quantum ad affectum, amor paternus; per quem hæres efficeris et ad paternum sensum admitteris, quamvis patris rebellans exheredari merueris; per quem nullum bonum tibi debitum diminuitur, sed multiplex bonum indebitum tribuitur: postremò tradit frater fratrem in mortem, sed hic pro fratribus semetipsum tradit in mortem. S. Thom., ubi supra.



de alianza y su perfecto amigo: Oh Jesus, mi Señor, mi muy bueno y muy querido hermano, vos que sois bello y amable sobre el amor de todas las criaturas, os amo con un amor tan grande, tan ardiente, tan entero, como la madre más tierna ama á su hijo único. (1) ¡Oh! cuán poderoso motivo es esta cualidad de hermano para honrarlo, servirlo, vivir y morir por él! Cuando Santo Thomas de Cantóbery se preparaba para el martirio por medio de austeridades muy grandes, Nuestro Señor se le apareció un día, mientras daba gracias después de la santa Misa, y le dijo: Tomás, tu honrarás mi Iglesia con tu sangre. El santo, todo asustado, le pregunta: "¿Quién sois vos, Señor?" "Yo soy Jesu-Cristo, le respondió, tu hermano y tu Salvador." (2) Nuestro Señor se servía de estas palabras amables para inflamar su amor, y darle aun más valor para sufrir por él. El mismo Señor tocando en la puerta de la Esposa, tiene el mismo lenguaje con ella en los cánticos: *Abridme, hermana mía, mi muy amada, mi paloma, mi inmaculada.* (3) Gregorio de Nisa dice, que toma estos bellos nombres como cuatro llaves de oro muy propias para abrir el corazón de la Esposa, entrar ahí, y hacerse dueño de sus afectos.

1 Frater mi Jonathas! decore nimis et amabilis super amorem mulierum, sicut mater unicum amat filium, ita ego te diligebam II. Reg. I. 26.

2 Surius, 29 decemb.

3 Aperi mihi, soror mea, amica mea, columba mea, inmaculata mea. Cant. V. 2.

## CAPITULO UNDECIMO.

### Sexto motivo de amor.

Los sufrimientos y la muerte de Jesu-Cristo.

### SECCION PRIMERA.

I. Los sufrimientos son la prueba más grande de amor.—II. Circunstancias de los dolores de Nuestro Señor.—III. Bajeza é indignidad del hombre.

I. Entre todos los motivos que pueden inclinar nuestros corazones al amor de Jesu-Cristo, uno de los más poderosos es la consideración de los sufrimientos terribles que este noble Hijo de Dios, este divino Esposo, este hermano tan lleno de bondad, ha querido sufrir por nosotros, puesto que la prueba más cierta que puede darse á alguno de su amor, es sufrir por él, porque es el sacrificio más grande que se puede esperar de un amigo. Jesu-Cristo mismo nos lo ha enseñado por sus palabras y por su ejemplo: *Nadie, dice él, puede dar á sus amigos pruebas mejores de su afecto como la de morir por ellos.* (1) Esto es lo que hace decir á San Bernardo: "Los beneficios de la creación, de

1 Majorem hanc dilectionem nemo habet, quam ut animam suam ponat quis pro amicis suis. Joan. XV. 13.

de alianza y su perfecto amigo: Oh Jesus, mi Señor, mi muy bueno y muy querido hermano, vos que sois bello y amable sobre el amor de todas las criaturas, os amo con un amor tan grande, tan ardiente, tan entero, como la madre más tierna ama á su hijo único. (1) ¡Oh! cuán poderoso motivo es esta cualidad de hermano para honrarlo, servirlo, vivir y morir por él! Cuando Santo Thomas de Cantóbery se preparaba para el martirio por medio de austeridades muy grandes, Nuestro Señor se le apareció un día, mientras daba gracias después de la santa Misa, y le dijo: Tomás, tu honrarás mi Iglesia con tu sangre. El santo, todo asustado, le pregunta: "¿Quién sois vos, Señor?" "Yo soy Jesu-Cristo, le respondió, tu hermano y tu Salvador." (2) Nuestro Señor se servía de estas palabras amables para inflamar su amor, y darle aun más valor para sufrir por él. El mismo Señor tocando en la puerta de la Esposa, tiene el mismo lenguaje con ella en los cánticos: *Abridme, hermana mía, mi muy amada, mi paloma, mi inmaculada.* (3) Gregorio de Nisa dice, que toma estos bellos nombres como cuatro llaves de oro muy propias para abrir el corazón de la Esposa, entrar ahí, y hacerse dueño de sus afectos.

1 Frater mi Jonathas! decore nimis et amabilis super amorem mulierum, sicut mater unicum amat filium, ita ego te diligebam II. Reg. I. 26.

2 Surius, 29 decemb.

3 Aperi mihi, soror mea, amica mea, columba mea, inmaculata mea. Cant. V. 2.

## CAPITULO UNDECIMO.

### Sexto motivo de amor.

Los sufrimientos y la muerte de Jesu-Cristo.

### SECCION PRIMERA.

I. Los sufrimientos son la prueba más grande de amor.—II. Circunstancias de los dolores de Nuestro Señor.—III. Bajeza é indignidad del hombre.

I. Entre todos los motivos que pueden inclinar nuestros corazones al amor de Jesu-Cristo, uno de los más poderosos es la consideración de los sufrimientos terribles que este noble Hijo de Dios, este divino Esposo, este hermano tan lleno de bondad, ha querido sufrir por nosotros, puesto que la prueba más cierta que puede darse á alguno de su amor, es sufrir por él, porque es el sacrificio más grande que se puede esperar de un amigo. Jesu-Cristo mismo nos lo ha enseñado por sus palabras y por su ejemplo: *Nadie, dice él, puede dar á sus amigos pruebas mejores de su afecto como la de morir por ellos.* (1) Esto es lo que hace decir á San Bernardo: "Los beneficios de la creación, de

1 Majorem hanc dilectionem nemo habet, quam ut animam suam ponat quis pro amicis suis. Joan. XV. 13.

la conservación y otros mil que Nuestro Señor me ha concedido, y me hace todos los días, son motivos muy grandes que me llevan á amarle; mas hay uno que excede á todos los demás, que me mueve, que me estrecha, que me inflama, beneficio que os hace infinitamente más amable á mis ojos, oh buen Jesús! es este cáliz de amargura que habeis bebido, esta obra de la Redención que habeis acabado; ved aquí lo que encadena para siempre nuestros corazones. Este beneficio soberano, este incomparable testimonio de vuestro amor es lo que atraé más dulcemente nuestro afecto, que lo pide más justamente, que más estrechamente lo intima, que lo mueve más poderosamente." (1) El santo da la razón de esto en pocas palabras: "Porque es lo que ha costado más rudos trabajos al Salvador." (2) Para crearme no ha dicho sino una palabra, tan fácil así le era la cosa; pero para repararme después de que, por mi pecado, hube quebrado y hecho pedazos su imagen, le ha costado muy caro. ¿Quereis saber qué precio ha pagado? dice en otro lugar el mismo santo: "De Señor, se ha hecho esclavo; de rico, pobre; de feliz, miserable. Ha revestido su divinidad con nuestra carne, y cubierto su majestad con nuestra bajeza, su poder con nuestra debilidad; de hijo de Dios que era, no ha temido hacerse hijo del hombre. Así, acordaos

1 Sed est quod me plus movet, plus urget, plus accendit; super omnia, inquam, reddit amabilem te mihi, Jesu bone! calix quem bibisti, opus contra Redemptionis, hoc omnino amorum nostrum facile vindicat totum sibi, hoc, inquam, est, quod nostram devotionem et blandius allicit et justius exigit, acetiue stringit, et afficit vehementius. S. Bern., Serm. 20, in Cant.

2 Multum quinque laboravit in eo Salvador. Ibid.

que si fuisteis creado de nada, no habeis sido rescatado con nada. Seis días han bastado á Dios para hacer salir de la nada al universo y al hombre, que es la más noble de sus obras; pero ha tenido á bien querer pasar treinta y tres años sobre la tierra, trabajando y sufriendo por vuestra salud. Oh! cuántas penas y angustias ha sufrido. (1) "El se ha anonadado hasta á la carne, á la muerte, y á la muerte de la cruz. ¿Cuál es el espíritu bastante penetrante para poder comprender, la lengua bastante elocuente para representarnos el esfuerzo prodigioso de humildad, de amor y de benevolencia por el cual el Dios de gloria se ha revestido de nuestra carne, ha sido condenado á la muerte, y clavado en la cruz por los verdugos? ¿Qué exceso de dolor para salvar al hombre! (2) Ha sufrido los trabajos más penosos y los sufrimientos mayores, á fin de obligar al hombre á amarle mucho; y puesto que la facilidad de su creación había hecho al hombre menos apreciador y menos reconocido, ha querido que fuera inclinado á grandes sentimientos de reconocimiento y de amor por la dificultad de la redención." (3) Por

1 De Domino servus, de divite pauper, caro de verbo; et de Dei filio hominis filius fieri non despexit. Memento jam te, et si de nihilo factum, non tamen de nihilo redemptum. Sex diebus condidit omnia et te inter omnia, at vero per todos triginta annos operatus est salutem tuam in medio terræ. Oh quantum laboravit sustinens. Id., Serm. 11, in Cant.

2 Semetipsum exinanivit usque ad carnem, ad mortem, ad crucem; quis dignè penset quantum fuerit humilitatis, mansuetudinis, dignationis Dominum majestatis carne indui, muletari morte, turpari cruce? Id., ibid.

3 Et multam fatigationis assumpsit, quod multe dilectionis hominem debitorem teneret, commone reque, gratiarum actionis difficultas redemptionis, quem minus esse devotum fecerat conditionis facilitas. Id., ibid.

esto, este mismo Señor quizo que su corazón hubiera sido abierto por una lanza, cuando todavía estaba sobre la cruz, para mostrar á los hombres, por este lugar exterior, cuán ardiente estaba su corazón, y para herirlos con los más inflamados dardos de amor. Quiso recibir esta herida, la última de todas, y después de su muerte, para dar á entender que todos los trabajos de su vida y todos los dolores de su muerte, tenían por fin excitar el amor, quería mostrar á los hombres cuál era el suyo y atraer los corazones. Las cuatro dimensiones de largo, ancho, alto y profundo, de que habla San Pablo á los de Efeso, se refieren, según el sentir de muchos santos Padres, á esta caridad que Nuestro Señor nos ha demostrado en su pasión y su muerte: caridad tan grande y excesiva, que el Apóstol dice que *excede todo cuanto los espíritus criados pueden comprender*; (1) por esto ha querido ser extendido sobre el árbol de la cruz, como para abrazar las cuatro partes del mundo. "Nuestro Señor Jesu-Cristo, dice San Agustín, ha mostrado el ardor y la inmensidad de su caridad sobre la cruz, cuando tirada sobre la tierra lo clavaron en ella, y volteándola sobre él, según unos contemplativos, para remachar las puntas de los clavos, elevando su cabeza hácia el oriente, bajando sus piés hácia el occidente y estendiendo sus manos al septentrion y al mediodía." (2) Quería así, por todos los males que sufría en su cuerpo y

1 Supereminenter scientie caritatem. Eph., III. 19.

2 Significavit hanc caritatis suae amplitudinem Dominus Jesus in cruce, caput ad orientem erigens, pedes ad occidentem submittens, manus ad aquilonem et austrum extendens. S. Aug. Ser. 3, de aun Dom.

en su alma, manifestar á todos los hombres, que habitan la tierra, el exceso del amor que tenía por ellos y el deseo que tenía de ser amado de ellos.

II. Mas lo que todavía nos hará comprender mejor la profundidad del amor del Hijo de Dios por nosotros, y la obligación que tenemos de amarle, es la consideración de algunas circunstancias de sus sufrimientos: 1.º la excelencia de su persona, que, siendo infinita, da un precio infinito á todo lo que pasó en su pasión. Si un hombre de baja condición sufre por alguno, merece su amor, puesto que le da una muestra infalible del suyo; expone su vida; aunque sea esta la vida de una persona, que no goza de consideración alguna en el mundo, sin embargo, como que es el mayor bien natural que posee, que nada tiene más caro, y que le da la mayor y más cierta prenda de su afecto, merece de su parte un afecto recíproco. Mas cuando el criador del cielo y de la tierra, el Hijo único de Dios, Jesu-Cristo nuestro soberano Señor, en cuya comparación la vida de todos los ángeles, de todos los hombres y de todas las criaturas juntas, es infinitamente, menos importante que la vida de un mosquito comparada á la de todos los monarcas, puesto que es la vida de un hombre Dios, y por consiguiente una vida de un mérito, de un valor y de una dignidad absolutamente infinitas; cuando digo, el Hijo de Dios se digna sufrir y dar su vida por nosotros, ¿qué profundidad de amor no nos descubre en este misterio? ¿No nos persuade con dulce y admirable fuerza á amarle, si no queremos pagar este beneficio por la más monstruosa ingratitud? Si Dios hubiera enviado á un serafín, ó bien á un ángel del último orden, para hacerse hombre y morir por no-

sotros, esto hubiera sido, sin duda, una maravilla muy grande y un beneficio inestimable; más cuando viene él mismo, ¿qué podremos decir de una gracia tan extraordinaria, y con qué sentimientos de admiración y de amor no debemos recibirlo? Cuenta la Escritura Santa que el santo hombre Tobías, (1) al saber que aquél que había conducido á su hijo en su viaje, era un angel, se postró en compañía de su hijo con el rostro contra la tierra y así permaneció durante tres horas, tan grande así era la admiración de que se sintieron poseídos á la vista de un beneficio tan señalado. ¿Qué hubieran hecho pues, y de qué sentimientos se hubieran penetrado, si Dios en persona se hubiera dignado acompañar, conducir y volver a traer al joven Tobías? La admiración hubiera llegado á ser infinitamente mas grande aún, si Dios mismo hubiera querido sufrir todo lo que la crueldad de los hombres pudiera inventar, y aun perder la vida para conducir felizmente á este hijo.

Y ciertamente, podemos creer con razón que, si fueron poseídos de admiración porque un angel les había prestado ese servicio, su admiración hubiera sido mucho más grande si este angel hubiera sido obligado por eso, á ser entregado á los verdugos, azotado con varas, cubierto de ultrajes y llevado cruelmente á la muerte. Mas, ¿qué sería por consiguiente, si éste hubiera sido el Señor de los ángeles? Y, ¿puede uno acaso figurarse un espectáculo más admirable que este? espectáculo que sería durante toda la eternidad el objeto de la admiración, del amor y de las alabanzas de los án-

1 Tob. XII, 22.

geles y de los hombres? Un Dios atado, sujetado, azotado, coronado de espinas, cubierto de salivas; aquel á quien los ángeles contemplan en el seno de su Padre, sentado sobre el trono de su gloria, infinitamente elevado sobre todo cuanto es posible imaginarse de más grande, ser atado ignominiosamente en un patíbulo, en medio de dos infames ladrones? Ante este espectáculo nuestros corazones deben ablandarse y derretirse. Viendo los amigos de Job á este santo hombre caído de la fortuna más floreciente en un abismo de miserias, sentado en un muladar, limpiando con un guijarro las úlceras de que estaba cubierto su cuerpo, de tal modo se enternecieron y se espantaron de este extraño espectáculo, que permanecieron siete días y siete noches viéndolo, sin poder dirigirle una sola palabra. (1) ¿Con qué ternura y con qué profunda admiración debemos en consecuencia considerar á este Dios de toda majestad, á este Señor absoluto del universo, con el cuerpo quebrantado, desgarrado á golpes de azotes, agobiado de dolor, clavado ignominiosamente en un patíbulo, ¡y todo esto por amor á nosotros! Yo no me admiro ahora más de que Moisés al conocer este misterio sobre la santa montaña, exclamó, todo arrebatado y fuera de sí mismo: "Oh Dios infinitamente misericordioso, lleno de bondad y de paciencia! ¡Oh Dios lleno de piedad!" (2) sin poder proferir otra palabra para publicar esta misericordia infinita, y este amor incomprendible que le acababa de ser representado.

1 Job. II, 13.

2 Exod. XXXIV, 6.

III. La segunda circunstancia que debemos notar es la cualidad de las personas por quienes sufre. Son los hombres, es decir criaturas muy viles, de las que nada tenia que esperar ni que temer, y que aun eran sus enemigos. Se ha visto á padres morir por sus hijos, á hijos por sus padres, esposos por sus esposas, esposas por sus esposos, parientes por parientes, amigos por sus amigos; pero morir por sus enemigos, morir con una muerte tan infame y tan dolorosa, como lo era el suplicio de la cruz entre los Judios, esto es lo que jamás se ha visto sino en el Hijo de Dios, *que ha hecho ver*, como dice San Pablo, *el amor ardiente que nos tiene muriendo por nosotros*, aun cuando éramos aún todavía pecadores y sus enemigos; (1) y que ha llevado su ternura hasta el punto de llamarnos sus amigos, aun cuando fuéramos sus enemigos declarados. Mis amigos, dice él, por boca de David, *se han levantado y armado contra mí*; (2) lo que, según la interpretación de San Agustín y de San Crisostomo, (3) se aplica á la queja que Nuestro Señor hace á los Judios que lo persiguieron y condenaron á muerte. Y cuando Jesu-Cristo mismo decía *que ninguno podia dar mayor prueba de amor á sus amigos que sufrir por ellos la muerte*, hablaba de los hombres por los cuales quería morir. Cuando Judas, el más malo de sus enemigos, fué á buscarlo en el jardín de los Oli-

1 Commendat charitatem suam in nobis, quoniam cum adhuc peccatores essemus, secundum tempus Christus pro nobis mortuus est. Rom. V. 8.

2 Amici mei, et proximi mei, appropinquerunt adversum me, et steterunt. Ps., XXXVII, 12.

3 Aug. ib, Chrys. Hom. in. Psalm. XXXVII.

vos para entregarlo en manos de los soldados, lo recibió con estas palabras, que hubieran podido ablandar á este tigre: *Amigo mio ¿á qué has venido?* (1) Lo cual muestra que él llama, amigos suyos á Judas y á todos los hombres: amigos, como dice Santo Tomás después de San Crisostomo, no porque él era amado de ellos, sino porque ellos eran amados de él. (2) Y en efecto, como hubiera podido él llamarlos sus enemigos, pues que, para procurarles la vida eterna, y asociarlos á la participación de su reino y de sus bienes, había resuelto sufrir tantos males y aun la muerte misma de la cruz.

1 Amice, ad quid venisti? Math. XXVI. 60.

2 Licet non essent amici, quasi amantes, erant tamen amici ut amati. S. Thom. in Joan., XV. S. Chrysot. loco. citato.

SECCION SEGUNDA.

Otras dos circunstancias notables de los sufrimientos de Nuestro Señor.

I. Su multitud y su grandeza.—II. Sufrimientos del alma y del cuerpo.—III. Su duración.—VI. Delicadeza de la complexión de Nuestro Señor.—V. El amor extremo con el cual él ha sufrido.

I. La primer circunstancia es la multitud de sus dolores, que han sido tales, que el profeta Isaías llama á Nuestro Señor *un hombre de dolores*; (1) y que dice en otro lugar: *desde la planta de los pies hasta la coronilla de la cabeza, no hay una parte que no esté desgarrada.* (2) También el mismo Salvador exclama por boca del profeta Jeremías: *¡Oh! vosotros todos que pasais por el camino considerad y ved si hay dolor semejante al mio.* (3)

II. Santo Tomás, hablando de este asunto, nos enseña que los males de Nuestro Señor han extendido á todos cuantos los hombres pueden sufrir en esta vida. La razón se toma de la generalidad puesto que él ha sufrido en su cuerpo, y en su alma, en todos los miembros y todos los sentidos

1 Virum dolorum, cap. LV, 3.

2 A planta pedis usque ad verticem non est in eo sanitas, cap. I, 6.

3 Oh vos homines qui transitis per viam, attendite, et videte, si est dolor sicut dolor meus. Thren., I, 12.

de su cuerpo, y en todas las potencias de su alma, en su interior y exteriormente. Por esto él mismo compara sus sufrimientos, al hablar de ellos con sus discipulos, ya el bautismo, ya el cáliz: el bautismo significa los males del cuerpo, puesto que está destinado á purificar exteriormente; el cáliz figura los del alma, puesto que el licor está destinado al interior. Ha sufrido exteriormente por parte de los bienes; porque, sin hablar de la pobreza de su nacimiento, de su huida, de su permanencia en Egipto y de las miserias de toda su vida; en el tiempo de su pasión, fué despojado de sus vestidos por los soldados, que se los repartieron entre si, y clavado en el patíbulo. Ha sufrido en su honor y en su reputacion, pues que ha sido cargado de oprobios, llamado blasfemador, sedicioso, gloton y poseído del demonio; en su sabiduría divina, puesto que ha sido mirado como un ignorante; un impostor y un insensato; en su poder, puesto que atribuían sus milagros a la intervencion del demonio; en sus discipulos, uno de los cuales lo traicionó y lo vendió; el primero de todos lo negó, y todos los demás lo abandonaron. Sufrió de parte de toda clase de personas, de reyes, de gobernadores, de jueces, de cortesanos, de soldados, de pontífices, de sacerdotes, de gentes instruidas, de levitas, de seglares, de judíos, de hombres y de mujeres; y generalmente de todos; su santa Madre aun le fué un gran aumento de aflicción, cuando la vio al pié de la cruz, presente á su muerte, y anegada en un oceano de amargura.

El ha sufrido además en todos los miembros de su cuerpo sagrado: su cabeza fué coronada e es.

pinas, su rostro cubierto de salivas; su barba y sus cabellos fueron arrancados, sus mejillas amaratadas por las bofetadas, su cuello y sus brazos apretados en los lazos, sus espaldas agobiadas bajo el peso de la cruz, sus piés y sus manos atravesadas de clavos, su costado abierto por una lanza, y todo su cuerpo desgarrado sin piedad por 5.000 azotes y según San Bernardo; seis mil seiscientos, sesenta y seis. Todos sus sentidos fueron también lavados por este bautismo de dolor: sus ojos fueron ofendidos por los gestos llenos de desprecio que le hacían sus enemigos, por las lágrimas y desolación de sus amigos; sus orejas, por los falsos testimonios, las calumnias, las horribles blasfemias que esas bocas impuras bombitaban contra él; su olfato, por la infecta podredumbre que exhalaban los cadáveres del Calvario; su gusto, por una sed ardiente, que no fué alivia la sino por la hiel y vinagre; el tacto, por los dolores excesivos que le hicieron sufrir los azotes, las espinas y los clavos. Su muy santa alma fué atormentada horriblemente por la vista de los pecados de todos los hombres, que él miraba como otros tantos ultrajes hechos a Dios su Padre, por los cuales él quería satisfacer, y de los que tenía un dolor más vivo, dice el doctor angélico (1) que el hombre más arrepentido. Este dolor era muy vivo, sea á causa de su objeto, á saber: los pecados del género humano, que era, ciertamente, el objeto más capaz de inspirar el arrepentimiento más grande y más vehemente, sea porque la sabiduría y el amor, que son ciertamente las causas más propias para excitar

1. Questio, cit., art. IV, ad. 4.

el arrepentimiento más amargo, estaban en Jesu-Cristo en un grado infinitamente sobre todo cuanto pueden reunir todas las criaturas juntas. El consideraba, además, los males de los hombres, á quienes amaba soberanamente, y de los que por consiguiente tenía una compasión extrema; y no solamente se afligía por todos los hombres en general, sino que tenía piedad de cada uno en particular. Vea todos los pecados, (1) y sufría tantos dolores como hombres había, cuantos pecados y suplicios preparados á cada uno de ellos: dolores que tomaban su origen en las entrañas de su misericordia y de su bondad infinita; mas, como los pecados de los hombres y los castigos que merecían eran casi sin número, sus dolores han sido también sin número y sin medida. El aceptó todos estos dolores y la muerte, porque quería librar á los hombres de sus pecados y de todos los castigos que habían merecido.

No solamente tenía compasión de los hombres, sino que tenía también compasión de sí mismo, porque conociendo, por una parte, que su vida era infinitamente preciosa, la amaba infinitamente; y por otra, sabiendo que había venido él para perderla, y perderla por una muerte violenta é ignominiosa, le era imposible el no sentir por esto un vivo dolor; porque, como dice Aristóteles, á quien cita Santo Tomás á propósito de esto, aun cuando el hombre virtuoso exponga voluntariamente su vida por el bien público, la estima sin embargo y la quiere tanto más cuanto sabe que es de mayor precio. (2) Por eso Nuestro Señor dice por Jere-

1 B. Angela, Folio. CLXI.

2 Aristot. lib. 3. Ethic. cap. IX. — Sn. Thom., loco citado.



mías: *Yo he abandonado mi alma, mi vida, que me era tan querida, á la crueldad de sus enemigos.* (1) Además, Nuestro Señor resentía en su alma vivos disgustos de todas las afrentas que le hacían, porque mientras una persona es más noble é ilustre, más siente el desprecio y las ignominias. Un rey que comprende su dignidad, sentirá ciertamente más pena que un simple aldeano; ¿qué no habrá sido, por tanto, la pena de este noble Hijo de Dios, de este Rey de reyes, en medio de tanta confusión y oprobios?

En fin, esta alma divina ha sentido vivos dolores en su memoria, recordando todos los males que le habían hecho; en su entendimiento, preciendo cuán poco imitarían sus virtudes los hombres, y cuán poco provecho sacarían de sus trabajos; en su voluntad, por los abandonos interiores, las desolaciones extremas, las tristezas y los disgustos inexplicables, las agonías mortales, que ocasionaron aquel sudor de sangre, tan abundante, que bañó la tierra en donde hacía oración.

III. Lo que ha contribuido también á aumentar considerablemente los dolores de Nuestro Señor, fué su duración, puesto que comenzaron en el momento de su concepción y no acabaron sino hasta su muerte. Desde el momento en que su alma santísima fué criada y unida al cuerpo y á la divinidad, estuvo dotado de una sabiduría infinita, que le hizo ver muy claramente, y en particular, todos los tormentos reservados á su cuerpo y á su alma. Vió y sintió desde entonces, en cierto mo-

1 Dedi dilectam animam meam in manibus inimicorum ejus. Jerem. XII, 7.

do, los golpes de martillos que iban á desgarrarlo, el dolor de piés y manos por los clavos que iban á atravesarlos, el de cabeza por las espinas que iban á enterrarle; toda la sangre que iba á derramar, los ultrajes y las infamias de que iba á ser agobiado; cuáles serían sus verdugos, el tiempo en que debía sufrir, el género de sufrimientos que le estaban destinados, su tamaño, y desde el primer momento de su concepción él abrazó en espíritu esos clavos, esas espinas, esos azotes y todos esos males, repitiendo las palabras que David había puesto en su boca: *Yo estoy preparado para sufrir todos los dolores y á morir;* mi pasión se presenta día y noche á mi pensamiento. (1) Aristóteles cuenta que un hombre de la Grecia tenía continuamente su imagen presente ante los ojos; (2) del mismo modo Nuestro Señor, por el conocimiento perfecto que tenía de todo, desde el momento de su concepción, veía sin cesar todos los tormentos que debía sufrir: se veía vendido, traicionado, abofeteado, coronado de espinas, atado á una columna, desgarrado por una granizada de azotes, puesto en paralelo con un asesino que le es preferido, clavado en un patíbulo, rindiendo el último suspiro en medio de un abismo de males. El tenía continuamente estos tristes objetos á sus ojos, y esta vista le atravesaba el corazón, y llenaba su alma de aprehensiones mortales. No hay que admirar, después de esto, que jamás haya reído, como lo cuenta la tradición, puesto que estaba sin cesar poseído por estos lúgubres objetos.

1 Ego in flagellá paratus sum, et dolor meus in conspectu meo semper. Ps., XXXVII, 18.

2 Apud cardan. lib. XIII, de variet, cap. XLIII.

IV. La delicadeza de su complexión, mayor que la de los demás hombres, le hacía también todos estos dolores extremadamente penosos y sensibles; añadid á esto la perfección de su imaginación que comprendía muy vivaente todos los objetos, y se los representaba sin ninguna especie de alivio. Los que sufren, experimentan ordinariamente algún alivio en sus penas; los mártires, en medio de sus tormentos, caían frecuentemente en éxtasis; estaban revestidos de un espíritu de fuerza y de amor, que colmaba sus almas de consolaciones tan sensibles, que andando sobre carbones encendidos, creían pisar rosas, y en medio de las llamas se sentían refrescados de un dulce rocío. Mas Nuestro Señor bebió la amargura de su cáliz hasta las heces, sin alivio alguno, y fué entregado al rigor de todos sus males de tal manera, que estando sobre la cruz, la fuerza de sus angustias le arrancó estas palabras dolorosas: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me habeis abandonado?* (1) De manera que si nos presentaran todos los mártires, San Pedro con su cruz, San Pablo con su espada, San Esteban con sus piedras, San Ignacio con sus leones, San Lorenzo con su parrilla, Santa Catarina con su rueda de navajas, todos los demás con todos los instrumentos de sus suplicios, y en general todos los hombres que han sufrido desde el principio del mundo, y que, por otra parte, Jesu-Cristo se mostrara á nosotros con todos los instrumentos de su pasión, todos sus dolores, todas sus angustias, tanto interiores como exteriores, bien

1 Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquiste me? Math. XXVIII, 48.

pronto juzgaríamos que él es el martir de los mártires, el rey de aquellos que sufren; que sus males exceden todo cuanto han sufrido los hombres sobre la tierra, y que con justa razón el profeta lo llama *varón de dolores*. Ahora bien, si el dolor que un hombre sufre por otro hombre es una razón suficiente para merecer su amor; si el más pequeño de los dolores que Nuestro Señor ha sufrido por nosotros es de un precio mucho mayor, y debe conmovernos más sensiblemente que si todos los ángeles y los hombres hubieran muerto y se hubieran anonadado por nosotros; puesto que sus dolores han excedido todo cuanto el espíritu humano puede concebir ¿no debemos concluir de esto que nos ha dado él las pruebas de un amor infinito, y que debemos corresponder á este amor por todos los medios que el amor pueda sugerirnos?

V. La segunda circunstancia que debe todavía movernos más, es el amor extremo con el cual ha sufrido; lo que ha mostrado evidentemente de muchas maneras:

1.º En la elección de los sufrimientos: *Pudiendo permanecer en el seno del gozo, dice San Pablo, él prefirió la cruz*, (1) lo cual quiere decir, según la interpretación de San Crisóstomo, de Theofilato y de todos los Padres latinos, que el Hijo de Dios, pudiendo permanecer en el cielo, en el seno de su gloria, infinitamente alejado de todas nuestras miserias, ha preferido mejor, por amor á nosotros, bajar á la tierra, hacerse hombre y ser crucificado. Además, desde que Jesu-Cristo se hizo hombre y se unió su divinidad á nuestra humani-

1 Proposito gaudio, sustinuit crucem. Hebr. XII, 2.

dad, podía comunicar á su cuerpo sagrado el mismo gozo, la misma inmortalidad, la misma bienaventuranza de que goza ahora; todo esto le era debido naturalmente; él se privó de ello por un tiempo, y permitió que ese cuerpo sufriera toda suerte de dolores y la muerte misma. Ruperto añade que el Padre eterno propuso á su Hijo, en el momento de su Encarnación, la elección de salvar al mundo por los placeres ó las aflicciones, los honores ó las infamias, las riquezas ó la pobreza, la vida ó la muerte; de suerte que si él hubiera querido, hubiera podido, en medio de los gozes y delicias, glorioso y triunfante, resecatar á los hombres y conducirlos con él al cielo; pero él escogió más bien los trabajos y la cruz para dar más gloria á Dios su Padre, y dar á los hombres el testimonio de un amor más grande.

2.º El ha mostrado este amor, en que habiendo escogido los males, podía contentarse con el menor de los dolores: una gotita de sangre suya, siendo de un precio infinito, á causa de la dignidad de su persona, hubiera bastado para lavar al género humano y pagar todas nuestras deudas; pero él ha querido satisfacer de una manera sobra-abundante, como dice David. (1) Para descubrirnos la profundidad de su amor, él ha dado su sangre hasta la última gota; ha querido que tantas espinas atravesaran su cabeza, que los clavos desgarraran su carne virginal, que sus espaldas fueran destrozadas por tantos azotes, y que su cuerpo y su alma fueran la presa de una infinidad de dolores.

1 Quia apud Dominum misericordia, et copiosa apud eum redemptio. Ps. CXXIX, 7.

3.º El deseó todos estos tormentos con un ardor increíble, y esperó con una santa impaciencia la hora en que debía verse este *hombre de dolores*, que Isaías había anunciado. Jamás avaro alguno deseó con tanto ardor las riquezas, un ambicioso los honores, un sensual los manjares más exquisitos, como Nuestro Señor deseó su pasión y muerte. *Fuego he traído á la tierra*, dijo él un día á sus discipulos, estrechado por el ardor de sus deseos, *nada deseo tanto como verme en medio de las flamas, y que este fuego me devore; yo debo ser bautizado con un bautismo de sangre; y ¿cuánto lo deseo hasta que se cumpla en mí!* (1) ¡Qué tarde se me hace el ver llegar el día en el que seré entregado á los verdugos, llevado bruscamente por las calles de Jerusalem, cubierto de oprobios, desgarrado por azotes, coronado de espinas, clavado en un patíbulo, tomando en mi sed hiel y vinagre, abismado en un océano de amarguras! Y sabiendo el designio que Judas tenía de traicionarle y de abandonarle á la rabia de los judíos, le dice: *Has pronto lo que has resuelto hacer.* (2) Prosigue, yo no pongo obstáculo alguno á ello; muy lejos de eso, yo tengo un deseo de ser vendido más grande que el tuyo de venderme; más tarde se me hace á mí el verme entre las manos de mis enemigos, que á tí el entregarme; yo deseo más ardientemente dar el precio de la redención de los hombres, que tú recibir el de tu perfidia. Para mostrar el ardor de su deseo, él hablaba frecuentemente de su pa-

1 Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur? Baptismo habeo baptisari, et quomodo coarctor usque dum perficiatur. Luc. XII, 49.—Maldon., ibid.

2 Quod facio fac citiu. Joan. XIII, 27.

sión; se complacía en hablar de ella con sus discípulos; llegó hasta á reprender severamente á San Pedro un día que trataba de apartarlo de ella: *Retírate de mí Satanás*, le dijo, *me eres un motivo de escándalo*; tus discursos son contrarios á mis deseos y á los designios de mi Padre. (1) En sus mismas alegrías gustaba traer el recuerdo de su pasión; no las encontraba nunca sino en tanto que estaban mojadas en la hiel. El día de su transfiguración, habló con Moisés y Elías de lo que había de sucederle en Jerusalem, de los dolores excelsivos que debía sufrir para mostrar su amor. (2)

4.º Cuando ya no se trató de desear solamente los tormentos, sino que llegó la hora de sufrirlos realmente, se manifestó á sus discípulos, y les declaró con una grande alegría el cumplimiento de sus deseos. Sería difícil, sin duda, el pintar con qué amor y con qué alegría una madre abraza y estrecha en sus brazos á su hijo único, que vuelve sano y salvo de una batalla, cuando lo creía muerto; pero ¿cómo pintar el que experimentó Nuestro Señor al abrazar su cruz y viendo los tormentos que iba á sufrir por nuestra salvación? Los deseaba ya hacia treinta y tres años, con todo el ardor de su corazón: ¿cómo figurarse los transportes de alegría que sentía viendo cumplidos sus deseos? Por esto, contra su costumbre, hizo una entrada triunfante en la ciudad de Jerusalem, en donde sabía que los judíos debían

1 *Vade post me, Satanas, scandalum factus es mihi.* Matth., XVI, 23.

2 *Dicebant excessum ejus, quem complecturus erat in Jerusalem.* Is., IX, 31.

prenderlo y condenarlo á muerte. En la cena que hizo con sus apóstoles, antes de su pasión, les dijo que tenía un deseo extremo de comer esta pascua con ellos por la última vez. Cuando fué terminada, los evangelistas dicen que salió de la sala para ir al jardín de los Olivos, *después de haber rezado el himno*; (1) es decir, como lo interpretan muchos doctores, (2) antes de salir, cantó como el cisne divino, con una voz dulce y melodiosa, un bello himno, tanto para terminar la cena del cordero pascual, según la costumbre de los judíos, como para demostrar la alegría que experimentaba en dirigirse hacia el lugar en el cual iba á ser entregado. Después de esto se levantó diciendo: *A fin de que el mundo sepa que yo amo á mi Padre y que hago lo que él me ha mandado, levantaos, salgamos de aquí*; (3) lo que hizo con un rostro radiante de alegría. Así el profeta había dicho de él: *Ha sido ofrecido en sacrificio*, no por fuerza sino por su completo gusto, *y porque él lo ha querido*. (4) Habiendo llegado al lugar; de su sacrificio, se puso en oración, y, conociendo que sus enemigos se acercaban, se levantó, fué ante ellos, les declaró quién era él. Derribados con estas palabras, les hubiera reducido á la impotencia de hacerle mal, si él lo hubiera querido; pero les permitió levantarse, que lo aprendieran, lo ataran, lo condujeran en este estado á los jueces, sin hacer resistencia alguna; al contrario, se opuso á

1 *Himno dicto.* Matth., XXVI, 30.

2 *Palaciód, in Matth.—Petr. Mont C. de Pass.—Barrad. etc.*

3 *Ut conoseat mundus quia diligo Patrem, et sicut mandatum dedit mihi pater, sic facio, surgite, ea mushinc.* Joan., XIV, 31.

4 *Oblatus est quia ipse voluit.* Is., LIII, 7.

aquellos de los suyos que querían hacerla, y por una bondad y una dulzura incomparables, curó la oreja de un criado del Sumo Sacerdote, á quien San Pedro se la había cortado para defenderlo.

En fin, él llama en los Canticos, según la interpretación de San Ambrosio y de muchos otros, (1) al día de su pasión, el día de sus bodas y de su alegría, para mostrar que este día le era tan agradable como lo es á los hombres el de sus nupcias, ó aquel en que les sucede alguna gran felicidad. Estando sobre la cruz, no quiso aligerar ó abreviar sus dolores; no bebió sino vino mezclado con hiel y vinagre, que acostumbraban dar á los pacientes para hacerles perder, en cierto modo, la sensación de sus males, y anticipar su muerte; él lo probó, lo que bastó para sentir la amargura, mas no el que lo hubiera atargado y entorpecido el sentir los dolores. Muy al contrario de abreviar sus dolores, deseaba prolongarlos y sufríroslos mil veces más; por esto dijo: *Tengo sed.* (2) Y ¿qué puede, Señor, exaltar en vos esa sed? ¿Hay acaso apariencia de que siendo vos quien sois, y queriendo darnos ejemplo de una paciencia perfecta, al punto de morir pensárais en refrescar vuestro cuerpo con algún licor? ¡Ah! vuestra alma santa está sedienta más bien del deseo de sufrir nuevos tormentos por nuestra felicidad. “Esta sed, dice San Lorenzo Justiniano, venía del ardor de su ternura, de la fuerza de su amor, de la abundancia de su caridad; tenía sed de nosotros, de darse á nosotros y de sufrir por nosotros.” (3)

1 Cant. III. 11. apud. Ghislerium, ibi.

2 Sitio Joan., XIX. 28.

3 Sitis hæc de ardore dilectionis, de amoris fonte, de latitu-

### SECCION TERCERA.

Cuánto deben estos sufrimientos llevarnos á amar á Jesucristo.

I. Fuerza de este motivo.—II. Nada podemos desear de mas.—III. Cuánto se han conmovido los santos por él.—IV. Revoluciones.

I. La excelencia de la persona divina, nuestra profunda miseria, el rigor y la multitud de los tormentos, el amor inmenso con el cual Jesu-Cristo los ha sufrido, todo nos obliga poderosamente, ó por decir mejor, nos estrecha á amarlo con todo nuestro corazón. San Bernardo hace un bellissimo discurso sobre esta materia. La consideración seria, dice él, del misterio de la encarnación del Hijo de Dios, de todo cuanto ha hecho durante su vida, y particularmente de lo que ha sufrido después de su muerte, es un motivo infinitamente poderoso para encender en todos los corazones el amor más ardiente por este divino Salvador; “porque Dios viendo que el amor de los hombres dependía mucho de la carne y de los sentidos, les ha mostrado una dulzura tan grande, y los ha colmado de tantas caricias en la carne que él tomó por ellos, que se necesitaría tener un corazón

dine nascitur caritatis. Sitiebat nos, et dare se nobis desiderabat. S. Laur. Just. lib. de Agone, cap. XIX.

aquellos de los suyos que querían hacerla, y por una bondad y una dulzura incomparables, curó la oreja de un criado del Sumo Sacerdote, á quien San Pedro se la había cortado para defenderlo.

En fin, él llama en los Canticos, según la interpretación de San Ambrosio y de muchos otros, (1) al día de su pasión, el día de sus bodas y de su alegría, para mostrar que este día le era tan agradable como lo es á los hombres el de sus nupcias, ó aquel en que les sucede alguna gran felicidad. Estando sobre la cruz, no quiso aligerar ó abreviar sus dolores; no bebió sino vino mezclado con hiel y vinagre, que acostumbraban dar á los pacientes para hacerles perder, en cierto modo, la sensación de sus males, y anticipar su muerte; él lo probó, lo que bastó para sentir la amargura, mas no el que lo hubiera atargado y entorpecido el sentir los dolores. Muy al contrario de abreviar sus dolores, deseaba prolongarlos y sufríros mil veces más; por esto dijo: *Tengo sed.* (2) Y ¿qué puede, Señor, exaltar en vos esa sed? ¿Hay acaso apariencia de que siendo vos quien sois, y queriendo darnos ejemplo de una paciencia perfecta, al punto de morir pensárais en refrescar vuestro cuerpo con algún licor? ¡Ah! vuestra alma santa está sedienta más bien del deseo de sufrir nuevos tormentos por nuestra felicidad. “Esta sed, dice San Lorenzo Justiniano, venía del ardor de su ternura, de la fuerza de su amor, de la abundancia de su caridad; tenía sed de nosotros, de darse á nosotros y de sufrir por nosotros.” (3)

1 Cant. III. 11. apud. Ghislerium, ibi.

2 Sitio Joan., XIX. 28.

3 Sitis hæc de ardore dilectionis, de amoris fonte, de latitu-

### SECCION TERCERA.

Cuánto deben estos sufrimientos llevarnos á amar á Jesucristo.

I. Fuerza de este motivo.—II. Nada podemos desear de mas.—III. Cuánto se han conmovido los santos por él.—IV. Revoluciones.

I. La excelencia de la persona divina, nuestra profunda miseria, el rigor y la multitud de los tormentos, el amor inmenso con el cual Jesu-Cristo los ha sufrido, todo nos obliga poderosamente, ó por decir mejor, nos estrecha á amarlo con todo nuestro corazón. San Bernardo hace un bellissimo discurso sobre esta materia. La consideración seria, dice él, del misterio de la encarnación del Hijo de Dios, de todo cuanto ha hecho durante su vida, y particularmente de lo que ha sufrido después de su muerte, es un motivo infinitamente poderoso para encender en todos los corazones el amor más ardiente por este divino Salvador; “porque Dios viendo que el amor de los hombres dependía mucho de la carne y de los sentidos, les ha mostrado una dulzura tan grande, y los ha colmado de tantas caricias en la carne que él tomó por ellos, que se necesitaría tener un corazón

dine nascitur caritatis. Sitiebat nos, et dare se nobis desiderabat. S. Laur. Just. lib. de Agone, cap. XIX.

más duro que la roca para no dárselo todo entero. (1) Queriendo rescatar al hombre que había perdido, y volver á sac r á esta noble criatura de las manos del demonio, que se la había arrebatado, dijo: "Si lo obligo á venir á mí contra su gusto, no será entonces un hombre lo que yo habré adquirido, sino un sér desprovisto de razón, porque no vendrá de buena voluntad y no podrá decir con todo su gusto: Yo os ofrezco voluntariamente el homenaje de mi corazón." (2) Para inclinarlo á hacer esta ofrenda de su propio movimiento, lo atemorizaré y le llenaré el alma de terror. Entonces lo amenaza con males que el espíritu humano no puede ni aun concebir, tinieblas eternas, gusanos roedores que jamás mueren, un fuego devorador que debe ser eterno." (3) No rindiéndose el hombre á las amenazas, Dios quiere atraerlo por promesas, y, sabiendo que no solamente es tímido, sino que también está lleno de ambición, que desea naturalmente el oro, la plata, los honores, y sobre todo la vida, le ha prometido tesoros infinitos, riquezas, honores soberanos, una vida eternamente feliz, lo que el ojo no ha visto jamás, la oreja jamás ha oído, lo que el espíritu humano jamás ha podido comprender, creyendo que, puesto que él amaba tanto una vida tan cor-

1 Tantam eis dulcedinem exhibuit in carne, ut durissimi cordis sit, quisquis eum toto affectu non diligat. S. Bern., Serm., de dilig. Deo.

2 Si invitum coegero, asinum habeo, non hominem, quoniam quidem non libens veniet, nec spontaneus ut possit dicere: Voluntarie sacrificabo tibi. Ibid. Ps. LIII, 8.

3 Terebo eum si fortè convertatur et vivat: et comminatus est acerbiora quae excogitari possunt, tenebras aeternas, vermes immortales, ignem inextinguibilem. Ibid.

ta, y tan trabajosa, amaría mil veces más la que no debe jamás acabar, que está libre de todos los males, y llena de toda suerte de bienes. (1) Pero, viendo que todo esto era inútil, dijo: "Me queda aún un medio; no solamente el hombre se deja atraer por el temor y por el atractivo de las riquezas, sino que el amor es quizás el móvil más poderoso para atraerlo. Y bien, él ha empleado este último medio, el más eficaz de todos. Se ha revestido de nuestra carne, se ha hecho tan amable, y nos ha mostrado un amor tan prodigioso, que nos ha dado de él la prueba más fuerte que ha hubo jamás. ¡Cuán caros le éramos, puesto que ha muerto por salvarnos! Si después de esto hay todavía hombres tan endurecidos para resistir á tanto amor, para rehusar convertirse á él, y á darle todo su corazón, ¿no merecen con justicia oír salir de su boca estas palabras tronantes: ¡Oh hombre! ¿qué le debido hacer por tí, y para ganar tu corazón que no lo haya yo hecho?" (2) He aquí lo que dice San Bernardo, que nota con razón que los tormentos y la muerte de Jesu-Cristo son el testimonio más convincente de su amor por nosotros.

II. Y en efecto, ¿qué podemos desear aún, y á extremidad queremos reducirlo, puesto que él ha

1 Promisit vitam aeternam, promisit quod nec oculus vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit. Ibid.

2 Unum restat adhuc, inest homini non solum timor et cupiditas, sed et amor, nec quicquam in eo vehementius ad trahendum. Venit itaque in carne, et tam amabilem se exhibuit ut illam nobis impenderet caritatem, qua majorem nemo habet quam ut animam suam daret pro nobis. Quis quis sanè nec ob hoc quidem converti volnerit, nonne meritò andict. ¿Quid debuisti facere tibi et non fecisti? Ibid.

derramado toda su sangre y que ha sufrido más tormentos que ninguno aquí en la tierra? Si él hubiera tenido algo más precioso que su sangre, nos lo hubiera dado. ¿Se puede acaso pedir una cosa con más instancia, que sufriendo mil dolores para obtenerla, y puede comprarse más caramente que dando su vida por ella? ¿Qué más podía hacer él? Os constituyo juez de ello, nos dice él mismo en Isaias, aun cuando seais parte, *¿qué debí yo hacer á mi viña que no lo haya yo hecho?* (1) ¿Qué medio más propio he podido emplear? ¿de qué invención más conforme á vuestra naturaleza he podido servirme para hacerme amar de vos, que unirme personalmente á vuestra naturaleza y morir por vos? ¿Qué podemos responder? ¿pudiéramos acaso encontrar algún otro? Por esto, una de las últimas palabras que profirió sobre la cruz, fué esta: *Todo está consumado.* (2) Él quería decir sin dula por esto, que el antiguo testamento, los deseos de los patriarcas, las figuras y las profecías que miraban á su persona, estaban cumplidas; que la malicia de los judíos, la tiranía del demonio, estaban en su último período; mas él quería también declararnos que todos los artificios del amor estaban ya agotados, y que, á pesar de la profundidad de su sabiduría y de su poder, no podía hacer nada más fuerte, para hacerse amar de los hombres, que haberse hecho hombre y morir por ellos. Los santos Jerónimo y Agustín interpretan así ese texto del profeta á Habacuc: *Tiene cuernos en sus manos, y ahí*

1 *Judicate inter me et vineam meam, quid est quod debin ultra facere vinee meae et non feci?* Isai., V. 3.

2 *Consummatum est.* Joan., XIX, 30.

*está escondida su gran fuerza;* (1) tiene en sus manos clavadas sobre la cruz una potencia soberana y una victoria asegurada, de la cual son símbolo los cuernos, según el lenguaje de la Escritura; y ha hecho de su cruz el arma más poderosa para atacar el corazón humano y hacerse dueño de él.

III. San Francisco de Paula, (2) contemplando un día este exceso de amor del Hijo de Dios para con los hombres, exclamó, teniendo el cuerpo elevado sobre la tierra y todo resplandeciente de luz: "Oh Dios, caridad! Oh Dios, caridad! Oh! cuán excelsiva es la caridad que nos habeis mostrado sufriendo y muriendo por nosotros! y cuán poderosamente atraeis nuestros corazones á vuestro amor por un tal exceso!" La bienaventurada María Magdalena de Pazzi (3) se extasiaba en el mismo pensamiento; teniendo un día el crucifijo en la mano, transportada por la violencia del amor que quemaba su corazón, corrió por el monasterio sin poderse detener, gritando en alta voz: Oh amor! oh amor! Ya veía á su crucifijo, ya lo estrechaba tiernamente sobre su pecho y lo abrazaba con un fervor increíble, clamando siempre: Oh amor! Oh amor! yo no cesaré jamás de llamaros amor, mi querido amor, el goce de mi corazón, la esperanza y el sostén de mi alma; y deteniendo las miradas sobre el costado abierto, mostraba que ahí veía cosas admirables. Un día de la invención de la

1 *Cornua in manibus ejus, ibi abscondita est fortitudo ejus.* Tad. S. Hier. -- *Cornua in manibus ejus, et posuit dilectionem robustam fortitudinis suae.* Abad., cap. III. 4. -- S. Hier. *Ibid.* -- S. Aug., XVIII, de Civit., cap. XXXII.

2 In ejus vita. 2. April.

3 In ejus vita.



santa cruz, abismada en el arrobamiento pensando en el amor que Dios ha mostrado al hombre muriendo por él, exclamó con una vehemencia extraordinaria: ¡Oh amor! Oh amor! cuán poco sois conocido! Y no decía sino mucha verdad; *el mundo no lo conoció*, dice San Juan. (1) Y en efecto, conocer lo que Nuestro Señor ha sufrido por nosotros, y no amarlo con ardor, es una cosa moralmente imposible.

La bienaventurada Angela de Foligno cuenta, (2) que preguntando un día á Nuestro Señor cómo podía ella agradecerle, se le apareció clavado en la cruz, y mostrándose así á mí, dice ella, bajo esta forma, me dijo que viera sus santas llagas; me hizo ver al mismo tiempo, de una manera admirable, cuánto había sufrido él en todas sus llagas, por amor á mí, y me decía: Qué puedes tú hacer por mí que pueda corresponder al amor que te he tenido? Después me mostraba las heridas de su cabeza, de sus manos, de sus pies y me decía: Por tí he sufrido todos estos dolores; qué podrás tú hacer en cambio, y qué amor podrá corresponder á tanto amor? Al oír estas palabras, al ver tanta ternura, yo lloraba amargamente, yo derramaba gran abundancia de lágrimas tan ardientes, que mi cara parecía fuego, y tenía que templar este ardor con agua fría. Cuando el sol está en la cáncula, el mar comienza á borbotar, los estanques son agitados, la naturaleza entera resiente las influencias de este astro; todo se inflama, y en la Ethiópia, selvas enteras son consumidas. Si el sol

1 Mundus eum non cognovit. Sn. Joan, 1. 10.

2 In ejus vita. cap. X.

tiene tanto poder sobre los cuerpos, el divino sol de justicia la tiene mucho mayor sobre las almas, sobretodo si se piensa en los días de la Pasión, en los que se mostró tan abrasador. *El sol de justicia, dice el Eclesiástico, instrumento admirable y obra maestra del Todopoderoso, da al salir luz y calor; pero es mucho más abrasador al ocultarse y en su muerte; á su medio día, cuando fué clavado en la cruz, quemaba á los hombres más terrestres por medio de los braseros de los dolores y de la muerte que él sufría por ellos. Todos los tormentos que él sufrió por hacerlos felices, son otras tantas hogueras encendidas; ¿cuál es el alma que pueda soportar los ardores de ella sin abrasarse y reducirse á llamas?* (1)

IV. Si hasta este momento nuestros corazones han estado helados para Jesu-Cristo, dejémonos, en fin, doblegar, y que el recuerdo de tantos males, de una muerte tan cruel y tan ignominiosa vuelva á calentar, en fin, nuestros corazones. Las materias más duras pueden ablandarse; el fuego funde los metales, el fierro se dobla bajo la mano del herrero, lo mismo se llega á conseguir con el diamante á pesar de su inconcebible dureza. Yo supongo que nuestros corazones hayan sido tan duros como diamantes, según dice el Profeta; pero si no hemos sido los primeros en amarlo, dice San Agustín, ¿cómo pudiéramos no amarlo, pues que él nos ha amado primero hasta tal exceso? (2) Amor

1 Sol in aspectu annuntians in exitu, vas admirabile, opus exelsi. In meridiano exurit terram, et in conspectu ardoris ejus quis poterit sustinere? fornacem custodiens in operibus ardoris. Eccli. XLIII, 2.—Hug. Carde.

2 Cor suum posuerunt ut adamantem. Si amare pigebat, sal-

con amor se paga. "Amemos por tanto, dice San Bernardo, abrasemos estrechamente á este caro Salvador herido, azotado, coronado de espinas y crucificado por nosotros." (1)

La historia nos cuenta un hecho admirable sucedido en Patras, ciudad de la Acaia, y que citaremos aquí, porque puede aplicarse á nuestro asunto. (2) Coreso, sacerdote de un ídolo, buscaba en matrimonio á una doncella de la misma ciudad, llamada Caliorea, de la cual estaba perdidamente enamorado. Esta muchacha, solicitada con tanto afán, lo recibió muy mal, porque lo odiaba, y no respondió á sus persecuciones sino con desprecios, y á sus instancias sino por amenazas. Viendo Coreso que sus esfuerzos eran inútiles, y desesperando conseguir su intento, se dirigió á su ídolo; su demanda, cuentan, fué escuchada, aunque dirigida á un ídolo. El verdadero Dios afligió á la ciudad con una enfermedad peligrosa, que hacía á un gran número de habitantes furiosos y los hacía morir en un exceso de rabia. Los habitantes consultaron al oráculo para conocer la causa y el remedio de una enfermedad tan extraordinaria. El oráculo respondió que el azote no cesaría hasta que Coreso inmolará á Caliorea, ó á otra persona en su lugar, para apaciguar la cólera del cielo. Esta respuesta sorprendió extrañamente á los habitantes y sobre todo á Caliorea, que, no encon-

tem nunc redamare non pigeat. Zach. VII. 12. — Aug. de Chat. rud., cap. IV.

1. Nos amemus, redamemus, amplectemur quantum possumus. vulneratum nostrum. S. Bern.

2. Nicolaus, Leonicus, Thomaeus, lib. 1. de Variâ hist. cap. XXXIV.

trando quién muriera en lugar de ella, fué obligada á sacrificarse por el bien público. Es conducida al lugar del sacrificio ricamente vestida, según la costumbre de los paganos. Luego que llegó se arrojó al pie del altar; Coreso se presenta con una espada para cortarle la cabeza; pero el amor puede todo cuando es dueño de un corazón. No pudo el ver á la persona á quien tanto había amado sin estremecerse por sus lágrimas y las angustias de su corazón; su valor le abandona, vuelve la espada contra él mismo, se la pasa al travez del cuerpo, y, sacrificándose así por ella, le muestra toda una más amor por su muerte del que le había mostrado durante su vida. Viendo Caliorea á Coreso bañado en su sangre, mirándole los ojos moribundos, que parecían decirle que se estimaba por dichoso en morir por ella, conmovida á su vez, se atravesó en presencia de todos para no sobrevivir á aquél que la había amado tanto. Todo esto no es una pintura fiel de lo que pasa entre Jesu-Cristo y nosotros, si no respondemos á su amor sino por la frialdad y el desprecio. Para aplacar la cólera de Dios ofendido por nuestros crímenes, somos justamente condenados á suplicios crueles y á la muerte; Nuestro Señor, lleno de amor, nos libra de ello sufriendo y muriendo en lugar de nosotros. ¿Qué nos queda, pues, que hacer después de una prueba tan grande de amor, sino morir á nosotros mismos y á todas las criaturas, para comenzar á vivir para Jesu-Cristo amándolo con todo nuestro corazón?

#### SECCION CUARTA.

Asunto de contemplación tomado de lo que hemos dicho para entregarnos al amor de Nuestro Señor.

Primer punto. Aplicación de la parábola siguiente.—Segundo punto. ¿Qué pensarían los hombres de tal elección?—Tercer punto. Provecho que debemos sacar de esta comparación.

Si un rey rico poderoso, en la flor de la edad, dotado de las cualidades más raras de cuerpo, de corazón y de espíritu, escogiera por esposa á una pobre campesina, súbdita suya, desprovista de todos los atractivos de cuerpo y de espíritu, llena, por el contrario, de defectos y deformidades; si él la prefiere á las damas de su corte, dotadas de todas las perfecciones y de un nacimiento ilustre, ¿qué se diría de tal elección? Esta comparación hará el asunto de esta reflexión.

##### PRIMER PUNTO.

Esta comparación es la fiel imagen de lo que ha pasado en nosotros, puesto que, como lo hemos dicho, Nuestro Señor ha tomado nuestras almas por esposas; Nuestro Señor, digo, el único Hijo de Dios, poderoso monarca del cielo y de la tierra, Rey de

reyes y Señor de señores, infinitamente sabio, rico y poderoso, dotado en su cuerpo, en su alma y su divinidad de todas las perfecciones, que pueden hacer á una persona infinitamente amable; este dueño del universo toma por esposa al alma del hombre, y la mía en particular, pobre campesina, sin nobleza, sin sabiduría, sin riquezas y sin belleza, sin alguna cualidad que pueda atraer su amor; sino al contrario, llena de defectos, de imperfecciones y de manchas. Y lo que es todavía más admirable, es que este noble Hijo de Dios, no pudiendo tener á esta pobre alma sino por medio de mil tormentos, la efusión de su sangre, y la pérdida de su vida, ha sufrido todos estos males para obtenerla, y los ha sufrido con un ardor y una alegría increíbles. No tomó él á esta pobre ni por su dote, porque nada tiene, y él es infinitamente rico; ni por pasión, porque él es infinitamente sabio; ni por su placer, porque, además de que ella está llena de defectos, él es infinitamente feliz por sí mismo; ni por temor, porque él es infinitamente poderoso; sino únicamente por amor, por misericordia y por pura bondad, porque siendo Señor y dueño absoluto, él lo ha querido así. El se une á ella, y, por esta unión, le comunica sus riquezas, su poder, su nobleza y su belleza, la ama más que nunca cuando la ha adornado de todos sus dones; porque si él la amaba cuando estaba cubierta de defectos y de harapos, ¿qué no hará cuando la vea bella y adornada con todo cuanto había recibido de su amor?

## SEGUNDO PUNTO.

¿Qué pensarían los hombres de tal elección?

¿Qué dirían los hombres de una cosa tan extraña, qué pensarían de tal rey y de tal reina? 1.º Ellos admirarían la fuerza de este amor que no ha tenido ejemplo; 2.º los que no conocieran la sabiduría del rey, lo mirarían como un incensato; pero sabiendo que su sabiduría es infinita, quedarían más admirados de esta ternura y de esta benevolencia; 3.º mirarían como la más dichosa de las mujeres á esa pobre que había llegado á ser una gran reina; 4.º en fin, todos convendrían en que esta reina será infinitamente deudora á este amable esposo, y obligada á rendirle toda obediencia, todo honor y un amor soberano.

## TERCER PUNTO.

Provecho que debemos sacar de esta comparación.

Lo que nos importa infinitamente meditar, son los pensamientos, los afectos, los sentimientos admirables que tendría esta dichosa esposa durante todo el tiempo de su vida para con el rey su esposo; porque es, con mucha mayor razón aún, lo que debemos sentir por Nuestro Señor.

1.º Ella estaría penetrada del más profundo respeto, y se mantendría en su presencia con sentimientos de respeto y amor, pensando en lo que era ella y en lo que ha llegado á ser por su bondad.

2.º Ella no le dirigiría sino palabras llenas de honor, de humildad y de prudencia.

3.º Su corazón ardería en el amor más ardiente, más tierno, el más inviolablemente fiel, teniendo sólo amor para su caro esposo; porque, ¿á quién pudiera ella amar que no fuera él? ¿Qué persona tan amable pudiera encontrar en el reino? ¿Pudiera acaso encontrar una dignidad tan grande, perfecciones tan acabadas y obligaciones tan estrechas?

4.º Qué agradecimientos y qué reconocimientos no le manifestaría, impulsada por el sentimiento de la gratitud por todo cuanto él ha hecho y sufrido á fin de unirse á ella y de elevarla á la dicha y á la gloria de que goza?

5.º Si él estuviera enfermo, ¿qué dolor no experimentaríamos? estaría cerca de él, derritiéndose en lágrimas y gemidos, asistiéndolo, consolándolo y no abandonándolo para nada, sobre todo si ella estuviera segura que él sufre por ella, para hacerla más dichosa, más elevada en gloria, para curarla de algún mal, y que él no sufría sino por amor. Esto es lo que debe mostrarnos la compasión que debemos experimentar al pensar en los dolores de Nuestro Señor.

6.º Si él estuviera ausente ó distante, ella pensaría continuamente en él, hablaría de él, viviría en la tristeza y languidez, esperando con ansia su vuelta.

7.º Ella se complacería en cantar sus alabanzas, las acciones gloriosas de su vida, sus riquezas, su belleza, su dulzura, su amor por ella, sus perfecciones infinitas.

8.º Ella se servirá de todos los medios para hacerse más agradable á sus ojos; haría todo para agradarle, y más temería el desagradarle que el morir.

9.º Si ella lo ofendiese aun de la manera más ligera, ¡qué inconcebible pesar, qué dolor y qué lágrimas! con qué confusión le pediría perdón! Mas es probable que jamás se encontraría reducida á este extremo.

10.º Si fuera necesario sufrir algo por él, con qué prontitud y amor lo haría, teniéndose dichosa en probarle su amor derramando su angre, y responder así al ardor del suyo.

11.º Estaría perfectamente sumisa á todas sus voluntades, sin olvidar jamás la ternura que él le ha manifestado.

12.º Comparando su estado pasado al presente, se tendrá por muy dichosa y se entregará á los sentimientos de la más viva alegría.

Es necesario reflexionar sobre todos estos sentimientos; y puesto que tenemos aún infinitamente más razón para entregarnos á ellos por Jesu-Cristo, el verdadero y único esposo de nuestras almas, que esa pobre muchacha pudiera tener para con ese rey, debemos esforzarnos por ponerlos en nuestro corazón, aumentarlos, nutrirlos, detenernos en ellos frecuentemente, á fin de que se enciendan para siempre en nosotros. Debemos esperar el obtenerlo, puesto que nuestros espíritus están convencidos, y que este divino esposo no dejará de asistirnos con su gracia, como él lo desea ardentemente.

## CAPITULO XII.

## Octavo motivo de amor.

Los beneficios de la creación y de la redención.

I. El beneficio de la Creación da derecho á Nuestro Señor sobre nosotros.—II. El de la Redención le da nuevos derechos.—III. El nos ha adquirido por un precio infinito.

I. La creación nos impone la obligación de amar á Nuestro Señor, considerándola no solamente como un beneficio por el cual, en su amor infinito, nos ha sacado de la nada en la que podía dejarnos para siempre, y nos ha formado á semejanza suya, en lugar de darnos otra más baja y más vil, sino aun considerándola como un derecho por el cual le pertenecemos enteramente. Una cosa puede pertenecer á su señor por varios títulos, como por sucesión, donación, etc.; pero el mas legítimo es el de producción. La estatua que sale de manos del escultor le pertenece mejor que á cualquier otro, porque él la hizo; y sin embargo él no hizo ni la materia, ni la forma substancial de la estatua, puesto que él no ha hecho el mármol; él le ha dado solamente la figura y algunos otros accidentes. Dios da á las cosas criadas no solamente la figura, sino la substancia misma. Dios, dice San Agustín, penetra y llega por su fuerza hasta el

8.º Ella se servirá de todos los medios para hacerse más agradable á sus ojos; haría todo para agradarle, y más temería el desagradarle que el morir.

9.º Si ella lo ofendiese aun de la manera más ligera, ¡qué inconcebible pesar, qué dolor y qué lágrimas! con qué confusión le pediría perdón! Mas es probable que jamás se encontraría reducida á este extremo.

10.º Si fuera necesario sufrir algo por él, con qué prontitud y amor lo haría, teniéndose dichosa en probarle su amor derramando su angre, y responder así al ardor del suyo.

11.º Estaría perfectamente sumisa á todas sus voluntades, sin olvidar jamás la ternura que él le ha manifestado.

12.º Comparando su estado pasado al presente, se tendrá por muy dichosa y se entregará á los sentimientos de la más viva alegría.

Es necesario reflexionar sobre todos estos sentimientos; y puesto que tenemos aún infinitamente más razón para entregarnos á ellos por Jesu-Cristo, el verdadero y único esposo de nuestras almas, que esa pobre muchacha pudiera tener para con ese rey, debemos esforzarnos por ponerlos en nuestro corazón, aumentarlos, nutrirlos, detenernos en ellos frecuentemente, á fin de que se enciendan para siempre en nosotros. Debemos esperar el obtenerlo, puesto que nuestros espíritus están convencidos, y que este divino esposo no dejará de asistirnos con su gracia, como él lo desea ardentemente.

## CAPITULO XII.

## Octavo motivo de amor.

Los beneficios de la creación y de la redención.

I. El beneficio de la Creación da derecho á Nuestro Señor sobre nosotros.—II. El de la Redención le da nuevos derechos.—III. El nos ha adquirido por un precio infinito.

I. La creación nos impone la obligación de amar á Nuestro Señor, considerándola no solamente como un beneficio por el cual, en su amor infinito, nos ha sacado de la nada en la que podía dejarnos para siempre, y nos ha formado á semejanza suya, en lugar de darnos otra más baja y más vil, sino aun considerándola como un derecho por el cual le pertenecemos enteramente. Una cosa puede pertenecer á su señor por varios títulos, como por sucesión, donación, etc.; pero el mas legítimo es el de producción. La estatua que sale de manos del escultor le pertenece mejor que á cualquier otro, porque él la hizo; y sin embargo él no hizo ni la materia, ni la forma substancial de la estatua, puesto que él no ha hecho el mármol; él le ha dado solamente la figura y algunos otros accidentes. Dios da á las cosas criadas no solamente la figura, sino la substancia misma. Dios, dice San Agustín, penetra y llega por su fuerza hasta el

fondo y grado más íntimo de la esencia de las cosas; por consiguiente le pertenecen enteramente. (1) *La tierra, dice el profeta real, está bajo su poder hasta en sus extremidades últimas; las montañas son de él, él es el dueño del mar; y da inmediatamente la razón, porque él ha hecho el mar, y sus manos han puesto los fundamentos de la tierra.* (2) San Pablo tomó por base esta verdad, en su famoso discurso ante el Areópago de Ateneas: *Dios es el Señor del cielo, de la tierra y de todo el universo, porque él los ha creado.* (3)

Por tanto, somos de Dios Nuestro Señor, puesto que nos ha criado y nos ha dado el ser; no solamente nos lo ha dado, sino que nos lo conserva, muy diferente del escultor, que, después de haber hecho su estatua, la deja y no la hace más; él nos ha hecho, y nos hace sin cesar conservándonos el goce del ser que hemos recibido de él. La conservación no es sino una continuación de la primera producción, como lo enseñan los filósofos; la diferencia sólo se apercibe por la delicadeza del espíritu. Además, aun cuando todas las criaturas pertenecen á Dios Nuestro Señor, nosotros le pertenecemos de una manera especial, por la reserva particular que de ello se ha hecho marcándonos á su imágen. Lo cual ha hecho no solamente para

1 Deus usque ad ipsum rerum fundum, id est, ultimum atque extremum essentia gradum suá vi et virtute pertingit. S. Aug., I. Conf., cap. VI.

2 In manu ejussunt omnes fines terre, et altitudines montium ipsius sunt, ipsius est mare. Ipse fecit illud, et siccam manus ejus formaverunt. Ps. XCIV, 24.

3 Deus qui fecit mundum et omnia quae in eo sunt hic caeli et terrae cum sit Dominus. Act. XVII, 24.

realzar nuestra nobleza y nuestra dignidad sobre todas las demás criaturas por este carácter de gloria, sino también para mostrar que él tomaba posesión de nosotros; que hacia de nosotros su herencia propia, como en otro tiempo escogió entre todos los demás pueblos de la tierra, el pueblo de Israel, al cual dice: *Sereis mi pueblo entre todos los pueblos.* (1) De este principio concluyo con el bienaventurado Lorenzo Justiniano, que la razón natural clama que se debe obediencia, honor y amor á aquel de quien se recibió la existencia. (2) San Bernardo va todavía más lejos, y sostiene que los paganos mismos están obligados á amor á Dios con todo su corazón, con toda su alma y con todas sus fuerzas, y que si no lo hacen, no tienen excusa, porque la justicia de la cual se da un conocimiento claro, clama en las orejas de su corazón que están obligados á amar con todo su ser á aquel al cual se deben enteramente. (3) Puesto que tenemos todo nuestro ser de Dios Nuestro Señor, y que por su misericordia somos cristianos, es decir, más alumbrados y más deudores á su misericordia que los paganos, rindálo que le debemos.

II. Después del beneficio de la creación viene el de la redención, que nos da de una manera toda particular al Hijo de Dios; por esto es que San

1 Eritis mihi in peculium de cunctis populis. Exod. XIX, 5.  
2 Clamat innata ratio, ut quisque se illi subjiciat, á quo habet ut sit. S. L. Just., lib. de Obed., cap. V.

3 Inexcusabilis est omnis, etiam infidelis, si non diligit Deum suum in toto corde, totá animá totá virtute suá. Clamet nempe utus et innata et non ignota ratione justitia, qua ex toto se illum diligere debeat, cui se totum debere non ignorat. S. Bern. Tract. de dilig. Deo.

Pablo dice á los Corintios: *No os pertenecis, porque habeis sido comprados á un gran precio.* (1) Una cosa pertenece perfectamente á aquél que la ha comprado; le pertenece con más justo título que si se la hubiera encontrado, porque pudieran reclamárla; si la hubiera recibido en regalo, estaría por eso obligado; si la hubiera adquirido por sucesión, nada le hubiera costado; mas cuando la ha comprado y pagado, le pertenece enteramente, sin que alguno tenga en ella derecho. Puesto que Jesu-Cristo nos ha rescatado, somos, por consiguiente, ciertamente de él, y tanto más justo es el título que tiene, cuanto que le hemos costado la vida; este es ese *gran precio* de que habla San Pablo; esto es lo que San Pedro explica en estos términos: *Habeis sido redimidos no con oro ni plata, ó con cualquiera otra cosa vil y despreciable, sino con la sangre preciosa de Jesu-Cristo, cordero sin mancha.* (2)

III. Para comprender bien cuanto somos de él, es preciso advertir que cuando se trata de una compra, desde el momento en que se da el justo precio de una cosa, se adquiere la posesión de ella; si se paga dos veces su valor, ella pertenece doblemente; si se da cien veces lo que vale, nos pertenece cien veces; en fin, tantas cuantas veces se paga el valor de la cosa, otras tantas se adquiere su posesión. Puesto que Nuestro Señor nos ha rescatado por medio de todos los trabajos de su vida,

1 Non estis vestri, empti enim estis pretio magno. I. Cor., VI, 20.

2 Non corruptilibus auro vel argento redempti estis, sed pretioso sanguine, quasi agni immaculati, Christi. I. Epist., I 18.

por todos los dolores de su muerte, por todas las gotas de su sangre, la más pequeña de las cuales es infinitamente más preciosa que cuanto podemos valer, por consiguiente, nos ha adquirido para él una infinidad de veces. Esto es lo que hacia decir á San Bernardo: "Si yo me debo todo entero á Dios Nuestro Señor por haberme él hecho, ¿qué le deberé ahora por haberme hecho de nuevo, y rehcho de una manera tan admirable? La primera vez me ha dado á mí mismo; la segunda, él se ha dado á mí y por mí, y dándose á mí, me ha vuelto á mí. Habiéndome Nuestro Señor dado á mí por la creación, me ha vuelto á mí mismo por la redención. Por tanto yo me debo á él por mí, yo por consiguiente me debo dos veces todo entero. Ahora ¿qué le daré yo por haberselo dado á mí él mismo? Ah! aun cuando me diera yo mil veces, aun cuando me consumiera por su gloria, ¿qué soy yo delante de mi Dios? (1)

"Estoy seriamente obligado, dice en otra parte el mismo Padre, á amar con todo mi corazón á aquel de quien recibí la existencia, la vida y el conocimiento. Oh Jesús, Salvador mío, es verdaderamente digno de muerte aquel que rehusa vivir por vos. (2) Porque, ¿para quién pudiera el

1 Si totum me debeo pro me facto, quid addam jam pro refecto et refecto hoc modo? in primo opere me mihi dedit, in secundo se, et ubi se dedit, me mihi reddidit. Datus ergo et redditus, me pro me debeo, et bis debeo. Quid Deo tribuam pro se? nam etiam si me millies rependere possem, quid sum ego apud Deum? Sn. Bern., Tract. de Dilig. Deo.

2 Valdè mihi omninò amandus est, per quem sum, vivo et sapio. Dignus planè est morte, qui tibi, Domine Jesu! recusat vivere. Sn. Bern., Serm. 20 in Cant.



hombre emplear más justamente todos los momentos de su vida que por aquél, sin cuya muerte no podía aspirar á la vida verdadera? *Jesu-Cristo ha muerto, dice San Pablo, á fin de ser por su muerte el Dios de vivos y muertos.* Por consiguiente, puesto que él es Nuestro Señor, y que nuestra vida y nuestra muerte, nuestro cuerpo, nuestra alma, todo cuanto somos y cuanto poseemos es de él, debemos emplearlo en servirlo, en honrarlo y amarlo; y si rehusamos hacerlo, estamos obligados á volverle el precio de su sangre. (1) Estos dos títulos de posesión, tomados separadamente y más aún reunidos juntamente, tienen una muy grande fuerza para hacernos amar á Nuestro Señor. Por esto el martir glorioso San Epípolo, para mantenerse firme en el amor de Jesu-Cristo, se lo representaba en medio de los tormentos, que sufría en la persecución de Antonio Vera, y decía en voz alta: Yo creo que Jesu-Cristo con el Padre y el Espíritu Santo es Dios; es justo que yo rinda mi vida á aquél que es mi Creador y mi Redentor. (2) Esto es lo que enardecía también á esa santa virgen que murió de una sensación violenta de amor por Jesu-Cristo; este divino Salvador le habia preguntado si lo amaba, y hasta donde llegaba este amor; la fuerza del golpe que ella experimentó de estas palabras, hizo estallar su corazón, y en él se

1 In hoc Christus mortus est, et resurrexit, ut et mortuorum et vivorum dominetur. Nemo monstrum sibi vivit, et nemo sibi moritur; sive enim vivimus, Domino vivimus; sive morimur, Domino morimur; sive ergo vivimus, sive morimur, Dominus sumus. Rom. XIV. 7.

2 Christum cum Patre ac Spiritu Sancto Deum esse confiteor; dignumque est ut illi animam meam refundam, qui mihi et creator est et redemptor. In. Actis, apud, Sur., 22 april.

encontraron escritas con letras de oro estas palabras: Yo os amo más que á mí misma, porque me habeis criado, me habeis rescatado y porque me habeis tomado por esposa. (1)

1 Diligo te plus quam me, quia tu crasti, redemisti et dotasti me. Cap. LXXIV. Speculi expm., distinct. 9.

CAPITULO XIII.

Noveno motivo de amor.

Somos hechos para nuestro Señor Jesu-cristo.

I. Todas las criaturas son hechas para gloria de Nuestro Señor  
II. — El hombre sobre todo — III. Es necesario que refiramos  
todo á este fin, en el cual está nuestro reposo.

I. Como Dios Padre ama infinitamente á su Hijo, Nuestro Señor, á quien por esto llama su Hijo muy amado, *el hijo de su amor*, en el cual ha puesto todas sus delicias, (1) por él ha creado el universo, destinándolo á su servicio y á su gloria todas las criaturas en general y cada una en particular. Esto es lo que enseñan los teólogos (2) después de todos los santos Padres, y lo que el Hijo mismo de Dios, la *abiduría encarnada*, dice en los Proverbios, según el sentido que San Atanasio, San Gregorio de Nazianzo y otros muchos dan á este texto: *El Señor me ha hecho al principio de sus caminos antes de todas las cosas*, (3) Por vías del

1. Filium dilectionis suae. Coloss., I. 15. Math. III. 6.

2. Suarez in III p. diag. V. sect. 2.

3. Dominus possedit me in initio viarum suarum, antequam quiescam faceret á principio. Prov. VIII, 22. — Dominus condidit me, principium viarum suarum; in opera ejus. (Trad. Sept. — S. Athan. Sermo. 2. 3 et 4 contra Arianos. — Sn. Greg. Naz. orat. IV de Thael.

Señor entienden las criaturas, porque las criaturas conducen al conocimiento y al amor del Creador; como si dijera: el Señor me ha hecho la primogénita de las criaturas, no en cuanto al tiempo, sino en cuanto á la dignidad, estableciéndome su cabeza y el fin al cual todas ellas se refieren. Por esto también dice en el Apocalipsis: *Yo soy el principio y el fin*: (1) *el principio*, porque yo doy la existencia á cuanto la tiene en la naturaleza, la gracia y la gloria, como causa primera, causa ejemplar y causa meritoria; *yo soy el fin*, porque todo es hecho por mi honor, de suerte que todo viene de mí, como de su primer principio, y vuelve á mí, como á su fin último; así, todas las líneas del círculo salen del centro á la circunferencia y vuelven al centro. Moisés habla del Verbo al principio del Génesis y de la historia de la creación: *En el principio*, dice él, es decir, como lo explican comúnmente los Santos Agustín, Jerónimo, y los demás Padres, *en el Hijo, Dios crió al cielo y la tierra*, (2) para mostrar que el designio de Dios era unir un día en una sola persona el principio y el fin, el primero al último, el Verbo al hombre; que todo cuanto hacía por su Hijo en el establecimiento de las criaturas, debía tomar su cumplimiento en este mismo Hijo encarnado, y que todo tenderá á su gloria. "¿Qué plan más sabio y más magnífico, dice Santo Tomás, á fin de elevar las cosas criadas al grado más alto de perfección al cual jamás esperaron llegar? lo primero, es decir, el Verbo de Dios, que es el principio de todo, y lo último, es

1. Ego sum alpha et omega, principium et finis. Apoc., I. 8.

2. In principio, creavit Deus coelum et terram. Gen., I. 2.

de cir, la naturaleza humana, que ha sido la última criatura criada, han sido unos para componer el Hombre-Dios, á quien todo se refiere." (1) La santa Escritura llama frecuentemente á este Hombre-Dios el fruto de la tierra: *¡Oh Dios, que los pueblos os alaben, que todos os bendigan, porque la tierra ha dado su fruto.* es decir. Nuestro Señor, dicen los intérpretes. (2) Isaías lo llama *el fruto excelente de la tierra*; (3) porque así como el cuidado que se toma por un árbol, al plantarlo, y al regarlo para que crezca; y como todo el árbol, la raíz, el tronco, las ramas, las hojas y las flores son para el fruto, que es como el fin de ello; así, los ángeles, los hombres, el cielo, los elementos y generalmente todas las criaturas se refieren á Nuestro Señor. *Todas las cosas celestes y terrestres, visibles é invisibles, dice San Pablo, son hechas en él, como causa ejemplo; por él, como causa operante, y para él, como causa final, porque todas no tienen otro fin que su honor y su servicio.* (4) El mismo apóstol repite aún lo mismo en la Carta á los Hebreos: *Dios lo ha constituido heredero de todo; nada hay que no le pertenezca; él ha hecho*

1 Quid sapientius, quam quod ad complementum totius unis versi fieret conjunctio primi et humane ultimi hoc est verbi Dei quod est omnium principium et natura, quae in operibus sex dierum fuit ultimae omnium creaturarum? S. Thom., Opuse. LX.

2 Confiteantur tibi populi, Deus! confiteantur tibi populi omni terra dedit fructum suum. Ps., LXVI. 6. Geneb. ibid.

3 Fructus terrae sublimis. Is. IV, 2.

4 Omnia in ipso condita sunt, universa in coelis et in terra, visibilia et invisibilia, sive throni, sine dominatines, sine principatus, sine potestates, omnia per ipsum, et in ipso creata sunt Coloss. I. 16.

todo por él y para él. (1) El docto y piadoso Rupertto le aplica estas palabras de San Pablo, y dice: que Dios se ha portado como un gran rey, que ha hecho construir para su hijo un palacio magnífico, ricamente amueblado y que le ha dado todo cuanto era conveniente á la dignidad de su nacimiento y á la grandeza del afecto paternal que le tiene. Porque Dios Padre ha criado para su hijo, Nuestro Señor, el cielo y la tierra, para hacer de ello como una casa real llena de ángeles, de hombres y de otras criaturas en muy gran número y de una variedad extraordinaria, como otros tantos servidores y oficiales para servirlo y ejecutar sus voluntades." El mismo doctor añade: "No hemos de ser tan ignorantes para creer que Dios no haya tenido el designio de crear al hombre sino hasta después de la caída de los ángeles; es mucho más verdadero decir que el hombre no ha sido criado para los ángeles, sino que los ángeles y todas las criaturas han sido criadas para el hombre Dios, es decir Nuestro Señor; (2) y los sentimientos de respeto y de piedad que debemos tener; deben hacernos creer que Dios ha creado todo para coronar de gloria y colmar de honor á

1 Quen constituit heredem universorum, propter omnia quem et per quem omnia. Hebr., I, 2; II, 10.

2 Cavendum est, ne ita pueri simus, ut extimemus, Deum, nullum ante ruinam angelorum de homine creando habuisse propositum. Rectius sané dicitur, quia non homo propter angelos, imò propter hominem quendam angeli quo que facti sunt sicut et caetera omnia, testante apóstolo, propter quem omnia et per quem omnia. Testatur et hoc ipsa sapientia: Dominus possedit me ab initio viarum suarum. Rup. III, de Glorific. Trin. lib. III cup. 20.

este Hombre Dios, su Hijo encarnado." (1) Los Hebreos pensaban mucho tiempo antes de él, según cuenta Galatino, (2) y miraban con una verdad incontestable, que Dios había criado el universo para el Mesías. La razón natural basta para comprender esta verdad, puesto que Aristóteles nos dice; lo que la experiencia nos muestra todos los días, que las plantas son hechas para los animales, los animales para el hombre, en una palabra las cosas menos nobles y las menos perfectas para las más nobles y las más perfectas.

H. Puesto que todas las criaturas han sido hechas para Nuestro Señor, y que nosotros tenemos el primer rango entre ellas, por consiguiente hemos sido hechos para este mismo fin; porque, como dice Ruperto: "Si, como lo hemos probado, todo ha sido hecho, no solamente por Jesu-Cristo, sino también para él, es por consiguiente muy cierto que el hombre, más que todos las demás criaturas, ha sido criado para él, a fin de servirle y glorificarle; (3) la cosa es evidente. Ahora bien, glorificar y servir á Nuestro Señor es amarlo; porque aquel que lo ama poco, le sirve y lo glorifica poco; aquel que lo ama mucho, lo glorifica y lo sirve mucho; esta es doctrina de Hugo de San Víctor: Hermanos míos, dicenós él, es muy fácil y dulce el mostraros lo que es servir á Dios: ser-

1 Religiosè dicendum reverenterque est audiendum, quia propter hunc hominum gloria et honore coronandum, Deus omnia creavit. Ibid.

2 Lib. VII de Arcan. cap. II et IV.

3 Si enim quod sæpè dictum est semperque sciendum, non solum par ipsum Christum Jesum, verum etiam propter ipsum facta est creatura? Rup., lib. IV, de Gl. Tr.

vir a Dios es amarlo; aquel que no lo ama, no lo sirve; aquel que lo ama, lo sirve; aquel que lo ama poco, lo sirve poco; aquel que lo ama mucho, lo sirve mucho; aquel que lo ama perfectamente, lo sirve perfectamente." (1) Es indudable, por tanto que somos criados para amar á Nuestro Señor y que este es nuestro fin.

III. Por consiguiente debemos aplicarnos con todas nuestras fuerzas á avanzar en este amor, puesto que es un trabajo y un fin infinitamente honrosos y gloriosos para nosotros; en ellos están contenidas toda la alegría y felicidad que podemos gustar en esta vida; puesto que es cierto que mientras más sirvamos, honremos y amemos á Jesu-Cristo Nuestro Señor, tendremos más paz y contento. En efecto, según la advertencia de los filósofos y teólogos, el fin encierra en sí el reposo y la felicidad de la cosa de la cual es fin; de suerte que las palabras *fin*, *bien saberano*, *beatitud*, tienen la misma significación. Por tanto, una criatura no puede tener su reposo y verdadera felicidad sino en el gozo del fin para el cual Dios la ha hecho, y ella gozará de él tanto más perfectamente, cuanto esté unida más íntimamente á este fin, fuera del cual no puede encontrar sino turbación y desgracia. Las piedras, de cualquiera naturaleza que sean y en cualquier lugar que se las coloque, los diamantes mismos, sirviendo para adornar la diadema de los reyes, tienen una inclinación á

1 ¡Fratres! brevi sermone atque jucundo comprehenditur et declaratur quid sit servi e Deo. Deo namque servire, Deum diligere est, et qui non diligit, non servit, et qui diligit, servit, et qui parum diligit, parum servit, et qui multum diligit, multum servit, et qui perfecte diligit, perfecte servit. Serm. 88.

caer; sólo la violencia puede retenerlas é impedir-  
las tender hacia su centro. El fuego está en una  
agitación continua y tiende necesariamente á lo  
alto, porque allí está su esfera. Los Persas ado-  
raban el fuego, lo colocaban en un bracero de oro,  
lo conservaban con leños aromáticos, doblaban las  
rodillas delante de él, diciéndole: dios poderoso,  
alimentaos de esta leña que os damos con todo el  
respeto de que somos capaces. Este fuego, sin em-  
bargo, á pesar de todas estas ceremonias y todos  
estos honores, no dejaba de estar en una agitación  
continua y parecía decirles: Todos vuestros ho-  
nores, todas vuestras adoraciones, vuestro brace-  
ro de oro, vuestra leña preciosa no me contentan;  
una sola cosa puede hacerlo, volvedme á mi ele-  
mento, volvedme á colocar en la región que debo  
habitar; entonces ya no habrá más agitación en  
mí, estaré inmóvil y en un reposo perfecto. (1)

Todo lo que hemos dicho hasta aquí, prueba que  
no hay cosa alguna, en cualquier esta lo que esté,  
que pueda encontrar el reposo fuera de su fin, mas  
también que es cierto que en él lo encontrará ella  
infaliblemente. Hemos visto que nuestro único  
fin era amar y servir á Dios; que para esto esta-  
mos en el mundo; que no podemos estar en él sino  
para esto, de otro modo se necesitaría que Dios  
cambiara nuestra naturaleza. Por esta razón tam-  
bién es por la cual San Pablo nos advierte el ha-  
cer todo por Dios, y no dejar caer hacia la tierra  
ninguno de nuestros pensamientos, ninguna de  
nuestras palabras ni obras: *Referid á la gloria y  
al amor de Nuestro Señor Jesu-Cristo cuanto di-*

1 Max. Tgr., Serm. 38.

*gais y hagais.* (1) Advertid aquí que el Apóstol,  
hablando así, nos da no un consejo, como muchos  
lo han pensado, sino como lo enseña Santo Tomás,  
(2) un precepto expreso, al cual Dios nos obliga.  
“Que nuestra intención se dirija hacia nuestro fin,  
dice San Agustín; que ella se dirija hacia Jesu-  
Cristo. ¿Por qué se llama nuestro fin? porque á él  
es á quien debemos dirigir cuanto hacemos. (3)  
Jesu Cristo es nuestro fin, dice en otra parte el  
mismo santo, no el fin que consume, sino el que  
consume; porque consumir, es perder; consumir,  
es acabar. Así, en el primer sentido se dice, quan-  
do el pan es comido, se ha consumido, y en el se-  
gundo sentido, un traje ha sido acabado, cuando  
está terminado. Jesu-Cristo, pues, es nuestro fin,  
porque todos somos perfeccionados en él y por él;  
nuestra perfección es llegar á él; y cuando habre-  
mos llegado á él, no buscaremos más, porque ahí  
está nuestro fin. Así como el fin de vuestro cami-  
no es el punto adonde vais; tan pronto como ha-  
beis llegado á él, no pasáis adelante. Así Nuestro  
Señor es el punto y fin de vuestras empresas, de  
vuestras intenciones, de vuestros trabajos; desde  
el momento en que habreis llegado hasta él en es-  
ta vida por medio de la gracia y en la otra por la  
gloria, ya no desearéis nada; porque, ¿qué podreis  
encontrar de mejor.” (4)

1 Omne quodcumque facitis in verbo, aut in opere, omnia in  
nomini Domini Jesu Christi facite. Coloss. III. 17.

2 In illum locum.

3 Intentio dirigatur in finem, dirigatur in Christum. ¿Quare  
finis dicitur? quia quidquid agimus, ad illum referimus. Aug. in  
Ps. XXXIV.

4 Finis est Christus non qui consumat, sed qui consummet.  
Consumere enim perdere est, consummare perficere. Finitum

Tendamos, por tanto, á este noble fin, puesto que él encierra la paz de nuestro corazón y todos los bienes que esta paz trae consigo. Ah! qué bien empleado estará cuanto tenemos, si de ello nos servimos para amar, honrar y servir á Jesu-Cristo, puesto que no hemos sido creados sino para esto. La flama tiende continuamente hacia su centro, el grano de arena tiende á él con toda su potencia; ¿por qué no tendemos hacia Aquel para el cual Dios nos ha hecho? ¿por qué nos dispensamos de esta ley nosotros más bien que todas las demás criaturas? Y ciertamente, si faltamos en ello, si nuestros designios y afectos se dirigen hacia otro fin, ¿no fuera mejor ser de la naturaleza de una piedra, ó de cualquier otro objeto insensible y desprovisto de razón? ¿A lo menos haríamos constantemente aquello para lo cual Dios nos ha criado.

enim quidquid dicimus, á finis dicimus. Aliter dicimus: finitus est panis: aliter dicimus: finita est túnica. Finitus est panis qui manducabatur, finita est túnica quae texebatur. Panis ergo finitus est ut consumeretur, tunica finita est ut perficeretur. Finis ergo propositi nostri Christus est, quia in illo perficimur, et ab illo perficimur, et hoc est perfectio nostra ad illum pervenire, sed cum ad illum perveneris, ultra non quæris: finis tuus est. Quomodo enim finis viae tuae locus est quæ tendis, quæ cum perveneris, jam mane bis: sic finis studii tui, propositi tui, conatus tui, intentionis tuae, ille est ad quem pertendis, ad quem cum perveneris ultra nihil desiderabis, quia melius nihil habebis. S. Aug., in Ps. LVI.

## CAPITULO XIV.

## Motivo décimo de amor.

El mandamiento expreso que Dios nos ha hecho de él.

## SECCION PRIMERA.

I. Primer mandamiento, las leyes conducen á los hombres á su fin.—II. Sobre todo la del amor.—III. Diferencia del entendimiento y de la voluntad.—IV. Bienes que procura la unión del alma con Dios.

I. *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con todo tu espíritu.* (1) Ved aquí el mandamiento que Dios nos ha dado en la ley antigua, y que Nuestro Señor ha ratificado con su propia boca en la nueva, llamándola con razón *el mayor y más grande de los mandamientos.*

Para comprender bien la grandeza de este mandamiento, nos serviremos de las admirables palabras del Doctor angélico disputando contra los gentiles. 1<sup>o</sup>. Hay en este universo, dice este Padre,

I *Diligis Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et ex tota animâ tuâ, et ex omnibus viribus tuis, et ex omni mente tua.* Deut., VI, 5.—Maximum et primum mandatum. Matth., XXII.

Tendamos, por tanto, á este noble fin, puesto que él encierra la paz de nuestro corazón y todos los bienes que esta paz trae consigo. Ah! qué bien empleado estará cuanto tenemos, si de ello nos servimos para amar, honrar y servir á Jesu-Cristo, puesto que no hemos sido creados sino para esto. La flama tiende continuamente hacia su centro, el grano de arena tiende á él con toda su potencia; ¿por qué no tendemos hacia Aquel para el cual Dios nos ha hecho? ¿por qué nos dispensamos de esta ley nosotros más bien que todas las demás criaturas? Y ciertamente, si faltamos en ello, si nuestros designios y afectos se dirigen hacia otro fin, ¿no fuera mejor ser de la naturaleza de una piedra, ó de cualquier otro objeto insensible y desprovisto de razón? ¿A lo menos haríamos constantemente aquello para lo cual Dios nos ha criado.

enim quidquid dicimus, á finis dicimus. Aliter dicimus: finitus est panis: aliter dicimus: finita est túnica. Finitus est panis qui manducabatur, finita est túnica quae texebatur. Panis ergo finitus est ut consumeretur, tunica finita est ut perficeretur. Finis ergo propositi nostri Christus est, quia in illo perficimur, et ab illo perficimur, et hoc est perfectio nostra ad illum pervenire, sed cum ad illum perveneris, ultra non quæris: finis tuus est. Quomodo enim finis viae tuae locus est quæ tendis, quæ cum perveneris, jam mane bis: sic finis studii tui, propositi tui, conatus tui, intentionis tuae, ille est ad quem pertendis, ad quem cum perveneris ultra nihil desiderabis, quia melius nihil habebis. S. Aug., in Ps. LVI.

## CAPITULO XIV.

## Motivo décimo de amor.

El mandamiento expreso que Dios nos ha hecho de él.

## SECCION PRIMERA.

I. Primer mandamiento, las leyes conducen á los hombres á su fin.—II. Sobre todo la del amor.—III. Diferencia del entendimiento y de la voluntad.—IV. Bienes que procura la unión del alma con Dios.

I. *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con todo tu espíritu.* (1) Ved aquí el mandamiento que Dios nos ha dado en la ley antigua, y que Nuestro Señor ha ratificado con su propia boca en la nueva, llamándola con razón *el mayor y más grande de los mandamientos.*

Para comprender bien la grandeza de este mandamiento, nos serviremos de las admirables palabras del Doctor angélico disputando contra los gentiles. 1<sup>o</sup>. Hay en este universo, dice este Padre,

I *Diligis Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et ex tota animâ tuâ, et ex omnibus viribus tuis, et ex omni mente tua.* Deut., VI, 5.—Maximum et primum mandatum. Matth., XXII.

un primer sér, soberano, independiente é infinito, (1) conteniendo en sí toda la perfección del sér, y conteniéndola de una manera tan excelente que es imposible, no digo solamente á la inteligencia humana y angélica, sino aun á la inteligencia divina, el concebir grado alguno de bondad, de sabiduría, de belleza, de poder, etc., que no se encuentre excelentemente y con un brillo infinitamente más grande, en este primer sér que llamamos Dios. 2.º Este primer sér, no es solamente el más perfecto de todos, sino que también es la causa y el principio de todos los séres, dando de la sobreabundancia infinita de su perfección (2) á todas las cosas que existen, la bondad, la belleza, todas las riquezas y todas las perfecciones que poseen, y dándolas, no por necesidad y por fuerza, sino por la determinación pura y franca de su voluntad. (3) Se sigue de esto, por consiguiente, que él es el dueño absoluto de todas las cosas á las cuales da el sér; y como lo da á todas las criaturas que existen, él es el dueño absoluto de todas. 3.º Dios es no solamente el sér más perfecto, y el Señor absoluto de todas las criaturas, porque él las ha producido todas, sino además, porque ha hecho todas estas criaturas para fines muy nobles, á las cuales las conduce por medios excelentes. Así, él es soberanamente perfecto en su esencia, en sus obras, en su conducta por la cual conduce á cada cosa á

1 Fortius esse perfectionem plenam possidens. S. Thom., in Prefat., lib. III, contra Gentes.

2 Ex suæ perfectionis abundantia. Ibid.

3 Non necessitate naturæ, sed secundum suæ arbitrium voluntatis. Ibid.

su fin. (1) Todo llega á su fin por su propia acción, que debe ser gobernada por la mano de aquél que ha hecho la cosa y que le ha dado la fuerza de obrar; (2) mas para llegar á este fin, es preciso que la acción tienda á él directamente, una flecha jamás tocará al blanco, si no se le atina á él.

Ahora bien, hay dos suertes de criaturas: las unas dotadas de inteligencia y de una voluntad libre, que las hace dueñas de sus acciones, éstas son los ángeles y los hombres; las otras están privadas de ella, que son los animales y las criaturas insensibles. Estas últimas tienden y llegan á su fin de una manera directa y constante, porque son gobernadas por Dios, sabiduría soberana que no puede errar, puesto que, según la máxima recibida por todos los sabios, las obras de la naturaleza son las obras de la primera inteligencia, (3) como la experiencia lo enseña en un nido de golondrinas, en un panal y las celdillas de las abejas, que los obreros más hábiles no sabrían hacer ni mejor ni igual. No es así tratándose de los hombres, quienes son libres en sus operaciones, pudiendo obrar o no obrar, obrar de una manera ó de otra. Por esto Dios los conduce á su fin, no determinándolos á una suerte de acción, la cual sería destruir su naturaleza y reducirlos á la condición de los animales, sino dándoles leyes, que les sirven de reglas para dirigir sus acciones libres, mostrarles el camino seguro que puede conducirlos á su fin, y

1 Et in essendo, et in causando, et in regendo. Ibid.

2 Finem ultimum unaquæque res per suam consequitur actionem, quam oportet dirigi ab eo, qui principia rebus dedit, per quæ agunt. Ibid.

3 Opera naturæ sunt opera intelligentiæ. Ibid.



servirles como luminosas antorchas para dirigirlos seguramente. Tal es el razonamiento de Santo Tomás, que nos muestra evidentemente la necesidad que tenemos de leyes, y la ventaja preciosa que Dios nos ha hecho dándonoslas. Mas, ¿por qué nos ha hecho un mandamiento particular de amarlo, y por qué lo llama el primero y más grande de los mandamientos?

II. El mismo doctor enseña con la misma solidez y la misma sublimidad de doctrina, en otra parte de su obra contra los gentiles, que todo legislador tiene por fin, al dar sus leyes, el hacer buenos á aquellos á quienes las da, y conducirlos al fin que él se ha propuesto: así, las leyes que rigen una ciudad tienden á conservarla en paz; las que rigen un ejército, á hacerle reportar la victoria. Dios; por consiguiente, soberano legislador, dando leyes y mandamientos, se ha propuesto dos cosas: hacernos virtuosos, y hacernos llegar al fin para el cual nos ha creado. ¿Cuál es este fin, dice Santo Tomás? El fin del hombre es estar unido á Dios, porque en esto consiste su felicidad. (1) Mas, como el amor, más que toda otra cosa, es el que une al hombre con Dios, por la fuerza que identifica el objeto amante con el objeto amado, y que lo hace consumado en la virtud, uniéndole con la bondad y la santidad primera, se sigue necesariamente que la ley divina tiene por fin principal al amor, y que, por consiguiente el mandamiento del amor de Dios es el más grande y el primero de todos

1 Finis humanae creaturae, est adhaerere Deo; in hoc enim felicitas ejus consistit. S. Thom., lib. III. contr. Gent., cap. CXV y CXVI.

los mandamientos, al cual se refieren todos los demás, del cual dependen y el cual los rige á todos. (1) Por esto San Pablo dice que el precepto de la caridad es el fin de todos los mandamientos de Dios, (2) que no tienden sino á hacer observar más perfectamente éste, en el cual, como dice el mismo apóstol, está contenida toda la ley. (3)

Por esto aprendemos que el mandamiento del amor nos es dado como el más grande y el primero de todos, porque nos une á Dios, y que aquí está nuestro fin y nuestra felicidad en esta vida y en la otra; que, por consiguiente, este mandamiento es para nosotros el manantial de una multitud de riquezas; que llena nuestra alma de un torrente de alegría, y que es el fundamento de nuestra verdadera grandeza y de nuestra verdadera nobleza.

III. Para comprender mejor esta consecuencia, es preciso advertir la diferencia que hay entre el entendimiento y la voluntad, y entre las operaciones del uno y de la otra. Cuando el entendimiento piensa en un objeto, él lo atrae á sí, le identifica con él, se le hace semejante, es decir, puro, espiritual; descargado de toda materia. Así, cuando miramos un objeto, una columna, por ejemplo, el ojo no entra en la columna, sino que la imagen de la columna viene á fijarse en el ojo, no de una manera material y grosera, sino de una manera extraordinariamente sutil; esto es lo que se llama figura intencional: del mismo modo, cuando el en-

1 Necesse est quiddam intentio divinae legis principaliter ordinatur ad amandum. Ibid.

2 Finis praecepti charitas. I. Tim., I. 2.

3 Plenitudo legis est dilectio. Rom. XIII, 10.

tendimiento piensa en esta columna, la recibe, en cierto modo, en sí mismo por la imagen que se forma de ella. Esto es lo que Santo Tomás y los filósofos llaman el verbo del alma, la expresión del objeto material, formada por la inteligencia. (2) La voluntad, por el contrario, no atrae á sí el ob-

<sup>2</sup> Verrum mentis et lapis intellectus.

jeto que ama, sino que ella va á él, ella lo recibe por la fuerza de sus afectos, ella se une á él, y se cambia en este objeto, tomando sus cualidades y su naturaleza en cierta manera. Se sigue de esto, que el hombre no se hace semejante á una cosa por el pensamiento que tiene de ella, sino por el amor que le tiene. Así, el conocimiento simple del vicio, no hace á un hombre vicioso, sino el amor del vicio; en efecto, Dios conserva su santidad infinita con el conocimiento muy particular que tiene de todos los pecados que se hacen y que puedan cometerse; pero sería pecador, si amara el menor de esos pecados, porque la acción del amor transforma al amante en el objeto amado y le da sus inclinaciones y su naturaleza: *Han llegado a ser abominables como las cosas que han amado.* (1) "Cada uno es tal cual es el objeto de su amor, dice S. Agustín; si amais la tierra, llegareis á ser terrestre; si amais á Dios, llegareis á ser, en cierto modo, divino; no me atreveré á decir esto de mí mismo, sino escuchemos las Escrituras que dicen, hablando de los hombres: *Yo he dicho: sois dioses é hijos del Altísimo.*" (2)

<sup>1</sup> Facti sunt abominabiles sicut ea quae dilexerunt. Os. XI, 10

<sup>2</sup> Talis est quisque, qualis ejus dilectio est: terram diligis? terra eris! Deum diligis? quid dicam! deus eris, non audeo dicere ex me: Scripturas audiamus: Ego dixi dii estis, et filii altissimi omnes. S. Aug., Traet. 2. in. ep. I. Joan.

IV. Puesto que el amor tiene el poder de hacernos semejantes al objeto amado, cuál no es, pues, la grandeza á la cual el hombre es elevado por el amor de Dios! Porque, como Dios es infinitamente bello, noble, rico, poderoso, sabio, bueno, perfecto; como él es la nobleza, la riqueza, el poder, la sabiduría, la belleza, la bondad, la santidad, y la perfección por esencia, amándolo el hombre, por consiguiente, uniéndose y transformándose en él, llegará también á ser muy noble, muy rico, y como participante de todas las demás perfecciones de Dios; y esto en un grado tanto más eminente cuanto mas grande será el amor, porque los grados de la unión y de la transformación siguen á los del amor. Así se podrá decir, con el Profeta, de un hombre que ama en el grado más eminente: *estais como un dios.* Una cosa llega á ser vil cuando se une á cosa de menor valor; la plata no se envilece ligándose con el oro, al contrario, se ennoblece; pero se envilece ligándose con el plomo "Es evidente, dice Santo Tomás, que la criatura racional, que tiene alma espiritual, inmortal, criada á la imagen de Dios, es más excelente y más perfecta que todas las criaturas corporales, que no hacen sino pasar, y que así ella se mancha y se abaja, cuando da su amor á las cosas temporales que están bajo de ella; al contrario, ella se eleva y se purifica, cuando ama lo que está sobre ella, es decir, su Dios." (1) Aña-

<sup>1</sup> Manifestum est autem quod rationalis creatura dignior est omnibus temporalibus et corporalibus creaturis, et ideo impura redditur ex hoc quod temporalibus se subicit per amorem, á quâ quidem impuritate purificatur per contrarium motum dum scilicet tendit in id quod est supra se scilicet in Deum. S. Thom., II, 2, q. 7. art. 2.

damos á estas bellas consideraciones de Santo Tomás una reflexión excelente que nos viene de los platónicos, y que refiere Marcelo Ticin.

Aquel que ama á Dios con un amor aerladero, lo encontrará y se volverá á encontrar en él, porque volverá á su original y á su idea primera, que es Dios, sobre cuyo modelo ha sido formado; allí encontrará todo lo que le falta para ser perfecto, porque el amor lo tendrá siempre unido á aquel que es su verdadero prototipo. Por esto aquel de entre nosotros que permanece separado de Dios no es un verdadero hombre, sino solamente un hombre á medias; y no llega á ser un hombre perfecto sino cuando el amor lo une á su autor. (2)

2 Qui Deum vero amore prosecutus fuerit, Deum inveniet, et se in Deo recuperabit, qui ad suam, per quam creatus est, redibit ideam, ubi rursus reformabitur, quia ideas suas perpetuo coherēbit. Ideo quisquis nostrum in terris á Deo separatus, est, non verus est homo, sed semi-homo, cum á sui ideā sit formāque disjunctus. Plat., in Convivium. cap. XXI, orat. 6.

## SECCION SEGUNDA.

### CONCLUSIÓN DEL CAPÍTULO.

I. Tenemos una muy grande obligación para con Dios por habernos dado el mandamiento de amarlo. II.—Este mandamiento no es imposible.

I. De todo cuanto acabamos de decir, debemos concluir que los tesoros de riquezas y de gloria que el amor de Dios nos procura, son inmensos, y que debemos á Dios un reconocimiento infinito por habernos dado este mandamiento. Puesto que Dios es tan grande y nosotros tan pequeños, que su amor es tan honroso para nosotros y tan útil, ya hubiera sido una gracia muy superior á nuestros méritos el que solamente nos hubiera permitido el amarlo. Podemos comprenderlo por lo que sucede comunmente entre los hombres. Los reyes, aunque de la misma naturaleza de sus súbditos, no acostumbran decirles: Os permito que me ameís, sino: quiero que me sirvais; ó si alguna vez lo dicen, es sólo á sus favoritos, en la intimidad, porque, como lo hemos dicho, el amor establece una especie de igualdad. Ahora bien, Dios no nos permite solamente el amarlo, sino que nos lo manda por el más grande, más expreso y el primero de todos los mandamientos; y este mandamiento es-

tá concebido en términos los más urgentes, y dado con seguridades infalibles de hacernos muy dichosos tanto en esta vida como en la vida eterna, si lo observamos, ó desgraciados si faltamos á él; ¿no debemos mirar este beneficio como el mayor de todos? Si él nos hubiera mandado amar un objeto sensible, como una piedra ó un árbol, hubiéramos debido hacerlo sin réplica, porque él es nuestro soberano Señor, porque tiene todo poder de mandarnos, porque somos sus criaturas y debemos obedecerlo. Pero mandarnos que lo amemos á él que es la bondad, la belleza, la riqueza y la felicidad por esencia; darnos por consiguiente el medio de unirnos á él por nuestro amor, y de llegar á ser participantes de su naturaleza cuanto la nuestra es capaz de ello, ¿no es este el testimonio más inconcebible de su amor para con nosotros, y un beneficio que debe unirnos á él y ser el motivo de nuestro reconocimiento eterno? Si S. Agustín, penetrado vivamente de la grandeza de este beneficio, exclama con todo el ardor de su corazón: "¿Quién sois para mí, oh Señor, y quién yo para vos, para que me mandéis que os ame, y que os irriteis contra mí si no soy fiel, y que me amenaceis con agobiarme y perderme sin recurso? Ah! ¿no es acaso la mayor desgracia el no amaros?" (1) Y, ciertamente, si Dios nos hubiera prohibido el amarlo, hubiéramos debido solicitar el permiso de ello al precio de toda la sangre que corre en nuestras venas, puesto que este amor es el manantial de tantos bienes y de ventajas tan sólidas.

1 Quid mihi es? quid tibi sum ipse, ut amari te jubeas, á me et nisi faciam, irascaris mihi, et mineris ingentes miseria? parvane ipsa est, si non amem te? S. Aug., lib. I. Conf. c. V.

Por esto, puesto que nos ha permitido amarlo, que nos ha hecho aún de ello un precepto, observemos, por consecuencia, este mandamiento y guardémoslo en toda su extensión; es decir, amemos á nuestro Dios enteramente, con todo nuestro corazón y con toda nuestra voluntad, con toda la fuerza de nuestro entendimiento, con todo el ardor de nuestros sentimientos, con todos nuestros sentidos y con todas las potencias de nuestra alma; de manera que la voluntad con todos sus afectos, el entendimiento con todos sus pensamientos, el apetito con todas sus pasiones, el cuerpo con todos sus miembros y todas sus sensaciones, estén consagrados y empleados en la práctica del amor de este buen Maestro. Que todas las potencias de nuestra alma y de nuestro cuerpo sean como otros tantos tronos en donde él reine con una autoridad absoluta para gobernar el interior y el exterior; de suerte que los ojos no miren, las orejas no oigan, las manos no toquen, los demás sentidos no obren sino por su dirección. Así es como debemos esforzarnos por observar este mandamiento.

II. No podemos decir que esto es imposible, de otro modo esto sería acusar á Dios de ignorancia ó de injusticia; de ignorancia, puesto que entonces no sabría hasta donde pueden llegar nuestras fuerzas, asistidas por su gracia, la cual no deja jamás de concedernos en la medida necesaria para obedecer exactamente á su mandamiento; de injusticia, puesto que nos condenaría á tormentos eternos, por no haber observado un mandamiento que estaría sobre nuestras fuerzas, y que por esto mismo no nos obligaría. Por consiguiente, puesto que este es un mandamiento, es posible. Iremos

más lejos, y diremos que no solamente es posible, sino aun fácil. Si era para los judíos fácil en la ley de temor y rigor, ¿no lo es más á los cristianos bajo la ley de gracia y amor, y más aún á los religiosos, si quieren corresponder á la gracia que han recibido? ¿No ha dicho Nuestro Señor que su yugo era dulce y su carga ligera? (1) ¿Por qué, pues, á pesar de este oráculo de la verdad misma, creíamos difíciles, imposibles aun las leyes que nos ha dado, y sobre todo la primera de todas, la que más toma á pechos, y cuya observancia nos ha recomendado con tanto cuidado? (2) Mas escuchemos á Dios mismo hablando á los judíos y á todos nosotros por boca de Moisés: *El mandamiento que os doy ahora, de amar á Dios con todo vuestro corazón, no está sobre vuestras fuerzas, ayudadas de mi gracia; no está lejos de vosotros, colocado en el cielo, de manera que podríais decir: Quién podrá llegar hasta ella para ser fiel á él? No está al otro lado de los mares, y no podríais decir: ¿Quién podrá atravesar la inmensidad de las aguas? Sino que está á vuestro alcance, proporcionado á vuestra debilidad, sostenido con un socorro divino; está en vuestro corazón, conforme á vuestra naturaleza; porque el hombre habla naturalmente de los que le hacen bien y no puede dejar de amarlos.* (3)

1 Matth. XI, 30.

2 Numquid adhaeret tibi sedes iniquitatis, qui fingis laborem in procepto? Ps. XCIII, 20.

3 Mandatum hoc, quod ego procepit tibi hodie non supra te est, neque procul positum, nec in caelo situm, ut possis dicere: Quis nos trum valet ad coelum ascendere, ut deferat illud ad nos, et audiamus atque opere compleamus? Neque trans mare positum, ut causeris et dicas: Quis ex nobis poterit transfretare mare et illud ad nos usque deferre; ut possimus adire et facere quod

*Considerad, por tanto, atentamente, continúa Moisés, que yo os presento hoy la vida y la muerte, la felicidad y la desgracia, para llevaros á amar al Señor vuestro Dios, á fin de que vivais y que os bendiga. Mas si no quereis observar el mandamiento que os da, y si, dejándoos seducir, adoráreis dioses extraños; si amais algo con perjuicio suyo, yo os anuncio hoy que todos perecereis. Temo por testigo al cielo y la tierra, que yo os propongo hoy la vida ó la muerte. En cuanto á nosotros, que somos cristianos, podemos con mucha mayor razon tomar el cielo por testigo, puesto que hay en este lugar de felicidad tantas almas dichosas, tantos hombres y mujeres, ancianos y débiles niños, niños que han encontrado esta ley del amor no solamente posible, sino también dulce y fácil; que le han cumplido perfectamente durante su permanencia en la tierra, á pesar de todas las dificultades y las tentaciones, las prisiones, los destierros, las espadas, las ruedas, los fuegos, el desgarramiento de su carne, el quebrantamiento de sus huesos y toda la rabia del infierno. Por otra parte, uno y otro hemisferio están llenos de personas de uno y otro sexo, de toda edad, de toda condición, compuestos de carne y hueso como nosotros, sujetos á las mismas penas, á las mismas tentaciones, á las mismas debilidades, á mayores todavía quizás, que observan este mandamiento en toda su perfección, que aman á Dios con todo su corazón, y que están resueltos á sufrir más bien mil muertes que ofenderlo, ó hacer de propósito deliberado la*

proceptum est? Sed jura te est sermo valde in ore tuo, et in corde tuo, ut facias illum. Deut., XXX, 11.

menor cosa contra su amor. *Amad por tanto al Señor vuestro Dios, concluye Moisés, uníos á él, y obtened por esto la vida verdadera.* (1)

Obedezcamos, pues, un mandamiento tan dulce y tan fácil; amemos á Nuestro Señor Jesu-Cristo y amémoslo como este mandamiento nos lo ordena, con todo nuestro corazón, con todo nuestro espíritu, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas. El mismo nos enseña *que toda la ley consiste en el amor de Dios y del prójimo.* (2) Si lo amamos, cumpliremos perfectamente toda la ley, dice muy bien san Buenaventura, porque él es nuestro Dios, y al mismo tiempo nuestro prójimo, en cuanto hombre. Amémoslo, pues, observemos la ley y estemos ciertos que además de la vida eterna, que nos está asegurada en el cielo, poseeremos desde ahora todo el goce y toda la felicidad que es posible gustar en la tierra.

1 Elige ergó vitam ut et tu vivas, diligas Dominum Deum tuum, atque obedias voci ejus, et illi adhaereas. Ibid.

2 In his duobus mandatis univèrsa lex pendet et profetae. Matth., XXII, 40.

## CAPITULO XV.

## Motivo undécimo de amor.

El amor es la prueba más segura de la predestinación.

I. Los predestinados.—II. Predestinación de los ángeles y de los hombres fundada sobre Nuestro Señor.—III. Pruebas tomadas de parte de Dios Padre.—IV. Otras pruebas tomadas de parte de Dios Hijo.—V. Importancia de este motivo.

I. Este motivo es de grande importancia, puesto que nuestra felicidad eterna depende de él. El divino Esposo tocando en la noche la puerta de la casa de la Esposa, le dice: *Abreme, hermana mía, mi muy amada, paloma mía, mi toda bella é inmaculada, porque mi cabeza está cargada de rocío y mis cabellos están empapados con el rocío de la noche.* (1) ¿Cuáles son los cabellos de este sagrado amante? Los Padres dicen que son los predestinados. La cabeza de Jesu-Cristo, es Dios, dice San Paulino: los elegidos son sus cabellos, por los cuales el Padre toma en el Hijo sus divinas complacencias. (2) Con razón los elegidos son llamados los

1 Aperi mihi, soror mea, amica mea, columba mea, immaculata mea, quia caput meum plenum est rore, et circumi mei guttis nocturni. Cant. V, 2.

2 Caput Christi Deus, et crines ejus electio sanctorum in Christo, quiquis pater gaudet in illo. Sn. Paul in. ep. IV.

menor cosa contra su amor. *Amad por tanto al Señor vuestro Dios, concluye Moisés, uníos á él, y obtened por esto la vida verdadera.* (1)

Obedezcamos, pues, un mandamiento tan dulce y tan fácil; amemos á Nuestro Señor Jesu-Cristo y amémoslo como este mandamiento nos lo ordena, con todo nuestro corazón, con todo nuestro espíritu, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas. El mismo nos enseña *que toda la ley consiste en el amor de Dios y del prójimo.* (2) Si lo amamos, cumpliremos perfectamente toda la ley, dice muy bien san Buenaventura, porque él es nuestro Dios, y al mismo tiempo nuestro prójimo, en cuanto hombre. Amémoslo, pues, observemos la ley y estemos ciertos que además de la vida eterna, que nos está asegurada en el cielo, poseeremos desde ahora todo el goce y toda la felicidad que es posible gustar en la tierra.

1 Elige ergó vitam ut et tu vivas, diligas Dominum Deum tuum, atque obedias voci ejus, et illi adhaereas. Ibid.

2 In his duobus mandatis universa lex pendet et profetae. Matth., XXII, 40.

## CAPITULO XV.

## Motivo undécimo de amor.

El amor es la prueba más segura de la predestinación.

I. Los predestinados.—II. Predestinación de los ángeles y de los hombres fundada sobre Nuestro Señor.—III. Pruebas tomadas de parte de Dios Padre.—IV. Otras pruebas tomadas de parte de Dios Hijo.—V. Importancia de este motivo.

I. Este motivo es de grande importancia, puesto que nuestra felicidad eterna depende de él. El divino Esposo tocando en la noche la puerta de la casa de la Esposa, le dice: *Abreme, hermana mía, mi muy amada, paloma mía, mi toda bella é inmaculada, porque mi cabeza está cargada de rocío y mis cabellos están empapados con el rocío de la noche.* (1) ¿Cuáles son los cabellos de este sagrado amante? Los Padres dicen que son los predestinados. La cabeza de Jesu-Cristo, es Dios, dice San Paulino: los elegidos son sus cabellos, por los cuales el Padre toma en el Hijo sus divinas complacencias. (2) Con razón los elegidos son llamados los

1 Aperi mihi, soror mea, amica mea, columba mea, immaculata mea, quia caput meum plenum est rore, et circumi mei guttis nocturni. Cant. V, 2.

2 Caput Christi Deus, et crines ejus electio sanctorum in Christo, quiquis pater gaudet in illo. Sn. Paul in. ep. IV.

cabellos de Jesu-Cristo; porque, así como los cabellos tienen su raíz en la cabeza, allí nacen y permanecen unidos no como partes de su substancia, sino producidos por su virtud, así los predestinados encuentran su felicidad en Jesu-Cristo, de él cual salen y al cual permanecen unidos; no como partes de su divinidad, sino como frutos de sus méritos, y como otras tantas obras maestras de su gracia que sobreabunda en ellos. Los cabellos están más unidos á la cabeza que todas las demás partes del cuerpo; del mismo modo los elegidos están unidos á Jesu-Cristo por el amor particular que él ha tenido por ellos desde toda la eternidad, durante su vida mortal, y que tendrá para siempre, y por el que ellos sienten por él y que tendrán durante toda la eternidad. Además, los cabellos sirven de adorno y de defensa á la cabeza, la cubren y la garantizan contra todas las injurias del aire, de las incomodidades exteriores á las cuales está sujeta; del mismo modo, los elegidos son la corona y la gloria del Hijo de Dios, son sus más ricas conquistas, los adornos más bellos de sus triunfos: combaten por sus intereses, lo defienden cuando los males lo atacan, le forman un escudo con sus cuerpos, con su vida, sus bienes, y su honor por defender el de él.

Mas hay sobre todo dos cosas particulares en los cabellos de Jesu-Cristo, que convienen muy bien á los predestinados. 1.º Los cabellos de Jesu-Cristo jamás fueron cortados, porque era de profesión Nazareno, y la ley dice: *El fierro no tocará la cabeza del Nazareno; sino que dejará crecer sus cabellos, y por esta señal será consagrado*

al Señor. (1) Los predestinados, en el admirable designio de la predestinación; no son separados de su cabeza, Jesu-Cristo, como él mismo lo atestigua en la admirable oración que hizo á su Padre, algunos instantes antes de su muerte: *Yo he guardado á aquellos que me habeis dado, y ni uno solo de ellos ha perecido.* (2) Nuestro Nazareno no llega á ser calvo, los cabellos no se le caen, porque tiene en la cabeza bastante humedad, bastantes gracias eficaces y recursos poderosos para nutrirlos y conservarlos. *Yo doy la vida á mis elegidos, dice Jesu-Cristo, no perecerán jamás y nadie podrá arrancármelos.* (3) 2.º Esos cabellos son color de púrpura, puesto que el Espíritu Santo dice que los cabellos del Esposo eran de este color. (4) Lo mismo es de estos del Esposo, puesto que, según San Pablo, Jesu-Cristo es la cabeza de la Iglesia. (5) No se trata aquí de cabellos naturales, que según la relación de los historiadores, eran de un rubio obscuro, sino de cabellos misteriosos, es decir, de los elegidos. Pero, ¿por qué son de púrpura más bien que de otro color? La púrpura es un licor muy precioso que se saca del pescado, y que tiene la virtud de dar á la lana más simple un color tan brillante, que la hace propia para servir en el vestido de los reyes: así los predestinados son predestinados.

1 *Omni tempore separationis suae novacula non transibit per caput ejus, sactum erit, crescente coesarie capitis ejus, Num. VI. 5*

2 *Quos dedisti mihi, custodivi, et nemo ex iis perii, Joan. XVII. 12.*

3 *Ego vitam aeternam do eis, et non peribunt in aeternum, et non appiet eas quisquam de manu mea. Joan., X. 28.*

4 *Comae capitis ejus sicut purpura regis. Cant. VII. 5.*

5 *Ephes., V. 23.*



tinados porque están rociados y se lavan continuamente en la sangre del Hijo de Dios, con más abundancia aún que los demás; y aun cuando de sí mismos no sean sino pobres criaturas, sujetas á muchas miserias, y que á veces parezcan aun el desecho de los demás hombres, desde el momento que son lavados en esta sangre preciosa, toman ahí este color brillante que los vuelve bellos á los ojos de Dios. "La sangre de Jesu-Cristo es una púrpura que da nuevo vigor á los elegidos, dice San Ambrosio, y los vuelve no solamente brillantes de gloria, sino que los eleva en poder, los hace reyes, y reyes más elevados que los de la tierra, puesto que les da un reino eterno." (1) Así es como los predestinados son mirados como los escabellos místicos de Jesu-Cristo.

II. Muchos grandes teólogos (2) piensan que el respeto y el amor para con el Verbo encarnado han sido la causa de la predestinación y de la reprobación de los ángeles. Dios les hizo conocer, después de haberlos criado, el designio que tenía de unir la naturaleza humana á la suya, y les propuso á este Hombre-Dios, con orden de reconocerlo por su Señor y adorarlo. Entonces se dividieron en dos partes: unos, teniendo á su cabeza á Lucifer, lleno de orgullo y de envidia de que este exceso de honor fuera concedido á la naturaleza humana,

1 Sanguis Christi purpura est, quae inficit sactorum animas, non solum colore resplendens, sed etiam potestate, quia reges fecit et meliores reges quibus regnum donet aeternum. S. Amb. Serm. 17, in Psal. 118.

2 Alex. 3. part. q. 2. membr. 13. Carthus. in 2 distinct. 5. q.—Suárez. 3. par. Tom. 2, d. 31, sect. 3.—Granad. de Angel. tr. 13, disp. 2, sect. 4.

muy inferior á la suya, rehusaron rendir sus deberes á este Hombre-Dios, y por esta repulsa fueron reprobados; otros, al contrario, mucho más sabios, tomaron una resolución que tenía su origen, no en el orgullo, sino en la humildad; no en la ambición de honor que era concedido á la humanidad, sino en un tierno afecto por ella. Honraron la persona de Jesu-Cristo, le ofrecieron sus adoraciones y sus homenajes, y merecieron por esto la gracia de la predestinación. Si así pasó con los ángeles, con cuánta mayor razón podemos asegurar que la predestinación ó la reprobación, la felicidad ó la desgracia de los hombres dependen de la devoción y del amor que tendrán por Jesu-Cristo. Así, San Pablo, siempre inflamado de celo por la gloria de este Señor, fulmina los más terribles anatemas contra aquellos que no lo amaran. (1) Podemos con tanta seguridad prometer la bendición y la predestinación á cualquiera que tenga amor por él; mas veamos las pruebas.

III. Tomaremos las primeras pruebas de parte de Dios Padre. Nuestro Señor, dice, hablando á sus apóstoles, los cuales representaban á todos los predestinados: *Mi padre os ama, porque vosotros me habeis amado*: (2) el amor que me teneis es la causa del que mi Padre os tiene. Ahora bien, ¿qué felicidad más grande que la de ser amado de Dios Padre? ¿qué ventaja para aquel que posee este afecto! Jesu-Cristo mismo lo declara por estas bellas palabras: *Si alguno me ama, mi Padre lo amará y vendremos á él y en él habitaremos*, no de una ma-

1 I. ad Cor. XVI, 22.

2 Ipse Pater amat vos, quia vos me amastis. Joan., XVI, 27. S. Aug., S. Cyrillus, in illum locum.

nera pasajera, sino de una manera constante: (1) esto es lo que significa la palabra *mansio*, según los intérpretes. (2) Permaneceremos en él como en nuestro templo, añadía San Agustín, (3) consagrándolo á nuestro servicio, santificándolo, purificándolo, desplegando ahí la grandeza de nuestras misericordias, llenándolo de las riquezas de la gracia en su cuerpo y en su alma, y preparándolo á gozar de los tesoros eternos de la gloria; y esto porque me habeis amado. (4) San Agustín explica también esto en pocas palabras: Los que aman, son elegidos porque aman; los que no aman, quienes quiera que sean, son nada; cualquiera cosa que hagan, nada hacen; solo el amor hace la elección, separa á los santos de los mundanos, á los elegidos de los réprobos. (5) El Espíritu Santo habla dicho mucho tiempo antes, por boca del sabio: Dios no ama sino á aquel que ama la sabiduría, es decir, a la sabiduría encarnada, según la interpretación de los doctores; (6) de donde concluyo que el Padre ama á aquellos que aman á su Hijo, y que su predestinación es un efecto de este amor.

Pero, por qué el amor que se siente por el Hijo tiene un poder tan grande sobre el Padre? el Hijo mismo ha respondido á esta pregunta por estas

- 1 Si quis diligit me, Pater meus diligit eum, et ad eum venimus, et mansionem apud eum faciemus. Joan, XIV, 25.
- 2 Chrys-Theoph. apud. Mal.onat. ibid. tract. 76. in Joan.
- 3 Intus utique tanquam in templo suo. Aug., Tr. 76 in Joan.
- 4 Quia vos me amastis. Ibid.
- 5 Qui diligunt, quia diligunt eliguntur; qui vero non diligunt, si linguis hominum loquantur et angelorum, fiunt velut oceramentum sonans; dilectio sanctos discernit á mundo. Ibid.
- 6 Neminem diligit Deus nisi eum, qui cum sapientiâ inhabitat. Sap., VII, 28.

misteriosas palabras, que dirige á su Padre: *Que vuestro amor esté en ellos como yo estoy en ellos.* (1) Está en los elegidos no solamente, como Dios, cual está en las demás criaturas, por su esencia, su presencia y su potencia, ni por su sola gracia, por la cual se encuentra en todos los hombres, que no están en pecado mortal, sino que quiere decir que está ahí de una manera toda particular, por la semejanza que el amor que le tienen produce en ellos; y como este amor los forma á su imagen, es imposible que el Padre no los ame en esta semejanza con su Hijo. Y como él ama á su Hijo más que á cuanto ha creado, y que lo ha establecido, cabeza de los predestinados, y ha difundido sobre él toda la plenitud de sus riquezas, así, después de él, los ama más que á todos los demás hombres, los predestina de la manera más admirable, y los enriquece de una superabundancia de bienes, porque nada ve que se asemeje más á su Hijo; por esto los ama con el amor que tiene por este divino Hijo, según esta oración de Jesu-Cristo: *Que el amor que tenéis por mí repose sobre ellos.* Es una máxima general, en materia de amor, que aquel que ama á alguno sinceramente y por sí mismo, ame por una consecuencia necesaria á todos aquellos que le están unidos, y los mire como estándole adquiridos por el amor. Así, vemos que la madre, que quiere perfectamente á su hijo, tiene cariño á todos los que se lo tienen á su hijo, les da entrada y los acoge en su casa. Amando el Padre Eterno con un amor infinito á su Hijo único, comprende en

- 1 Ut dilectio tua quâ me dilexisti, in eis sit, et ego in ipsis. Joan., XVII, 26.

este amor á todos aquellos que aman á este Hijo; y en virtud de este amor, los favorece, los destina á ser para siempre felices con su Hijo, aun cuando esto no fuera sino por no privarlo de un bien que es de él.

IV. Las demás razones están tomadas de parte del Hijo. Algunos piadosos y sabios teólogos, (1) enseñan que aun cuando el designio general de Dios, de restablecer el género humano en sus antiguos derechos, haya precedido al de la encarnación de su Hijo, puesto que ha escogido la encarnación como medio de ejecutar esta gran obra, sin embargo, el designio particular de la predestinación no ha sido formado sino después de la encarnación, puesto que está fundado sobre los méritos de Nuestro Señor. *El nos ha elegido*, dice San Pablo, en Jesu-Cristo, es decir, en consideración de Jesu-Cristo, *antes de la producción, efectiva del mundo; nos ha predestinado y hecho sus hijos adoptivos por los méritos, como por la gloria de su Hijo natural.* (2) Estos doctores añaden en seguida que, en el asunto de la predestinación de los hombres, Dios no ha establecido á Nuestro Señor solamente como ejecutor de sus voluntades y el economo de sus gracias, sino que le ha elevado al honor de dejarle la libertad de concederlas á quien le agradase, pues que, conociendo todo lo que sería más ventajoso á la gloria y servicio de su Padre, su celo ardiente, le haría hacer la mejor elección. Añaden aún, con mucha probabilidad,

1 Lessius de proed. Christi, sect. 9.

2 Elegit nos in ipso, ante mundi constitutionem, proedestinavit nos in adoptionem filiorum per Jesum Christum in ipsum, Ephes., I, 4.

que la dirección universal de las cosas humanas, de los ángeles mismos, del universo, en lo que tiene relación con la salvación del género humano, ha sido puesta en sus manos. Porque de otra manera, ¿cómo hubiera podido decir con verdad: *Todo poder me ha sido dado en el cielo y sobre la tierra*, (1) si no puede disponer por sí mismo de todas las cosas que tienen relación con el interés temporal ó eterno, y si está encargado solamente de cumplir los designios de Dios? Así, queriendo reanimar un valor abatido, dice en el Apocalipsis: *Nada temais, yo soy el primero y el último; estoy vivo y he muerto; mas ahora vivo para siempre y tengo en mis manos las llaves de la muerte y del infierno*, es decir, como lo explica Ruperto, tengo el poder de perdonar el pecado; y, cuando perdono, cierro las puertas de la muerte y del infierno para aquellos que creen en mí. (2) Con estas llaves, que son el poder soberano, *él abre y nadie puede cerrar, él cierra y nadie puede abrir.* (3)

Nada parece más justo; porque, puesto que Nuestro Señor ha muerto por todos los hombres, que ha satisfecho plenamente por los pecados de todos, que ha merecido á cada uno los socorros y gracias necesarias para salvarse, era conveniente que pudiera disponer de todos los bienes que había comprado él; distribuir, como quisiera, las gracias que había adquirido por su sangre, y dar á quien qui-

1 Data est mihi omnis potestas in coelo et in terra. Matth., XXVIII, 18.

2 Potestatem habeo dimittendi peccata, peccata verò dimittendo, mortem in me credentibus claudo, infernum obstruo, Rupert in illum locum.

3 Aperit et nemo claudit; claudit et nemo aperit. Apocal., III, 7.

siera el precio de sus trabajos. Mas, ¿á quién hubiera podido dar estos testimonios de su benevolencia sino á aquellos á quienes ha previsto que lo habían de amar un día? No podemos dudar de ello, porque sería imposible á su corazón noble y generoso el verse amado de alguno, sin amarlo incomparablemente más, y sin colmarlo de bienes. Cuando Foción rehusó los grandes regalos que Alejandro le había enviado, como muestras del afecto, del cual le había dado pruebas en diferentes circunstancias, el encargado de llevarse los le instaba para que no los rehusara, diciéndole que Alejandro no podía sufrir que fuera pobre siendo su servidor. Nosotros tenemos mucha mayor razón de creer que este Dios, que aventaja infinitamente á Alejandro en bondad, en reconocimiento, en valor, en magnificencia, y en riqueza, jamás dejará en necesidad á aquellos que lo aman, sino que los colmará de toda suerte de bienes. Así, después de haber dicho por Salomón: *Los reyes gobiernan por gracia mía, y los príncipes tienen sus coronas por mi liberalidad;* y entendiendo hablar aquí de los predestinados á los cuales se les puede dar el título de grandes y poderosos reyes, puesto que son llamados á gozar de un reino infinitamente rico, y en comparación del cual todos los reinos de la tierra son como un grano de arena, añade: "Yo amo á aquellos que me aman: aquel que me busque con todo el ardor de su corazón me encontrará, y conmigo encontrará todas las riquezas y la gloria del cielo, que doy á quien quiero." (1) El mismo dice

1 Per me reges regnant, per me principes imperant. Ego diligentes me diligo, et qui mane vigilaverint ad me, invenient me; mecum sunt divitiae et gloria. Prov. VIII, 15.

en San Juan: "Aquel que me ame será amado de mi Padre y yo también lo amaré, no solamente como Dios, sino también como hombre; y para darles pruebas de mi amor yo me manifestaré á él." (1) Lo haré primero desde este mundo, dice San Cyrilo, (2) dándole el conocimiento de mis misterios, no un conocimiento obscuro y ordinario, tal cual lo doy al común de los fieles, sino un conocimiento claro, distinto, un conocimiento interior, y después, según San Agustín, descubriéndome para siempre á él en el reino de mi gloria, que será la recompensa de su amor.

V. ¡Qué hay más propio para excitarnos al amor de Nuestro Señor! Hablando San Bernardo del misterio profundo de la predestinación, dice entre otras cosas: "¿Quién puede decir: yo soy de! número de los elegidos, yo estoy predestinado á la vida, soy del número de los hijos? puesto que la Escritura nos asegura que *nadie sabe si es digno de amor ó de odio*. A la verdad, no tenemos certidumbre alguna; pero la esperanza nos consuela y nos fortifica, no fuera que la incertidumbre de una cosa tan importante nos sumergiera en la inquietud y abatimiento. Por esto Dios nos ha dado ciertas señales, que son prendas tan seguras de predestinación, que, moralmente hablando, es imposible que aquellos en quienes se encuentren no sean del número de los elegidos." (3) Ahora bien, entre

1 Qui diligit me, diligetur á Patre meo, et ego diligam eum, et manifestabo ei meipsum. Joan. XIV, 21.

2 S. Cyrill. Alex. in illum locum.

3 Quis potest dicere, ego de electis sum, ego de praedestinitis ad vitam, ego de numero filiorum? Quis haecquam, dicere potest? reclamante nimirum scripturá. Nescit homo an sit dignus

todas estas señales, está fuera de duda que no hay otra más grande y más cierta que la del amor por Nuestro Señor, puesto que él es nuestro todo, que de él depende nuestra salvación y que *no hay otro nombre bajo el cielo como dice el príncipe de los Apóstoles, por el cual podemos salvarnos.* (1) Amémosle, por tanto, ardientemente á fin de tener esta señal de predestinación, y la santa alegría que esta seguridad da al corazón. "¿Qué reposo y qué alegría puede tener nuestro espíritu, dice S. Bernardo, si poniendo los ojos en nosotros mismos, no encontramos ahí ninguna señal de predestinación ni presagio alguno de nuestra felicidad eterna?" (2) *La colocará como una columna en un lugar firme, dice Isaías hablando del sumo sacerdote Eliacin; será un trono de gloria en la casa de su padre; se suspenderá en esta columna todo cuanto hay de más raro y más precioso en la casa, desde las copas hasta los instrumentos de música.* (3) Esta profecía se aplica á Ntro. Señor, á el cual están unidos todos los predestinados, que son el honor del género humano, lo que hay de más noble y más

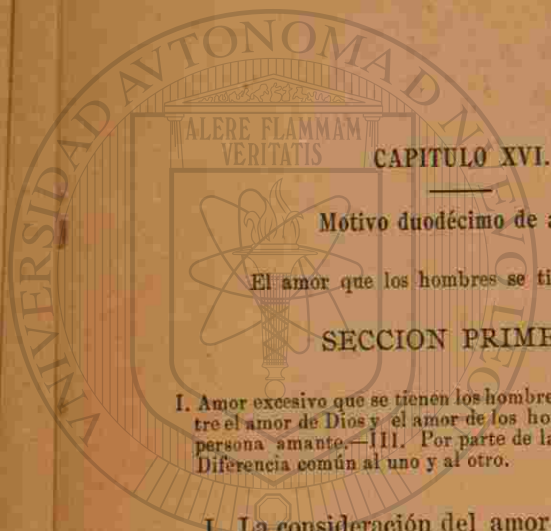
amore, aut odio. Certitudinem non habemus, sed spei fiducia consolatur nos, ne dubitationis hujus anxietate penitus cruciemur. Propter hoc data sunt signa quaedam et indicia manifesta salutis ut indubitabile sit eum esse de numero electorum in quo ea signa permanserint. S. Bern. Serm. 1. in Septuag.

1 Nec enim aliud nomen est sub caelodatum hominibus, in quo oporteat nos solos fieri. A. A. IV. 20.

2 Quam enim requiem habere potest spiritus noster, dum praedestinationis suae nullum adhuc testimonium tenet? S. 2. in oct. Pase.

3 Figam illum paxillum in loco fideli, et in solium gloriae domui patris ejus. Et suspendent super eum omnem gloriam domus patris ejus, vasorum diversa genera, omne vas parvulum. A vasis craterarum usque ad omne vas musicorum. Is., XXII, 23.

grande en el universo, órganos de la gloria de Dios, y que cantarán por siempre con la más dulce melodía y el más perfecto acorde las alabanzas de aquél que los ha salvado. Por tanto, unámonos así á él por la fe, la práctica de las obras buenas, mas sobre todo por los lazos del amor.



CAPITULO XVI.

Motivo duodécimo de amor.

El amor que los hombres se tienen entre sí

SECCION PRIMERA.

I. Amor excesivo que se tienen los hombres.—II. Diferencias entre el amor de Dios y el amor de los hombres, por parte de la persona amante.—III. Por parte de la persona amada.—IV. Diferencia común al uno y al otro.

I. La consideración del amor excesivo, que vemos tan frecuentemente entre los hombres, debe mover vivamente á un espíritu sabio, y hacerle tomar la resolución de amar á Nuestro Señor Jesu-Cristo con toda la fuerza de su corazón. La Escritura nos suministra dos ejemplos memorables del amor, que los hombres se tienen algunas veces entre sí. El patriarca Jacob amaba tan ardientemente á Raquel, que sirvió durante catorce años á su padre para obtenerla en matrimonio, y este templo le parecía corto, tan vivo era el afecto que le tenía. (1) Ammón, hijo de David, amaba tan

1 Videbantur illi pauci dies prae amoris magnitudine. Genes XX, 29.

perdidamente á Thamar, su hermana, que se consumía y cayó enfermo. Joadab, su primo y amigo íntimo, le dijo un día: ¿Cuál es, pues, la causa de esa profunda melancolía que os destruye todos los días, á vos que sois hijo del rey? Es que yo amo á Thamar, hermana de mi hermano Absalón, le respondió el príncipe; he aquí la causa de mi languidez y del triste estado en que me veis. (1) Como toda la Santa Escritura, dice San Pablo, ha sido inspirada por Dios para enseñar, para reprender, para instruir á los hombres y conducirlos á la perfección, (2) debemos pues creer, que el Espíritu Santo ha querido darnos una instrucción en estos dos ejemplos de aficiones humanas, una de las cuales no puede escusarse, y no es propia sino para cubrirnos de confusión. Podiéramos, sin duda, referir otros muchos ejemplos, porque los libros están llenos de ellos, y no hay país alguno, ciudad, que no subministre todos los días ejemplos semejantes; pero no quiero, en una materia tan seria y tan santa como la que trato, hacer públicos desórdenes y locuras que debieran sepultarse en las tinieblas de un eterno olvido; estos dos ejemplos bastan. Añadirémos solamente lo que San Crisóstomo nos enseña, (3) y lo que la experiencia diaria confirma. Sucede frecuentemente, dice este Padre, que un hombre, arrastrado por un amor sensual por una criatura, la amaba con tanta pasión y furor, que aunque ella sea de baja condicion, sin belleza al-

1 Ut propter amorem ejus aegrotaret, quare sic attenuaris macie, fili regis, per singulos dies? Thamar sororem fratris mei amo.

2 Reg. XIII, 9.

2 2. Timoth., III, 16.

3 in Psal, XLI.

guna natural, no tendrá en cuenta las amenazas de su padre, las lágrimas de su madre, ruegos de sus hermanos, buenos consejos de sus amigos; él sacrificará la herencia paterna, su reputación; consentirá en llegar á ser objeto del desprecio de todo un pueblo, y se creará suficientemente pagada de todos sus sacrificios con tal que obtenga el agrado de esa vil criatura. Ahora bien, si el hombre ama con tanto ardor un objeto que tampoco lo merece, concluye este santo doctor, ¿con cuanta mayor razón no debe amar á su Señor, que es el rey de la gloria? Si arde en tal fuego por un poco de lodo, por una miserable criatura que lo merece tan poco, ¿en qué fuego no debe arder por la pureza, la belleza y la luz misma? Pero á fin de quitar toda escusa al corazón humano, es necesario mostrar las diferencias inmensas que hay entre el amor de Nuestro Señor y el de las criaturas; esto bastará á todo hombre sensato para excitarlo á renunciar absolutamente al uno y darse enteramente al otro. Yo noto seis diferencias; tres de las cuales son particulares á la criatura amante, dos á la criatura amada, y una común á una y otra.

II. La persona amante no ha sido criada para amar á la persona que ama, ni á ninguna otra criatura; por consiguiente, padece un gran equívoco en apegarse á la solicitud de una cosa para la cual no ha sido hecha; cualquiera que sea el amor que le tenga, jamás estará contenta, porque no siendo su fin el amor y la posesión de la criatura, por una consecuencia necesaria, no pueden hacer su felicidad. Por esto, tanto por la naturaleza de la cosa en sí misma, como por un efecto de la providencia toda particular de Dios, que se ocupa sin ce-

sar de la felicidad del hombre, se encuentran tantas dificultades, engaños y amarguras en la afición y posesión de las criaturas. Iré tras de los que amo, dice en el profeta Oseas una de esas almas apasionadas, iré tras de los que amo y allí encontraré el contento y la paz. Y bien? responde Dios, anda, persigue á las criaturas, prodigales tus caricias, puesto que lo quieres; mas yo cerraré tu camino con zarzas y espinas, que te harán sentir su aguijón; tú perseguirás á las criaturas que amas, pero no podrás conseguirlas; estarás siempre atormentada por tus deseos sin experimentar gozo, ó bien ese gozo estará lleno de disgustos, de arrepentimiento, de envidia y perfidia; el borde del vaso estará untado de miel, pero tú no encontrarás ahí sino hiel (1) Ved aquí la imagen fiel del amor de las criaturas. ¿Qué diferencia cuando se trata del amor de Dios Nuestro Señor, puesto que es cierto que somos creados por honrarle y amarle, y que sólo nos conserva la vida para emplearla en este santo ejercicio!

2.º La persona amante hace mil cosas por la persona amada, de lo cual ésta no tiene conocimiento. Si la persona que amais está distante, ¿acaso concibe los pensamientos que se refieren á ella cada día y cada instante? ¿Conoce ella todos los transportes, todos los ardores, todas las ternuras que experimentais cada vez que su recuerdo se presenta á vuestro espíritu? ¿Oye todas las pa-

1 Vadam post amatores meos..... Ecce ego sepiam viam tuam spinis; sequatur amatores suos, et non apprehendet eos, et quaerret eos et non inueniet et dicet: Vana sunt et reuertar ad virum meum priorem, quia bene mihi erat tunc magis, quam nunc. Os., II, 5 y 6.

labras que decís, ve todos los pasos que dais y todas las penas que experimentáis con motivo de ella? Hacedis en favor de ella una multitud de cosas que lo más frecuente os son inútiles lo mismo que á ella. Estas cosas no pueden procurarles el placer y la alegría que pretendéis procurarle, ni darle seguridad de vuestro amor, como lo desearíais; lo cual es una de las más dulces alegrías del amor. No sucede así con los que aman á Dios; porque el ojo penetrante de su sabiduría infinita, ve perfectamente todo lo que hacen, todo cuanto sufren, todo lo que piensan, todo lo que dicen de él; una palabra, un movimiento de corazón, un suspiro, nada se le escapa en todo tiempo y lugar, de día y de noche, en la soledad y en medio del mundo. Que la cosa esté oculta á los ojos de los hombres ó que sean testigos de ella, nada hay de lo cual no tenga un conocimiento particular, de lo cual no conserve recuerdo, y que reciba con la bondad más grande. El amor de Jesu-Cristo contiene, pues, este consuelo indecible, esta felicidad tan dulce, que cuanto se hace por él nada se pierde y su bondad tiene cuenta de todo.

3.º Es imposible que podáis hacer conocer tal cual es á la persona que amáis, el amor que sentís; no podéis hacerle ver el fondo de vuestra alma, para mostrarle cuán profundamente está grabada ahí vuestra imagen; cualesquiera que sean las palabras que empleis, hagáis lo que hagáis, no puede ver vuestro amor sino por las palabras y los efectos exteriores, que no son el amor mismo, sino solamente signos y pruebas frecuentemente equivocadas. Pero la vista penetrante de Nuestro Señor conoce todo cuanto pasa en cada criatura; ve lo in-

terior y lo exterior, nada se oculta á sus miradas; ve el amor que le tenéis, no solamente en sus efectos, sino en sí mismo; escudriña vuestro corazón y ve cuán abrasado está, conoce los grados de vuestro amor, los juzga porque ve las cosas tales cuales son.

III. 1.º En cuanto á la persona amada, tal vez no os amará, aun cuando parezca hacerlo y que la améis perfectamente; tal vez no corresponde á vuestro ardor sino por la indiferencia, y á vuestro amor por el odio; cualquier cosa que hagáis para agradarle y para merecer su amor, es posible que se burle de vuestros ardores y sólo los vea con fastidio; os lisonjeáis quizás de ser amado, porque la otra persona lo atestigua con palabras y señales exteriores; pero estos signos exteriores, ¿pueden acaso disipar todas vuestras dudas? ¿No son engañadores, no engañan todos los días? Parece acogerlos con agrado; os promete de la manera más solemne amaros hasta la muerte; acompaña todas sus protestas con juramentos. Lo concedo; pero para que estos testimonios y estas protestas de amor puedan disipar todas vuestras dudas y temores, se necesitaría ver el fondo de su corazón, á fin de asegurarse que este amor es verdaderamente tal cual lo dice. Referíos en esto al Espíritu Santo, que dice que *el corazón del hombre es engañoso, lleno de disimulo y artificios.* (1) ¿Podéis estar seguro que no hay en todo esto alguna mira de interés, que no pretenda conseguir nada de vos? Porque comunmente así es como aman los hombres. Si ello es así, no es tanto por amor á vos por lo que obra

1 Pravum est cor omnium et inscrutabile. Jerem. XVII, 9,



así, sino por el amor de sí mismo. Mas supongamos que no estais engañado, que realmente esa persona os ama, ¿os ama tanto como la amais y no hay acaso en esto un gran motivo de pena? No es así como Nuestro Señor hace; estamos seguros que nos ama; él nos lo ha probado y él ama infinitamente más de lo que jamás podríamos amarlo y como no somos capaces de hacerlo.

2.º Y aun cuando fuera verdad que la persona que amais os ama con un amor recíproco, igual al vuestro, y aún, si quereis, incomparablemente más grande que el que sentís por ella, este amor, por grande que parezca y que lo sea, no puede cambiar, resfriarse, convertirse en odio, como el de Amnon, que, según refiere la Escritura, *se cambió de tal manera en odio, que odió á su hermana más aún de lo que la había amado.* (1) ¿Cómo descansar de luego á luego sobre esas bellas apariencias? Los paganos con razón habían dado alas al amor, para indicar que es ligero y voluble, y que nada puede fijarlo. Si las cosas no van siempre tan lejos, es cierto que el amor se entibia, que sus fuegos se apagan y la experiencia nos enseña que la costumbre, la familiaridad disminuyen el amor y aun la estima que tenemos unos por otros. (2) La inmutabilidad de Dios, que dice por su profeta: *Yo soy el Señor, y no cambio,* (3) libra á su amor de esa inconstancia y nos cura de esta inquietud. Qué mayor motivo de alegría, qué reposo más perfecto

1 Exosam habuit Amnon odio magno nimis, ita ut majus esset odium, quo oderat eam, amore quò antea dilexerat. II. Reg., XIII, 15.

2 Ab assuetis non fit passio.

3 Ego Dominus et non mutor. Malach., III, 6.

de espíritu para quienes aman á Nuestro Señor, que el pensar que él no abandona jamás sino cuando se le abandona, que él no desprecia sino cuando él es despreciado primero!

IV. La diferencia común á la persona que ama y á la que es amada, es la separación que causa una dura necesidad. Durante la vida, en la que mil accidentes separa á los corazones que se aman, no se han encontrado todavía dos amigos que jamás se hayan perdido de vista, y que, en todo tiempo y en todo lugar, hayan tenido la dicha de jamás ser separados; la experiencia muestra que esto es casi imposible. En efecto, la condici6n, los negocios obligaran á uno á estar en la ciudad y al otro en el campo, á uno en un lugar y á otro en otro, y hagan lo que hicieren, estarán enteramente separados la mayor parte del tiempo. Sin embargo, es muy cierto que la separación y la ausencia son la ruina de la amistad, porque la debilitan á la larga y la apagan, como se ve todos los días. La razon de esto es sencilla: si la persona amante no ve más á la persona amada, si no la escucha más, si no conversa más con ella, la imagen que de ella se ha formado en su espíritu, se borra, porque ya no es conservada por las miradas, las palabras, la conversaci6n, que, como un b6ril, imprimen y gravan más profundamente en el cora6n esa imagen que se forma el amor. Pero si la ausencia no causa alg6n debilitamiento al amor y no lo apaga, entonces causa otros males más penosos: que son la tristeza, los pesares, los disgustos inconsolables que agobian á las personas amantes, cuando se ven privadas de la presencia del objeto que quieren, y que muchas veces causan su

muerte. Así, la reina de Ormús, (1) que se hizo bautizar en Goa en 1586, habiéndose casado con un señor portugués, llamado Antonio de Acevedo Contigno, después de año y medio de matrimonio, viendo á su marido obligado á hacer un viaje á Ormús, para bien de sus negocios, sin que él pudiera llevarla consigo, tuvo una tristeza tan grande por esta separacion, que murió el mismo día que salió del puerto. No tenemos que temer una desgracia tal amando al Hijo de Dios; su inmensidad llena el cielo y la tierra, como él mismo lo dice; está real y esencialmente en todo lugar, siempre está cerca de nosotros, está inferiormente en nosotros, y estamos en él, de tal suerte que, nada en el mundo puede separarnos y alejarnos de él; por otra parte, el amor que le tenemos lo hace presente en nosotros por su gracia en esta vida, y nos asegura su presencia eterna en el estado bienaventurado de su gloria.

1 Jarric, Lib. IV, hist, indicac. Cap. VIII.

## SECCION SEGUNDA.

### I. Conclusión.—II. Respuesta á la objeccion.

I. Puesto que los hombres se aman con tanta pasión, á pesar de las razones que son tan propias para apartarlos de ello, ¿con qué ardor no debemos aplicarnos á adelantar en el amor de Nuestro Señor, que nos procura ventajas tan grandes, y que contiene las preciosas ventajas de que acabamos de hablar! Todo hombre sensato que reflexione en ello seriamente, renunciará muy pronto al amor de las criaturas para no unirse sino á Jesu-Cristo. *El hombre, que es verdaderamente hombre, dice Isaías, arrojará los ídolos de oro y plata que él mismo se haya hecho, y los animales viles que adoraba, (1) es decir, las criaturas que él amaba.* El profeta real, penetrado de esta verdad, exclama en el fervor de su meditación: *¿Qué hay en el cielo y sobre la tierra que merezca ser el objeto de mis pensamientos; de mis afectos y de mis peticiones?* (2) Por estas palabras se acusa á sí mismo de haber amado demasiado las bellezas creadas; pero dice que después de haber reflexionado mejor, las

1 In illa die projiciet homo idola argenti sui, et simulacra auri sui, quae fecerat sibi, ut adoraret talpas et respertitiones. Is. II, 20.

2 Quid mihi est in coelo, et á te quid volui super terram? Ps., LXXII, 25.

abandona para no aplicarse sino á buscar y amar sólo á Dios. Como si dijera que si otras veces se detuvo en las criaturas, fué porque no había encontrado nada más bello; pero habiendo tenido algún conocimiento de la bondad y belleza divinas y estando convencido que nada es más agradable, más honroso, ni más útil, que el amor del Señor, el amor de los objetos terrestres estaba apagado en su corazón, y que no quería dedicarse sino á encender y á nutrir en sí el amor de Dios. "Como un niño, dice San Gregorio de Nisa, (1) explicando este pasaje, que hubiera nacido y que hubiera sido educado en una obscura prisión, amaría las tinieblas hasta el momento en que le fuera dado disfrutar de la luz del día, y contemplar la belleza de los astros, podría dar por excusa que su ignorancia solamente había causado su desprecio, puesto que nada conocía más excelente; así David, se condena de haber juzgado tan mal de la soberana bondad y de la verdadera belleza, y confiesa francamente que había vivido como un sér desprovisto de razón, amando á las criaturas y buscando en ellas su reposo y su felicidad." *Estoy delante de vos como un jumento*, dice á propósito de esto. Habla así, dice San Agustín, porque se había envilecido apagándose á objetos terrestres; (2) pero habiendo reconocido la verdad, tiene otros pensamientos y otros deseos muy diferentes: dice un eterno adios al amor de las criaturas, no quiere aplicarse sino á amar á su Dios."

1 Tract. prior. in script. Psal., cap. VI.

2 Ut jumentum factus sum apud te, quasi pecus factus est desiderando terrena. S. Aug. in Ps., LXXII.

Así es como debemos hacer; mas es preciso comenzar inmediatamente, y, sin esperar á mañana, desengañemos á nuestros espíritus, purifiquemos nuestros corazones del amor engañoso de las cosas de la tierra. Desarrollando San Crisóstomo con su elocuencia ordinaria este texto de David: *Como el venado sediento corre á la fuente de fresca agua, así mi alma suspira por vos, oh! mi Dios* (1) exclama: "Luego que habeis recitado en vuestras oraciones este verso del Profeta, habeis hecho un convenio con Dios, habeis contraído con él una obligación, no escrita, sino pronunciada en presencia del cielo y de la tierra, de amarle más que cuanto puede isonejar vuestros sentidos, preferirle á todo, y arder en su amor. Si encontráis á alguna criatura que parezca solicitar vuestro amor por los atractivos de su belleza, decíos á vos mismo: Estoy ligado, y he prometido á Dios, de la manera más solemne y en presencia de los más augustos testigos, que yo lo amaría sobre todo, que yo suspiraría por él, como el venado sediento desea la corriente de las aguas, no quiero faltar á mi promesa: así mi corazón no está abierto sino para él." Y en efecto, no debe mirarse como un insensato á aquel que se apasiona por alguna criatura y que es insensible á las bellezas de su Creador, puesto que hay una diferencia tan grande entre estos dos objetos? Nuestra alma, dice Santo Tomás, está entre dos extremos que están á una distancia inmensa, á saber: El Creador y la criatura. El cita á propósito de esto, estas bellas palabras de S. Agus-

1 Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te Deus. S. Chrisost. in Ps. XLIII.

tín: "El alma está colocada entre Dios y las criaturas; si se vuelve de parte de Dios, es iluminada, mejorada, perfeccionada; si se vuelve del lado de las criaturas, cae en las tinieblas, se envilece y se corrompe." (1) Si á pesar de esta desigualdad extrema las criaturas tienen tanto poder sobre el corazón de los hombres, que los vemos algunas veces perdidamente enamora los, no es una vergüenza y una infamia el no amar ardentemente á Nuestro Señor? *Hijos de los hombres, ¿resistireis siempre á los atractivos del amor de vuestro Dios, os dejaréis arrastrar siempre por el amor de las cosas de la tierra, que no son sino mentira y vanidad?* (2) A lo menos amad otro tanto la verdad, y sobre todo la verdad encarnada, Jesu-Cristo Nuestro Señor, puesto que él lo merece infinitamente más, y no le hagais más tiempo la injuria de preferir á él las criaturas.

II. Yo preveo vuestra objeción. No vemos á Nuestro Señor, decís, y por consiguiente no podemos amarle tan ardentemente como amamos á las criaturas que vemos, con las cuales conversamos, y que por consiguiente hacen una impresión más viva sobre nuestros sentidos y cautivan nuestro entendimiento y nuestra voluntad. Mas esta objeción no puede excusar á aquellos que no aman tiernamente á un maestro tan amable. En efecto, ¿no hay acaso un gran número de hombres que aman

1 Anima media inter Deum et creaturas posita, conversione ad Deum illuminatur, melioratur et perficitur; conversione ad creaturas obtenebratur, deterioratur, corrumpitur. S. Thom. Opuse. LXI. 3.

2 Filii hominum usquequò gravi corde ut quid diligitis vanitatem, et quearitis mendacium? Ps. IV. 3.

á personas que nunca han visto, por sólo la reputación de su virtud y de sus perfecciones? Un hijo ciego y sordo ¿no ama á su padre, aunque no lo vea ni lo oiga? La ceguera y sordera no le quitan el sentimiento de la naturaleza; no le quitan los principios de amor para con este hombre que le ha dado el sér. Digamos mejor, San Agustín nos ha prevenido, él ha respondido ya hace muchos siglos á esta excusa, y ha hecho ver la debilidad de ella por estas palabras: "Me direis, quizás: Yo no veo á Dios, ¿cómo podré amarlo? Si tenéis un amigo anciano, amais necariamente algo en él, y, ¿qué amais? Es acaso su cuerpo encorvado, su cabeza calva, su frente arrugada, sus quijadas estrechas? Me respondeis que no; ¿qué amais, pues? Su feicidad, direis. Yo me esperaba esta respuesta: pero los mismos ojos que os hacen ver esta felicidad, que es una belleza espiritual y escondida en el fondo del alma, ¿no os hacen ver á vuestro Dios? (1) Vamos más lejos y mostremos más claramente esta verdad por una suposición: Hay en Roma un caballero de calidad que jamás habeis visto, pero que ha oído hablar de vos por acaso á los que viajaban con él y que os conocen; os ha tenido cariño, os da pruebas de él pidiendo continuamente noticias de vos, informándose de vuestros negocios, de vuestros amigos, de los honores á los cuales sois llamado, y todos los años, os envía regalos con-

1 Dicitur es mihi, Deum non video, quomodo sum amaturus quem non video? Ecce amas amicum, quid in illo amas? Senex homo est, quid amas in senes? incurvum corpus, album caput, rugas in fronte, contractam maxillum? responsurus es mihi: homo est fidelis: ergo fidem amas? Si fidem amat, quibus oculis videtur fides, ipsis oculis videtur Deus. S. Aug., hom. 38.

siderables y las rarezas de su país. Os pregunto, no tendríais cariño á ese aballero? Hay más en eso, ¿habrá en el mundo un hombre tan insensible para no amarle? Sin embargo, este amor no tomaría su origen de la vista de esa persona; no la conocíais sino por sus regalos y por las pruebas de su buena voluntad. Y por qué no amais, pues, á Nuestro Señor? si no le veis en persona, ¿no le veis todos los días por los beneficios señalados con que os colma? Por consiguiente, no aleguemos más este pretexto para excusar nuestra tibieza y nuestro poco amor por él; no está en eso el origen del mal, como lo vemos por el ejemplo de los santos, que le han amado perfectamente en la tierra, aunque no le vieron mejor que nosotros. La verdadera causa del mal, es que no reflexionamos bastante seriamente en las razones que nos le hacen amable, y que no somos bastante fieles á su gracia. Por otra parte, si le viéramos, ¿qué gloria y qué mérito tendríamos en amarle? sus perfecciones son tan grandes, su belleza tan admirable, que al momento que se muestren es imposible no amarlas; ellas conmueven necesariamente el corazón y llevan tras sí el amor sin que se les pueda resistir. El mérito en esta vida consiste en amar á Jesu-Cristo sin verle, y en permanecerle unido de corazón, aun cuando no gocemos de su presencia corporal.

## CAPITULO XVII.

## Motivo décimotercero de amor.

Desprecio que debemos tener para las criaturas.

- I. Los bienes de este mundo son muy pequeños.—II. La Escritura nos los representa bajo la figura de una sombra.—III. Son dados á buenos y á malos.—IV. Jamás contentan.—V. Más bien son males que bienes.—VI. Pasan rápidamente.

Mas para que no tengais pesar de abandonar las criaturas por seguir á Jesu-Cristo, y para que os dediqueis enteramente á su amor, voy á mostraros en pocas palabras lo que las criaturas son en sí mismas, y que lo que pueden dar es tan poca cosa, está acompañado de tantas imperfecciones, que todo hombre sensato se disgustará de ello fácilmente, cuando encuentre en Jesu-Cristo abundantemente lo que encuentra esparcido en las criaturas.

I. Las riquezas, los honores y los placeres, que no son sino lodo, humo y basura, son toda la recompensa que podeis esperar de las criaturas, por los servicios que les prestais. San Benito, según refiere San Gregorio, (1) vió un día, en un rayo de celeste claridad, al mundo con todo el lustre, toda la alegría, toda la pompa y todos los bienes que

1 Liber. II. Dial., cap. XXXV.

siderables y las rarezas de su país. Os pregunto, no tendríais cariño á ese aballero? Hay más en eso, ¿habrá en el mundo un hombre tan insensible para no amarle? Sin embargo, este amor no tomaría su origen de la vista de esa persona; no la conocíais sino por sus regalos y por las pruebas de su buena voluntad. Y por qué no amais, pues, á Nuestro Señor? si no le veis en persona, ¿no le veis todos los días por los beneficios señalados con que os colma? Por consiguiente, no aleguemos más este pretexto para excusar nuestra tibieza y nuestro poco amor por él; no está en eso el origen del mal, como lo vemos por el ejemplo de los santos, que le han amado perfectamente en la tierra, aunque no le vieron mejor que nosotros. La verdadera causa del mal, es que no reflexionamos bastante seriamente en las razones que nos le hacen amable, y que no somos bastante fieles á su gracia. Por otra parte, si le viéramos, ¿qué gloria y qué mérito tendríamos en amarle? sus perfecciones son tan grandes, su belleza tan admirable, que al momento que se muestren es imposible no amarlas; ellas conmueven necesariamente el corazón y llevan tras sí el amor sin que se les pueda resistir. El mérito en esta vida consiste en amar á Jesu-Cristo sin verle, y en permanecerle unido de corazón, aun cuando no gocemos de su presencia corporal.

## CAPITULO XVII.

## Motivo décimotercero de amor.

Desprecio que debemos tener para las criaturas.

- I. Los bienes de este mundo son muy pequeños.—II. La Escritura nos los representa bajo la figura de una sombra.—III. Son dados á buenos y á malos.—IV. Jamás contentan.—V. Más bien son males que bienes.—VI. Pasan rápidamente.

Mas para que no tengais pesar de abandonar las criaturas por seguir á Jesu-Cristo, y para que os dediqueis enteramente á su amor, voy á mostraros en pocas palabras lo que las criaturas son en sí mismas, y que lo que pueden dar es tan poca cosa, está acompañado de tantas imperfecciones, que todo hombre sensato se disgustará de ello fácilmente, cuando encuentre en Jesu-Cristo abundantemente lo que encuentra esparcido en las criaturas.

I. Las riquezas, los honores y los placeres, que no son sino lodo, humo y basura, son toda la recompensa que podeis esperar de las criaturas, por los servicios que les prestais. San Benito, según refiere San Gregorio, (1) vió un día, en un rayo de celeste claridad, al mundo con todo el lustre, toda la alegría, toda la pompa y todos los bienes que

1 Liber. II. Dial., cap. XXXV.

encierra, reunido como en una bolita; nosotros lo veríamos tan pequeño, si tuviéramos las luces de este santo, y si lo estimamos es porque estamos en tinieblas: El Espíritu Santo compara, en muchos lugares de la Escritura, la prosperidad de esta vida á un sueño y á una visión. *Los mundanos desprovistos de juicio y sentido, dice David, después de haber trabajado mucho, han pasado la noche de esta vida en un sueño y en una vanidad; cuando han despertado en el día del Señor, se han encontrado con las manos vacías, y nada les ha quedado de lo que habían visto en su sueño, (1) porque, vos, Señor, anonadareis toda la pompa de sus grandezas imaginarias, y pasarán como una sombra. (2) Job lo había dicho mucho tiempo antes: Todo se ha deshecho como una nube que pasa, y ha desaparecido como una visión nocturna. (3) Todas las felicidades de que gozan los hombres aquí en la tierra, dice San Agustín, son sueños de personas que duermen. (4) El da de esto la razón que el Espíritu Santo había indicado: "Así como el pobre, que ve en sueño un tesoro que cree poseer, solo es rico cuando duerme y vuelve á ser tan pobre como antes luego que despierta, así los hombres que se alegran con las vanidades y grandezas de este siglo, se alegran solamente durante su sue-*

1 Turbati sunt omnes insipientes corde, dormierunt somnum suum, et nihil invenerunt omnes viri divitiarum in manibus suis. Ps., LXXV, 6.

2 Velut somnium surgentium, Domine, in civitate tua, imaginem ipsorum ad nihilum rediges. Ps., LXXII, 20.

3 Velut somnium avolans non invenietur, transiet velut visio nocturna. Job., XX, 8.

4 Omnes istae felicitates, quae videntur seculi, somnia sunt dormientium. S. Aug., in. Ps. CXXXI.

ño; pero vendrá el día en que despertarán, y entonces verán que todas las cosas á las cuales se han apegado y que han perseguido con tanto ardor, no han sido sino sueños que los han engañado y que han desaparecido, según la palabra de la Escritura, como el sueño de un hombre que ha dormido. (1)

II. Todos los bienes que el mundo da son semejantes también á una sombra. Por esto los desgraciados, que han hecho su ídolo de este mundo, hacen resonar el infierno con gritos de rabia que nos recuerdan estas palabras de la Sabiduría: *¿De qué nos han servido nuestros honores, nuestras dignidades, nuestro orgullo, la abundancia de nuestras riquezas? todo ha pasado como la sombra. (2) Por esto Dios se sirvió de la sombra de la aguja del reloj de Acaz, que retrocedió diez grados, para anunciar al rey Ezequías que le prolongaba, durante quince años, su vida y sus grandezas. (3) San Gregorio Nazianzeno anima al retórico Eudocio al desprecio del mundo, escribiéndole entre otras cosas: (4) "Salgamos de aquí, querido Eudocio, elevemos nuestros espíritus sobre la tierra, dejemos esas puerilidades, hagámonos hombres, deshagámonos de sueños, dejemos ahí las sombras." ¿Por*

1 Quomodo qui videt thesauros in somnis, dormiens dives, est, sed evigilabit et pauper erit; sic omnia ista vana hujus seculi, de quibus homines gaudent, in somno gaudent, evigilabunt et invenient somnia illa fuisse, et transire, sicut dicit scriptura, velut somnium surgentis. Ibid.

2 Quid nobis profuit superbia? aut divitarum jactantia quid contulit nobis? transierunt illa omnia tamquam umbra. Sap., V, 8.

3 IV. Reg. XX, 11.

4 Epist. 63.

qué los bienes de la tierra son llamados sombras? Porque la sombra de una cosa no es la cosa misma, sino solamente una representación muy imperfecta. Así, la sombra de un hombre no es un hombre vivo, imagen de Dios, sino una imagen muy imperfecta del hombre; así los honores, las riquezas y los placeres de la tierra no son los verdaderos placeres, los verdaderos honores ni las verdaderas riquezas, puesto que solamente se encuentran en el cielo, sino solamente sus sombras ó imágenes. *Ciertamente, dice el Profeta, el hombre pasa su vida en medio de sombras y de imágenes.*

(1) El rico que cree poseer las riquezas verdaderas no posee sino apariencia de ellas; los voluptuosos no gozan sino un fantasma de placer; los que están en los honores no tienen sino imagen de ellos. Platón, según refiere San Clemente de Alejandría, (2) decía que había dos mundos; uno superior ó inteligible, en donde habitan la verdad y las cosas en su propia naturaleza; el otro, sensible, que es el que habitamos, en donde las cosas no están sino en figura. El mismo Platón desarrolla esta idea por una comparación muy ingeniosa, en el libro séptimo de su República: "Si algunos hombres, dice él, estuvieran colocados y alimentados desde su infancia en una caverna larga y profunda, y puestos de tal manera, que estuvieran atados, los ojos vueltos hacia el lugar más obscuro, sin poder cambiar de postura, si detrás de ellos y á bastante distancia, estuviera colgada una lám-

1 Veram tatem in imagine pertransit homo: alii.....in umbra. Ps. XXXVIII, 7; ex heb. apud. Lorinum.

2 Strom. 5.

para que alumbrara esta triste habitación y que entre ellos y la lámpara hubiera otros hombres que tuvieran vasos de un trabajo exquisito, estatuas perfectamente esculpidas, obras maestras de la naturaleza y del arte, los desgraciados que estaban amarrados no verían estas bellas cosas, puesto que estarían colocadas detrás de ellos, sino que verían solamente su sombra que les reflejaría la luz de la lámpara. Sin duda creerían ver las cosas mismas; lo asegurarían con tenacidad y rehusarían creer á los que quisieran persuadirles de lo contrario; pero si los desataran, si les dieran libertad, reconocerían muy pronto cuán engañados estaban." Por esta comparación se esforzaba este sabio de la antigüedad en mostrar la vanidad y pequeñez de las cosas de la tierra.

III. Otro filósofo, Séneca, comprendía esta verdad al ver la distribución que la Providencia hace de estos bienes, dándolos á los hombres más malos y privando de ellos á los buenos. Estimamos que un rey no haga gran caso de las cosas que da voluntariamente á sus enemigos, y no dejaría de rehusárselas, si las juzgara de algún valor. (1) Así, Dios no hace gran caso de los bienes temporales, de los honores, de las riquezas, de los palacios, de los placeres, puesto que todos los días los concede a los infieles y herejes, que blasfeman su santo nombre. Otro aseguraba que nada le hacía comprender mejor la pequeñez de las grandezas del mundo, y lo disgustaba más de apegar á ellas su corazón, como ver pasar ante él los triunfos

1 Nullo modo magis potest Deus concupita traducere, quam si illa ad turpissimos defert, ab optimis abigit Sénec. lib. de Prov.



magníficos de los Romanos, en los que llevaban por las calles las riquezas de los reyes vencidos, de provincias conquistadas, ó, para aumentar la pompa, se ostentaba todo lo que esta capital del universo tenía de más raro y precioso; porque decía él, toda esta magnificencia, esta gran gloria, estas rarezas, todas estas riquezas, que eran inmensas, aparecían un instante y desaparecían en seguida; de manera que en pocas horas se veía no solamente todo lo que esta pujante ciudad, sino todo lo que la tierra entera poseía de más excelente y más rico. Tales son las riquezas y la gloria del mundo.

En cuanto á los placeres, ved aquí cómo los describe San Agustín: "¿Cuál es la alegría del mundo? Es el regocijarse de la iniquidad, jactarse de los desórdenes de los excesos. El goce de los mundanos es pecar impunemente, cometer toda suerte de crímenes sin ser reprendido, conceder á sus apetitos desarreglados todo cuanto piden, entregarse á todo lo que la intemperancia ó exceso tiene de repugnante, mancharse con toda suerte de inmundicias; es el que los pecados de estos mundanos no sean castigados de Dios por la guerra, la enfermedad, la adversidad; que se bañen en la abundancia de las cosas temporales, en los placeres de la carne; que nada turbe sus desarreglos. Ved aquí lo que compone los placeres del mundo."

(1) Añado á esto que, si no son todos tan malos

1 In seculo gaudium quod est? gaudere de iniquitate, gaudere de turpitudine, gaudere de deformitate, de his omnibus gaudet seculum. Seculi lectitia est impunita nequitia, luxuriantur homines, fornicentur homines, in spectaculis nudentur, ebriositate ingurgitantur, turpitudine faedantur, nihil mali patiantur, vide-

y repugnantes, siempre serán muy pequeños y vanos: como son los juegos, los espectáculos, las danzas, los paseos, las compañías, en las que el menor de los inconvenientes es la pérdida de tiempo cuando menos.

IV. Además, los placeres, las riquezas, los honores, tienen otro defecto muy capaz de inspirarnos su desprecio y disgustar de ellos nuestros corazones: y es que jamás satisfacen. "Encontraremos siempre, dice San Agustín en todas las cosas de la tierra que nos parece que puedan contentar nuestro corazón; algo que nos ha de causar disgusto." (1) Porque, como dice el Sabio, *el avaro, y lo mismo es de los demás, jamás tendrá bastante dinero para estar satisfecho.* (2) *Quien quiera que sea el que beba de esta agua, dijo Jesu-Cristo á la Samaritana, es decir, que tenga bienes de este mundo, tendrá sed, no estará satisfecho con poseerlos; mas aquel que beba del agua que le daré, jamás tendrá sed.* (3) La razón de esto es clara: estos bienes son corporales y nuestra alma es espiritual. Nuestra alma es imagen de Dios, sólo puede ser dichosa en el goce de su original; los bienes son temporales, nuestra alma es inmortal; ellos son finitos, y nuestra alma no puede llenarse sino por

te seculi gaudium; ista mala, quae commemorari, non castiget fames, non belli timor, non aliquis morbus, non ulla adversitas, sed sint omnia in abundantia, in pace carnis, in securitate mentis, ecce, vide seculi gaudium. S. Aug. de Verb. Eom., Serm. 87.

1 Quidquid hic nobis providerimus ad refectionem, illic rursum inveniemus defectionem. S. Aug., in Ps. LXXXIV.

2 Avarus non implebitur pecuniâ. Eccle., V. 9.

3 Omnis qui bibit ex aquâ hâc, sitiet iterum; qui autem biberit ex aquâ quam ego dabo ei, non sitiet in aeternum. Joan., IV. 13.

la posesión de un objeto infinito. Esto es lo que hacía decir á San Bernardo: "Los bienes de la tierra no son el alimento natural de nuestra alma; un hombre hambriento no puede nutrirse con viento; que tome cuanto quiera, no es este el alimento que le es propio, es la del camaleón; veríamos como un insensato á un hombre que abriera la boca al aire para alimentarse de é. Pero, ¿es acaso menor locura querer saciar y satisfacer á un espíritu racional con cosas corporales? Puede inflamarse con ellos, como el que se llenara de viento, pero no queda satisfecho." (1) Santo Tomás da aún otra razón después de San Bernardo: es que no son un bien universal y soberano, que contenga todo bien, tal cual es necesario para llenar la capacidad inmensa del alma; (2) porque las riquezas son riquezas solamente y no contienen los honores, los honores no contienen los placeres y así de los demás. Son bienes particulares que encierran este gran inconveniente, que carecen de las demás especies de bienes; es necesario sin embargo, para satisfacer los deseos del hombre, que encuentre al mismo tiempo, la riqueza, el honor, el placer y toda suerte de bienes, porque su corazón desea todo esto.

Tenemos un ejemplo notable de esta verdad en la persona de Salomón, quien, después de haber empleado, como lo dice él mismo, cuanto tenía de inteligencia y de poder para gustar de todas las criaturas, á fin de ver si encontraba en algunas el

1 Sic non minoris insaniae est si spiritum rationalem rebus putes quibuscumque corporalibus non magis inflari quam satiarí. S. Bern. tract. de Dilig. Deo.

2 Quia non sunt bonum universale; quia nihil in eis summum singulariter vel optimum est. S. Bern., Tract. de dilig. Deo.

contento de su corazón; después de haber edificado suntuosos edificios, jardines magníficos, llenado sus tesoros de riquezas inmensas, concedido á sus sentidos cuanto podía lisonjearlos, no encontró en todas estas cosas, que debían contentarle sin duda, (si alguna cosa pudiera contentar aquí en la tierra), sino turbación y aflicción de espíritu. Persuadido entonces por la verdad y la fuerza de su experiencia, pronunció esta sentencia memorable, tan frecuentemente repetida y tan mal comprendida: *Vanidad de vanidades, todas las cosas de este mundo no son sino vanidad.* (1) La palabra hebrea de la cual se sirve para expresar esta *vanidad*, conviene perfectamente á nuestro asunto; significa ó una cosa que se desvanece en un instante, ó una cosa hueca y que nada tiene de sólido, que no puede servir al fin para que se emplea, ó una cosa que, con una bella apariencia, engaña á los que no toman precauciones, y esconde mucha amargura bajo una poca de miel. San Crisóstomo refiere esta célebre sentencia en su discurso por Eutropa, después de la desgracia de este famoso favorito del emperador Arcadio, y añade: "Es necesario que reptamos sin cesar estas bellas palabras: *Vanidad de vanidades, todo no es sino vanidad.* Deberíamos escribirlas en nuestras casas, sobre nuestras paredes, sobre nuestras puertas, sobre nuestras ventanas, sobre nuestros vestidos y principalmente en nuestro corazón; deberían estar continuamente pre-

1 Omnia quae desideraverunt oculi mei non negavi eis, nec prohibui cor meum, quin omni voluptate frueretur..... Vanitas vanitatum, dixit Ecclesiastes, vanitas vanitatum et omnia vanitas. Eecl., cap. XII.

sentos á nuestro espíritu, debíamos ruinar las sin cesar, porque los honores, las riquezas y todos los demás bienes de los cuales hacen sus ídolos los hombres, les parecen reales y no son sino mentiras. Por esto, deberíamos buscar en toda ocasión modo de desengañar de esto á nuestro prójimo, y ser desengañados nosotros mismos por el de la estima que se hace de los bienes perecederos. Deberíamos referir sin cesar en nuestras conversaciones: *Todo es vanidad.* Salomón merece ciertamente que se dé fe á su palabra, puesto que él tuvo más honores, más bienes temporales, más placeres que hombre alguno ha tenido antes de él ni tendrá después de él; y que él no ha podido encontrar en todo esto el reposo de su corazón, sino á lo más, una pequeña embriaguez de sentidos, que conducen al arrepentimiento, al disgusto, á la ceguedad de espíritu y á otros muchos males.

V. Y lo que hay de más notable todavía acerca de esto, es que los bienes presentes, no solamente son muy pequeños y no nos contentan, sino que pudiera llamárseles con mucha mayor razón males que bienes; porque si son bienes, ¿por qué no hacen buenos á los hombres? La blancura hace á una cosa blanca. Para ser bienes verdaderos, es necesario que hagan buenos á aquellos que los poseen; y sin embargo, esto es lo que no sucede; es más bien lo contrario lo que se nota, porque los vuelven por lo ordinario malos, orgullosos, avaros, crueles, impúdicos, insoportables: por consiguiente, son más bien males que bienes, puesto que producen efectos tan malos. La razón y la experiencia nos enseñan que es muy difícil en una gran prosperidad sostenerse sin ser acometido y destrozado

por las pasiones, á menos que haya virtud. *¿Cuál es el hombre rico, dice el sabio, que no ponga su confianza en sus tesoros? ¿En dónde está, y lo elogiaremos?* (1) Debemos decir otro tanto de los honores; es un milagro conservar en ellos la humildad de corazón y el desprecio de sí mismo, como la pureza de alma y de cuerpo en las comodidades de la vida y en los placeres de los sentidos. Así como se necesita un temperamento fuerte y una salud muy robusta, para resistir á la fuerza del veneno y no experimentar sus efectos, así se necesita también un valor extraordinario y una alma de un temple muy fuerte para estar á prueba de las tentaciones, á las cuales están expuestos los que poseen esos bienes, esos honores, y gustan esos placeres á los cuales Jesu-Cristo ha dicho anatema con sus máximas y ejemplos.

VI. Mas supongamos que los bienes de este mundo no tengan los defectos que acabamos de decir, y que sean bienes verdaderos, grandes bienes, capaces de satisfacer el corazón: siempre tendrán un gran inconveniente, y es que pasan rápidamente. No es acaso evidente que su duración no puede pasar la de nuestra vida? *Esta es un humo, dice San Jacobo, que, levantándose, aparece un poco de tiempo para desaparecer muy pronto.* (2) Job había dicho antes de él: *Mi vida no es sino un viento ligero que pasa.* (3) Hay en eso más; no pueden ser tan largos como la vida, puesto que la infancia, el sueño, las enfermedades y otras mil cosas nos quitan

1 *¿Quis est hic, et laudabimus eum?* Eccol. XXXI, 8.

2 *Qua est vita vestra? vapor ad modicum parens et postea exterminabitur.* Ep. IV, 14.

3 *Ventus est vita mea.* Job. VII, 7.

el conocimiento y sentimiento de ellas. Esto es lo que hizo decir á San Agustín: *Ann cuando las alegrías de este mundo no son verdaderas, sin embargo, como quiera que se supongan y por grandes que puedan parecer, son tan frágiles que un pequeño acceso de fiebre las quita, y dejan alirse la conciencia vacía y herida.*" (1) Séneca escribía á Paulino: "Los placeres de los mundanos están atravesados de mil disgustos, sus alegrías llenas de amarguras, sus rosas herizadas de un gran número de espinas, que los desgarran en medio de sus mayores goces; en lo más fuerte de sus contentos y de sus grandezas los asalta el terror, quando consideran que todo debe inexistiblemente acabar. Este molesto pensamiento: ¿cuánto durará esta corona? ¿cuánto tiempo llevaré este cetro? ¿estaré revestido de púrpura? ¿cuántos años, ó tal vez días habitaré este palacio suntuoso? Este molesto pensamiento, digo, envenena todos sus placeres, empozoña todas sus alegrías; ha arrancado lágrimas á los reyes más poderosos, les ha inspirado disgustos en medio de sus placeres, y los ha espantado en medio de sus pompas y del esplendor de su poder" (2) Sofar, uno de los amigos del santo hombre Job, había dicho mucho tiempo antes, con más energía: *Yo sé que desde que están los hombres so-*

1 *Quamvis humana gaudia non sint gaudia, tamen qualiacumque sint et quantum liber delectent, aufert omnia ista una febricula, et remanet inanis et saucia conscientia.* S. Aug., de Cath. iud., caq. XVII.

2 *Ipsae voluptates eorum trepidae, et variis terroribus inquietae sunt, subitque cum maxime exultantes sollicita cogitatio, hoc quondam? Ab hoc affectu reges suam flavere potentiam, nec illos magnitudo fortunae suae delectavit, sed venturus aliquando finis exterruit.*, Senec. de brevit. vitae, cap. XVI.

*bre la tierra, siempre ha sido verdad que la alabanza, la gloria, los gustos y placeres de los pecadores y de los mundanos no han hecho sino pasar; su grandeza no es sino un punto, y su duración un instante.* (1) No hay que admirarse de que en el texto el hombre mundano sea llamado hipócrita, puesto que es cierto que, aunque parezca dichoso á causa de sus riquezas, de sus dignidades, de sus bienes y de toda su prosperidad, es realmente desgraciado y pobre, y más digno de compasión que de envidia.

Concluyamos con S. Pablo que aquellos que están en el mundo deben estar en él como si no estuvieran; que estén en él corporalmente, sin estar en él en espíritu ni afecto; porque la figura de este mundo pasa, (2) es decir, todos los bienes que se pueden poseer en este mundo no son sino la figura de los bienes reales y sólidos. Así, digamos con San Ambrosio: "Dejemos la sombra, nosotros que buscamos á Jesu-Cristo, sol de justicia; dejemos el humo para seguir la luz." (3) Desprecieemos, á ejemplo de Nuestro Señor y por su amor, todos los bienes, los honores y los placeres que las criaturas puedan ofrecernos, porque él nos los ofrece y nos los dará incomparablemente más grandes, más sólidos, más verdaderos, dándose á nosotros en este mundo y en el otro; ¿qué pudiéramos por tanto

1 *Hoc scio á principio, quo positus est homo super terram, quod laus, cantus exultatio, impiorum, brevis sit, et gaudium hypocritae ad instar puncti.* Job. XX, 4.

2 *Reliquum est, ut utantur hoc modo tanquam non utantur, praeterit enim figura hujus mundi.* 1. Cor., VII, 31.

3 *Relinquamus umbram qui solem quaerimus, deseramus fumum, qui lucem sequimur.* S. Ambr., lib. de fuga seculi, cap. V.

sentir? Por esto acabo por estas bellas palabras de San Bernardo: "Si sois verdaderamente sabios, si teneis un corazón, si no estais heridos de ceguedad, dejad de ir tras de bienes cuya adquisición os hará infaliblemente miserables. Dichosos los que los desprecian; puesto que estos bienes son una carga para aquellos que los poseen, que manchan á los que los aman, que llenan de aflicción á los que los pierden; no es mejor tener el honor de despreciarlos que el dolor de perderlos? No obrareis más prudentemente renunciando á ellos de buena voluntad, por amor á Jesu-Cristo, que esperar que la muerte os los arranque por fuerza?" (1)

1 Si sapiš, si habes cor, si tecum est lumen oculorum tuorum, desine ea sequi, quoe et assequi miserum est: bocatus qui post illa non abiit, quoe possessa onerant, amata inquinant, amissa cruciant; an non ea satius cum honore spernis quàm cum dolore perdis? an non ea prudentiàs Christi cedis amori, quàm morti? Sn. Bern., epist., 103.

## CAPITULO XVIII.

Motivo décimo cuarto de amor.

## SECCION PRIMERA.

Excelencia de la caridad.

- I. La caridad es el camino más corto para llegar á nuestro fin.  
 —II. La caridad es la más perfecta de las virtudes.—III. La caridad es el alma y la vida de las virtudes.—IV. Nuestra perfección consiste en la caridad.

Mostraremos en este capítulo las perfecciones admirables de la caridad y las bellas prerogativas que la hacen la reina de las virtudes, á fin de que esta vista nos una más á ella todavía, y nos dé más afecto y valor para practicarla.

—I. Establezcamos, ante todo, por principio que el camino de la caridad y del amor es el más seguro para llegar al fin para el cual estamos en el mundo, fin que consiste en el conocimiento, amor y servicio de Dios. Así como hay varias líneas para llegar al centro, así, aun cuando Dios sea uno, hay tantos caminos para llegar á él como virtudes diferentes hay, por las cuales cada uno puede dirigirse según su atractivo y como lo juzgue más conveniente para su bien. Vemos á unos hombres dedicarse á la práctica de tal virtud con preferencia á tal otra, y poner todo su cuidado para no perder ocasión alguna de ponerla en práctica. Así,

sentir? Por esto acabo por estas bellas palabras de San Bernardo: "Si sois verdaderamente sabios, si teneis un corazón, si no estais heridos de ceguedad, dejad de ir tras de bienes cuya adquisición os hará infaliblemente miserables. Dichosos los que los desprecian; puesto que estos bienes son una carga para aquellos que los poseen, que manchan á los que los aman, que llenan de aflicción á los que los pierden; no es mejor tener el honor de despreciarlos que el dolor de perderlos? No obrareis más prudentemente renunciando á ellos de buena voluntad, por amor á Jesu-Cristo, que esperar que la muerte os los arranque por fuerza?" (1)

1 Si sapiš, si habes cor, si tecum est lumen oculorum tuorum, desine ea sequi, quoe et assequi miserum est: bocatus qui post illa non abiit, quoe possessa onerant, amata inquinant, amissa cruciant; an non ea satius cum honore spernis quàm cum dolore perdis? an non ea prudentiàs Christi cedis amori, quàm morti? Sn. Bern., epist., 103.

## CAPITULO XVIII.

Motivo décimo cuarto de amor.

## SECCION PRIMERA.

Excelencia de la caridad.

- I. La caridad es el camino más corto para llegar á nuestro fin.  
 —II. La caridad es la más perfecta de las virtudes.—III. La caridad es el alma y la vida de las virtudes.—IV. Nuestra perfección consiste en la caridad.

Mostraremos en este capítulo las perfecciones admirables de la caridad y las bellas prerogativas que la hacen la reina de las virtudes, á fin de que esta vista nos una más á ella todavía, y nos dé más afecto y valor para practicarla.

—I. Establezcamos, ante todo, por principio que el camino de la caridad y del amor es el más seguro para llegar al fin para el cual estamos en el mundo, fin que consiste en el conocimiento, amor y servicio de Dios. Así como hay varias líneas para llegar al centro, así, aun cuando Dios sea uno, hay tantos caminos para llegar á él como virtudes diferentes hay, por las cuales cada uno puede dirigirse según su atractivo y como lo juzgue más conveniente para su bien. Vemos á unos hombres dedicarse á la práctica de tal virtud con preferencia á tal otra, y poner todo su cuidado para no perder ocasión alguna de ponerla en práctica. Así,

entre los santos, muchos han sobresalido en fe, como Abraham; otros en obediencia, como Isaac; otros en el ardor por el trabajo, como Jacob; otros en la castidad, como José; Job se distinguió por su paciencia; Moisés por su mansedumbre, David por su piedad, Elías por su celo, los mártires por su fortaleza, los anacoretas por sus austeridades y su perseverancia en la oración, las vírgenes por su pureza. Todas estas virtudes son muy dignas de alabanza, son otros tantos caminos seguros, porque ellas vienen de Dios y conducen á Dios. *Todos vuestros caminos son buenos, todos vuestros senderos son rectos*, decía el Santo rey David. (1) Abacuc llama á las virtudes *los caminos de la eternidad*. (2) Mas la caridad aventaja incomparablemente á todos los demás; no lo digo de mí mismo, San Pablo lo ha dicho mucho tiempo antes en la epístola á los Corintios. Después de haber dicho que hay en la Iglesia una gran variedad de oficios, que hay en ella apóstoles, profetas, doctores, que algunos tienen el don de hacer milagros, otros el de sanar enfermos, otros el de hablar diversas lenguas, otros el de interpretarlas; que todas estas funciones son útiles y buenas, aunque en un grado diferente, él exhorta á escoger las mejores, y añade: Todos estos caminos son buenos y seguros, todos pueden conducirnos á Dios; pero quiero enseñaros uno más excelente, más corto, más agradable y más perfecto que el apostolado mismo. y este es la caridad, (3) por la cual se va más recta-

1 Omnes viae tuae veritas. Ps., CXVIII, 151.

2 Itinera aeternitatis. Abac., III, 6.

3 Et adhuc excellentiorem modum viam demonstro. I. Cor., XII, 31.—Jegum el griego, Excellentiorem supra modum viam.

mente á Dios, dice Santo Tomás. (1) “¡Oh mi Jesús! exclama el sabio y piadoso Idiota, oh mi amable Salvador! vos sois la recompensa del amor, que es el camino más derecho para ir á vos; ninguna otra virtud es necesaria, el amor solo basta; es el camino más recto, que no presenta vuelta alguna, el más corto, el más agradable, el más dulce, el más seguro y el más libre de todo peligro, porque aquel que os ama tiene la guía más fiel de todas, puesto que sois vos, oh mi Dios, el que os dignáis acompañarlo con el amor más ardiente.” (2) Puestos estos fundamentos, vengamos á las razones que demuestran evidentemente esta verdad.

II. 1.º La caridad es la más noble y la más perfecta de todas las virtudes, entre las cuales tiene el mismo rango que el oro entre los metales, el sol entre los astros, el hombre entre las criaturas corporales. Se dividen las virtudes en morales y teologales; estas son más excelentes, porque tienen inmediatamente á Dios, mientras que las otras no miran sino á las cosas que pertenecen á servirlo, á dirigirnos y al trato con el prójimo. Hay tres virtudes teologales: la fe, la esperanza y la caridad: las dos primeras son muy inferiores á la tercera. (1) porque no consideran á Dios en una cantidad tan grande de perfecciones, sino solamente

1 Quæ directiùs in Deum itur. S. Thom., in illum.

2 Vera dilectio, benignissime Domine Jesu Criste, qui es mercedis amoris, es via rectissima veniendi ad te, nec opus est aliquid aliâ virtute, sed solum amore et dilectione; via rectissima absquò dubio; via brevis absquò toedio; via plana absquò tumultu; via secura absquò periculo, via jucunda cum bono socio, scilicet cum te, Domine, amantissimo duce. Id. Contempl., cap. XVII.

3 Nunc autem manent fides, spes, caritas; tria haec, major autem horum est caritas. I. Cor., XIII, 13.

en algunas; la fe no considera sino la verdad de sus palabras; la esperanza su poder y bondad, mas la caridad las contempla todas como los objetos de su afecto y de su amor, porque todas son infinitamente amables. Si las otras dos virtudes llevan hacia Dios, dice Santo Tomás, (1) es para nuestro interés, y no lo consideran con ojos tan puros como la caridad, que no tiene otro fin que el interés y gloria de Dios. La caridad, por tanto, excede en nobleza y en perfección á la fe y á las demás virtudes; por esto se la llama la reina de las virtudes. Se le da este nombre, y lo merece, no solamente porque es por sí misma y en su propia esencia, la virtud mas excelente y la mas perfecta, sino también porque la acompañan las demás virtudes y la siguen como las princesas y las damas de honor siguen á su reina. Además, por la autoridad real que tiene sobre ellas, les manda hacer actos de puro amor; domina sobre el hombre entero; arregla su voluntad, su entendimiento, sus sentidos interiores y exteriores, por las órdenes de la voluntad divina.

III. 2. ° La caridad es no solamente la más excelente y la reina de las virtudes, sino, además, es el alma, la vida y, como dice Santo Tomás después de los teólogos, la forma de las virtudes. (1) Es cierto que cada virtud tiene su esencia propia, que la distingue de todas las demás y por consiguiente de la caridad; pero en un sentido más ele-

1 Fides et spes attingunt quidem Deum secundum quod ex ipso provenit nobis, vel cognitio veri, vel adeptio boni, sed caritas attingit ipsum Deum, ut in ipso sistat, non ut ex eo aliquid nobis proveniant. S. Th., 2, 2, q. 23, at. 6.

2 Forma virtutum. 2, 2, q. 2, 3, art. ult.

vado la caridad es llamada el alma y forma de las virtudes, porque las hace dignas de la recompensa del cielo; sin ella, en efecto, las virtudes no tienen fuerza para elevarse sobre la tierra y tomar su vuelo hacia la Jerusalem celeste. Por esto los actos más lucientes y más heróicos de las demás virtudes no son sin ella sino obras muertas. Con ella esos actos llegan á ser vivos, porque entonces salen del principio de una vida celeste y divina; así como el alma, por su presencia, anima el cuerpo, mue los miembros, los embellece, los fortalece, les da la fuerza para hacer acciones vivientes, da movimiento á todos los sentidos; mientras que su ausencia deja el cuerpo despojado de todas sus perfecciones, de su vida, de su belleza, de su fuerza, y á los miembros en un estado de disolución. Puede razonarse del mismo modo acerca de las virtudes cuando están acompañadas de la caridad ó no le están unidas; lo que nadie ha declarado jamás con más fuerza, autoridad y energía, que S. Pablo en su carta á los de Corinto, en la que dice que, sea él lo que sea en sí mismo, tenga la virtud que tuviere, nada es y nada tiene sin caridad; y sin embargo, hace mención de gracias gratuitas y de virtudes que nos disponen á ayudar al prójimo. Continuando después con su elocuencia ordinaria, añade: *Aun cuando yo hablara el lenguaje de los ángeles, si no tengo caridad, no soy sino un sonido de campana ó de instrumento que se pierde en el viento. Pasa en seguida á las virtudes intelectuales y teológicas, y prosigue: Aun cuando yo tuviera el don de la profecía, el conocimiento de todos los misterios y toda la ciencia de que es capaz el espíritu humano, una fe tan fuerte para arrancar*



las montañas de sus bases, para transportarlas de un lugar á otro, si no tengo caridad, todo esto de nada me sirve. Tal es la doctrina de San Pablo; esto es lo que inspira á San Agustín estas bellas palabras: "El Apostol habla de sufrimientos, de efusión de su sangre, de la quemazon de su cuerpo, pero por más que sufra, derrame toda la sangre de mis venas, haga quemar mi cuerpo en fuego lento, todo esto de nada me sirve si no tengo caridad. Poned la caridad, todo aprovecha; quitad la caridad, nada es útil. ¡Oh hermanos míos, cuán precioso es el tesoro de la caridad! ¡qué torrente de luz, de fuerza, de seguridad, de riquezas!" (1)

IV. 3.º Enseñan todos los doctores de común acuerdo, que nuestra perfeccion en esta vida consiste únicamente en la caridad, cuyo movimiento, dice San Dionisio, (2) después de su maestro Dorotheo, es el medio más corto y el más perfecto para mirarnos á Dios, y hacernos gustar las cosas divinas. La caridad, dice San Agustín, es la justicia verdadera, perfecta y entera. La caridad comenzada es la justicia comenzada; la caridad perfecta es la justicia perfecta. (3) "La grandeza y exce-

1 Ecce venit ad passionem, ecce venit ad sanguinis effusionem, venit et ad corporum incensionem, et tamen nihil prodest, quia charitas deest; adde charitatem, prosunt omnia: detrabe charitatem, nihil prosunt coetera. Quale bonum est charitas ista, fratres, quid pretiosius, quid luminosius, quid firmitus, quid utilius, quid securius! Aug., de Verb. Dom., in Joan., Serm. 50.

2 S. Dionis., Cap. II, Eccles. hier.

3 Charitas est verissima, plenissima, perfectissima que justitia..... Charitas inchoata, inchoata justitia, est; charitas provec-

ta, provecata justia est charitas magna, magna justitia est; charitas perfecta, perfecta justia est. S. Aug., lib. de nat. et grat., cap. XLII.

lencia de una alma se miden según el grado de caridad que tiene, si tiene un grado elevado de caridad, es ella grande; si no tiene sino un grado mediano, ella es pequeña; si no tiene caridad, naad es, puesto que San Pablo dice: *Si no tengo la caridad, nada soy.* (1)

Por tanto, en la caridad es en la que los santos establecen la perfeccion más bien que en cualquier otra virtud. No exceptúan ellos ni aun á la gracia santificante, cuyas funciones no consisten en contribuir á las acciones de los hombres, sino solamente á adornar al alma y darle una belleza; ni á virtud moral ó teologal alguna, porque sólo la caridad hace al hombre capaz de unirse á Dios por sus acciones, de transformarse en El; por esto San Pablo la llama el *lazo de perfeccion.* (2)

1 Qualitas eoque anime aestimatur de mensura charitatis quam habet; ut verbi gratia, quae multum habet charitatis, magna sit, quae parum, parva; quae vero nihil, nihil; dicente Paulo. Si charitatem non habuerit, nihil sum. S. Bern., Serm. 17, in Cant.

2 Vinculum perfectionis. Coloss., III, 14.

los met les. Si quereis peasuadiros de esto, considerad cuáles son las ventajas que procura al alma. Al entrar la caridad en una alma introduce allí la gracia, sea que forme una misma cosa con ella, como lo enseñan muchos grandes teólogos; (1) sea que, como piensa Santo Tomás, (2) con otros muchos, sea solamente la última disposición para la gracia santificante, de la cual es seguida infaliblemente. Esta gracia, esta cualidad verdaderamente divina, entrando al alma, la hace admirablemente bella y agradable á los ojos de Dios; la hace su esposa é hija, y participante de su divini ad comunicándole un rayo de el a. La gracia no está sola en el corazón, allí está acompañada de las virtudes infusas, de todas las cualidades sobrenaturales que son sus fieles compañeras y sus adornos, de los siete dones del Espíritu Santo, y del Espíritu Santo mismo; porque, como dice San Pablo, *la caridad esta difundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que se ha dado á nosotros con ella.* (3) La caridad, reinando en el alma con todos estos dones, la purifica, la santifica y perfecciona al hombre todo entero, su alma, su cuerpo, las acciones de una y otro; les da un precio tan grande, que las más pequeñas de estas acciones vienen á ser dignas del cielo y de la posesión eterna de Dios. Añadamos, con otros teólogos, (4) que la preeminencia de la caridad sobre las demás virtudes le hace ad-

1 Scotus, Gabr. Durand, Rellarm, Conink de Charit, disc. 21, dub. 7.

2 I. 2. quæst. 110. á. 3.

3 Charitas Dei diffusa est in cordibus nostris]per spiritum sanctum qui datus est nobis. Rom. V. 5.

4 Suarez de grat. lib. IX, cap. 4.

ALERE FL. SECCION SEGUNDA  
VERITATIS

Algunas otras prerogativas de la caridad.

I. La caridad es la virtud más provechosa.—II. La caridad es la virtud más deliciosa.—III. La caridad es la virtud más activa y más fuerte.—IV. Dios toma su nombre.

I. La caridad nos es más provechosa que todas las demás virtudes. *Dices que eres rico, colmado de bienes, que no tienes necesidad de nada, y no aientes que eres pobre y miserable; desauado de todo, ciego y despojada; te aconsejo que compres de mí para llegar á ser rico, del oro probado por el fuego.* (1) Tales son las palabras que el angel del Apocalipsis dirige al obispo de Laodicea, que estaba inflado de la buena opinión que él tenía de sus obras, las cuales no estaban hechas en caridad. ¿Cuál es este profeta, según la interpretación de todos los doctores, (2) esta mi mi caridad, sin la cual somos pobres y con la cual somos ricos; es comparada al oro, porque la caridad tiene el mismo valor y el mismo mérito entre las virtudes, que el oro entre

1 Dicit, quod divis sum, et locupletatus, et nullius egeo; et nescis quia tu es miser, et miserabilis, et pauper, et coecus, et nudus: suadeo tibi emere á me aurum ignitum, probatum, ut locuples fias. Apoc., III, 4.

2 Beda, Rupert., etc., apud. Viegas.

quirir más gracia por sus actos que las demás virtudes. Hay más en eso, el hábito de una virtud llega á ser más fuerte por los actos de la caridad que por los que le son propios, porque, según la doctrina de los teólogos, los hábitos de las virtudes infusas, que son de los que hablamos, crecen con la gracia: mas, la gracia toma aumentos mucho mayores por la caridad que por las otras virtudes, porque procede de un principio más noble. Esto es lo que ha hecho decir á algunos teólogos, (1) que la gloria eterna, sólo se da por recompensa en la otra vida, únicamente á los actos de la caridad, y que es principalmente á ella á la que es debida. También con una regla de oro vió el angel que medían las puertas y muros de la Jerusalem celeste. (2)

H. La caridad es la más agradable y la más deliciosa de las virtudes. ¿Qué hay de más dulce que el amor? ¿Puede acaso amarse una cosa sin que nos procure algún placer? “Desde que se ama una cosa, dice Santo Tomás, llega á ser deliciosa, porque el amor es una union entre el objeto amado y el objeto amado; las naturalezas parecen confundirse, lo cual no puede ser sin goce.” (3) El amor es al hombre, lo que la pesantez á la piedra para llevarla hacia su centro, y la ligereza al fuego para hacerlo remontar hacia su esfera. Como los elementos vuelven á su centro con facilidad, yo diria aún con una especie de gusto, así el amor lleva al

1 Bannes. 2. 2. q. 24, art. 6, dub. 5.

2 Apoc. XXI. 15.

3 Unumquodque in quantum amatur, efficitur delectabile; eo quod amor est qualdeam unio vel connaturalitas amantis ad amatum. S. Thom. s. 1. 2. q. 32, á 3. ad. 3.

objeto amante hacia el objeto amado con una sensación de placer como hacia su centro, en donde espera encontrar su reposo y su felicidad. (1) Y si cuesta al objeto amante obtener el objeto amado, como sucede ordinariamente, puesto que semejante empresa es una especie de combate, decía un antiguo, (2) el amor aligera todos esos trabajos y endulza todas esas penas, dice San Agustín. “El verdadero amor no siente amargura, está siempre acompañado de dulzura; no camina sobre espinas, sino sobre rosas.” (3) Me equivooco, marcha frecuentemente sobre espinas, se ve frecuentemente obligado á beber amargura; pero no siente esta amargura, se le transforma en dulzura, y las espinas se cambian en rosas. San Tiburcio decía al tirano, andando sobre carbonés encendidos, que le parecía andar sobre flores. “La caridad perfecta, dice San Agustín, hace á un hombre intrépido, aligera el peso del precepto; no solamente es ligera para aquel que la carga, sino que parece darle alas.” (4) Allí, en donde hay amor, dice San Bernardo, no hay trabajo. “Yo lo confieso, dice él hablando de sí mismo, no he sentido el peso del calor y del día; por la bondad y favor del padre de familia, encuentro el yugo dulce y la carga ligera.

Llevo una carga, es verdad, pero no la llevo sino un instante, ó si la llevo más tiempo el amor me

1 Velut amor corporum momenta sunt ponderunt, siue deorsum gravitate, sive sorsum levitate nitantur. Aug. lib. XI, de civit. cap. XXVIII.

2 Militiae species amor est.

3 Verus amor non sentit amaritudinem, sed dulcedinem. Aug.

4 Perfecta charitas foras mittit timorem, et facit praecepti sarcinam levem, non solum non premente onere ponderum, verum etiam sublevante vice pennarum. Aug. de perf. iust.

hace insencible su peso. (1) Ved ahí quiénes son aquellos que experimentan la verdad de estas palabras misteriosas de Jesu-Cristo: *Mi yugo es dulce y mi carga ligera.* (2) La bienaventurada Catarina Raconísia, (3) de la orden de Sto. Domingo, contemplando un día de Todos Santos la gloria del cielo, fué conducida en espíritu allá por San Juan evangelista: dos ángeles iban delante de ellos; uno de ellos, que era de la gerarquía de los Serafines, llevaba el estandarte blanco y rojo de la Santa Cruz y los precedía en el camino hacia este palacio de la verdadera felicidad. Ella vió entonces el ardor con que los cristianos aspiraban allá; pero muchos llevaban el yugo murmurando con impaciencia y cólera. Volviéndose entonces hacia el apóstol, le preguntó por qué el camino del cielo parecía tan rudo y tan difícil, puesto que Nuestro Señor, la verdad que no puede engañar, había asegurado con su propia boca *que su yugo era dulce y su carga ligera.* El Apóstol le respondió: En verdad el camino parece difícil, pero solamente á aquellos que no conocen y no aman á Nuestro Señor, mientras que es dulce y fácil para aquellos que lo conocen y lo aman con todo su corazón.

III. La caridad es la virtud más activa y más poderosa de todas; por esto la comparan al fuego, que es el más vivo y más fuerte de los elementos,

1 Ubi amor est, labor non est; fategor non sustinuj pondus dici, et aestus, sed jugum suave et onus leve pro beneplacito patris familias porto; onus meum vix unius horae, et si plus, pre amore non sentio. S. Bern. Sermon. LXXXV. in Cant.

2 Jugum meum suave est, et onus meum leve. Matth., XI, 30.

3 In ejus vite.

hasta tal punto que San Dionisio la llama un vencedor al cual nada resiste. (1) Lo mismo sucede con el amor; nada hay tan duro que no pueda sobrepujar. (2) Los antiguos, si creemos en eso á San Clemente de Alejandría, (3) cargaban las manos del amor con laureles y coronas, para mostrar las victorias que reportaba sobre la tierra y en el Olimpo. Hesiodo lo llama el vencedor de los dioses y de los hombres. Por esto lo representaban algunas veces llevando tras sí dioses encadenados, para mostrar que tenía bastante fuerza para sujetarlos á su imperio. Más todavía, el triunfo de Dios todo poderoso, si en esto creemos á San Bernardo. (4) El amor triunfa de Dios! ¿Qué poder, pues, es el suyo? Algunas veces le dan también por atributos riendas y fuetes, para mostrar que doma á los animales más feroces y á los corazones más rebeldes. Con el fuego ablandan el hierro, le dan la forma que quieren, lo cual sería imposible sin él. El amor obtiene los mismos triunfos sobre el espíritu; le trae y lleva á su gusto; hay en esto más, da fuerza á los débiles, hace valerosas á las almas tímidas y las hace llegar á ser invencibles. ¿Qué animal hay más tímido que la gallina? que sea madre y tenga polluelos; ya no la conoceréis; es fuerte, valiente, es bastante atrevida para avanzarse y lanzarse contra hombres armados. Se puede, pues, decir con verdad, según Máximo de Tyro, (5) fa-

1 Cap. XV. Coelest. hierar.

2 Nihil est tam durum atque ferreum quod non amoris igne vincatur. Aug., de mor. Eccl. lib. I. cap. XXII.

3 VI. Strom.

4 Triumphat de Deo amor. S. Bern., Sermon. 14. in. Cant.

5 Sermon. 10.

moso filósofo platónico, que el amor es generoso, noble, franco y más libre que Esparta mismo. También es el único sentimiento en el hombre que, si es muy puro, no admira las riquezas, no teme á los tiranos, desprecia los palacios de los reyes, afronta la sentencia de los jueces y no huye la muerte; los precipicios más horrorosos, los abismos de la mar, las bestias feroces, el fuego, la espada, no sabrían detenerle. Penetra los espacios más inaccesibles; vence fácilmente todas las dificultades; sube á las montañas más altas; la profundidad de los ríos no le detiene; las tempestades no sabrían retardarle; desprecia, sobrepuja todo, por todas partes es fuerte. Ahora bien, si el amor, y en particular el amor de las criaturas, es tal cual lo pinta este filósofo, es evidente que el amor del Creador será mucho más fuerte, y que producirá efectos mucho más prodigiosos aún, como lo veremos en los que lo han experimentado, tales como los mártires y los otros santos.

IV. En fin, para terminar el elogio de la caridad, diremos que se eleva tan alto, que San Juan se ha atrevido á decir que Dios es caridad; (1) acerca de lo cual exclama San Agustín: "¿Qué se ha podido decir de más grande, hermanos míos, y más de realce para mostrar la excelencia de la caridad? Cuando, en todas las páginas de esta epístola de San Juan, y aun en toda la Santa Escritura, no se diría otra cosa de la caridad que estas palabras, que nosotros oímos de boca del Espíritu Santo: *Dios es caridad*, esto sería bastante para hacernos

1 Deus charitas est. I. Joan., IV.

comprender cuán grande es su excelencia." (1) Añade en otra parte: "No sé si se podrá alabar más altamente la caridad, que diciendo: *Dios es caridad*. Este elogio es corto, pero ¡cuantas cosas encierra! es una sola palabra; pero, ¡qué extenso es su sentido! Muy pronto se dice: Dios es amor; pero si se trata de pesar el valor de esta palabra, ¡qué peso! puesto que Dios mismo entra en la balanza." (2) Los ángeles más elevados, es decir, las criaturas más perfectas, se llaman serafines, lo que significa en hebreo *inflamados*, á causa del amor ardiente en que arden por esta belleza divina á la cual están llamados para contemplar más de cerca que los demás. Los antiguos daban á los personajes más distinguidos en valor y en virtud el nombre de Heroe, que se deriva de la palabra griega eros, que, según la advertencia de Marcelo Licin, significa *inclinado al amor*. Sócrates, que fué tenido por el oráculo más sabio de todos los hombres que vivían entonces, hacía una profesión particular de enseñar el arte de amar, como si fuera necesario saber amar, y amar como se debe, para ser reputado como sabio.

1 Quid amplius sic potuit, fratres? si nihil de laude dilectionis diceretur per omnes istas paginas hujus epistolae; si nihil omnino per coeteras paginas Scripturarum et hoc solum unum audiremus de voce spiritus Dei quia Deus dilectio est, nihil amplius quaerere deberemus: Tract. 8, in. I. ep. Joam.

2 Nescio utrum magnificentius nobis charitas commendari possit, quam ut diceretur: Deus charitas est, brevis laus, et magna laus; brevis in sermone, et magna intellectu; quam cito dicitur: Deus dilectio est, et hoc brevi est, si numeres, unum est; si appendas, quantum est. Tr. 9.

SECCION TERCERA.

Consecuencias que debemos sacar de las excelencias de la caridad.

Puesto que la caridad es la más noble, la más grande y la más excelente de las virtudes, en consecuencia debemos aplicarnos constantemente, y con todo nuestro corazón, para hacer en ella todos los días progresos nuevos. Estas perfecciones admirables nos claman á todos que ella es el camino que conduce al Señor. *Caminad en el amor*, nos dice San Pablo; (1) seguid este camino, tiende directamente á El. "Vamos á Dios, no andando, sino amando, dice San Agustín; mientras más puro sea el amor que nos lleve hacia él, más gozaremos de su presencia. No es andando como se va á aquel cuya inmensidad tiene presente en todas partes, sino por las costumbres, de las cuales no debe juzgarse según nuestras aficiones, porque el amor, bueno ó malo, es el que hace á las costumbres buenas ó malas." (2) La caridad es no solamente el camino que conduce á Dios, sino que es

1 Ambulate in dilectione, Ep., V, 2.

2 In Deum tendimus, non ambulando, sed amando, quem tantò habebimus presentiore, quanto eundem amorem, quo in eum tendimus, potuerimus habere puriorem; ad eum ergò, qui ubique preens est, non pedibus ire licet, sed ex eo quod quisque diligit, dijudicari solent; nec faciunt bonos vel malos mores, nisi boni vel mali amores. Aug. ep. LII ad Maced.

el mejor, el más excelente, el más fácil, y el más corto. Es el más excelente, porque ella es la reina de las virtudes; el más perfecto, el más agradable y el más glorioso á Dios, porque la gloria de Dios es su fin; es la más efectiva de las virtudes, porque es la más activa; ella da á los más débiles el valor de emprender y de ejecutar sin temor las más grandes cosas. Es la más útil, porque es el principio de nuestros méritos, la vida y forma de las virtudes; sin ella las virtudes serían cuerpo sin alma, colores sin luz. Es la más fácil, porque es un manantial inagotable de dulzuras; da sabor á las cosas más insípidas, endulza las más amargas.

En fin, es el camino más corto para ir á Dios, porque es el más recto, á causa de la rectitud de su intención, como de todas las líneas que van á parar á un mismo punto, la más corta es la más recta. (1) Un campo lleno de malezas puede desmontarse de dos maneras: ó cortando las plantas malas, ó quemando. La primera es mucho más laboriosa y más larga, y no siempre surte efecto, porque si el campo es vasto, antes de que hayan arrancado enteramente todas las yerbas, habrán brotado otra vez; mas la segunda es corta y fácil: en pocas horas un viento favorable llevará al fuego de un cabo al otro, arderán las espinas, el terreno quedará preparado y aun más fértil. Del mismo modo tenemos dos maneras de purificar nuestra alma y llegar á la perfección: con el hábito de la mortificación, dando ya sobre una mala costumbre, ya sobre otra, ya sobre el orgullo, ya

1 Línea recta, quae brevisima.

sobre la envidia, etc. Por este medio, se puede llegar á cabo; pero sin embargo no tan segura y fácilmente como el fuego de la caridad, que consumirá en poco tiempo todas las malas costumbres de nuestra alma, la hará fértil en buenos afectos y en buenas obras. Esto fué lo que sucedió á los Apóstoles, luego que el Espíritu Santo descendió visiblemente sobre ellos el día de Pentecostés; esto es lo que ha sucedido á San Pablo y Santa Magdalena, á Santa Catalina de Génova y á otros muchos. Así como las dos obras maestras más perfectas de la naturaleza y del arte, son el oro y el vidrio, sobre los cuales el fuego tiene tanto poder, así las conversiones más señaladas, las gracias más admirables de Dios son producidas por la caridad, cuando el alma, atraída por un gran amor, se esfuerza por aplicarse en todo tiempo y en todo lugar á los ejercicios interiores y exteriores de este amor. *La luz que Dios comunica á una alma, dice Isaias, para arrancarla á las tinieblas de sus pecados y atraerla á él, está acompañada de fuego; a aquel que querrá hacer santo y eminente en virtud, lo hará santo con la flama, lo arderá, devorará las espinas y los cardos de sus vicios en un día.* (1) Ir á Dios de esta manera, es ir á pasos de gigante, es correr, es volar. De todas las almas que van á Dios, dice San Bernardo, aquella que ama más ardentemente, corre más rápidamente y llegará primero; (2) es aquella que ha des-

1 *Erit lumen Israel in igne, et sanctus ejus in flammá, succendetur et devorabitur spina ejus et vepres in die una.* Is., X, 17.

2 *Quae amat ardentius, currit velocius, et citius pervenit.* S. Bern. 23 in Cant.

terrado más pronto el pecado de su corazón, arreglado sus pasiones, desarraigado sus costumbres viciosas, para ahí plantar en una tierra buena el hábito de todas las virtudes. Cuando en una guerra, cogen prisionero al rey, todo se acabó. Los pescadores de perlas en la India, hacen todo lo posible para apoderarse de la ostra á la cual llaman reina, en derredor de la cual se agrupan las demás, porque entonces consiguen fácilmente el resto. (1) Lo mismo sucede en la adquisición de las virtudes; es preciso trabajar con todo su corazón y cuanto se pueda por familiarizarse con la caridad, que es la reina de todas, porque tan pronto como la habremos obtenido, adquiriremos fácilmente todas las demás.

Puesto que ello es así, esforcémonos por ir á Dios Nuestro Señor por el camino real del amor, vivamos con una vida de amor, obremos con este espíritu, hagámonos fieles á la gracia que á esto nos invita y á esto nos lleva. La vida de Dios, dice San Gregorio de Nysa, (2) es el amor; se ama á sí mismo, y á esto atrae al hombre continuamente. ¿Cuál es la ocupación de los bienaventurados en el cielo? Su primera y única ocupación, es el amor de Dios, al cual ven infinitamente amable y á quien aman cuanto pueden. Imitémoslos aquí en la tierra, tanto cuanto podamos, y acordémonos que mientras más amáremos en la tierra, seremos llamados á amar más en el cielo; porque no tendremos en hábito sino los grados que hubiéremos tenido en nuestras obras. Por esto, apresurémolo-

1 *Celian, lib. XIX, cap. 8.*

2 *Dialog. de Resurrect. et animá.*

nos por adquirir esta virtud; imitemos á la Esposa del Cántico de los Cánticos que dice: *La caridad es el estandarte de que se sirve mi esposo para gobernarme*, (1) queriéndome mostrar por esto que, así como el estandarte ó guía en un ejército dirige todas las acciones de los soldados, su marcha, su descanso, todos sus movimientos, así el amor para con Jesu-Cristo tiene sobre ella el mismo poder, y nada puede hacer sino por su dirección. Enarbolemos este estandarte victorioso; que él reine sobre nuestros ojos, sobre nuestras orejas, sobre nuestra lengua, sobre nuestro corazón sobre todos los miembros de nuestro cuerpo, sobre todas las potencias de nuestra alma, á fin de que no haya en nosotros ningún movimiento, ni operación que no mande ni dirija él.

1 Vexillum ejus super me charitas. Cant. XXI, juxta, hebr.

## CAPITULO XIX

Conclusión del primer libro.

I. Debemos aplicarnos á conocer á Nuestro Señor.—II. Sobre todo á amarle.

Hasta aquí hemos dado los motivos que deben llevarnos al conocimiento y al amor de Nuestro Señor; ¿qué tenemos que hacer ahora, sino ponerlo inmediatamente en ejecución? Rindámonos en consecuencia á razones tan poderosas; una sola debía bastar; pero, puesto que hay tantas, trabajemos con ardor y constancia.

I. Apliquémonos á conocer á este divino Señor, puesto que él es el objeto más noble y el más amable al cual pueda aplicarse nuestro espíritu; y que este conocimiento es el más excelente, el más agradable, el más útil, el más necesario que pudiéramos adquirir en la tierra. Porque, ¿qué es el hombre? dice San Bernado; si es algo, es porque os conoce. (1) Explicando San Agustín el salmo XLI, que tiene por título: *Inteligencia á los hijos de Coré*, porque este salmo enseña en qué consiste el buen espíritu de los cristianos, hijos de Jesús crucificado, y cuál es la ciencia á la cual deben aplicar-

1 Quid est homo, nisi quia tu innotuisti ei. S. Bern., Serm. 20, in Cant.



nos por adquirir esta virtud; imitemos á la Esposa del Cántico de los Cánticos que dice: *La caridad es el estandarte de que se sirve mi esposo para gobernarme*, (1) queriéndome mostrar por esto que, así como el estandarte ó guía en un ejército dirige todas las acciones de los soldados, su marcha, su descanso, todos sus movimientos, así el amor para con Jesu-Cristo tiene sobre ella el mismo poder, y nada puede hacer sino por su dirección. Enarbolemos este estandarte victorioso; que él reine sobre nuestros ojos, sobre nuestras orejas, sobre nuestra lengua, sobre nuestro corazón sobre todos los miembros de nuestro cuerpo, sobre todas las potencias de nuestra alma, á fin de que no haya en nosotros ningún movimiento, ni operación que no mande ni dirija él.

1 Vexillum ejus super me charitas. Cant. XXI, juxta, hebr.

## CAPITULO XIX

Conclusión del primer libro.

I. Debemos aplicarnos á conocer á Nuestro Señor.—II. Sobre todo á amarle.

Hasta aquí hemos dado los motivos que deben llevarnos al conocimiento y al amor de Nuestro Señor; ¿qué tenemos que hacer ahora, sino ponerlo inmediatamente en ejecución? Rindámonos en consecuencia á razones tan poderosas; una sola debía bastar; pero, puesto que hay tantas, trabajemos con ardor y constancia.

I. Apliquémonos á conocer á este divino Señor, puesto que él es el objeto más noble y el más amable al cual pueda aplicarse nuestro espíritu; y que este conocimiento es el más excelente, el más agradable, el más útil, el más necesario que pudiéramos adquirir en la tierra. Porque, ¿qué es el hombre? dice San Bernado; si es algo, es porque os conoce. (1) Explicando San Agustín el salmo XLI, que tiene por título: *Inteligencia á los hijos de Coré*, porque este salmo enseña en qué consiste el buen espíritu de los cristianos, hijos de Jesús crucificado, y cuál es la ciencia á la cual deben aplicar-

1 Quid est homo, nisi quia tu innotuisti ei. S. Bern., Serm. 20, in Cant.

se principalmente, nos exhorta á este conocimiento por estas palabras inflamadas: "Este salmo comienza por un santo deseo; así lo expresa el que lo canta: *Como el venado sediento desea el agua de las fuentes, así mi alma os desea, oh Dios mío!* y corre á vos con el mismo ardor. ¿Quién es aquel que expresa en estos cantos este sentimiento tan bello? seremos nosotros si lo queremos. Animo, hermanos míos, hacedos sedientos como yo, tomad parte en el deseo que me devora, amemos, ardamos de esta sed ardiente, corramos juntamente á esta fuente de entendimiento; deseemos como el venado esta fuente de agua viva, esta fuente de que habla la Escritura, cuando nos dice: *Teneis cerca de vosotros una fuente de vida;* porque Nuestro Señor mismo es el manantial y la luz, puesto que se ha dicho *que en él veremos la luz.* Si él es el manantial y la luz, con mucho derecho es también nuestro entendimiento, porque él satisface al alma de sedosa de saber. (1) Corred, por tanto, á las fuentes, continúa el Santo doctor, encontrareis en Nuestro Señor una fuente de vida que jamás se agota, encontrareis una luz que jamás se oscurece. Desead esta fuente y esta luz, que son tales

1 Coepit ipse psalmus à sancto quodam desiderio, et ait qui sic cantat: Quemadmodum desiderat servus ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te, Deus. Quis est hic qui sic cantat? Si volumus, nos sumus. Eia fratres, ariditatem meam capite, desiderium hoc meum communicate, simul amemus, simul in hac siti exardescamus, simul ad fontem intelligendi curramus; desideremus ergo velut cervus, fontem, de quo scriptura dicit, quoniam apud te est fons vitae; ipse enim fons et lumen est, quoniam in lumine tuo videmus lumen; si et fons et lumen est, meritum et intellectus est, quia satiat animam avidam sciendi. Aug., in Ps. XLI.

cuales el ojo jamás ha visto semejantes. Mas, para ver esta luz, es menester preparar su espíritu; y para beber en esta fuente, es menester encender la sed del alma. (1) Corred, corred por consiguien te á esta fuente; mas es necesario correr ahí con ardor, corred allá como un sediento venado. ¿Por qué como un venado sediento? es decir, sin tardanza, sin lentitud; se necesita el ardor y la vivacidad del venado, es preciso el arranque y toda la fuerza del deseo." (2)

II. Mas no basta conocer á Jesu-Cristo, es necesario avauzar más. Después de haber aprendido á conocerle, es preciso aprender á amarle. Es necesario que las luces que nos procura este conocimiento sean como las del sol, que nos calienta al mismo tiempo que nos alumbra. El conocimiento solo, lejos de servirnos, nos sería al contrario dañoso, y nos haría tanto más culpables para con Nuestro Señor, cuanto lo hubiéramos visto digno de más honor y de más amor, sin honrarle y sin amarle. Los diablos, dice San Agustín, (3) según los antiguos, (4) son llamados demonios á causa de la profundidad de su ciencia; pero, añade el santo doctor, como según la doctrina de San Pablo, *la ciencia infla, y la caridad edifica;* es decir

1 Curro ad fontes, desidera aquarum fontes, apud Deum est fons vitae, et insiccabilis, fons, in illius luce lumen in obscureabile. Lumen hoc desidera, quendam fontem, quoddam lumen, quale non vident oculi tui; cui lumini videndo oculus interior praeparatur; cui fonti hauriendo sitis interior inardescit. Ibid.

2 Curro ad fontem, desidera fontem, sed noli utcumque, noli ut quaecumque animal currere, ut cervus curro. Quid est ut cervus? non sit tarditas in currendo, impigrè desidera fontem. Ibid.

3 Lib. IX de Civit. ch. XX.

4 Plat in Cratylo.

que la ciencia sin la caridad de nada aprovecha, y no hace sino inflar de orgullo y de vanidad; los demonios tienen la ciencia sola sin caridad, y son por consiguiente soberbios. Pero no sucede lo mismo con los buenos ángeles, que no dan mucho valor á la ciencia de los demonios, la cual poseen ellos en grado mucho más eminente, porque tienen la caridad por la cual son santificados. Esta caridad les es tan querida, y los lleva á acompañar de un amor tan ardiente el conocimiento que tienen de Dios y de sus bellezas eternas, que ardiendo santamente en su flama, desprecian todo cuanto está bajo El, todo lo que no es El, y á sí mismos por consiguiente. (1) No seamos, pues, como los ángeles malos, no nos contentemos únicamente con la ciencia, sino imitemos á los buenos; unámonos la ciencia á la caridad, unámonlas con lazos indisolubles, y después de haber adquirido algún conocimiento de Nuestro Señor, no nos acupemos más sino en amarle.

No podríamos dar mayor prueba de nuestra sabiduría; porque, como dice Saloiano, ilustre sacerdote de Marsella, ¿en qué consiste, os ruego me digais, la sabiduría del cristiano, si no en temer y amar á Jesu-Cristo? (2) Y ¿qué objeto puede merecerlo mejor que él, como lo hemos visto por las razones que hemos dado antes? San Agustín cuen-

1 Illis Dei, quæ sanctificatur, charitas clara est, præ cuius non solum incorporali, verum etiam incommutabili et ineffabili pulchritudine, cuius sancto amore inardescunt, omnia quæ infra sunt et quod illud est non sunt, sequè ipsos inter illa contempnunt. Aug., lib. IV, de Civit. 22.

2 Quid est, quæso, sapientia christiani? quid, nisi timor et amor Christi? Salv., lib. V, ad Eccl. Dath.

ta que leyendo el Hortensio de Cicerón, se sintió movido en extremo del amor de la sabiduría, aunque entonces tenía sólo diez y nueve años, que llevaba una vida mundana y disipada, y que había abrasado la heregía de los Maniqueos. “A pesar de todas estas trabas, dijo, me sentí maravillosamente movido y todo inflamado, por la lectura de ese libro y por la fuerza de las razones que contiene, del deseo de buscar, de adquirir, de amar y de abrazar estrechamente la sabiduría; y este deseo era tan ardiente que me sentía todo consumido por él.” (1) Sin embargo, á pesar del placer que le procuraba ese libro, encontraba en él algo que le desagradaba. “El nombre de Nuestro Señor Jesu-Cristo no se encontraba en él para nada, porque, oh Señor, he mamado por vuestra infinita misericordia, juntamente con la leche de mi madre, el afecto de este nombre de vuestro Hijo, mi Salvador. Yo lo imprimía desde entonces muy adentro de mi corazón; de suerte que, todo lo que yo veía, todo lo que leía y cuanto escuchaba, cualquiera que fuese su belleza, la verdad misma, no me contentaba enteramente.” (2) Los motivos de los cuales nos hemos servido para llevaros al amor de la sabiduría increada son mucho más fuertes

1 Ipsam, quoecumque esset, sapientiam, ut diligere, et querere, et assequere, et tenerem, atque amplexarer fortiter, excitabar sermone et accendebar, et ardebam. Aug. Conf., lib. III, et IV.

2 Quod nomen Christi non erat ibi quoniam hic nomen, secundum misericordiam tuam, Domine, hoc nomen Salvatoris me filii tui, in ipso adhuc lacte matris tenerem cor meum piè biberat et altè retinebat; et quidquid sine hoc nomine fuisset, quamvis litterarum et expolitum et veridicum non me totum rapiebat. Ibid.

que los de ese pagano, puesto que están tomados en la fe. En ellos encontrareis, además de esto, lo que buscaba San Agustín y lo que no podía encontrar, el nombre de Nuestro Señor; la sabiduría increada y encarnada, encuentra ahí su lugar, y lo encontrará frecuentemente. Tomad, por consiguiente, la resolución de amarlo y de arder en su amor. Si hubiera en algún pueblo ó ciudad una criatura dotada de la más grande bondad, de una belleza arrebatadora de alma y cuerpo, muy noble, muy rica, muy poderosa, de una alta sabiduría, de una prudencia consumada, de un juicio sólido, de una ciencia y elocuencia profundas; si, además, esta persona fuera muy virtuosa, muy santa, adornada de todas las perfecciones de la naturaleza y de la gracia que puedan hacer á una criatura soberanamente amable, y que á pesar de esto no se encontrara á nadie que quisiera conocer su mérito, verla, amarla, buscar con afán su amistad aun cuando ella se ofreciera á todos con muy buena voluntad, con la seguridad de enriquecerlos, de ennoblecerlos, de darles el reposo y la felicidad, ¿qué pudiera decirse de una cosa tan extraña? ¿Acaso esta amable criatura no tendría motivo de quejarse de la grosería y estupidez de sus habitantes? ¿Los hombres sabios de las ciudades vecinas no tendrían motivo de lamentarla viéndola tratada de ese modo? Ay! nosotros mismos acaso no reducimos á Nuestro Señor á este estado, y á un estado mucho peor todavía, cuando no lo amamos, puesto que él es infinitamente más perfecto, y por consiguiente infinitamente más amable de lo que pudiera ser dicha criatura, y que nosotros estamos incomparablemente más obligados á amar-

lo. El es bueno, él es bello, está lleno de gracias, es sabio, es infinitamente perfecto, es nuestro Dios, nuestro padre, nuestro hermano, nuestro esposo, nuestro Salvador y nuestro todo; de él hemos recibido todos los bienes que poseemos, y es de quien los debemos esperar siempre. El se ha hecho hombre y un hombre de dolores; se ha abatido hasta sufrir la muerte sobre un patíbulo infame para atraernos á su amor. En consecuencia, amémoslo con todo nuestro corazón; tendríamos valor de faltar á esta dulce obligación?

Este amor es la señal más segura de la predestinación, es el más gran mandato que hayamos recibido de Dios, esta es la virtud más sublime á la cual podemos aplicarnos; por otra parte, para esto nos ha hecho Dios; para esto ha creado el mundo y le ha dado á su divino Hijo. Explicando San Gerónimo el pasaje de Abacuc: *Ha puesto la fuerza en sus manos, una fuerza atrayente al amor*, añade estas palabras: "Dios Padre llenó los cielos de su gloria, y la tierra del objeto más digno de admiración. Ha dado el reino del universo á su Hijo, á fin de hacerlo amar de los hombres, no con un amor ordinario, sino con el amor más fuerte y más vehemente." (1) Entreguémosnos, por tanto, á un ejercicio tan útil para nosotros y tan puesto en razón; y por otra parte, ¿no acaso es preciso que amemos necesariamente alguna cosa? ¿nos

1 Cornua in manibus ejus, et posuit dilectionem robustam fortitudinis suae. Abac.—Nimirum idcirco Deus pater operuit coelos gloria, et terram replevit laude; et cornua, id est, regnum posuit in manu filii sui, ut faceret dilectum suum ab hominibus diligi, diligi non leviter, sed vehementer et fortiter. Hier., in cap. III. Abac. IV.

es posible vivir sin amar? Jamás un hombre sentirá en vivir sin un amigo, dice Aristóteles, cualquiera que sea la oferta que se le pueda hacer, aun cuando poseyera todos los demás bienes.

(1) Mas si no amamos á Jesu-Cristo, será menester dar nuestro corazón á un objeto infinitamente menos amable que él, y que nos será dañoso. Amaremos el mundo y nuestras pasiones; porque, como dice San León: "Es necesario que el alma racional ame ó á su Dios ó al mundo, puesto que ella no puede vivir sin amor." (2) Ah! cuidémonos de amar nuestras pasiones, porque entonces amaríamos á nuestros verdugos; amemos más bien á aquel que es nuestro Salvador. Añadamos á la idea de nuestro interés, la felicidad del mandamiento: no se os dice que ayuneis si estais muy débil, que deis limosna, si sois pobre; hacer penitencias rigurosas si estais enfermo; rezar largo tiempo, si estais enfermo; ni hacer largas peregrinaciones, si sois cojos; sino que se os dice solamente que améis, porque lo podéis. No todos tienen la fuerza necesaria para ayunar, ni riquezas para hacer limosna, ni una salud bastante robusta para causar dolor á sus cuerpos; pero los pobres, los débiles, los enfermos, todos, en una palabra, tienen un corazón y pueden amar. "Por esto, oh Jesús, mi dulcísimo Salvador, exclama el sabio Idiota, yo sé que es una cosa muy fácil el amaros, si se quiere; el cuerpo no recibe por eso incomodidad alguna, la cabeza no es fatigada, las riquezas no se disminuyen,

1 Aristot. Eth. lib. VIII, cap. 1.

2 Rationabilis animus, qui sine dilectione esse non potest, aut Dei amator est, aut mundi, S. Leo., Serm. 5, de jejun. 7 missen.

porque el amor es un movimiento del alma: por consiguiente, es seguro que aquel que ama no es incomodado." (1)

Después de haber pensado maduramente todas estas razones, tomemos una resolución eficaz de amar ahora á Nuestro Señor con todo nuestro corazón, de aplicarnos seriamente al ejercicio de su amor durante el curso de nuestra peregrinación, esperando con paciencia que se digne, en su misericordia, introducirnos en el cielo para amarle para siempre jamás de una manera mucho más perfecta. Cantemos por el camino el cántico del amor, á fin de endulzar con él las penas; *cantemos al Señor un cántico nuevo*. San Agustín nos enseña cuál es este nuevo cántico: "Este cántico nuevo no puede ser otro sino el cántico del amor, que debemos á Nuestro Señor Jesu-Cristo. Cantemos este amor; es propio del que ama, cantar; este canto no es otra cosa que la expansión del ardor del santo amor; amemos, y amemos con el ardor todo de nuestro corazón, amemos á este amable Señor. ¿Qué hay en el mundo que sea más amable y perfecto? Amémosle por él solo, alejémonos de todos aquellos que no arden en este amor; dejémoslos cegarse con el polvo que no descansan de remover. En cuanto á mí, entraré al secreto de mi corazón, y allí, oh Jesús, mi Señor, mi reposo y mi todo, os cantaré el cántico del amor, derramaré en

1 Quare, benignissime Domine Jesu-Christi! scio quod tam facile est te diligere, quod ex hoc corpus non affligitur, pes non pungitur, caput non dolet, vel non laeditur, lingua non vexatur, crumena non evacuat, quia dilectio proprie consistit in animá et inde sequitur quod qui amat, non laborat. Idiot. Contempl. 22.

vuestra presencia los gemidos, inarrables de la tierra de destierro, suspiraré por la patria del amor.”

(1) Cantemos, por tanto, querido lector mío, cantemos este delicioso cántico. Yo termino dirigiendoos el mismo deseo, y haciendoos la misma promesa que San Pablo hacía á los Efesios al terminar su carta: *Que la gracia y la gloria, la paz y toda suerte de bienes estén con todos aquellos que amen á Nuestro Señor Jesu-Cristo, pura, fiel y constantemente,* (2) es decir, según San Anselmo, con aquellos que lo aman como una casta esposa ama á su esposo, no queriendo ser amada sino de él, y no amar otra cosa que á él. Veamos ahora cuales son los ejercicios de la caridad, y demos como las modulaciones de este cántico del amor. (3)

“Signe aquí el libro 2.º que trata de los ejercicios del amor santo; el cual se anunciará luego que esté impreso.”

1 Quid habet canticum novum, nisi amorem novum..... Cantare amantis est, vox hujus cantoris, fervor est sancti amoris; amemus, gratias amemus, Dominum enim amamus, quo nihil melius invenimus; ipsum amemus propter ipsum... Foris sufflantes in pulverem et excitantes terram in oculus suos; et intrém in cubile meum, et cantem tibi amatoria, gemens inenarrabiles gemitus id peregrinatione mea. Aug., Conf., lib. XII, cap. XVI.

2 Gratia cum omnibus qui diligunt Dominum Nostro Jesum-Christum in incorruptione, amen, Eph. VI. 24.

3 Cantate Dominum canticum novum. Ps., XCV, I.

## INDICE.

### LIBRO PRIMERO.

Motivos que deben llevar á los hombres a este conocimiento y á este amor.....	IX
PROLOGO.....	IX
CAPITULO I. Extrema ignorancia é insensibilidad de los hombres por las cosas de la salvación.....	13
SECCION PRIMERA. El buen espíritu y el buen juicio consisten en pensar seriamente en su salvación.....	23
SECCION SEGUNDA. No estamos en el mundo sino para pensar en nuestra salvación....	31
CAPITULO II. Cual es el mérito, la excelencia y la perfección del hombre y el verdadero punto de la vida espiritual.....	41
SECCION PRIMERA. Pocas personas merecen mucho.....	53
SECCION SEGUNDA. Conclusión del capítulo. Ciencia de los santos.....	59
CAPITULO III. Debemos esforzarnos por conocer á Nuestro Señor Jesucristo.....	66
SECCION PRIMERA. Condiciones que debe tener el conocimiento de Nuestro Señor....	84
SECCION SEGUNDA. Conclusión.....	96
SECCION TERCERA. Respuesta á las escusas.....	105
CAPITULO IV. Dos pasajes muy notables de la Escritura Santa, conteniendo muchos	

motivos que pueden llevar nuestros corazones al amor de Nuestro Señor Jesucristo...	114
<b>CAPITULO V.</b> Primer motivo de amor. Nuestro Señor es amable á causa de las perfecciones infinitas de su divinidad....	125
SECCION PRIMERA. Manera de conocer á Dios por afirmación.....	133
SECCION SEGUNDA. Modo de conocer á Dios por negación.....	141
SECCION TERCERA. Resumen de las verdades contenidas en este capítulo. Sentimientos que deben producir en nosotros.....	155
<b>CAPITULO VI.</b> Segundo motivo de amor. La belleza soberana de Jesucristo Nuestro Señor.....	166
SECCION SEGUNDA. Nuestro Señor es perfecto en todas sus bellezas.....	178
SECCION TERCERA. Belleza de nuestro Señor Jesucristo como hombre mortal.....	186
SECCION CUARTA. Poder que la belleza de Nuestro Señor debe tener sobre nosotros..	198
SECCION QUINTA. Conclusión del capítulo..	209
<b>CAPITULO VII.</b> Tercer motivo de amor, los beneficios de Nuestro Señor, su multitud y su grandeza.....	
SECCION PRIMERA. Beneficios de la naturaleza.....	215
SECCION SEGUNDA. Poder que deben tener los beneficios de Nuestro Señor.....	224
<b>CAPITULO VIII.</b> Cuarto motivo de amor. Jesucristo se ha hecho hombre para hacerse amar de los nombres.....	
SECCION PRIMERA.....	234
SECCION SEGUNDA. Conclusión del capítulo	243

<b>CAPITULO IX.</b> Quinto motivo de amor. Jesucristo es nuestro esposo.....	251
<b>CAPITULO X.</b> Sexto motivo de amor. Jesucristo es nuestro hermano.....	262
<b>CAPITULO XI.</b> Séptimo motivo de amor. Los sufrimientos y la muerte de Jesucristo	
SECCION PRIMERA. Los sufrimientos son la prueba más grande de amor.....	267
SECCION SEGUNDA. Otras dos circunstancias notables de los sufrimientos de Nuestro Señor.....	276
SECCION TERCERA. Cuánto deben estos sufrimientos llevarnos á amar á Jesucristo..	289
SECCION CUARTA. Asunto de contemplación tomado de lo que hemos dicho para entregarnos al amor de Nuestro Señor.....	298
<b>CAPITULO XII.</b> Octavo motivo de amor. Los beneficios de la creación y de la redención.....	303
<b>CAPITULO XIII.</b> Noveno motivo de amor. Somos hechos para nuestro Señor Jesucristo.....	310
<b>CAPITULO XIV.</b> Motivo décimo de amor. El mandamiento expreso que Dios nos ha hecho de EL.....	319
SECCION PRIMERA. Primer mandamiento, las leyes conducen á los hombres á su fin..	319
SECCION SEGUNDA. Conclusión del capítulo	327
<b>CAPITULO XV.</b> Motivo undécimo de amor. El amor es la prueba más segura de la predestinación.....	333
<b>CAPITULO XVI.</b> Motivo duodécimo de amor. El amor que los hombres se tienen entre sí.....	

SECCION PRIMERA. Amor excesivo que se tienen los hombres.....	346
SECCION SEGUNDA. Conclusión.....	355
CAPITULO XVII. Motivo décimo tercero de amor. Desprecio que debemos tener por las criaturas.....	361
CAPITULO XVIII. Motivo décimo cuarto de amor.....	
SECCION PRIMERA. Excelencia de la caridad	375
SECCION SEGUNDA. Algunas otras prerogativas de la caridad.....	382
SECCION TERCERA. Consecuencias que debemos sacar de las excelencias de la caridad.....	390
CAPITULO XIX. Conclusión del primer libro.....	395



UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS